TEMAS CLACSO

La caída del águila y el fin de Occidente

Los desafíos de América Latina y el Caribe en el nuevo orden mundial

Fernando Estenssoro Saavedra

EDITORIAL USACH

CLACSO

LA CAÍDA DEL ÁGUILA
Y EL FIN DE OCCIDENTE

TEMAS
CLACSO

Estenssoro, Fernando
La caída del águila y el fin de ooccidente : los desafíos de América Latina y el Caribe en el nuevo orden mundial / Fernando Estenssoro. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; Santiago de Chile : Universidad de Santiago de Chile, 2026.
Libro digital, PDF - (Temas)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-631-308-354-1

1. Ciencia Política. 2. Imperialismo. I. Título.
CDD 320

Otros descriptores asignados por CLACSO:
Nuevo Orden Mundial / Imperialismo / Hegemonía / Política Internacional / Estados Unidos / América Latina

LA CAÍDA DEL ÁGUILA
Y EL FIN DE OCCIDENTE

LOS DESAFÍOS DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE EN EL NUEVO ORDEN MUNDIAL

FERNANDO ESTENSSORO SAAVEDRA

EDITORIAL USACH

CLACSO

CLACSO
Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Pablo Vommaro - Director Ejecutivo
Gloria Amézquita - Directora Académica
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory - Producción Editorial
Valeria Carrizo y Darío García - Biblioteca Virtual

Librería
Latinoamericana
y Caribeña de
Ciencias Sociales

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE
Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

La caída del águila y el fin de occidente (Buenos Aires: CLACSO, septiembre de 2026).
ISBN 978-631-308-354-1

CC BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.
La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

ÍNDICE

Introducción 9

PRIMERA PARTE
CICLO HEGEMÓNICO ESTADOUNIDENSE

1. Hegemonía estadounidense y orden liberal internacional 21
1.1 Woodrow Wilson y el primer intento por establecer una hegemonía liberal 28
1.2 1945. Instalación del orden liberal internacional 30
1.3. Comunismo soviético: un "inconveniente" muy conveniente 32

2. Fin de la Guerra Fría y auge del optimismo unipolar liberal 37
2.1 Un orden unipolar 39
2.2 Los neocon y el "nuevo siglo americano" 44

3. Neoliberalismo, globalización y pensamiento único 49
3.1 La globalización 52
3.2 El pensamiento único 54

4. Unipolarismo en acción. Imponiendo el neoliberalismo a sangre y fuego 61
4.1. La sangrienta imposición de la democracia y "defensa" de los derechos humanos 63
4.2 Expansión de la OTAN hacia el este y conflicto ruso-ucraniano 74

SEGUNDA PARTE
FIN DE OCCIDENTE E INTERREGNO HEGEMÓNICO

5. Crisis subprime. Fin del optimismo unipolarista neoliberal 89
5.1 Pesimismo débil 95
5.2 Pesimismo fuerte 97

6. China y las potencias emergentes (BRICS) 99
6.1 China, la "nueva" megapotencia 99
6.2 Los BRICS y las "potencias emergentes" 110

7. Ascenso de Asia 117
7.1 ¿Oriente es Asia o Eurasia? 125
7.2. El fin de quinientos años de supremacía occidental 130

8. Fin del ciclo hegemónico de Estados Unidos 143
8.1 Del orden político del New Deal al orden político neoliberal 146
8.2 Costo social del orden neoliberal y "fin del sueño americano" 150
8.3 Donald Trump, engendro del colapso social neoliberal 153

9. Interregno hegemónico 161
9.1. El colapso del orden liberal internacional 166

TERCERA PARTE
LOS DESAFÍOS PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE EN EL NUEVO ORDEN MUNDIAL 175

10. ¿Qué tipo de orden emergerá una vez que el interregno hegemónico haya finalizado? 177
10.1 Un probable mundo multipolar 178
10.2 ¿Habrá un nuevo ciclo hegemónico chino? 183

11. ¿Transición pacífica o Tercera Guerra Mundial? 191

12. América Latina y el Caribe: una región indispensable 203
12.1 ALC en la geopolítica de los recursos naturales 206
12.3 ALC en la geopolítica de la biodiversidad 210
12.4 ALC en la geopolítica de la Amazonía 212
12.5 Estrecho de Magallanes, Mar de Drake y acceso a la Antártica 214

13. El peligro de ALC: transformarse en *Sur absoluto* o en *periferia permanente* del nuevo orden mundial 221

14. ALC en el "ojo del huracán" de las luchas por el poder mundial 235
14.1 Hacia la militarización del espacio antártico sudamericano 244
14.2 El ascenso de China como socio estratégico de América Latina y el Caribe 247

EPÍLOGO
El lugar de ALC: entre "Estados civilización" y "Estados continente" 255

Referencias 269

INTRODUCCIÓN

Cuando transitamos por la tercera década de este siglo XXI, se vuelven cada vez más frecuentes los análisis sobre la situación política del mundo que plantean un escenario internacional de creciente incertidumbre en donde los diagnósticos van desde la existencia de una crisis de múltiples dimensiones o "policrisis" hasta las confrontaciones geoeconómicas entre potencias y el fin del multilateralismo. O sea, un tiempo histórico caracterizado por la acumulación simultánea de crisis de distinto orden –ambientales, económicas, sociales, geopolíticas, tecnológicas e institucionales– que ya no pueden comprenderse como fenómenos aislados sino que se encuentran crecientemente conectadas y retroalimentándose entre sí, amplificando sus efectos y desestabilizando el sistema.

En este sentido, la crisis climática, la competencia geopolítica entre grandes potencias, el quiebre de la llamada globalización, la desigualdad social, la inseguridad alimentaria, las migraciones, la erosión de la legitimidad "democrática", el impacto de la llamada inteligencia artificial, entre otros fenómenos, aparecen como una permanente sumatoria de elementos que van construyendo una realidad cada vez más compleja de "gobernar", generando niveles de incertidumbre que, para muchos actores, genera angustias de consecuencias apocalípticas. Por esta razones, en 2023, el Foro Economico Mundial que reúne

a los multimillonarios del mundo (WEF, según sus siglas en inglés, y también conocido como Foro de Davos), en su informe *Global Risks Report,* orientado a las élites políticas y económicas de Occidente y sus instituciones, recogió el concepto de policrisis a fin de dar "gobernanza al riesgo" y bajar los niveles de incertidumbre entre sus socios. Para estos efectos, presentó la policrisis como una cartera de amenazas que debían gestionarse técnicamente: crisis del costo de vida, inflación, crisis energética, guerra en Ucrania, deuda, fragmentación geoeconómica, ciberseguridad, deterioro ambiental, pérdida de biodiversidad, debilitamiento de la cooperación internacional. Por lo tanto, con una gestión apropiada y flexible, los problemas se irían superando, y si ocurrían cambios, estos serían administrables (World Economic Forum, 2023). Sin embargo, en su informe de 2026, el tono era bastante más sombrío, si bien no desesperado, señalando que se había entrado en una "edad de competencia" entre las grandes potencias marcada por la confrontación geoeconómica, la fragmentación del orden internacional y la crisis del multilateralismo, en la que los Estados comenzaban a utilizar las herramientas económicas –comercio, inversión, cadenas de suministro, recursos estratégicos, sanciones, controles– como instrumentos de poder (World Economic Forum, 2026). O sea, si en 2023 el problema era la simultaneidad de crisis económicas, sociales, ambientales y geopolíticas, la situación para 2026 había empeorado puesto que la policrisis ahora se desarrollaba en un orden internacional cada vez más competitivo y menos multilateral, y por lo tanto, con menos capacidad de coordinación. Es importante tener presente que con estos informes el WEF cumple una función política, ideológica y estratégica destinada a hacer inteligible la crisis para las élites occidentales globales, identificando, clasificando y anticipando los riesgos a fin de ordenar la incertidumbre y ofrecer un marco de gobernabilidad tanto para los millonarios de Occidente como para el establishment del poder, bajo la ilusión de que van a poder seguir controlando, en gran medida, el orden mundial.

Más allá de las intenciones del WEF con sus informes, en algunos aspectos están relativamente en lo cierto, sobre todo cuando plantean un complejo tiempo de crisis que se está agudizando día tras día. Y si bien tratan de llevar tranquilidad y grados de certeza a aquellos sectores de Occidente que, por lo menos desde el fin de la Guerra Fría en adelante, administraron el poder económico-político mundial en esa edad de oro que definieron como la "globalización", lo cierto es que muchos de esos actores y sectores (o quizás todos ellos) tienen toda la razón para sentirse crecientemente angustiados en la medida en que efectivamente para ellos puede tratarse de una crisis terminal o "apocalíptica".

En este sentido, no hay lugar a dudas respecto de que estamos transitando una época histórica extraordinariamente interesante en cuanto a la evolución de las relaciones de poder a nivel mundial, en la medida en que estas están cambiando radicalmente. Evidentemente, estas relaciones, como todo fenómeno histórico, nunca han estado detenidas. Siempre están en permanente cambio y evolución, pero por un número determinado de años, décadas e incluso centurias parecen ser relativamente estables, generando procesos, relaciones e instituciones que dan cierta configuración al mundo en que se vive y donde las reglas parecen ser claras e imperecederas. Son tiempos en los que un determinado actor internacional o un grupo de actores, a raíz del poder que sustentan, logran construir un orden determinado, de acuerdo a sus intereses y visión de mundo, en lo que todo parece funcionar perfectamente al punto que los otros actores, más débiles o subordinados, no sólo terminan aceptándolo, sino que se benefician de él en la medida en que lo conocen y se adecúan a sus reglas.

Pensemos, por ejemplo, cuando los romanos lograron el predominio absoluto en el Mediterráneo, después de la victoria de Octavio sobre Marco Antonio y Cleopatra en Actium (30 a.C.) y la posterior anexión de Egipto como provincia romana, transformando este mar en una suerte de lago interior o *mare nostrum*, llevando la pax romana a toda la región. No sólo Roma se benefició de esta situación, otros actores ribereños sometidos y vasallos también lo hicieron, como griegos, egipcios y fenicios, entre otros. De igual forma, si pensamos en un ciudadano romano culto promedio del siglo I d.C., o sea un patricio típico haciendo planes para un mayor enriquecimiento personal y con serias aspiraciones de conseguir más gloria y poder para él y su familia, jamás se habría imaginado que trecientos o cuatrocientos años más tarde, ese mundo glorioso en el que vivía y que tan grandes oportunidades le brindaba se iba a desmoronar hasta desaparecer cuando el Imperio romano de Occidente cayó el 476 d.C. Sin embargo, un descendiente directo de ese dichoso patricio que estuviera viviendo en el año 455 d.C., después de que Roma, la ciudad eterna, hubiera sido saqueada por segunda vez por los "bárbaros" dirigidos por Genserico, probablemente creería que estaba viviendo tiempos apocalípticos, y sin duda estaría en lo cierto. La historia nos dice que la segunda mitad del siglo V fue el "apocalipsis" para el Imperio romano de Occidente y para todos aquellos que habían gozado de su poder y esplendor, sin embargo, para los bárbaros que saqueaban Roma por segunda vez, se trataba de tiempos fabulosos, llenos de oportunidades y beneficios. Y es probable que cuando salían de los templos de Júpiter y Minerva, o de las ya existentes basílicas católicas, repletos de oro, joyas y tesoros, seguramente se consideraban bendecidos por Dios (en este caso se

trataba de bárbaros cristianos arrianos). Por lo tanto, que un tiempo sea considerado de crisis, incertidumbre, angustias o peligros, o tiempos fantásticos y llenos de oportunidades siempre va a ser un fenómeno relativo, y su apreciación, finalmente, dependerá de dos grandes factores: el lugar en la ecuación del poder donde uno se encuentre situado y si realmente entiende qué es lo que está ocurriendo.

Así, frente a estos tiempos de crisis, si estamos de acuerdo con este diagnóstico, las verdaderas preguntas a realizar son: ¿qué tipo de crisis realmente estamos viviendo?, y ¿cómo esta situación me afecta a mí y a mi gente?

Estas son las preguntas que orientaron las investigaciones que dan origen a este libro y sobre las cuales entregamos algunas respuestas, a la vez que dejamos planteadas otras. Por cierto, es importante advertir que no es una obra inocente. Por el contrario, está escrita desde una perspectiva situada geográfica, histórica y socialmente. En este sentido, está escrita desde la perspectiva de un académico latinoamericano que se preguntó ¿cuál es la situación de América Latina y el Caribe (ALC) en los actuales tiempos históricos por los que atraviesa el orden mundial? ¿Qué se debe hacer para que la región salga fortalecida y no debilitada de esta situación en cuanto a la defensa de sus intereses y los de sus pueblos?

Bajo esta perspectiva, lo primero que debemos tener claro, cuando analizamos la situación política a nivel mundial –o sea las relaciones de poder–, es que efectivamente estamos atravesando por un tiempo histórico caracterizado por el desenvolvimiento de un enorme y radical cambio que por su envergadura y significado tiene consecuencias múltiples y variadas, trastocando y poniendo de cabeza una "realidad" que se daba por permanente. De aquí, entonces, si podemos hablar de una gran crisis, esta se caracteriza por el fin de 500 años de predominio Occidental en las relaciones de poder mundial.

En otras palabras, nos referimos al fin de ese predominio que comenzó a tomar forma cuando, desde la segunda mitad del siglo XV en adelante, las monarquías ibéricas buscaron romper su dependencia de las rutas tradicionales de comercio que conectaban Europa con Asia, cada vez más condicionadas por intermediarios mediterráneos (venecianos, árabes, otros), y particularmente por el ascenso del poder turco-otomano en el Mediterráneo oriental, tras la toma de Constantinopla en 1453. Este hecho, la caída del Imperio romano de Oriente, simbolizó para Europa occidental un importante problema geopolítico, como era el avance de un poder musulmán, y por lo tanto no cristiano, que controlaba zonas estratégicas del comercio euroasiático, como la tradicional Ruta de la Seda. Esta situación,

entre otros aspectos, implicó una intensificación de los costos, riesgos e intermediaciones del comercio entre Europa y Asia, frente a lo cual portugueses y castellanos, ya impregnados de un espíritu capitalista mercantil, impulsaron la búsqueda y establecimiento de rutas marítimas alternativas que les permitieran acceder directamente a las mercancías asiáticas. Ese movimiento abrió paso no solo al comercio oceánico, sino también a la conquista, colonización y subordinación de vastos territorios y pueblos no europeos, moldeando nuestro mundo actual.

En este sentido, los viajes europeos de exploración y conquista iniciados a fines del siglo XV fueron el punto de partida de un amplio proceso histórico: la expansión mundial del poder europeo, y posteriormente occidental –cuando se incorporó Estados Unidos–. Por medio de las primeras expediciones portuguesas y castellanas hacia África, América y Asia, Europa comenzó a proyectar su poder más allá de sus límites continentales y a construir redes oceánicas de comercio, dominación territorial, extracción de recursos, evangelización y control político.

Por cierto, este proceso no fue lineal o carente de conflictos. Sin embargo, dentro de una perspectiva histórica de larga duración, puede observarse una tendencia persistente: desde los siglos XV y XVI, Europa fue ampliando progresivamente su presencia en el mundo, primero mediante enclaves comerciales y conquistas territoriales, luego mediante imperios coloniales, y más tarde a través de formas económicas, financieras, militares, jurídicas y culturales de dominación global.

La conquista de América, el tráfico atlántico de esclavos, la colonización de África y Asia, el control de rutas marítimas, la formación de compañías comerciales privilegiadas, la acumulación de metales preciosos y el desarrollo del capitalismo mercantil constituyeron momentos fundamentales de esta primera expansión. Con el tiempo, ese poder se profundizó mediante la Revolución Industrial, que otorgó a Europa una superioridad tecnológica, militar y productiva decisiva. Durante el siglo XIX, especialmente bajo la hegemonía británica y la progresiva integración de Estados Unidos a esa "fraternidad" de europeos conquistadores y dominantes, la supremacía occidental alcanzó una escala planetaria: el comercio mundial, las finanzas, los mares, los territorios coloniales y las normas de la economía internacional quedaron crecientemente organizados en función de los intereses de Occidente y sus potencias.

Por cierto, la cúspide de ese proceso ya no correspondió estrictamente a Europa, sino a Estados Unidos. Tras las dos guerras mundiales del siglo XX, Europa quedó debilitada, sus imperios coloniales

comenzaron a desmoronarse y el centro de gravedad del poder occidental se desplazó hacia la América del Norte anglosajona. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos emergió como la gran potencia hegemónica del mundo occidental. Su superioridad económica, militar, financiera, tecnológica y cultural le permitió organizar un nuevo orden internacional basado en instituciones como las Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el GATT, posteriormente la OMC, y la OTAN. Este orden, conocido como orden liberal internacional, proyectó a escala global principios asociados al liberalismo: capitalismo, libre comercio, economía de mercado, multilateralismo institucional, democracia liberal, derechos humanos y control estadounidense.

De esta forma, la hegemonía estadounidense de posguerra puede entenderse como la expresión más avanzada y globalizada del largo proceso de expansión occidental iniciado cinco siglos antes. A su vez, el fin de la Guerra Fría, en 1991, pareció confirmar la coronación histórica de este proceso. Con la desaparición de la Unión Soviética y el derrumbe del comunismo como alternativa sistémica al orden liberal-capitalista, las élites occidentales interpretaron que el liberalismo, un "producto" netamente occidental, había vencido definitivamente a sus grandes rivales ideológicos del siglo XX: el fascismo y el comunismo. La tesis del "fin de la historia", formulada por Francis Fukuyama (1992), expresó precisamente ese optimista clima intelectual: la convicción de que la democracia liberal y la economía capitalista de mercado constituían el peldaño final de la evolución político-económica de la humanidad.

Pues bien, tres décadas después del fin de la Guerra Fría, el optimismo inicial expresado en la creencia del "fin de la historia", ha dado paso a un creciente pesimismo y sentimiento de descalabro generalizado al interior del establishment del poder occidental respecto de un orden mundial, político, económico y social que parecía haber alcanzado su perfección con la globalización. Por una parte, el meteórico ascenso de China en términos económicos y políticos y, por otra parte, la llegada de un sujeto como Donald Trump a la Casa Blanca, puso a muchos de estos actores a hablar primero de policrisis y posteriormente de un tiempo de competencia geoeconómica y fragmentación del orden internacional. Y, por cierto, la angustia que manifiesta este tipo de diagnósticos, en donde lo que prima es un creciente sentimiento de temor e incertidumbre, está plenamente justificado en sus casos.

Tanto el ascenso de China como la figura presidencial de Trump son sólo la expresión más visible de un fenómeno mayor: el cambio histórico estructural en las relaciones de poder mundial. Trump es el

resultado de la profunda e irreversible crisis social, económica y política en que se encuentra la potencia norteamericana que vive la etapa final de su declinación como potencia hegemónica del planeta. A su vez, esta declinación de Estados Unidos es solo la punta de iceberg de un cambio mucho mayor: el fin de 500 años de supremacía occidental. Es Occidente el que ha llegado a su fin en términos del poder hegemónico sistémico que comenzó a mediados del siglo XV. De la misma forma, el impresionante y extraordinario desarrollo y crecimiento económico-científico de China –que en 35 años consiguió un nivel desarrollo que a las principales potencias occidentales les tomó 250 años– y su creciente empoderamiento como actor principal en el escenario internacional, solo es la parte más visible de un fenómeno mayor: es toda Asia la que está emergiendo como foco principal de poder y supremacía mundial. Es literalmente Oriente el que ha comenzado a opacar y a superar a Occidente.

Por cierto, uno de los grandes inconvenientes que presentan estos tiempos de importantes cambios en las relaciones de poder en el orden mundial es que, según lo demuestra toda la evidencia histórica, son largos, complejos, caóticos y en extremo violentos. Todos los procesos de cambios anteriores relativamente similares que se han estudiado implican algún tipo de guerra mundial en la medida que involucran a los principales actores del sistema, cuestión que no es menor en la actualidad, cuando el planeta está total y absolutamente interconectado e interdependiente, y además existen las armas nucleares y de destrucción masiva.

Sin embargo, no estamos diciendo que vayamos irremediablemente a una suerte de guerra nuclear del fin mundo, solo estamos señalando que son tiempos complejos y que, en la medida en que más entendamos su real significado, identifiquemos qué es lo que está realmente en juego y cómo son las correlaciones de fuerza que se enfrentan, podremos hacerle frente de la mejor forma posible e incluso salir beneficiados de esta situación. Esta es la otra regla histórica que también se repite una y otra vez en situaciones similares: por críticos que se presenten estos tiempos, nunca se trata de un "apocalipsis" universal, solo lo es para algunos.

Buscando dilucidar los desafíos y oportunidades que estos tiempos de cambio y transición estructural implican para ALC, presentamos esta obra que es el resultado de años de investigación sistemática.

ALGUNOS CONCEPTOS CLAVES UTILIZADOS:

Establishment del poder: Vamos a entender por *establishment del poder* al conjunto relativamente estable de élites, instituciones, redes de influencia y grupos de poder que ocupan posiciones dominantes dentro de un orden político, económico y cultural, y que participan en la definición, reproducción y defensa de sus principales reglas, intereses, valores y orientaciones estratégicas. Fundamentalmente nos basamos en C. Wright Mills, cuando planteó que la élite del poder estadounidense estaba compuesta por una minoría situada en la cúspide de las grandes corporaciones, el Estado federal y el aparato militar. Su poder derivaba de ocupar posiciones estratégicas en instituciones capaces de tomar decisiones de alcance nacional e internacional. Esta élite se caracterizaba por su cohesión social, su circulación entre cargos públicos y privados, su visión compartida del mundo, su capacidad de decidir sobre cuestiones fundamentales –como la guerra, la economía y la política exterior– y su relativa autonomía frente al control democrático de la ciudadanía (Mills, 1956).

Occidente: En términos geopolíticos y civilizatorios, se entiende por Occidente la formación histórica, cultural, económica y estratégica surgida de Europa occidental, expandida globalmente desde inicios de la modernidad en adelante y actualmente articulada en torno al eje euroatlántico, con Estados Unidos como potencia central desde mediados del siglo XX. Su identidad combina la herencia grecorromana y cristiana, la modernidad ilustrada, el capitalismo, el empoderamineto de la burguesía como clase dominante, el Estado-nación, la ciencia moderna y la pretensión universalista de sus valores e instituciones. Por lo tanto, no es solo una región geográfica, sino que es también un proyecto histórico de poder, una tradición civilizatoria y un bloque geopolítico organizado en torno al liderazgo estadounidense y al orden liberal-capitalista.

Orden mundial: Por orden mundial se entiende la configuración histórica mediante la cual se organiza el poder internacional en una época determinada. Este orden comprende la distribución del poder entre Estados y bloques, las instituciones que regulan la cooperación y el conflicto, las normas que legitiman la autoridad, las jerarquías entre centro y periferia, y los mecanismos de gobernabilidad que permiten estabilizar el sistema internacional. En este sentido, un orden mundial no es simplemente un conjunto de reglas formales, sino una estructura de poder material, institucional e ideológica que expresa la correlación de fuerzas dominante en el sistema internacional. Por

lo tanto, mientras el sistema internacional puede entenderse como el conjunto de Estados y otros actores que interactúan entre sí, el orden mundial remite a la forma específica en que dicho sistema se organiza, en un momento histórico determinado, a partir de determinadas relaciones de poder, jerarquías, reglas, instituciones y principios de legitimidad.

INDICE DE SIGLAS

ALC: América Latina y el Caribe
BID: Banco Interamericano der Desarrollo
BM: Banco Mundial
BRICS: Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica
CEPAL: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
CELAC: Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños.
FMI: Fondo Monetario Internacional
MNOAL: Movimiento de Países No Alineados
NOEI: Nuevo Orden Económico Internacional
OMC: Organización Mundial de Comercio
OCDE: Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos
ONU: Organización de las Naciones Unidas
OTAN: Organización del Atlántico Norte
PNAC: Project for the New American Century (Proyecto para el Nuevo Siglo Americano)
SELA: Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe
SIPRI: Stockholm International Peace Research Institute (Instituto Internacional de Estocolmo para la Investigación de la Paz)
UE: Unión Europea
UNCTAD: United Nations Conference on Trade and Development (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo)
UNASUR: Unión de Naciones Suramericanas.
WEF: World Economic Forum (Foro Económico Mundial)

PRIMERA PARTE

CICLO HEGEMÓNICO ESTADOUNIDENSE

1

HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE Y ORDEN LIBERAL INTERNACIONAL

Cuando se estudia la evolución histórica de las relaciones de poder en el orden mundial es recurrente que los Estados que en un momento determinado son los más poderosos, tanto económica como militarmente, o se sienten los más poderosos, buscan controlar y dirigir todo el sistema a fin de que este sirva a sus intereses. Como bien señaló Robert Gilpin:

> En todo sistema internacional las potencias dominantes en la jerarquía internacional de poder y prestigio organizan y controlan los procesos de interacción entre los elementos del sistema (...). Estos estados dominantes han tratado de ejercer control sobre el sistema para promover sus propios intereses (…). En todo sistema social, los actores dominantes hacen valer sus derechos e imponen reglas a los miembros menores para promover sus intereses particulares (Gilpin, 1981, pp. 29-36).

En otras palabras, el Estado más poderoso, "definido por su posesión de poder material [económico-militar], tiene ventaja sobre el resto de los Estados" (Ashraf, 2023, p. 412), lo que le va a permitir ejercer el control y dominación sobre el sistema de Estados en que se halle inserto, y esta acción la ejerce porque busca maximizar y privilegiar sus intereses. Esta conducta ha

sido una constante en la historia política, ya se trate del Imperio romano, chino, británico o inca, entre muchos otros ejemplos que podríamos mencionar.

Es importante destacar que, para ejercer este control y establecer una supremacía perdurable, el Estado más poderoso buscará que el resto de los actores subordinados y sometidos a su poder acepte esta situación como correcta, normal y lógica. Para ello buscará insertar y normalizar en la conciencia de los sometidos su propio sistema de creencias y valores, o sea su ideología y visión de mundo, a fin de que aquellos que quedan bajo su poder no sea vean a sí mismos como sometidos y subyugados, sino que asuman esos valores como propios, y de esta forma no cuestionen el poder que se ejerce sobre ellos al considerarlo normal. Así, el sometido aceptará el liderazgo y dominio del poderoso de manera voluntaria en la medida en que lo entiende como un fenómeno natural y evidente (ya se argumente que se trata de un "mandato divino", o que son los valores propios de "la civilización" y el "progreso", etc.) y, por lo tanto, beneficioso para todos, dominantes y dominados. En los estudios sobre relaciones de poder en la política mundial, generalmente se define este fenómeno con el concepto de hegemonía, en donde el Estado más poderoso, a fin de mantener y sostener su poder en el tiempo, requiere necesariamente del consentimiento y aceptación por parte de los pueblos y Estados subordinados o sometidos, a fin de reducir el uso de la fuerza al mínimo necesario, dado que su uso siempre implicará un mayor gasto de energía y el riesgo de avivar el rencor de los sometidos y de incentivar sus intentos de insubordinación.

El origen de este concepto de hegemonía se encuentra en la Grecia antigua, donde significaba mando supremo o supremacía. Implicaba el ejercicio de la autoridad y el control diplomático y militar que se concedía a una ciudad-estado, tanto por su experiencia bélica como por su valentía, por parte de las otras ciudades-estado. El ejemplo clásico ocurre con las guerras contra los persas a mediados del siglo VI a.C., cuando la mayoría de las polis griegas se subordinaron al liderazgo de Esparta. Para los griegos, la hegemonía podía ser impuesta por la fuerza por parte del estado más fuerte, tanto como ser una sumisión voluntaria por parte de las polis subordinadas. En el siglo XIX los imperios europeos recuperaron este concepto para entender y explicar las relaciones de subordinación estatal que se daban en sus relaciones de poder (Wikinson, 2008). Posteriormente, en la primera mitad del siglo XX (entre 1929 y 1935), las reflexiones de Antonio Gramsci dieron un nuevo giro a este término, que será determinante para entender cómo se asume actualmente en los estudios de poder, al proponer la

noción de hegemonía cultural para explicar que la dominación de una clase social sobre otra no se sostiene exclusivamente mediante la coerción o la fuerza física del Estado, sino a través de la dirección ideológica y el consenso. Bajo esta perspectiva, la clase gobernante o dominante logra universalizar su propia visión del mundo, sus valores morales y sus principios culturales, transformándolos en el sentido común de la sociedad. Como resultado, los sectores subordinados asimilan y reproducen de manera voluntaria el orden social que los oprime, al percibirlo como una realidad natural, legítima e inevitable, lo que neutraliza la resistencia y consolida la estabilidad del sistema sin necesidad de recurrir de forma constante a la violencia institucional (Gramsci, 1971, 2013).

De manera más contemporánea, en los años setenta del siglo XX, Immanuel Wallerstein incorporó este concepto gramsciano de hegemonía en los estudios de poder en el orden internacional cuando desarrolló su Teoría de los Sistemas Mundo. Al respecto va a plantear que en el moderno Sistema-Mundo capitalista, o sea aquel que se conformó a partir de 1450 en adelante, estructurado en torno al desarrollo del capitalismo y que ha durado hasta el presente, siempre ha existido un Estado que logró establecer su hegemonía al conjunto del Sistema, aunque por periodos de tiempo limitados.[1] Y en el momento que

1 La Teoría del Sistema-Mundo fue fundada por Immanuel Wallerstein (1974), influenciado decisivamente por Fernand Braudel y por la tradición marxista –especialmente en su análisis del capitalismo histórico–, y desarrollada en diálogo con Giovanni Arrighi. Incorpora también contribuciones provenientes de la Teoría de la Dependencia latinoamericana, especialmente de André Gunder Frank, Samir Amin y Teotônio dos Santos, quienes a su vez recogieron el modelo centro-periferia de la tradición cepalina. El Sistema-Mundo es una categoría de análisis que trasciende el espacio de los estado-nación, para enfocarse en un análisis que integra toda una zona geográfico- temporal que atraviesa múltiples políticas y culturas, integra actividades e instituciones (como los estados-nación) que obedecen a ciertas reglas sistémicas. La regla sistémica del Moderno-Sistema Mundo, o sea desde 1450 en adelante, es que se estructura en torno a lo que Wallerstein denomina –haciéndose deudor de Braudel– la economía-mundo capitalista, surgida en el "largo siglo XVI" (1450-1640) y que perdura hasta el presente, la cual constituye una economía orientada a la acumulación incesante de capital. La economía-mundo no es sinónimo de economía mundial, sino que se refiere a un amplio espacio geográfico que funciona como un mundo en sí mismo, dentro de la cual existe una división del trabajo y por lo tanto un intercambio significativo de bienes básicos o esenciales, así como un flujo de capital y trabajo. Tuvo su génesis en el mundo del Mediterráneo de mediados del siglo XVI desde donde se fue ampliando progresivamente hasta hacerse verdaderamente mundial, abarcando a todo el planeta, hacia 1900. La acumulación incesante de capital ocurre básicamente por un doble proceso de explotación. Por una parte, opera la contradicción entre burguesía y proletariado tal como la definió Marx: la burguesía, como propietaria del capital, basa su acumulación en la explotación

impone su hegemonía, debido a que es el más fuerte del sistema, pasa a ser denominado hegemón. O sea, el hegemón es el que ha sido capaz "de imponer su conjunto de reglas al sistema interestatal y crear así un orden político mundial como le parezca prudente" (Wallerstein, 2014, p. XXIII). En otras palabras, los Estados que se transforman en hegemónicos o hegemones son aquellos que

> por un periodo determinado fueron capaces de establecer las reglas del juego en el sistema interestatal, en dominar la economía-mundo (en producción, comercio y finanzas), en obtener sus objetivos políticos con un uso mínimo de la fuerza militar (de la cual contaban en abundancia), y en formular el lenguaje cultural mediante el cual se discutía el mundo (Wallerstein, 2010, pp. 83-84).

---

del trabajo asalariado del proletariado. Por otra parte, existe una explotación de carácter geográfico-económico, mediante la cual el Centro explota a la Periferia y a la Semiperiferia. El Centro es donde radica el poder y se refiere a las potencias europeas que iniciaron su proceso de expansión y conquista en la segunda mitad del siglo XV, impulsadas por un espíritu capitalista mercantil. En el Centro es donde reside y/o de donde proviene la burguesía dominante y expansiva; aquí la producción es más moderna, avanzada, tecnificada, industrializada y diversa, el trabajo es asalariado y es donde se concentran los monopolios productivos y financieros. La Periferia, en cambio, se constituyó por las colonias y territorios conquistados por el Centro, caracterizándose por trabajo forzado y esclavizado orientado a economías de plantación y minería destinada a abastecer a los mercados del centro. Posteriormente, cuando las colonias se independizaron, siguieron en condición de países de la Periferia con economías dedicadas a exportación de materias primas y mano de obra de bajo costo, con escaso control sobre su comercio y alta dependencia respecto del Centro. A su vez, el Centro incorporó a la América del Norte anglosajona. La semiperiferia o zonas intermedias van a ser áreas que combinan algunas características propias del centro (como una economía relativamente industrializada, bancos, relativo desarrollo tecnológico), con rasgos de la periferia (explotación de mano de obra barata, producción primaria o manufactura de baja tecnología). Los países semiperiféricos pueden ascender al centro o descender a la periferia, por ejemplo, Corea del Sur que transitó de país subdesarrollado a país desarrollado. Además, los países semiperifericos son explotados por el centro, pero a la vez explotan a la periferia. Bajo este criterio, la economía-mundo capitalista se debe entender como un Sistema histórico que tiene su génesis en la Europa de finales del siglo XV, desde donde comenzara a expandirse geográficamente hasta cubrir todo el globo hacia finales del siglo XIX. Opera en un sistema interestatal, de Estados-nación modernos. Cada Estado puede ser soberano y responder a distintos tipos de regímenes políticos, pero todos están unidos por la economía-mundo capitalista. De esta forma, el sistema interestatal permite la organización del proceso de explotación y acumulación de capital entre Centros, Periferias y Semiperiferias.

Por lo tanto, el ejercicio de la preponderancia y supremacía en todo el sistema vía hegemonía que realiza el Estado más poderoso del sistema no depende únicamente de su capacidad militar-coercitiva, sino que es fundamental la asimilación y aceptación de su cosmovisión por parte de los dominados que deben entenderla como propia, para lo cual el Estado más poderoso presentará sus valores como universales.

Cabe señalar que mientras algunos autores hablan de hegemonía (como en nuestro caso), otros autores, básicamente del mainstream académico anglosajón, prefieren hablar de "poder blando" para describir el mismo fenómeno. Al respecto, fue el estadounidense Joseph Nye quien propuso el concepto de poder blando, refiriéndose al poder hegemónico de Estados Unidos y la necesidad de sostenerlo en el tiempo, ya que consideraba que hegemonía era un concepto ambiguo, demasiado cargado ideológicamente y poco preciso, por lo cual él prefería los conceptos de primacía, preeminencia o simplemente poder y liderazgo (Nye, 2003). En este sentido, argumentó que entre los recursos de poder de una potencia para imponerse sobre las demás, figuran su poder duro, o sea el poder militar y el económico, y su poder blando, entendido como la capacidad del Estado para conseguir sus intereses por medio de la atracción en lugar de la coerción, y donde el atractivo que ejercen su cultura e ideales políticos juega un papel fundamental. O sea, si el Estado que busca imponerse consigue que su cultura y sus ideales políticos sean admirados y asumidos como propios por los otros Estados, entonces va a poder ejercer la primacía y preeminencia que persigue –imponer su interés– en el sistema de Estados a un costo mucho más bajo que con el simple uso de su poder duro, y además le permitirá un control más duradero. "El poder blando es la capacidad de conseguir lo que se desea mediante la atracción, en lugar de la coerción o el pago. Cuando se logra que otros deseen lo mismo que uno quiere, no es necesario gastar tanto en incentivos para persuadirlos", afirma Nye (2004, p. 256).

Sin embargo, al analizar los sentidos de los conceptos de hegemonía que estamos utilizando y el de poder blando propuesto por Nye, observamos que, aunque son bastante similares, este último no logra sustituir adecuadamente al primero. De hecho, la definición de poder blando –entendido como atracción cultural e ideológica– describe precisamente uno de los mecanismos clásicos de la hegemonía cultural definida por Gramsci, es decir, el consentimiento y la internalización, por parte de los subordinados, de intereses ajenos –el de los dominadores– como propios. Cuando Nye acusa al concepto de hegemonía de estar demasiado cargado

ideológicamente, se está refiriendo a que comúnmente son los teóricos críticos quienes más lo han utilizado. Sin embargo, él, como gran defensor del establishment del poder estadounidense, precisamente buscó un concepto sustituto a fin de no ser tachado de "critico", dado que su principal motivación como académico fue el permanente fortalecimiento de la supremacía mundial de Estados Unidos. En otras palabras, como teórico actuó ideológicamente. Sin embargo, el concepto de poder blando en sí no propone nada nuevo y tampoco enriquece el de hegemonía, sino que se entiende como parte de la permanente lucha de ideas que ocurre en la geopolítica del conocimiento entre dominantes y dominados y que es un aspecto determinante en la lucha por el poder.

Volviendo a Wallerstein, como todo poder de un Estado finalmente descansa en su capacidad económica, lograr la hegemonía en el sistema "exige [al candidato a hegemón] la capacidad de dejar atrás en producción y ventas a los principales rivales en su propio territorio. Requiere también un conjunto de estructuras fundamentalmente políticas para afianzar la ventaja económica y hacerla marchar sobre ruedas" (Wallerstein, 2007, p. 40). O sea, el hegemón es aquel Estado que se hizo más fuerte económicamente porque, en la lucha permanente por el control de los mercados, logró superar a los demás, sobre todo por medio de una mejor tecnología (tanto productiva como organizacional y militar), lo que le permite desplazar del mercado a sus rivales.

Evidentemente, los hegemones no son eternos, sino que son parte de un ciclo, o sea, tienen inicio, apogeo, declive y fin. Únicamente cuanto están en la cúspide de su poder o apogeo, se transforman en hegemones del sistema. De acuerdo con Wallerstein (2010, 2014), desde el siglo XVI al presente, sólo habrían ocurrido tres ciclos hegemónicos, con sus respectivos hegemones. El primero fue el imperio neerlandés o Países Bajos, cuyo ciclo va desde fines del siglo XVI hasta inicios del XVIII, ocurriendo su apogeo entre 1620 y 1672. El ciclo neerlandés será reemplazado por el ciclo del Imperio Británico, que iría desde inicios del siglo XVII hasta fines del siglo XIX e inicios del XX, siendo su apogeo entre 1815 y 1873. Finalmente, vendría el ciclo hegemónico estadounidense, cuyo inicio sería a fines del siglo XIX, iniciando su declive en los años 70 del siglo XX, siendo su apogeo entre 1945 y 1970 (esto se profundiza en el apartado 10.2).

Imagen 1. Ciclos hegemónicos de Wallerstein

Fuente: Morales Ruvalcaba, 2018, p. 457

Cabe destacar que no pocos autores señalan que todo el siglo XX fue un siglo americano dado que los estadounidenses, al momento del estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, eran la mayor potencia industrial del momento y para 1918 ya se encontraban totalmente consolidados como la primera potencia económica, financiera e industrial del planeta desplazando a un muy segundo lugar al Imperio Británico, y esta situación solo se acentuó en los años siguientes (Kindleberger, 1973; Bairoch, 1995; Maddison, 2001, Nye, 2015). Sin embargo, considerar todo el siglo XX como un siglo americano es equívoco ya que es únicamente tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, cuando Estados Unidos se transformó en la potencia hegemónica del sistema. Esto nos señala que la supremacía económica e industrial por sí solas no son suficientes para asumir el papel de hegemón y dictar las reglas del juego al conjunto del sistema. Es claro que estas características son imprescindibles, pero es necesario que, además, el establishment del poder de ese Estado presente la voluntad política por controlar y

dominar el sistema en función de sus intereses, o sea, es necesario que haya madurado en ellos la voluntad de poder global. Y, según la evidencia histórica, estos procesos –ser la mayor economía del sistema y tener la voluntad política de su control– no serían ni automáticos ni simultáneos. Como bien observó Paul Kennedy, en su estudio sobre el auge y caída de las grandes potencias o imperios, "existe un «intervalo» considerable entre la trayectoria del poder económico relativo de un Estado y la trayectoria de su influencia militar-territorial" (Kennedy, 2004, p. 21). Y si bien Estados Unidos llevaba décadas siendo la mayor potencia económico industrial del mundo, únicamente es tras el término de la Segunda Guerra Mundial cuando la "pax americana" alcanzó "la mayoría de edad", lo que les permitió construir "un nuevo orden mundial beneficioso para las necesidades del capitalismo occidental, y desde luego para los Estados capitalistas occidentales más florecientes" (Kennedy, 2004, pp. 560-564).

1.1 WOODROW WILSON Y EL PRIMER INTENTO POR ESTABLECER UNA HEGEMONÍA LIBERAL

En 1917, el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, planteó no solo la necesidad de involucrar al país en la Primera Guerra Mundial en apoyo del bando de la Triple Entente (Gran Bretaña, Francia y Rusia), sino también la de reconstruir el sistema internacional bajo principios liberales. En este sentido, Wilson era un típico representante de la clase política liberal decimonónica de Estados Unidos, es decir, "compartía plenamente y justificaba religiosamente la creencia tradicional estadounidense de que la providencia había escogido a su nación para mostrar a otros pueblos cómo deben caminar por las sendas de la libertad" (Herring, 2017, p. 81). Por este motivo, enfrentado a la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias, entre ellas el triunfo de los bolcheviques marxistas en Rusia, a los que detestaba profundamente, se lanzó a una suerte de cruzada personal para conseguir un plan de paz y una institucionalidad internacional que reflejase los ideales liberales estadounidenses y transformar a Estados Unidos en el hegemón del sistema.

Apoyando a los sectores internacionalistas del Congreso de Estados Unidos, que "insistían en que el modo de vida estadounidense sólo podía preservarse mediante una participación activa y permanente en la política mundial", Wilson los convenció sobre su obligación de intervenir en la guerra europea, dado que no podían negarse a desempeñar el "gran papel en el mundo que le había sido providencialmente asignado" (Herring, 2017, pp. 107-108). El 22 de

enero de 1917, planteó ante el Senado la necesidad de crear un nuevo orden mundial, que implicaba terminar con la doctrina europea del equilibrio de poder y sustituirla por una "comunidad de poder" que reconociera la igualdad de las naciones, sin importar su tamaño y donde ninguna podría imponer su autoridad sobre otra. Además, se debía garantizar la libertad de los mares, limitar los armamentos y asegurar el derecho de todos los pueblos a formar su propio gobierno. Y, por cierto, esta comunidad de poder sería liderada por Estados Unidos y su forma de entender el mundo, para lo cual se debía crear una organización internacional que bajo estos principios asegurara la paz mundial (Herring, 2017, p. 108). Semanas más tarde, en abril de 1917, cuando solicitaba al Congreso la declaración de guerra a Alemania, volvió a plantear que entraban en el conflicto por principios como "la democracia, por el derecho de aquellos que se someten a la autoridad a tener voz en sus propios gobiernos, por los derechos y libertades de las naciones pequeñas, por un dominio universal del derecho mediante un concierto de personas libres que traiga paz y seguridad a todas las naciones y haga que el mundo sea por fin libre" (Herring, 2017, p. 111).

De la misma forma, antes de que el conflicto terminara, Wilson propuso un plan de paz con sus famosos Catorce Puntos, en donde también llamó a crear una asociación general de naciones para garantizar la seguridad colectiva y la paz mundial, y que, en 1919, con el Tratado de Versalles, se concretó como Liga de las Naciones.[2]

La propuesta de los Catorce Puntos era "un programa de paz liberal para remodelar el mundo de la posguerra", basado en la creencia de Wilson de que la guerra europea era la gran "oportunidad de liderazgo mundial para la que los estadounidenses se habían estado preparando desde el nacimiento de la nación" (Herring, 2017, p. 112).

---

2 Los Catorce Puntos se refieren al plan que Woodrow Wilson presentó ante el Congreso de Estados Unidos el 8 de enero de 1918 como su programa de paz para poner fin a la Primera Guerra Mundial y que se convirtió en la base para las negociaciones de paz y el Tratado de Versalles: 1. Actos públicos de paz, sin diplomacia secreta; 2. Libertad absoluta de navegación en todos los mares; 3. Desaparición de las barreras económicas entre naciones; 4. Garantías para la reducción de los armamentos nacionales; 5. Ajuste imparcial de las reclamaciones coloniales, respetando a las poblaciones; 6. Evacuación del territorio ruso y derecho a su propio desarrollo; 7. Restauración de Bélgica en su plena soberanía; 8. Liberación de Francia y devolución de Alsacia-Lorena; 9. Reajuste de las fronteras italianas según el principio de nacionalidad; 10. Desarrollo autónomo para los pueblos del Imperio austrohúngaro; 11. Evacuación de Rumanía, Serbia y Montenegro, con acceso al mar para Serbia; 12. Desarrollo autónomo para las nacionalidades bajo dominio otomano y apertura de los Dardanelos; 13. Creación de un Estado polaco independiente con acceso al mar; 14. Formación de una Asociación General de Naciones (Sociedad de Naciones) (Ferrando Castro, 2018)

Pero, sobre todo, de acuerdo con Hobsbawm, Woodrow Wilson realizó esta propuesta como reacción al impacto de la Revolución Rusa dirigida por Lenin, que, tras el ascenso bolchevique al poder en octubre de 1917, llamó a una revolución socialista internacional y a la autodeterminación de los pueblos, lo que implicaba una seria amenaza a la estabilidad de las potencias occidentales. Frente a este desafío ideológico de carácter global, Wilson formuló su contraproyecto basado en la diplomacia abierta, el libre comercio y la democracia liberal. De este modo, sus Catorce Puntos operaron como el primer mecanismo de contención capitalista frente al comunismo soviético, transformando la reorganización del orden mundial pos Primera Guerra Mundial en una disputa hegemónica entre el reformismo liberal y la revolución proletaria (Hobsbawm, 1998).

Sin embargo, Wilson no fue apoyado por sus aliados europeos, así como en su propio país, fracasando amargamente en sus planes de remodelar el orden mundial. Los aliados rechazaron su plan de paz y el Congreso estadounidense, aún dominado por ideas aislacionistas, no aceptó que el país se incorporara a la Liga de las Naciones. Pero, a pesar de esta derrota, sus ideas respecto de cómo debía regirse el sistema internacional articularon "un conjunto de principios que llevarían su nombre –el wilsonismo– y que influirían en la política exterior de Estados Unidos y en la política mundial en los años venideros" (Herring, 2017, p. 112).

1.2 1945. INSTALACIÓN DEL ORDEN LIBERAL INTERNACIONAL

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos emergió con un poder industrial, económico y militar absoluto a nivel planetario, y las ambiciones de poder global ya estaban maduras en su élite gobernante. Fue en ese momento cuando consolidó su posición de preeminencia en el orden mundial, o sea, estableció su hegemonía (Wallerstein, 2005; Morales Ruvalcaba, 2017). Rescatando varios de los planteamientos del wilsonismo, rediseñó el sistema y su institucionalidad de acuerdo a su cosmovisión liberal-occidental:

> Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y sus aliados organizaron un orden internacional poliédrico y expansivo, construido en torno al aperturismo económico, las instituciones multilaterales, la cooperación en la seguridad y la solidaridad democrática. Durante este período, Estados Unidos se convirtió en el "ciudadano prominente" de este orden, proporcionando un liderazgo hegemónico –afianzando las alianzas,

> estabilizando la economía mundial, fomentando la cooperación y abogando por los valores del "mundo libre"–. Europa Occidental y Japón emergieron como aliados fundamentales, que fiaron su seguridad y su destino económico a este orden liberal ampliado (Ikenberry, 2018, p. 30).

Como bien señala Robert Cox, "la hegemonía mundial se expresa con normas universales, instituciones y mecanismos que establecen reglas generales de comportamiento para los estados y para aquellas fuerzas de la sociedad civil que actúan más allá de las fronteras nacionales" (Cox, 2016, p. 149). Para esto, los hegemones crean su propia organización internacional por medio de la que ejercen su hegemonía y expresan su ideología. Esta organización internacional propia reúne una serie de características necesarias para sostener el poder dominante sobre el sistema:

1) representan las reglas que facilitan la expansión de los órdenes hegemónicos mundiales;
2) son en sí mismas el producto del orden hegemónico mundial;
3) legitiman ideológicamente las normas del orden hegemónico mundial;
4) incorporan a las élites de países periféricos, y
5) absorben ideas contra-hegemónicas (Cox, 2016, p. 149).

Por lo tanto, para concretar todos estos objetivos, Estados Unidos creó un orden sustentado teóricamente en el liberalismo, bajo un discurso ideológico que pregonaba los "mercados abiertos, instituciones internacionales, seguridad cooperativa, comunidad democrática, cambio progresivo, resolución colectiva de problemas, soberanía compartida y estado de derecho" (Ikenberry, 2011, p. 36).

De esta forma se creó lo que en la actualidad se denomina el Orden Liberal Internacional, o sea, el conjunto de instituciones, normas y prácticas construido después de 1945 bajo la hegemonía estadounidense, orientado a organizar la política mundial mediante reglas multilaterales, apertura económica, cooperación institucional, seguridad colectiva y promoción de principios liberales como la democracia constitucional. Para ello, se articuló en torno a cinco pilares fundamentales:

a) el multilateralismo institucional, donde la Organización de las Naciones Unidas, creada en 1945, simbolizó su arquitectura general;
b) la apertura económica internacional, institucionalizada a través del sistema de Bretton Woods, con la creación del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, y posteriormente mediante el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio –GATT–, transformado en 1995 en la Organización Mundial del Comercio;

c) la seguridad colectiva y el sistema de alianzas, mediante el cual el orden liberal combinó normas jurídicas con poder militar organizado, como la creación de la OTAN en 1949, entre otras alianzas;
d) la promoción de la democracia liberal y del estado de derecho según se entendía en los países capitalistas occidentales desarrollados;
e) la internacionalización de los derechos humanos por medio de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948.

Esta fue la forma específica por medio de la cual Estados Unidos ejerció su hegemonía en el sistema, buscando proyectar, estabilizar y legitimar su liderazgo. En este sentido, a diferencia de las hegemonías anteriores, ejercidas por neerlandeses y británicos, la hegemonía estadounidense se expresó menos como dominación imperial directa y más como una conducción institucionalizada del sistema internacional, en la cual el poder norteamericano quedó articulado con reglas multilaterales, apertura de mercados, alianzas estratégicas y discursos universalistas sobre la democracia liberal, el estado de derecho y los derechos humanos. Por cierto, todo sustentado en la absoluta supremacía militar y económica de Estados Unidos (se profundiza en el capítulo 8).

1.3. COMUNISMO SOVIÉTICO: UN "INCONVENIENTE" MUY CONVENIENTE

Es cierto que, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, seguía existiendo una porción del planeta que, tras la revolución bolchevique de 1917, no sólo renegaba del capitalismo –quintaesencia del liberalismo económico– y del liberalismo político, sino que además buscaba "liberar" al proletariado mundial y al conjunto de la humanidad de estas lacras y sustituirlas por un orden socialista/comunista. Evidentemente, el líder de esa parte del mundo era la Unión Soviética (URSS), o, más específicamente, su clase política dirigente que se restringía al Partido Comunista de la URSS. Su principal área de influencia estaba constituida por los países de Europa oriental que quedaron bajo su control tras la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, la existencia de esta porción del planeta, anticapitalista y antiliberal, no negaba la hegemonía estadounidense. Por el contrario, la dejaba en evidencia. La URSS era la oveja descarriada del rebaño a la que, tarde o temprano, y bajo diferentes tácticas y estrategias, Estados Unidos tenía la "obligación" de someter y devolver al camino correcto de "la libertad y la democracia". Para estos efectos

se creó la doctrina de Contención del Comunismo o Doctrina Truman, que dejaba claro que no se iba a aceptar ninguna propagación del comunismo más allá de las fronteras negociadas en Yalta.[3]

El 12 de marzo de 1947, el presidente Harry Truman anuncio al mundo esta política de contención del comunismo a nivel global, por medio del discurso que dirigió al Congreso solicitando ayuda para Grecia y Turquía, a fin de frenar el avance de los movimientos comunistas internos que amenazaban con tomar el gobierno:

> La gravedad de la situación que enfrenta el mundo hoy exige mi comparecencia ante una sesión conjunta del Congreso. Están en juego la política exterior y la seguridad nacional de este país (…). La existencia misma del Estado griego se ve amenazada hoy por las actividades terroristas de varios miles de hombres armados, liderados por comunistas, que desafían la autoridad del gobierno en diversos puntos (…). Grecia necesita ayuda para convertirse en una democracia autosuficiente y digna. Estados Unidos debe proporcionar esta ayuda (…). El vecino de Grecia, Turquía, también merece nuestra atención (…). Uno de los principales objetivos de la política exterior de Estados Unidos es crear las condiciones para que nosotros y otras naciones podamos forjar un estilo de vida libre de coerción (…); no alcanzaremos nuestros objetivos a menos que estemos dispuestos a ayudar a los pueblos libres a mantener sus instituciones libres y su integridad nacional frente a los movimientos agresivos que buscan imponerles regímenes totalitarios (…). Los regímenes totalitarios impuestos a los pueblos libres, mediante agresión directa o indirecta, socavan los cimientos de la paz internacional y, por ende, la seguridad de Estados Unidos (…). Creo que la política de Estados Unidos debe ser apoyar a los pueblos libres que resisten los intentos de subyugación por parte de minorías armadas o presiones externas (Truman, 1947).

---

3 Fue en la reunión de Yalta (02/1945) cuando se preconfiguró el orden de la Guerra Fría, en el momento que Churchill, Roosevelt y Stalin tácitamente acordaron dividir Europa en dos bloques de influencia: Europa oriental, sobre la base de los territorios que habían sido liberados por el Ejército Rojo, quedaba bajo control soviético, y la Europa occidental bajo control de Estados Unidos y sus aliados (Reino Unido y Francia). Lo mismo ocurriría con Alemania y su capital Berlín. Además, también en esa reunión se consolidó la posición de superpotencia de la URSS, dado que, al igual que Estados Unidos, quedó con poder de veto en el Consejo de Seguridad de lo que sería la futura Organización Internacional de las Naciones Unidas, ONU, y cuyas atribuciones ya se venían delineando desde la reunión de Dumbarton Oaks en Washington (agosto-octubre de 1944), en la cual Estados Unidos, el Reino Unido, la URSS y China comenzaron a discutir su esquema institucional, y que se concretó en San Francisco en junio de 1945, cuando nace formalmente la ONU (Hobsbawm, 1995; Gaddis, 1997; Judt, 2005; Leffler, 2008; Applebaum, 2012).

Por cierto, por presiones exteriores se refería al supuesto afán expansionista soviético que, por medio de la propagación de la ideología comunista, "buscaba" expandirse hasta abarcar al mundo entero. Por lo tanto, con este discurso se proclamaba a Estados Unidos como el "defensor" del mundo libre u occidental, es decir, los países que tenían democracias liberales y economías de mercado, frente a la "agresión" del comunismo internacional, cuyo alto mando radicaba en Moscú. En este sentido, el conflicto se presentaba con un carácter profundamente ideológico y existencial entre dos modelos de sociedad radicalmente antagónicos. De esta forma, Estados Unidos se autodefinía como el líder de un Occidente civilizado, libre y democrático enfrentado a un Oriente bárbaro, totalitario, comunista y expansionista, dirigido por la Unión Soviética.

Este fue el periodo denominado como la Guerra Fría, cuyo inicio se sitúa precisamente con el discurso de Truman de 1947 y la política de cerco que Estados Unidos y sus aliados impusieron al comunismo soviético. El fin de esta Guerra Fría ocurre entre 1989, con la caída del Muro de Berlín, y 1991, con la desintegración de la Unión Soviética. Y se definió como "fría" porque se evitó la confrontación directa con la URSS desde el momento en que los soviéticos consiguieron la bomba atómica (1949) y se desató la carrera armamentista con Estados Unidos. Ambas potencias atómicas pronto llegaron al convencimiento de que una guerra directa podría llevar al autoaniquilamiento, dado que ambas tenían la capacidad de Destrucción Mutua Asegurada (MAD, por sus siglas en inglés). Por lo tanto, esta guerra se "luchó" en los planos ideológico y de propaganda, en la carrera armamentista, en cercos y bloqueos económicos de Occidente contra el mundo comunista y guerras indirectas (Corea, Vietnam, Angola, Afganistán, entre otras), así como en el espionaje mutuo, tráfico de influencias e injerencia en los asuntos internos de terceros países, entre otros múltiples aspectos. Durante este periodo la tensión de poder principal a nivel global se definió como este-oeste, o bloque comunista versus bloque occidental o capitalistas, y el carácter del orden mundial se entendió como bipolar, en la medida en que había dos grandes potencias que eran las "campeonas" de cada bloque, Estados Unidos y la URSS (Hobsbawm, 1998; Gaddis, 2005).

Por lo tanto, la contención del comunismo fue la excusa perfecta que encontró Estados Unidos para justificar el despliegue de sus legiones por el planeta, así como para eliminar cualquier intento, por parte de algún país de la "órbita" occidental, de independizarse de las órdenes o tutela de Washington. De esta forma, bajo el discurso de contener el comunismo y defender al "mundo libre", Estados Unidos, en el apogeo de su poder, creó y organizó una serie de tratados y

alianzas militares regionales que cubrieron el mundo entero. En 1947, en América Latina creó el Tratado Internacional de Asistencia Recíproca, TIAR; en 1949, en Europa occidental creó la Organización del Tratado del Atlántico Norte, OTAN; en 1951, en el Pacifico Sur creó el ANZUS con Australia y Nueva Zelanda; en 1951, también firmó el Tratado de Seguridad con Japón, y en 1953 el tratado de Defensa con Corea del Sur; en 1954, creó la Organización del Tratado del Sudeste Asiático, SEATO; en 1955, en Medio Oriente y Asia central creó la Organización del Tratado Central, CENTO. Igualmente, desestabilizó gobiernos y promovió golpes de Estado, como por ejemplo, entre muchos otros, el golpe contra el presidente chileno Salvador Allende en septiembre de 1973, bajo el argumento de que se buscaba impedir la instalación de un sistema comunista-soviético.

2

FIN DE LA GUERRA FRÍA Y AUGE DEL OPTIMISMO UNIPOLAR LIBERAL

El fin de la Guerra Fría, tras la caída del Muro de Berlín (1989) y la posterior desaparición de la Unión Soviética (1991), generó un momento de extraordinario optimismo en el conjunto del establishment del poder estadounidense, así como de sus más cercanos aliados. Se cayó en una suerte de euforia liberal cuando el mayor y más peligroso desafío geopolítico –la URSS– e ideológico –el comunismo– a su supremacía y visión de mundo se derrumbó, lo cual los dejaba en "una posición ideal para perseguir la hegemonía liberal" (Mearsheimer, 2018, p. 4).

Es en estos años cuando aparecen los *best sellers* del politólogo y analista del Departamento de Estado Francis Fukuyama sobre el "fin de la historia". Primero con su *paper* "¿El fin de la historia?" (1989), y luego con su ensayo *El fin de la historia y el último hombre* (1992), difundió la creencia de que, tras la derrota del fascismo en 1945 y el posterior colapso del comunismo soviético en 1991, la democracia liberal y la economía de mercado habían quedado como el único horizonte político e ideológico legítimo de la modernidad. Su tesis del "fin de la historia" suponía el agotamiento de las grandes alternativas ideológicas capaces de disputar universalmente la superioridad normativa del liberalismo:

> (…) el crecimiento de la democracia liberal, con su compañero el liberalismo económico, ha constituido el fenómeno macropolítico más notable de los últimos cuatrocientos años (…), hay un proceso fundamental que dicta una tendencia común a la evolución de todas las sociedades humanas, es decir, algo así como una historia universal de la humanidad en marcha hacia la democracia liberal (…). Si las sociedades humanas, a lo largo de los siglos, evolucionan hacia una sola forma de organización social o convergen en ella, como la democracia liberal, si no parece que haya alternativas viables a la democracia liberal, y si las personas que viven en las democracias liberales no expresan ningún descontento radical con sus vidas, podemos decir que el diálogo [sobre cuál es la mejor forma de organización social] ha llegado a una conclusión final y definitiva (Fukuyama, 1996, pp. 86-88 y 199).

Desde esta perspectiva, Fukuyama planteaba que todas las sociedades avanzarían hacia un modelo liberal, si bien de manera desigual, gradual y conflictiva (unas antes y otras después), pero que, en el largo plazo, los ideales políticos liberales y la economía abierta cubrirían la organización política del planeta. De esta forma, se haría realidad el ideal kantiano de que los Estados pudiesen vivir en una suerte de paz perpetua (Kant, 2018). Lo cierto es que estas tesis sobre el "fin de la historia" alcanzaron una influencia global masiva al convertirse en el marco ideológico que definió el espíritu de la posguerra fría. Al publicarse tras la caída del Muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética, su propuesta no solo capturó la atención académica, sino que fue adoptada por líderes políticos occidentales para justificar la expansión de la globalización y el libre mercado. El argumento de que la democracia liberal representaba el punto final de la evolución político-social de la humanidad se transformó en un dogma de la política exterior estadounidense, moldeando el discurso geopolítico de los años noventa y principios de los dos mil.

Por ejemplo, este claro optimismo sobre el triunfo final del liberalismo fue expresado por el presidente George H. W. Bush cuando, tras la caída del muro en 1989 y ante el acuerdo alcanzado con la URSS para castigar a Saddam Hussein por su invasión a Kuwait,[1]

1 Esta fue la Primera Guerra del Golfo (1990-1991), desencadenada por la invasión de Irak a Kuwait en agosto de 1990, motivada por disputas territoriales y el control de las reservas de petróleo. En respuesta, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) impuso sanciones económicas y emitió un ultimátum para la retirada de las tropas iraquíes lideradas por Saddam Hussein. Ante la negativa de Bagdad, una coalición internacional de 35 países liderada por Estados Unidos ejecutó la Operación Tormenta del Desierto a principios de 1991, una campaña militar rápida y tecnológicamente avanzada que expulsó a las fuerzas iraquíes de Kuwait en pocas semanas y restauró la soberanía de este emirato, concluyendo con un alto el fuego tras la devastación de la infraestructura militar de Irak.

declaró en el Congreso de la Unión que se había inaugurado una nueva era histórica de paz y cooperación universal; ahora el mundo entero empezaría a abrazar los ideales estadounidenses sin ningún tipo de contrapeso o amenaza:

> Nos encontramos hoy en un momento único y extraordinario (…), un nuevo orden mundial: una nueva era, más libre de la amenaza del terrorismo, más sólida en la búsqueda de la justicia y más segura en la búsqueda de la paz. Una era en la que las naciones del mundo, de Oriente y Occidente, del Norte y del Sur, puedan prosperar y vivir en armonía. Cien generaciones han buscado este elusivo camino hacia la paz, mientras mil guerras se desataban a lo largo de la historia de la humanidad. Hoy, ese nuevo mundo lucha por nacer, un mundo muy diferente del que hemos conocido. Un mundo donde el estado de derecho suplante al imperio de la fuerza. Un mundo en el que las naciones reconozcan la responsabilidad compartida por la libertad y la justicia. Un mundo donde los fuertes respeten los derechos de los débiles. Esta es la visión que compartí con el presidente Gorbachov en Helsinki. Él y otros líderes de Europa, del Golfo y de todo el mundo comprenden que la forma en que gestionamos esta crisis hoy podría determinar el futuro de las generaciones venideras (Bush, 1990).

2.1 UN ORDEN UNIPOLAR

En los mismos instantes en que el Muro de Berlín se derrumbaba y el comunismo soviético comenzaba su colapso definitivo, junto a la sorpresa que causaba esta situación, en el establishment del poder estadounidense surgió un interesante debate respecto del tipo de orden mundial que reemplazaría el bipolarismo de la Guerra Fría. La confrontación principal se daba entre quienes creían que el nuevo orden mundial sería multipolar frente a otros que sostenían la llegada de un orden unipolar, donde Estados Unidos sería la única superpotencia mundial que regiría el sistema internacional durante el siglo XXI, sin ningún contrapeso o amenaza real a su hegemonía.

Según Samuel Huntington, ya en 1988 el politólogo japonés Seizaburo Sato habría planteado que el "siglo XX fue el siglo americano. El siglo XXI será el siglo americano" (Huntington, 1988, p. 93). Sin embargo, un artículo que estimuló de manera importante este debate fue "The Unipolar Moment" de Charles Krauthammer (1990), en el que se criticaban las tesis que proponían que el fin del bipolarismo de la Guerra Fría daría paso a un orden liberal y multipolar, donde el poder se repartiría entre varias potencias principales (Japón, Europa, China y una Rusia muy disminuida, entre otras), con un Estados Unidos actuando como *primus inter pares* entre ellas. Por el contrario, Krauthammer sostenía que el nuevo orden que se

inauguraba era claramente unipolar, y Estados Unidos seguiría siendo, por varias décadas más, la única potencia hegemónica indiscutible y sin capacidad de contestación o amenaza por ninguna otra, por lo cual reinaría solo:

> Desde que quedó claro que una Unión Soviética agotada estaba poniendo fin a la Guerra Fría, se ha buscado un nuevo papel para Estados Unidos en el mundo (…), se ha dado por sentado que el antiguo mundo bipolar daría paso a un mundo multipolar en el que el poder se dispersaría hacia nuevos centros en Japón, Alemania (y/o «Europa»), China y una Unión Soviética/Rusia debilitada (…), se ha supuesto que, en el nuevo entorno estratégico postsoviético, la amenaza de guerra disminuiría drásticamente. Las (…) suposiciones son erróneas. El mundo inmediatamente posterior a la Guerra Fría no es multipolar. Es unipolar. El centro del poder mundial es la superpotencia indiscutible, Estados Unidos, acompañada por sus aliados occidentales (…). La característica más llamativa del mundo posterior a la Guerra Fría es su unipolaridad (…). Quizás dentro de una generación más o menos habrá grandes potencias iguales a Estados Unidos y el mundo se parecerá, en su estructura, a la era anterior a la Primera Guerra Mundial. Pero aún no hemos llegado a ese punto, ni lo haremos en décadas. Ahora es el momento de la unipolaridad (Krauthammer, 1990, pp. 23-24).

Evidentemente, esta creencia en un nuevo orden de carácter unipolar se complementaba muy bien con los optimistas análisis de Fukuyama y sus tesis sobre la universalización de la ideología y valores liberales. Por el contrario, los críticos al unipolarismo, como era el caso del teórico de las Relaciones Internacionales de la Universidad de Chicago John Mearsheimer, sostenían que tras la caída del Muro Berlín en 1989 y los acontecimientos que se precipitaban en la propia URSS, era altamente probable que el nuevo orden europeo volviera a ser multipolar, tal como lo había sido antes de la Segunda Guerra Mundial, donde "Alemania, Francia, Gran Bretaña y quizás Italia asumirían el estatus de potencias principales", junto a la Unión Soviética que "perdería su estatus de superpotencia, pero seguiría siendo una potencia europea importante" (Mearsheimer, 1990, pp. 5-7). En clara contradicción con las tesis de Fukuyama, señalaba que el hecho de que predominaran Estados liberales en ese orden multipolar, no necesariamente aseguraba la paz o el fin de las guerras entre ellos. Para Mearsheimer, un teórico de línea conservadora y realista, lo único que podía mantener la paz entre las mayores potencias del sistema era un equilibrio de poder y no que todas compartieran la ideología liberal (Mearsheimer, 1990).

Por su parte, Henry Kissinger, otro realista clásico, también criticó las ilusiones del presidente Bush sobre la llegada de una nueva era de paz y progreso mundial en la que los valores liberales norteamericanos se universalizarían, e igualmente criticó la idea de que predominaría un orden unipolar regido por Estados Unidos. Por el contrario, afirmó que el nuevo orden mundial sería de carácter multipolar sobre la base del principio del equilibrio de poder. Tempranamente, a inicios de 1991, en una nota en *The Washington Post* criticó el idealismo liberal dominante en la administración Bush:

> La Primera Guerra Mundial se presentó como la guerra que acabaría con todas las guerras; la Segunda Guerra Mundial iba a marcar el comienzo de una nueva era de paz permanente supervisada por las Naciones Unidas. Ahora, la Guerra del Golfo se justifica en términos similares profundamente arraigados en la tradición estadounidense (…). He admirado enormemente la habilidad y la fortaleza del presidente Bush para construir la coalición. Pero el nuevo orden mundial no puede cumplir las expectativas idealistas expresadas por el presidente (…), la preeminencia estadounidense no puede durar (…). La economía estadounidense tampoco puede sostener indefinidamente una política de intervencionismo global esencialmente unilateral (…). El mundo hacia el que nos dirigimos será infinitamente más complejo (…). Los responsables políticos de Estados Unidos deben reconocer que el nuevo orden mundial no puede construirse según las especificaciones estadounidenses. Estados Unidos no puede imponer a la fuerza un sentido global de comunidad donde no existe (…). Por lo tanto, volvemos a un concepto denostado en gran parte de la historia intelectual de Estados Unidos: el equilibrio de poder (Kissinger, 1991).

Sin embargo, estas miradas críticas al unipolarismo estadounidense (se profundiza en el capítulo 5), no tuvieron mayor eco en el establishment del poder de la época que, como se señaló, vivía en un eufórico y optimista vértigo político generado por el repentino e imprevisto colapso del comunismo soviético. De esta forma, la idea que predominó puede ser resumida como un *optimismo unipolarista liberal* (o más bien *neoliberal*, como veremos en el capítulo 3) que se nutría intelectualmente de la combinación de las tesis de Fukuyama y de Krauthammer, principalmente. En otras palabras, tanto en el mundo académico especializado como en el de los tomadores de decisiones estadounidenses y sus aliados occidentales, predominaron los que sostenían que, tras el fin de la Guerra Fría, todo el planeta, bajo la firme e indiscutida conducción de Estados Unidos, abrazaría el sistema capitalista y la democracia liberal. Algunos Estados llegarían antes y otros se demorarían un poco más en alcanzar esta situación, pero finalmente todos terminarían

compartiendo la cosmovisión liberal y adaptando, a su manera, el modo de vida occidental-estadounidense, y, por fin, el mundo sería un lugar pacífico y próspero. Esta creencia predominó desde el fin de la Guerra Fría hasta la primera década de los dos mil.

Influyentes académicos, de distintas perspectivas epistémicas, plantearon que el unipolarismo había llegado para quedarse y sería un beneficioso orden mundial estable y duradero, especialmente si Estados Unidos utilizaba este unipolarismo para imponer la democracia liberal a nivel global (Owen, 1997; Wohlforth, 1999). Lo que era lo mismo que decir que Estados Unidos se había transformado en una suerte de "imperio benevolente" que debía dirigir el mundo sin complejos y según sus creencias y valores (Kagan, 1998). Por otro lado, como único súper poder global unipolar de la historia (Brzezinski, 1998), adquiría responsabilidades únicas. Se había transformado en juez y arbitro de los conflictos post Guerra Fría, o sea, una suerte de actor "indispensable" para el funcionamiento de un orden global económica y políticamente estable, por lo tanto, líder de algo muy parecido a un "gobierno mundial" (Mandelbaum, 1996, 2005).

Por su parte, los presidentes que se sucedieron en la casa Blanca entre 1989 y 2009[2] no solo creían en estas ideas, sino que aplicaron políticas internacionales para llevarlas a cabo. Si ya no existía poder alguno que impidiera que el mundo fuera moldeado a imagen y semejanza de los valores de Estados Unidos, entonces era su deber cumplir y finalizar la "misión redentora" de la humanidad que a inicios del siglo XX había sido anunciada por el presidente Woodrow Wilson. Por ejemplo, en el documento de Estrategia de Seguridad Nacional del presidente Bush en 1991 se podía leer:

> Un nuevo orden mundial no es un hecho; es una aspiración y una oportunidad. Tenemos a nuestro alcance una extraordinaria posibilidad que pocas generaciones han disfrutado: construir un nuevo sistema internacional acorde con nuestros propios valores e ideales, mientras los viejos patrones y certezas se desmoronan a nuestro alrededor (...). Depende de nosotros –de nuestra generación en Estados Unidos y del mundo– hacer realidad estas extraordinarias posibilidades. Y para ello, el liderazgo estadounidense es indispensable. Ese es nuestro reto (…). Creemos profundamente que todas las naciones y pueblos buscan la libertad política y económica; que los gobiernos deben basar su legítima autoridad en el consentimiento de

2 Administración de George W. Bush (padre): 20 de enero de 1989 a 20 de enero de 1993. Primera y segunda administración de Bill Clinton: 20 de enero de 1993 a 20 de enero de 2001. Primera y segunda administración de George W. Bush (hijo): 20 de enero de 2001 a 20 de enero de 2009.

> los gobernados y deben vivir en paz con sus vecinos. El colapso de la idea comunista ha demostrado que nuestra visión de los derechos individuales –una visión arraigada en la fe de nuestros Fundadores– habla de las esperanzas y aspiraciones perdurables de la humanidad (Bush, 1991, p. V).

Por su parte, en el mensaje a la nación de 1996 del presidente Bill Clinton se repetía esta idea cuando planteaba lo que sigue:

> Nuestro liderazgo en el mundo también es sólido, trayendo esperanza para una nueva paz. Y quizás lo más importante, estamos avanzando en la restauración de nuestros valores fundamentales (...), podemos y debemos ser el mejor pacificador del mundo. Al mantener nuestras fuerzas armadas fuertes, al usar la diplomacia donde podemos y la fuerza donde debemos, al trabajar con otros para compartir el riesgo y el costo de nuestros esfuerzos, Estados Unidos está marcando la diferencia para las personas aquí y en todo el mundo (Clinton, 1996).

Por cierto, no estamos señalando la inexistencia debates al interior de este mundo de optimistas unipolares, ya fueran académicos, políticos, empresarios y funcionarios de la administración, pero estas diferencias estaban vinculadas a si los gobiernos de turno estaban haciendo lo suficiente para facilitar y/o asegurar su supremacía indiscutida y la dirección del mundo por "el camino correcto" del unipolarismo. En otras palabras, eran temas de énfasis y de aplicación de políticas, pero todos estaban de acuerdo en que el unipolarismo era real y sumamente beneficioso para Estados Unidos, por lo tanto, no había que cometer errores que terminaran "matando a la gallina de los huevos de oro".

Por ejemplo, tempranamente, en un informe del Pentágono de 1992 se llamó a "preservar las ventajas que la naciente unipolaridad generaba para la seguridad y prosperidad de Estados Unidos y sus principales aliados", por lo cual el momento unipolar inaugurado tras el fin de la Guerra Fría no debía ser visto como una situación pasajera o de transición hacia un futuro orden multipolar, sino como un ordenamiento internacional que tenía la potencialidad de "una duración a largo plazo y [que] se sustentaba en estrategias implícitas y explícitas de Estados Unidos, así como en las limitaciones de los Estados aspirantes a la cima del poder mundial" (Calle y DerGhoukassian, 2003, p. 67). Este informe era un un documento borrador del Pentágono, elaborado por el entonces subsecretario de Defensa Paul Wolfowitz y titulado *Pentagon's Defense Planning Guidance (DPG) for Fiscal Years 1994-99*, que se filtró al diario *The New York Times*. Esto provocó una fuerte discusión pública, por lo cual finalmente se borró la frase donde explicitaba que el

documento perseguía "el objetivo de preservar la unipolaridad" (Layne, 1993, p. 6). Sin embargo, resultaba evidente que el documento, con más o menos censura, reflejaba "las opiniones oficiales sobre la unipolaridad", ya que mientras que en 1991 el "director de Evaluación de la Red del Pentágono definió un mundo 'manejable' como aquel en el que no existe ninguna amenaza para el papel de superpotencia de Estados Unidos", en 1993, el Estado mayor Conjunto del Pentágono preparaba este documento afirmando que "un mundo multipolar es, por definición, peligrosamente inestable" (Layne, 1993, p. 6).

Por su parte, el propio Wolfowitz planteó que el primer objetivo que buscaba con este nuevo plan de defensa nacional era "prevenir el resurgimiento de un nuevo rival", para lo cual la nueva estrategia de defensa exigía evitar "que cualquier potencia hostil domine una región cuyos recursos, bajo un control consolidado, serían suficientes para generar poder global. Estas regiones incluyen Europa Occidental, Asia Oriental, el territorio de la antigua Unión Soviética y el Sudoeste Asiático"; solo de esta forma Estados Unidos podría "salvaguardar sus intereses y promover sus valores" a nivel mundial (Wolfowitz, 1992). De igual forma, estas ideas también permearon la presidencia de Bill Clinton, quien asumía el 20 de enero de 1993 como el 42º presidente de Estados Unidos. Por esta razón se afirmaba que no existía "evidencia de que la visión de la administración Clinton sobre la unipolaridad difiera de la de la administración Bush" (Layne, 1993, p. 6).

2.2 LOS *NEOCON* Y EL "NUEVO SIGLO AMERICANO"

Sin embargo, varios fervientes partidarios del unipolarismo estadounidense realizaron advertencias y críticas, sobre todo a la administración del demócrata Bill Clinton, ya que consideraban que no hacía lo suficiente para asegurar la perpetuación de este orden unipolar. Entre ellos, Zalmay Khalilzad, de la fundación Rand, advertía con preocupación que apenas tres años después del colapso de la Unión Soviética, Estados Unidos se encontraba "a punto de desperdiciar una oportunidad única para moldear el futuro del mundo, ya que aún no cuenta con una visión ampliamente consensuada ni con una gran estrategia para la nueva era" (Khalilzad, 1995a, p. 87). Para él era clave que la antigua política estratégica de la Guerra Fría de contención y cerco de la Unión Soviética se transformase rápidamente en la consolidación definitiva del unipolarismo estadounidense, y para esto había que eliminar cualquier posibilidad de emergencia de alguna potencia con capacidad, por remota que fuera, para desafiar a Estados Unidos, como podría ser el caso de Rusia y especialmente China, entre otras (Khalilzad, 1995b; Khalilzad et al., 1999).

Estas era las mismas ideas que fueron planteadas por Paul Wolfowitz en el borrador de defensa nacional de 1992 ya citado y que se popularizó como la "Doctrina Wolfowitz". Otros autores como William Wohlforth planteaban que para no perder las ventajas del unipolarismo se debía actuar con un claro liderazgo político tendiente a mantener la credibilidad y legitimidad internacional estadounidense (Wohlforth, 1999).

Algunos de estos críticos, especialmente identificados como *neocon*,[3] dieron origen en 1997 al *think tank* Project for the New American Century, PNAC (Proyecto para un Nuevo Siglo Americano), a fin de influir en la política exterior y de defensa del país. Su descontento se dirigía tanto a los legisladores del Partido Demócrata que apoyaban a la administración Clinton como a los actores del Partido Republicano en el Congreso. A todos ellos los acusaban de implementar políticas diletantes que ponían en riesgo la consolidación del orden unipolar, o sea, la perpetuación de la supremacía mundial estadounidense en el siglo XXI, según se desprendía de su documento fundacional:

> La política exterior y de defensa estadounidense está a la deriva (…). Nuestro objetivo es cambiar esto (…). Nuestro objetivo es defender y conseguir apoyo para el liderazgo global estadounidense (…). Tras haber liderado a Occidente hacia la victoria en la Guerra Fría, Estados Unidos se enfrenta a una oportunidad y a un desafío: (…) ¿Tiene Estados Unidos la determinación de forjar un nuevo siglo favorable a los principios e intereses estadounidenses?

---

3 Los *neocon* o neoconservadores surgieron en la década del 70 y se inician con un grupo de políticos e intelectuales estadounidenses, de origen liberal y generalmente vinculados al Partido Demócrata, que se desencantaron de las políticas económicas keynesianas del New Deal, así como de la propuesta de Great Society de Lindon B. Jhonson, y del progresismo contracultural de los años 60. Influidos por las ideas del politólogo de la Universidad de Chicago Leo Strauss, y el profesor de historia clásica de la Universidad de Yale Donald Kagan, este desencanto los llevó a apoyar y estimular políticas conservadoras en lo cultural, neoliberales en lo económico y más duras, agresivas y militaristas en política exterior, sobre todo tras el fin de la Guerra Fría, donde defendieron las ideas del unipolarismo estadounidense. Se identificaron especialmente con las administraciones de Ronald Reagan (1981-1989) y George W. Bush hijo (2001-2009). Entre los años 70 y 80 sus figuras más representativas fueron Irving Kristol, Norman Podhoretz y Jeane Kirkpatrick. Entre los años 90 y primera década de los dos mil destacarán Paul Wolfowitz, Richard Perle, William Kristol, Robert y Frederick Kagan (hijos de Donald Kagan), Victoria Nuland (esposa de Robert Kagan), Elliott Cohen, Elliott Abrams, Kimberley Allen (esposa de Frederick Kagan), Douglas Feith y John Bolton, entre otros (Sachs, 2022).

> Corremos el riesgo de desaprovechar la oportunidad y fracasar en el desafío (…), estamos poniendo en peligro la capacidad de la nación para afrontar las amenazas actuales y los desafíos potencialmente mayores que se avecinan (…).
> • Necesitamos aumentar significativamente el gasto en defensa si queremos cumplir con nuestras responsabilidades globales hoy y modernizar nuestras fuerzas armadas para el futuro;
> • Necesitamos fortalecer nuestros vínculos con aliados democráticos y desafiar a los regímenes hostiles a nuestros intereses y valores;
> • Necesitamos promover la causa de la libertad política y económica en el extranjero;
> • Necesitamos aceptar la responsabilidad del papel único de Estados Unidos en la preservación y extensión de un orden internacional favorable a nuestra seguridad, nuestra prosperidad y nuestros principios (Project for the New American Century, 1997).

Este mismo grupo, publicó en el año 2000 el informe *Rebuilding America's Defenses: Strategies, Forces and Resources for a New Century*, en donde insistían en la necesidad de aumentar significativamente el gasto militar para una mayor y más efectiva proyección global, así como para desarrollar y controlar nuevas tecnologías militares, como elementos determinantes para sostener en el tiempo el liderazgo unipolar estadounidense (Project for the New American Century, 2000).

La idea que estructuraba el pensamiento estratégico unipolarista de estos *neocon* en la inmediata posguerra fría era que Estados Unidos debía "mantener su predominio militar mundial y enfrentarse a las potencias regionales emergentes que puedan poner en peligro su dominio global o regional, especialmente Rusia y China", para lo cual "Estados Unidos debería desplegar su ejército en cientos de bases militares a lo largo y ancho del mundo, de forma preventiva, para estar preparado para iniciar una guerra de elección si fuera necesario" y debería apelar a las Naciones Unidas "únicamente cuando ello conviniera a sus intereses" (Sachs, 2022).

En este sentido, jugaron un papel determinante en los gobiernos de George Bush (h), especialmente tras los atentados a las torres gemelas del 11 de septiembre de 2001, cuando plantearon la doctrina de las "guerras preventivas" en la lucha antiterrorista, lo que implicaba una estrategia de política internacional marcadamente unilateral (Calle y DerGhoukassian, 2003; López Villafañe, 2005). Entre otros aspectos, esta doctrina, que violaba el derecho internacional, planteaba que Estados Unidos tenía que atacar a sus enemigos de manera previa a que estos hubiesen atacado al país, bastaba que se sospechara de un posible ataque futuro, ya sea por parte de grupos terroristas y/o Estados rebeldes o canallas (*rogue states*), tales como Irak, Irán y Corea

del Norte, para justificar un ataque preventivo estadounidense. Estas nuevas amenazas debían ser derrotadas "mediante políticas nuevas y enérgicas, sobre todo la guerra preventiva", así como "la voluntad de actuar de forma unilateral cuando sea necesario" (Jervis, 2016, p. 285). Bajo esta doctrina justificaron la invasión a Afganistán en 2001 y la invasión a Irak en 2003, entre otras acciones.[4]

4 Entre los miembros del PNAC más relevantes en el gobierno de Bush (h) figuran: Dick Cheney, vicepresidente de Estados Unidos (2001-2009); Donald Rumsfeld, secretario de Defensa (2001-2006); Paul Wolfowitz, subsecretario de Defensa (1989-1993); Elliott Abrams, integrante del Consejo de Seguridad Nacional (2001-2009); John R. Bolton, subsecretario de Estado para el Control de Armas (2001-2005); Richard Perle, presidente del *Defense Policy Board* (2001-2003); Lewis Libby, jefe de gabinete del vicepresidente D. Cheney (2001-2005); Zalmay Khalilzad, embajador de Estados Unidos ante la ONU (2007-2009).

3

NEOLIBERALISMO, GLOBALIZACIÓN Y PENSAMIENTO ÚNICO

Un fenómeno que coincidirá con el fin de la Guerra Fría y que le dará un tono muy característico al ejercicio del unipolarismo estadounidense será el predominio en las élites del poder de las ideas neoliberales en el plano económico y posmodernas en el plano filosófico-político. Poner el acento en este fenómeno es clave para entender el derrotero futuro que tendrá la política y geopolítica global en los años dos mil.

Por doctrina neoliberal debemos entender los planteamientos de economistas teóricos como A.F. von Hayek y Milton Friedman (principalmente pero no únicamente), antisocialistas y anticomunistas acérrimos que, inspirados en las ideas del liberalismo clásico, lo reinterpretarán y aggiornarán buscando eliminar todo vestigio de participación estatal en el proceso socioeconómico. Por ejemplo, respecto de la principal obra de Von Hayek, *Camino de servidumbre* (1944), se ha planteado que no sólo era crítico de los Estados totalitarios nazi y soviético, además del laborismo inglés, sino que, sobre todo, era crítico del keynesianismo, al que consideraba como la mayor "aberración teórica del capitalismo" (Rapoport, 2002, p. 259). En este sentido, sus ideas serán determinantes para liquidar la doctrina económica keynesiana que había inspirado las políticas públicas asistenciales del Estado de Bienestar o *welfare state* tanto en Europa occidental como

en Estados Unidos. Y esta acción de liquidación también requería la eliminación de las organizaciones sindicales y del movimiento obrero socialista ya que solo de esta forma sería posible instalar modelos económicos y sociales totalmente determinados por la racionalidad del mercado y la iniciativa privada (Sosa Fuentes, 2012).

La doctrina del *welfare state* o "welfarismo" de inspiración keynesiana había predominado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial tanto en Europa como en Estados Unidos. En Europa, fundamentalmente de la mano de la socialdemocracia, y en Estados Unidos, de la evolución del New Deal creado por Franklin D. Roosevelt. que, por primera vez, permitió la acción de un Estado federal interventor, con responsabilidad directa en el empleo, seguridad social y regulación del trabajo, hasta la política de la Great Society, del presidente Lyndon Jonhson, un conjunto de leyes que profundizaron la participación del Estado federal en políticas sociales y económicas destinadas a asegurar el bienestar de la población. Como bien se ha señalado, el New Deal fue "una verdadera revolución institucional (…), sentó las bases del Estado de bienestar y desplazó el poder en beneficio de los trabajadores y trajo considerables beneficios a las minorías étnicas de las zonas depauperadas de las grandes ciudades" (Fusi Aizpurúa, 1999, p. 91). Cabe recordar que el keynesianismo propiciaba la regulación macroeconómica, la propiedad pública de las empresas, un sistema fiscal progresivo, la protección social, la restricción del sector privado por reglamentaciones estrictas, particularmente en materia de derecho del trabajo y representación de los asalariados, así como mantener una política de demanda destinada a sostener el crecimiento y alcanzar el pleno empleo, entre otras medidas (Laval y Dardot, 2013, p. 189).

Sin embargo, todas estas políticas keynesianas comenzaron a ser eliminadas con la llegada de los gobiernos de derecha conservadora de Margaret Thatcher en el Reino Unido (1970-1990) y de Ronald Reagan en Estados Unidos (1981-1989), dado que las élites anglosajonas decidieron volver a una economía de libre mercado, para lo cual se hacía urgente desmantelar el Estado de bienestar. Las políticas keynesianas fueron acusadas de haber generado una sociedad dependiente del paternalismo social, poco productiva y pasiva, además de déficits fiscales permanentes, inflación crónica y estanflación, junto con haber fortalecido demasiado a los sindicatos, cuyas demandas y privilegios establecían rigideces productivas y dañaban la competitividad de las empresas.

Para destruir décadas de políticas económico-sociales keynesianas fue necesario crear una doctrina de acción política tanto en el plano nacional como internacional que guiara sin titubear la acción de los diferentes gobiernos en el sentido requerido. Esto no deja de ser irónico dado

que si bien se aplicó una retórica anti-estatista extrema, al punto de que no pocos creyeron que había llegado la hora del "Estado mínimo" –según proponían anarco-liberales como el filósofo Robert Nozick (1974)–, en la práctica ocurrió lo contrario, ya que los pregoneros del fin de Estado confundieron cambio de algunas funciones del Estado con "debilitamiento" del mismo. En otras palabras, se olvida que, para el liberalismo, los "mercados libres y florecientes" necesariamente "requieren gobiernos fuertes capaces de hacer cumplir la normativa sobre los intercambios económicos", ya que son los Estados los que dictan las políticas a seguir. Esta premisa nunca fue olvidada por los actores políticos clave del establishment del poder neoliberal; al contrario, su conducta se caracterizó por aplicar agresivas "políticas intervencionistas" que buscaban modificar no solo las relaciones económicas, sino también las relaciones sociales y sus instituciones (salud y educación, entre otras) moldeadas por décadas de protección estatal (Gerstle, 2023, pp. 12-18).

Para destruir las políticas keynesianas fue clave la doctrina del llamado Consenso de Washington: un conjunto de medidas decretadas a inicios de los años 90 del siglo pasado por el FMI, el BM y el Departamento del Tesoro de Estados Unidos para los países latinoamericanos que, agobiados por la crisis de la deuda externa, recurrían a ellos en busca de ayuda económico-financiera. Si querían obtener préstamos, estos países debían aplicar medidas tales como la privatización de las industrias estatales y la disminución del gasto público, entre otras.[1] Estas medidas primero se impusieron en México, Argentina, Perú y Bolivia, y posteriormente, tras el fin de la Guerra Fría, se aplicaron en los países europeos excomunistas y en Rusia, transformándose así en la receta universal del "desarrollo neoliberal" (Chomsky, 1999; Pantoja García, 2001; Stiglitz, 2002; Harvey, 2005).

---

1 El término Consenso de Washington fue acuñado por el economista estadounidense John Williamson, del Peterson Institute for International Economics, en su artículo de 1990: "What Washington Means by Policy Reform". En este artículo definió diez medidas clave de política económica para los países latinoamericanos afectados por la crisis de la deuda externa: "Disciplina fiscal; una reorientación de las prioridades del gasto público hacia campos que ofrezcan altos rendimientos económicos y el potencial de mejorar la distribución del ingreso, como la atención primaria de salud, la educación primaria y la infraestructura; reforma tributaria (para reducir las tasas marginales y ampliar la base impositiva); liberalización de las tasas de interés; un tipo de cambio competitivo; liberalización del comercio; liberalización de las entradas de inversión extranjera directa; privatización; desregulación (para abolir las barreras de entrada y salida); derechos de propiedad seguros" (Williamson, 2000, pp. 252 y 253). Pero prontamente, con el transcurrir de los años noventa, en la medida en que estas medidas se convertían en la Biblia económica universal que desde Estados Unidos se imponía al resto del mundo, se trasformó en sinónimo de neoliberalismo y globalización.

Sin embargo, debe advertirse que el neoliberalismo es un fenómeno mucho más complejo que la simple restauración de un liberalismo económico clásico de *laissez faire,* en la medida en que configuró toda una nueva racionalidad gubernamental que hizo del mercado el principio de gobierno de toda la sociedad, es decir, implicó "el despliegue de la lógica de mercado como lógica normativa generalizada, desde el Estado hasta lo más íntimo de la subjetividad" (Laval y Dardot, 2013, p. 25), razón por la cual va a ser la mixtura perfecta entre orden político y credo económico-liberal extremo, como bien lo sugiere Gerstle:

> [el neoliberalismo es] un orden político que cobró forma en las décadas de 1970 y 1980 y se impuso en la de 1990 y en la primera década del siglo XXI (…); es un credo que premia el libre comercio y la libre circulación de capital, bienes y personas. Celebra la desregulación como un bien económico que deriva de evitar que los gobiernos interfirieran en el funcionamiento de los mercados. Valora el cosmopolitismo como un logro cultural, producto de la apertura de las fronteras y de la consiguiente mezcla voluntaria de grandes números de personas diversas. Ensalza la globalización como una opción ganadora universal (…) (Gerstle, 2023, pp.11-17).

3.1 LA GLOBALIZACIÓN

La política de implementación universal de este orden político neoliberal, llevada adelante por Estados Unidos con el apoyo de sus aliados occidentales tras el fin de la Guerra Fría, se popularizó bajo el concepto de *globalización*, o sea, la universalización del régimen del libre mercado y demás valores liberales occidentales en un mundo que se creía crecientemente integrado por un mercado cada vez más global e interdependiente económica y políticamente, guiado por la mano "firme y protectora" del unipolarismo estadounidense.

Una típica definición favorable de este concepto de globalización por parte del mainstream de la ciencia política de la época será la de David Held y Anthony McGrew:

> La globalización, dicho llanamente, designa la escala ampliada, la magnitud creciente, la aceleración y la profundización del impacto de los flujos y patrones transcontinentales de interacción social. La globalización remite a un cambio o transformación en la escala de la organización humana que enlaza comunidades distantes y expande el alcance de las relaciones de poder a través de regiones y continentes (…). A partir del colapso del socialismo de Estado y la consolidación del capitalismo a escala mundial, la conciencia

> pública de la globalización se acentuó espectacularmente en los años noventa. Coincidiendo con la revolución de la información, esta sucesión de acontecimientos parecía confirmar la creencia de que el mundo se convertía a gran velocidad en un espacio social y económico compartido, al menos para sus habitantes más opulentos (Held y McGrew, 2003, pp. 13-14).

Para los panegiristas de la globalización, identificados con los planteamientos de Fukuyama y su "fin de la historia", se trataba de toda una nueva época histórica que representaba el mayor desarrollo civilizacional alcanzado hasta el momento por la humanidad, definida por la integración de las economías del mundo mediante el libre comercio y la inversión, transformándose así en "una de las fuerzas de prosperidad más poderosas que el mundo haya conocido" (Wolf, 2004, p. 9).

Entre sus aspectos más significativos, la globalización implicó la construcción de un mercado mundial crecientemente integrado e interdependiente (bienes, servicios, capitales, información) y sin barreras nacionales, apoyado por el avance y desarrollo de las nuevas Tecnologías de la Información y Comunicación (TICs), como internet, que permitían un flujo de información, así como de capitales financieros, casi instantáneo a escala planetaria. Este mercado libre mundial llevaría a una creciente homogeneización institucional internacional y nacional**,** propagando la democracia liberal, el Estado de derecho (según el liberalismo), la protección de la propiedad privada y las regulaciones pro-mercado. Precisamente, eran los globalistas los que señalaban que este proceso haría retroceder la soberanía de los Estados nacionales haciendo que sus fronteras fueran cada vez más porosas, difusas y permeables, producto del libre flujo de bienes, capitales y personas, mientras que instituciones internacionales como el BM, el FMI y la OMC eran las que verdaderamente definirían las políticas económicas y financieras de los distintos países. Además, las empresas multinacionales o transnacionales, en su calidad de actores privilegiados de la globalización, se hacían cada vez más influyentes en el sistema internacional, superando en importancia a los Estados-nación, puesto que al desplegar políticas de alcance global se volvían mucho más eficientes para gestionar el mercado mundial. Las políticas de los Estados, por más grandes que fueran, solo tenían alcance nacional.

Por ejemplo, según Kenichi Ohmae, el Estado-nación se había convertido en una unidad no apta para organizar la actividad humana y gestionar el esfuerzo económico en un mundo donde imperaba una lógica que no conocía de fronteras, como era el caso de la globalización neoliberal, señalando que "en una economía sin fronteras, el

capital, las habilidades y la información circulan libremente a través de las fronteras nacionales. Los gobiernos que intentan controlar estos flujos solo consiguen ahuyentarlos" (Ohmae, 1990, p. 18). Por lo tanto, la nueva función de los Estados y gobiernos era crear las condiciones adecuadas para atraer a las empresas globales o multinacionales a sus países, puesto que las "corporaciones globales están mejor posicionadas que los gobiernos para responder a las necesidades de los consumidores en un mundo sin fronteras" (Ohmae, 1995, p. 92).

Pero, además de las multinacionales, también se planteaba que existía un proceso globalizador desde abajo –que igualmente minaba la soberanía absoluta de los Estados– en el que participaban "millones de personas corrientes y todo tipo de grupos organizados", que se notaba en el "número creciente de organizaciones no gubernamentales [ONGs]" (Giddens, 2001, p.134). Por lo tanto, este mercado libre mundial también estaba creando una sociedad civil global y cosmopolita integrada por sujetos que se identificaban más con este nuevo mundo sin fronteras que con sus Estados nacionales. En otras palabras, se estaba desarrollando una sociedad civil global, pero sin un Estado mundial; eso era la globalización (Beck, 2004). Por otro lado, la globalización, además de llevar a la prosperidad universal, también haría realidad la utopía de la paz mundial, ya que, según la tradición liberal, los mercados integrados no provocaban guerras. Por esta razón, en 1995, Renato Ruggiero, entonces director general de la Organización Mundial de Comercio, planteó que "con la desaparición del comunismo, el mundo se reuniría progresivamente en un único mercado común (…), habría una sola moneda, el dólar, y se eliminarían para siempre las guerras" (citado en Savio, 2021, pp. 174 -177).

3.2 EL PENSAMIENTO ÚNICO

El nivel de hegemonía que alcanzaron estas ideas en el establishment del poder estadounidense y occidental en la inmediata posguerra fría fue simplemente impresionante. Como bien se ha señalado, el neoliberalismo y sus ideólogos, académicos y gobiernos, argumentaron y difundieron con vehemencia que el triunfo del capitalismo y la globalización era un fenómeno irreversible e incuestionable y, por lo tanto, representaba "un proceso no solo legítimo sino eterno", o sea, una suerte de "modelo único que garantizaría enormes beneficios para toda la humanidad" (Sosa Fuentes, 2012, pp. 57-58). Precisamente, debido a que este discurso globalizador logró la adhesión casi unánime en organismos internacionales, como el FMI, BM, OMC y BID, así como en los gobiernos de la OCDE, se lo comenzó a tildar de

"pensamiento único (…), porque frente a él todas las interpretaciones alternativas (desde el mismo marxismo, que también tuvo sus ímpetus hegemonizadores, hasta las distintas variantes del keynesianismo y del Estado de Bienestar)" parecían "haberse fundido como la nieve" (Rapoport, 2002, p. 357).

Cuando se habla de "pensamiento único", no solo se hará referencia a los aspectos económicos del neoliberalismo, sino también a sus aspectos políticos e ideológicos. En este sentido, el derrumbe del mundo comunista soviético también se interpretó como una demostración fehaciente de que las tesis eurocéntricas posmodernas que habían comenzado a plantearse en la segunda mitad de los años 80 del siglo XX estaban en lo cierto, y el sufijo "pos" se puso de moda. Es decir, la desintegración de la URSS no solo era el fin de la mayor potencia comunista que aspiraba al fin del capitalismo, sino que reflejaba el fin de toda una época histórica: la Modernidad, y su contradicción principal entre el capital y el trabajo, con la consecuente lucha de clases entre propietarios del capital y proletarios. Por lo tanto, se había entrado en una época "posmoderna", que, en términos político-ideológicos, significaba el fin de la competencia entre liberalismo y marxismo, o, si se prefiere, entre capitalismo y socialismo/comunismo. Parecía haber plena concordancia con las tesis de Fukuyama de que el liberalismo-capitalismo había triunfado de una vez y para siempre.

En otras palabras, no más lucha de clases y no más metarrelatos o grandes ideologías que estructuraran las luchas político-sociales, dado que, en las nuevas condiciones históricas, habrían perdido sentido como ejes exclusivos de interpretación y movilización colectiva. Ahora, se planteaba que otros valores no materiales comenzarían a predominar en las sociedades más avanzadas, y, desde esa perspectiva, marcarían el rumbo y la senda que eventualmente seguirían las demás. Por cierto, en estas sociedades seguirían existiendo tensiones políticas, pero serían de otro carácter: ya no se organizarían principalmente en torno a diferencias de clase, sino alrededor de temas tales como los ecológico-ambientales, de género, identitarios, culturales y de reconocimiento, entre otros. Además, ninguna de estas tensiones tendría necesariamente el carácter de contradicción estructural o contradicción principal, pues los actores sociales podrían reconocerse simultáneamente en más de una identidad y, por lo tanto, la identificación con una determinada clase social perdía sentido.

Por ejemplo, Ronald Inglehart, con su tesis sobre la "revolución silenciosa" y el surgimiento de valores posmaterialistas, llevó el debate hacia la idea de que las sociedades industriales avanzadas, una vez alcanzados mayores niveles de seguridad económica y bienestar, tenderían a desplazar sus prioridades desde demandas materiales

clásicas –ingreso, empleo, seguridad y orden– hacia valores vinculados con la calidad de vida, la participación, la autonomía individual, la protección ambiental, la igualdad de género y la autoexpresión (Inglehart, 1977, 1990). Por su parte, Jean-François Lyotard fue uno de los más influyentes críticos de los metarrelatos modernos, al sostener que la condición posmoderna se caracterizaba precisamente por la creciente incredulidad frente a las grandes narrativas totalizantes –como el progreso, la emancipación universal o la revolución– que habían organizado buena parte de la política moderna (Lyotard, 1984). En una línea complementaria, los teóricos de los nuevos movimientos sociales, como Alain Touraine, Claus Offe y Alberto Melucci (entre otros), destacaron que las formas contemporáneas de conflictividad social ya no podían reducirse exclusivamente al antagonismo capital-trabajo, pues emergían movilizaciones en torno a la cultura, la identidad, el medio ambiente, el género, la autonomía y la democratización de la vida cotidiana (Touraine, 1981; Offe, 1988; Melucci, 1989). A su vez, Ulrich Beck va a proponer que la sociedad contemporánea ya no podía ser entendida solo como sociedad de clases, porque el desarrollo moderno había producido riesgos globales que reorganizaban el conflicto social, político y civilizatorio. En este sentido, distinguió entre una primera y segunda modernidad para explicar el tránsito desde la sociedad industrial clásica hacia la sociedad del riesgo. La primera modernidad se organizaba en torno a la producción de riqueza, la industrialización, el Estado-nación y la lucha de clases como eje central del conflicto social. En cambio, la segunda modernidad, que es la sociedad del riesgo, se caracterizaría por la emergencia de riesgos producidos por la propia modernización científica, tecnológica e industrial, tales como la crisis ambiental, los accidentes tecnológicos, la inseguridad alimentaria, la contaminación global o las amenazas nucleares que amenazan a todos por igual, sin distinción de clases (Beck, 1998).

Pero lo más importante en términos políticos es que estas tensiones o contradicciones al interior de los Estados se canalizarían por la vía del sistema democrático liberal, que había demostrado su fortaleza frente al modelo revolucionario "comunista-totalitario", de estilo soviético, vietnamita o cubano, entre otros. En este sentido, el fin de la Guerra Fría fue extraordinariamente favorable para la difusión y proliferación de las ideas filosófico-políticas posmodernas que, a su vez, por paradójico que parezca, fueron determinantes para la hegemonía de la racionalidad neoliberal y la globalización. De aquí que también se pueda hablar de "pensamiento único" en el aspecto político-ideológico.

En este sentido, el fin de la URSS no solo implicó la catástrofe para los partidos comunistas y marxistas del mundo occidental, sino también para la tradicional "izquierda democrática" o socialdemócrata de Occidente, que bajó sus banderas sociales y se rindió al neoliberalismo, aceptando las críticas al Estado de bienestar, así como admitiendo la necesidad de disminuir el papel económico redistributivo del Estado a fin de permitir la preponderancia del libre mercado: "si el 'compromiso socialdemócrata' era sinónimo de intervencionismo estatal, por su parte el 'compromiso neoliberal' era sinónimo de libre mercado" (Laval y Dardot, 2013, p. 191).

Por esto se plantea que el avasallador avance del neoliberalismo en términos políticos, ideológicos y económicos no fue producto de que las derechas políticas occidentales lo suscribieran, sino que se debió a que las izquierdas y centroizquierdas de Occidente se rindieron ante él. Y la mayor expresión de esta "rendición" teórico-política serán las tesis de Anthony Giddens cuando definió la llamada Tercera Vía:

> Daré por hecho que la "tercera vía" se refiere a un marco de pensamiento y de política práctica que busca adaptar la socialdemocracia a un mundo que ha cambiado esencialmente a lo largo de las dos o tres últimas décadas. Es una tercera vía en cuanto que es un intento por trascender tanto la socialdemocracia a la antigua como el neoliberalismo (Giddens, 2000, p. 38).

Para entender con más detalle que significa esta rendición, se puede seguir recurriendo al propio Giddens, cuando destaca con entusiasmo como los distintivos líderes europeos recogían sus ideas centrales sobre la Tercera Vía:

> En un mundo marcado por el rápido cambio social y tecnológico, el Estado debe delegar y prevenir la torpeza (...). El desarrollo económico requerirá formación continua y adaptación a un nuevo conocimiento (…). Tal enfoque (…) debe alejarse de las viejas formas de bienestar y protección social (…). La tercera vía sugiere que es posible combinar la solidaridad social con una economía dinámica, y ésta es una meta por la que deberían luchar los socialdemócratas contemporáneos. Para conseguirla, necesitaremos menos Gobierno nacional, menos Gobierno central, pero mayor gobernanza sobre los procesos locales, así como abrirnos en dirección de la comunidad global (…); debe fomentarse un ambiente positivo para la independencia y la iniciativa empresariales. Unos mercados flexibles son esenciales para responder eficazmente al cambio tecnológico. Las empresas no deberían frenar su expansión por la existencia de demasiadas reglas y restricciones (…). El empleo y el crecimiento (…) ya no pueden ser promovidos a través del gasto deficitario. Los niveles de deuda pública deben disminuir en lugar de aumentar (Giddens, 2001, pp. 15 y 17)

Por esta razón se señala que la "institucionalización del neoliberalismo consistió en la aceptación, por parte de la izquierda moderna, de la visión neoliberal del mercado del trabajo flexible y de la política destinada a forzar la vuelta al trabajo de los parados (…), la nueva izquierda adoptó la matriz ideológica de sus oponentes tradicionales, abandonando el ideal de la construcción de los derechos sociales para todos" (Laval y Dardot, 2013, pp. 235 y 236).

Por cierto, no pocos intelectuales y académicos socialdemócratas señalaron que este abandono por parte de la izquierda de las históricas banderas de la redistribución social era un error, como fue el caso del historiador británico Tony Judt, quien planteó que "negar las diferencias de clase, riqueza o influencia" en la sociedad sólo servía "para favorecer unos intereses por encima de otros". Esta verdad, que históricamente había sido evidente para la socialdemocracia, se abandonaba e ignoraba bajo la acusación de ser simple "odio de clases" (Judt, 2010, p. 162). Esta política solo le hacia el juego a los conservadores que ahora se habían transformado en los grandes promotores del neoliberalismo, lo que terminaría en nefastas consecuencias sociales y políticas (Judt, 2010).

En este sentido, el gran acierto y triunfo del neoliberalismo y su transformación en "pensamiento único" es que, proviniendo originalmente de sectores tradicionales de la derecha política como el Partido Conservador británico con líderes como Margaret Thatcher y el Partido Republicano estadounidense con Ronald Reagan, lograron enquistarse en el alma de sus rivales históricos, el Partido Laborista y el Partido Demócrata, respectivamente. En Estados Unidos, las ideas de la Tercera Vía fueron recogidas e implementadas por el presidente demócrata Bill Clinton, quien llegó a la Casa Blanca en enero de 1993 y comenzó a hablar de los "nuevos demócratas" necesarios para enfrentar los nuevos tiempos, fenómeno muy similar a lo que ocurrirá en el Reino Unido cuando el socialdemócrata Tony Blair, fundador del "Nuevo Laborismo", asuma como primer ministro en mayo de 1997 (Giddens, 2001, pp. 11-12).

Según Giddens, "la hostilidad hacia el gobierno extenso (big government) es una característica primaria y principal de las ideas neoliberales" (Giddens, 2000, p. 16). Por este motivo, cuando en 1996 Clinton lanzó su famosa frase "The era of big government is over" ("la era del gran gobierno ha finalizado"), esta sonó demasiado similar a la frase de Ronald Reagan de inicios de los años ochenta, cuando, refiriéndose a la gravedad de la crisis económica del país, se comprometió a reducir el tamaño y la misión del gobierno señalando: "government is not the solution to our problem; government is the problem" ("el gobierno no es la solución a nuestro

problema; el gobierno es el problema") (Reagan, 1981). Esto se transformó desde entonces en el mantra que todos los neoliberales repetirían una y otra vez en torno de la necesidad de aumentar la eficiencia del sector público vía su drástica reducción. Igualmente, en la *Welfare Reform Act* de 1996, el gobierno de Clinton terminó con el *welfare state* como derecho permanente e introdujo la lógica del mercado en las políticas sociales (U.S. Congress, 1996). Estas medidas, entre otras, serán aplaudidas y recogidas por Giddens en su recetario de la Tercera Vía (Giddens, 2000, 2001).

Igualmente, Tony Blair implementó los aspectos centrales del ideario neoliberal de Margaret Thatcher y los introdujo en el Partido Laborista inglés, sistematizándolos en su libro *The Third Way. New Politics for the New Century* (1998). Blair aplicó plenamente este recetario durante los diez años que ejerció como primer ministro (1997-2007). Por esta razón, cuando en 2002 se le preguntó a Margaret Thatcher cuál había su mayor logro político, ella respondió: "Tony Blair y el Nuevo Laborismo. Obligamos a nuestros oponentes a cambiar de opinión" (citado en Komlik, 2018).

De esta forma, tras el fin de la Guerra Fría, el neoliberalismo dejó de ser la ideología de políticos de derecha conservadores de los años ochenta del siglo XX, como Thatcher o Reagan, o de dictadores sudamericanos como Augusto Pinochet, para transformarse en verdad universal, imponiendo su racionalidad de mercado también a centros e izquierdas políticas.[2] La creencia del triunfo definitivo del capitalismo sobre el comunismo "encogió el espacio imaginativo e ideológico en el que podía incubarse la oposición al pensamiento y a las practicas capitalistas e impulsó a los partidarios de la izquierda que quedaban a redefinir su radicalismo en términos alternativos", lo que facilitó la expansión del capitalismo en vez de dificultarlo (Gerstle, 2023, pp. 220-221).

Es en este sentido que se puede afirmar que el posmodernismo político fue determinante para la entronización del neoliberalismo y la globalización, dado que permitió que el sistema capitalista incorporara fácilmente estas demandas "alternativas" de la nueva izquierda identitaria posmoderna en su propia racionalidad política

2 Diversos autores han caracterizado a la dictadura de Pinochet como un verdadero laboratorio del neoliberalismo, en la medida en que Chile fue uno de los primeros países donde se aplicó de forma sistemática un programa radical de reformas de mercado. David Harvey, por ejemplo, sostiene que el primer experimento de formación de un Estado neoliberal tuvo lugar en Chile después del golpe de 1973 (Harvey, 2005), mientras que Naomi Klein interpreta este proceso como parte de una estrategia de "shock" que permitió imponer transformaciones económicas profundas bajo condiciones autoritarias (Klein, 2007).

democrático-liberal, fortaleciendo aún más el denominado pensamiento único y permitiendo la consolidación del discurso ideológico-político que necesitaba el unipolarismo estadounidense para actuar como actor político predestinado a universalizar el liberalismo/neoliberalismo a nivel planetario.

4

UNIPOLARISMO EN ACCIÓN. IMPONIENDO EL NEOLIBERALISMO A SANGRE Y FUEGO

En el siglo XVIII, el consejero político francés Françoise Fénelon señaló que resultaba imposible que el Estado que posee más poder que los otros no hiciera abuso de esta situación, por lo cual su tendencia natural siempre sería la de comportarse de manera arbitraria y arrogante buscando imponer sus perspectivas e intereses y despreciando el equilibrio de poder con los otros Estados, idea que se conocerá como el "teorema de Fénelon".[1] Y, por cierto, cuando Estados Unidos se transformó en el hegemón del sistema tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, una vez más se comprobó la certeza de este teorema. Si existe una característica central de su política exterior, es la búsqueda mesiánica de la imposición universal de su orden internacional liberal, incluso a sangre y fuego si es necesario, bajo el discurso

1 "Françoise Fénelon, quien vivió entre 1651 y 1715, fue un teólogo y consejero político francés, uno de los primeros en comprender el equilibrio de poder como un fenómeno general, y no como una mera condición particular. Argumentó que no se puede esperar que un país que dispone de mayor poder que otros se comporte con decencia y moderación durante mucho tiempo. Su teorema ha sido bien ilustrado por gobernantes tan poderosos como Carlos V, Luis XIV, Napoleón y el káiser Guillermo II. No había necesariamente algo malo en el carácter de esos gobernantes ni en el de sus países. Como mínimo, era un exceso de poder lo que los tentaba a comportarse de forma arbitraria y arrogante" (Waltz, 1991, pp. 668-669).

de promover la democracia y la defensa de los derechos humanos. Es decir, desde 1945 en adelante Estados Unidos desplegó una política exterior buscando imponer su ideología, lo que se tradujo en:

> Una política exterior altamente intervencionista que implica librar guerras y llevar a cabo una importante ingeniería social en países de todo el mundo. Su principal objetivo será la democracia liberal, derrocando regímenes autoritarios en el proceso, con el objetivo último de crear un mundo poblado únicamente por democracias liberales (Mearsheimer, 2018, p. 120).

En los mismos albores de la Guerra Fría, en 1946, Clarke Cliford, destacado consejero político de presidentes demócratas (Harry S. Truman, John F. Kennedy, Lyndon B. Johnson y Jimmy Carter), señalaba al presidente Truman que la gran misión de Estados Unidos no era solamente la de contener la expansión comunista soviética, sino que sobre todo tendría "la ennoblecedora" tarea de "crear y mantener el orden mundial" (citado en Waltz, 1993, p. 47) que, evidentemente, era liberal. Y, cumpliendo destacadamente con esta "ennoblecedora" misión, intervinieron mucho más que los soviéticos en la soberanía de terceros países:

> Más que la Unión Soviética, Estados Unidos ha actuado en todo el mundo en nombre de su propia seguridad y del bienestar mundial. Así, Blechman y Kaplan descubrieron que, en aproximadamente 30 años después de 1946, el gobierno de los Estados Unidos utilizó medios militares de una forma u otra para intervenir en los asuntos de otros países aproximadamente el doble de veces que la Unión Soviética (Waltz, 1991, p. 668).[2]

Ahora bien, bajo el unipolarismo que se instaló tras el fin de la Guerra Fría, ya sin ninguna potencia que realmente pudiera contrapesar su poder militar, Estados Unidos continuó aún con más fervor su política intervencionista y militarista destinada a cumplir con su "destino manifiesto". Según el estudio de Sidita Kushi y Mónica Duffy Toft (2023), entre 1776 y 2019 Estados Unidos realizó aproximadamente 400 intervenciones militares en el mundo. Cerca del 50 por ciento (alrededor de 200) ocurrió después de la Segunda Guerra Mundial, período en que el país se consolidó como hegemón del sistema internacional, y un 25 por ciento del total (aproximadamente 100) tuvo lugar tras el fin de la Guerra Fría. En términos comparativos, entre 1945 y 1991 –un lapso de 46 años– Estados Unidos intervino unas

2 Waltz hace referencia a la obra de Barry Blechman y Stephen S. Kaplan (1978), *Force without War: U.S. Armed Forces as a Political Instrument*. Brookings Institution.

100 veces, mientras que entre 1991 y 2019, en solo 28 años, alcanzó una cifra equivalente. A partir de este patrón, las autoras concluyen que "Estados Unidos ha aumentado su uso de la fuerza militar en el extranjero desde el final de la Guerra Fría" (Kushi y Toft, 2023, pp. 2-21). Por su parte, John J. Mearsheimer plantea que entre 1989 y 2018 "Estados Unidos ha estado en guerra dos de cada tres años" (Mearsheimer, 2018, p. 5).

Dado que la desaparición de la URSS dejó obsoleto el argumento de la contención del comunismo, a partir de 1991 el uso de la violencia y el intervencionismo estadounidense en el sistema internacional pasó a justificarse principalmente en la democratización y la defensa de los derechos humanos, con el objetivo de alinear a los Estados considerados "desviados" respecto del orden liberal que se había proclamado universal y absoluto en obras tales como *El fin de la historia*. De esta forma, las intervenciones militares comenzaron a justificarse bajo la búsqueda de "objetivos humanitarios y democratizadores", como ocurrió en Somalia (1992), Bosnia (1995), Kosovo (1998) y Libia (2011), entre otros casos (Kushi y Toft, 2023, pp. 2-21).

4.1. LA SANGRIENTA IMPOSICIÓN DE LA DEMOCRACIA Y "DEFENSA" DE LOS DERECHOS HUMANOS

Como dejaba explícitamente señalado el presidente George H. W. Bush a comienzos de la década de 1990, Estados Unidos tenía la obligación, "junto a sus aliados y amigos", de "garantizar la transición exitosa de las democracias emergentes y de reciente creación en Europa Central y Oriental y en la antigua Unión Soviética", así como de fortalecer "las democracias frágiles en otras regiones" y de continuar ejerciendo presión para promover "la reforma democrática en China, Corea del Norte, Vietnam, Laos y Cuba", en coherencia con su autodefinido "mandato de liderazgo global" (Bush, 1993, p. 1).

Por su parte, el presidente que lo sucedió, Bill Clinton, profundizó aún más esta misión "democratizadora" liberal al sostener que la Nueva Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos debía orientarse a tres objetivos centrales: "mantener nuestra seguridad de forma creíble con fuerzas militares listas para el combate", "impulsar la revitalización económica de Estados Unidos" y "promover la democracia en el extranjero" (Clinton, 1994, p. I). De esta forma, cuando un par de años más tarde explicó por qué había decidido expandir la OTAN hacia Europa del Este hasta alcanzar las fronteras de Rusia, lo que terminaría desatando el conflicto ruso-ucraniano (se profundiza en el capítulo 4.2), señaló que era parte de la estrategia para democratizar

a los Estados europeos orientales que habían pertenecido al bloque soviético durante la Guerra Fría, así como a las ex repúblicas soviéticas que se habían transformado en Estados independientes tras la desintegración de la URSS en 1991:

> (…) debemos contribuir a fomentar una Europa pacífica, indivisa y democrática (…). La OTAN se creó para fortalecer el oeste de Europa. Ahora, puede hacer lo mismo por el este de Europa. Este verano, celebraremos una cumbre especial para continuar el proceso de adaptación de nuestra alianza a las nuevas demandas, a la vez que la ampliamos para incorporar nuevos miembros de las nuevas democracias europeas. Países que antes eran nuestros adversarios ahora pueden convertirse en nuestros aliados (…). Fortaleceremos el Programa de Asociación para la Paz y crearemos una relación reforzada entre la OTAN y Ucrania (Clinton, 1997, p. 3)

Por esto se ha señalado que tras el fin de la Guerra Fría Estados Unidos exacerbará el tema de la "defensa" de los derechos humanos en la política internacional como un marco normativo universalista, para legitimar sus acciones intervencionistas e injerencistas más allá de sus fronteras nacionales (Moyn, 2010; Keys, 2014). Bajo este discurso, entre 1989 y el año 2000, en pleno apogeo del unipolarismo, la potencia norteamericana participó y/o lideró intervenciones militares por el mundo entero, además de bloqueos económicos e injerencia en asuntos internos ya sea por vía diplomática o vía de acciones encubiertas de la CIA y sus otras agencias dedicadas a la inteligencia, bajo los argumentos de promoción de la democracia, la defensa de los derechos humanos, la búsqueda de la paz, la estabilidad internacional y la seguridad colectiva en la nueva realidad de la globalización (ver Cuadro 1).

Cuadro 1

Principales intervenciones militares de Estados Unidos bajo excusas democratizadoras y humanitarias 1989-2000

Conflicto / País	**Años**	**Tipo de intervención**	**Justificación oficial**
Panamá	1989–1990	Invasión del país	Restauración democrática, lucha antidrogas
Primera Guerra del Golfo (Irak–Kuwait)	1990–1991	Guerra convencional liderada por EE.UU. Contó con apoyo del Consejo de Segu-ridad de la ONU	Defensa del orden internacional
Somalia	1992–1994	Intervención militar	Ayuda humanitaria. Definición de Sudan como Estado fallido
Haití	1994	Intervención militar	Restauración de la democracia
Bosnia y Herzegovina	1995	Bombardeo aéreo de la OTAN liderados por EE.UU.	Intervención humanitaria. Detener la limpieza étnica
Irak (zonas exclusión aérea)	1991–1999	Bombardeos periódicos	Protección de civiles
Sudán	1998	Ataque con misiles	Lucha antiterrorista
Afganistán	1998	Ataques con misiles	Lucha antiterrorista
Yugoslavia / Kosovo	1999	Bombardeos aéreos de la OTAN	Intervención humanitaria
Colombia (Plan Colombia)	1999–2000	Intervención indirecta. Acuerdo con Gobierno colombiano	Defensa de la democracia, lucha antidrogas

Fuente: elaboración propia

Y si bien algunas de estas intervenciones contaron con el apoyo del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, como la primera Guerra del Golfo y los bombardeos aéreos en Bosnia de 1995, otras acciones, como los bombardeos de la OTAN en el conflicto de Kosovo en 1999, no contaron con el apoyo del Consejo de Seguridad de la ONU, y Estados Unidos y sus aliados de la OTAN simplemente los justificaron en la necesidad de defensa de los derechos humanos y la promoción de la democracia, constituyéndose en la primera "intervención humanitaria" lanzada sin la autorización de la ONU (Kohno, 2002).[3]

---

3 Para entender este conflicto es necesario recordar el proceso de desintegración de la República Federal Socialista de Yugoslavia tras el fin de la Guerra Fría. Yugoslavia nació como Estado multinacional en 1945 bajo el liderazgo de Josip Broz Tito, estaba compuesta por seis repúblicas socialistas (Bosnia y Herzegovina, Croacia, Eslovenia, Macedonia, Montenegro y Serbia) y, dentro de Serbia, dos provincias autónomas (Kosovo y Voivodina). Si bien se definió como república socialista, siempre se mantuvo independiente de la órbita soviética y no pocas veces en contradicción con ella. En 1991, las repúblicas de Eslovenia, de Croacia y la región de Macedonia del Norte declararon su independencia, y en 1992, lo hizo Bosnia y Herzegovina. Y si bien estas independencias son rápidamente reconocidas por EE. UU. y la UE, se produce un serio conflicto armado entre Bosnia y el Estado central yugoslavo presidido por el serbio Slobodan Milosevic. En 1995, la OTAN, con el apoyo del Consejo de Seguridad de la ONU bombardea a las tropas yugoslavas en territorio de Bosnia, lo que llevará a los acuerdos de Dayton que, bajo la mediación de Estados Unidos, pone fin las hostilidades y se reconoce la soberanía de Bosnia y Herzegovina. Después de esta guerra, el Estado yugoslavo queda constituido solo por las repúblicas de Serbia y Montenegro. En 1998 estalla el conflicto de Kosovo, donde la población albanesa de esta provincia busca independizarse de Serbia. En 1999, la OTAN, en apoyo a los independentistas kosovares, inicia una campaña de bombardeos masivos a las ciudades yugoslavas. Estos bombardeos se realizan sin el apoyo de la ONU y van a causar miles de víctimas civiles (mujeres y niños, entre otros) en el bando yugoslavo. Para poner fin a estos bombardeos los yugoslavos aceptan negociar, lo que permite firmar los acuerdos de Kumanovo en 1999, donde Yugoslavia acepta retirarse de Kosovo. Igualmente, en 1999, el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia (TPIY), tribunal *ad hoc* creado por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en 1993, acusa a Milosevic de crímenes de guerra durante los conflictos de desintegración de Yugoslavia. Milosevic pierde el poder en el año 2000 y el año siguiente, en 2001, es arrestado en Belgrado y extraditado a La Haya, donde es encarcelado y muere en 2006, sin nunca haber sido condenado por el TPIY. También en 2006 se produce la separación pacífica de Serbia y Montenegro, que se constituyen en dos estados independientes, lo que implica la desaparición de Yugoslavia como estado. En 2008, Kosovo declaró su independencia unilateralmente, siendo reconocido inmediatamente por EE. UU. y la UE, no así por Serbia, Rusia, China y un número significativo de países del resto del mundo, incluidos cinco integrantes de la UE (España, Grecia, Chipre, Rumanía, Eslovaquia). Por su parte, Serbia mantendrá su reclamo de Kosovo como parte de su territorio soberano.

Como era de esperarse, Estados Unidos involucró a sus aliados y subordinados en esta política liberal intervencionista y militarista. Por ejemplo, el 23 de marzo de 1999, Tony Blair, flamante primer ministro del Reino Unido, realizó un discurso en el Parlamento señalando que estaban listos para intervenir, junto con la OTAN, en el conflicto de Kosovo, para terminar con la "tiranía" serbia y "salvar a miles de hombres, mujeres y niños inocentes de la catástrofe humanitaria –de la muerte, la barbarie y la limpieza étnica a manos de una dictadura brutal– y para salvar la estabilidad de la región de los Balcanes" (Blair, 1999a). Posteriormente, el 22 de abril, en el Chicago Economic Club de la ciudad de Chicago en Estados Unidos, dio su famoso discurso sobre la nueva *Doctrine of the International Community*, que pasó a ser conocida como doctrina Blair, ya que justificó la necesidad que tenían las potencias occidentales de intervenir a otros Estados a fin de imponer la democracia liberal, aunque eso significara violar el derecho internacional, ya que este había quedado caduco frente a la nueva realidad de la globalización. Refiriéndose a la intervención de la OTAN en Kosovo sin autorización de la ONU, señaló, entre otros aspectos, que se trataba de "una guerra justa, basada no en ambiciones territoriales, sino en valores" (Blair, 1999b), y si estaban interviniendo en ella, era porque el fin de la Guerra Fría y la llegada de la globalización obligaba a crear nuevas doctrinas internacionales que se adaptaran al nuevo mundo globalizado e interdependiente, en donde Estados Unidos, en alianza con el Reino Unido y el resto de los países de la OTAN, tenía que velar por los derechos humanos y la democracia en el mundo entero.

> Hace veinte años no habríamos luchado en Kosovo. Le habríamos dado la espalda. El hecho de que estemos involucrados es el resultado de una amplia gama de cambios: el fin de la Guerra Fría, los avances tecnológicos, la expansión de la democracia. Pero es más que eso.
>
> Creo que el mundo ha cambiado de una manera más fundamental. La globalización ha transformado nuestras economías y nuestras prácticas laborales. Pero la globalización no es solo económica. También es un fenómeno político y de seguridad (…). Ahora todos somos internacionalistas, nos guste o no (…); nos encontramos ahora en un mundo nuevo. Necesitamos nuevas normas para la cooperación internacional y nuevas formas de organizar nuestras instituciones internacionales (…). Los principios de la comunidad internacional también se aplican a la seguridad internacional (Blair, 1999b).

A su vez, la OTAN, al intervenir militarmente en el conflicto de Kosovo en 1999, era plenamente consciente de que dicha acción constituía una violación del derecho internacional. Por primera vez desde su creación como alianza militar defensiva en 1949 atacaba a un Estado soberano que no se encontraba en guerra con ella, no representaba una amenaza directa ni pertenecía a su ámbito territorial o jurisdiccional. No obstante, la intervención fue justificada sobre la base de razones humanitarias (Vickers, 2000). En este sentido, resultan particularmente ilustrativas las palabras de Javier Solana, entonces secretario general de la OTAN, al relatar y justificar los hechos:

> Por primera vez en la historia de la OTAN, se produciría una acción militar sostenida fuera de su territorio contra un Estado soberano. Todos los implicados conocían los riesgos: habría bajas civiles involuntarias, por muy meticulosa que fuera nuestra planificación (citado en Vickers, 2000, p. 55).

Posteriormente, durante la década siguiente –los años dos mil– esta política no solo continuó, sino que se acentuó significativamente. Bajo el gobierno de George W. Bush y tras los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos se embarcó de manera unilateral en la denominada "guerra contra el terrorismo", lo que lo llevó a invadir Afganistán entre 2001 y 2021, constituyéndose en la intervención militar más prolongada en la historia de la potencia norteamericana. Del mismo modo, tras sostener –sin fundamento probado– que Irak poseía armas de destrucción masiva, Estados Unidos invadió y ocupó el país entre 2003 y 2011, para luego intervenirlo nuevamente entre 2014 y 2021, esta vez invocando una solicitud de ayuda del propio gobierno iraquí –instalado bajo tutela estadounidense–, incapaz de enfrentar a los grupos insurgentes que buscaban derrocarlo.

La primera invasión y ocupación de Irak en 2003, realizada al margen del derecho internacional, resultó particularmente grave. Bajo la promesa de llevar la democracia, Estados Unidos no solo derrocó el régimen de Saddam Hussein, sino que además desmanteló el aparato administrativo del Estado iraquí y fue incapaz de reemplazarlo por una estructura mínimamente eficiente y coherente con la compleja realidad política, social, étnica, religiosa y económica del país. Como resultado, Irak se transformó en un Estado desorganizado, frágil y crecientemente empobrecido, cercano a la condición de Estado fallido, con profundas y duraderas

consecuencias para toda la región. Tras declarar "democratizado" al país, Estados Unidos se retiró formalmente en 2011, dejando tras de sí un Estado profundamente inestable y fracturado, situación que facilitó la emergencia y fortalecimiento del grupo fundamentalista sunita Estado Islámico (ISIS), que llegó a controlar extensas zonas de Irak y Siria (se profundiza más adelante). En 2014, ISIS tomó Mosul, la segunda ciudad más importante de Irak, lo que llevó al gobierno iraquí a solicitar nuevamente ayuda militar a Estados Unidos, que volvió a desplegar tropas en el país, esta vez con el objetivo declarado de combatir a dicha organización, manteniéndolas allí hasta 2021.

LAS REVOLUCIONES DE COLORES

De manera análoga, y bajo los argumentos de promover la democracia, la libertad y la defensa de los derechos humanos, Estados Unidos –secundado por sus aliados de la OTAN– orquestó, apoyó, promovió y/o financió las denominadas "revoluciones de colores", nombre con el que en Occidente se designó a una serie de movilizaciones políticas, principalmente en el espacio postsoviético, dirigidas contra líderes calificados como autoritarios o dictatoriales, a quienes se acusaba de corrupción y de cometer fraudes electorales para perpetuarse en el poder. Si bien, como es lógico, existía oposición política interna y amplios sectores reclamaban "elecciones limpias" o incluso un cambio de régimen en estos Estados, lo cierto es que Estados Unidos y sus aliados intervinieron activamente en la política interna de estos países, apoyando a los movimientos opositores, de forma comparable a como lo habían hecho durante la Guerra Fría al respaldar a fuerzas políticas anticomunistas en distintas regiones del mundo. Al igual que en otros casos, estas intervenciones tendrían consecuencias profundas en la cohesión interna de estos países y dejaría miles de víctimas civiles.

Cuadro 2
Revoluciones de colores

País	Nombre	Año	Acontecimiento	Consecuencias
Serbia	Revolución Bulldozer	2000	Movilizaciones opositoras contra presidente Slobodan Miloševic, tras su intento de anular elección presidencial de septiembre ganada por el opositor Vojislav Koštunica	Caída del régimen de Miloševic, y transición política
Georgia	Revolución de las Rosas	2003	Movilización opositora al gobierno denunciando fraude electoral en elección parlamentaria del mes de noviembre	Renuncia del presidente Eduard Shevardnadze
Ucrania	Revolución Naranja	2004	Movilizaciones opositoras denunciando fraude en la elección presidencial de noviembre, que dio ganador al candidato pro ruso Víctor Yanukovich. Corte Suprema ordena repetir las elecciones	Triunfo del candidato opositor y pro occidental Viktor Yúshchenko
Kirguistán	Revolución de los Tulipanes	2005	Protestas regionales, tras denuncias de irregularidades en elección parlamentaria de marzo	Derrocamiento del presidente Askar Akayev
Líbano	Revolución del Cedro	2005	Movilización tras asesinato del ex primer ministro Rafik Hariri. Presión para el retiro de las fuerzas sirias presentes desde la guerra civil de 1976	Renuncia del primer ministro Omar Karami. Retiro de las tropas sirias del Líbano

Bielorrusia	Revolución de los jeans	2006	Movilizaciones opositoras que rechazan el triunfo de Alexander Lukashenko en la elección presidencial de marzo, acusando fraude.	Fracasa el movimiento. Lukashenko es ratificado
Irán	Movimiento Verde	2009	Movilizaciones de protestas de los partidarios de Mir-Hossein Mousavi señalando fraude electoral en elección presidencial de junio que dio ganador a Mahmud Ahmadineyad	Líder Supremo Ali Jamenei reconoce el triunfo de Ahmadineyad. No hay cambio de régimen
Moldavia	Revolución Twitter	2009	Movilizaciones contra el triunfo del Partido Comunista en las elecciones parlamentaria de abril	Se realizan nuevas elecciones en junio y triunfa coalición pro europea
Ucrania	Euromaidán	2013–2014	Movilizaciones de la oposición pro europea al gobierno de Viktor Yanukóvich, que van a terminar con el derrocamiento de Yakunóvich	Pro europeos pasan a controlar el gobierno y aceleran alineamiento estratégico de Ucrania con la OTAN
Bielorrusia	Revolución de las zapatillas	2020-2021	Movilizaciones contra la sexta re-elección como presidente de A. Lukashenko	Fracaso. Lukashenko es ratificado como presidente

Fuente: elaboración propia

De igual forma, a partir de 2011, en el contexto de la denominada "Primavera Árabe", Estados Unidos y la OTAN intervinieron en África del Norte y Medio Oriente, nuevamente bajo argumentos humanitarios. La llamada "Primavera Árabe" sintetiza una serie de masivas protestas y movilizaciones sociales y políticas ocurridas en distintos países

árabes de estas regiones, dirigidas contra regímenes instalados en el poder desde los tiempos de la Guerra Fría, en un contexto de profundas crisis económico-sociales. En varios casos, dichas movilizaciones derivaron en guerras civiles.

El proceso se inició en diciembre de 2010, cuando el vendedor ambulante tunecino Mohamed Bouazizi se inmoló en la ciudad de Sidi Bouzid tras sufrir abusos policiales, hecho que desencadenó protestas masivas en todo el país. Estas movilizaciones condujeron, en enero de 2011, a la huida del presidente Zine El Abidine Ben Ali, en el poder desde 1987, abriendo una etapa de cambio de régimen y transición política. Los acontecimientos de Túnez se replicaron rápidamente en otros países de la región. En febrero de 2011, provocaron la renuncia del presidente egipcio Hosni Mubarak, gobernante desde 1981. En Baréin, una población mayoritariamente chií protestó contra la monarquía suní, pero las movilizaciones fueron reprimidas violentamente por el gobierno.

Ese mismo año, en Libia, se iniciaron protestas contra Muhammad Gadafi, en el poder desde 1969, que derivaron rápidamente en una guerra civil promovida por la OTAN que apoyó militarmente a los rebeldes, facilitando la captura y asesinato de Gadafi en octubre de 2011. En Siria, las movilizaciones contra el gobierno de Bashar al-Asad también desembocaron en una guerra civil prolongada. Si bien Bashar asumió el poder en 2000, había sucedido a su padre, Háfez al-Asad, quien gobernó Siria desde 1971. En Yemen, las protestas condujeron en 2012 a la destitución del presidente Ali Abdullah Saleh, en el poder desde 1990, pero el proceso derivó en una guerra civil entre los hutíes, apoyados por Irán, y el nuevo gobierno yemení respaldado por Arabia Saudita (Hernández y Arias, 2020; Brabo, Calvo e Iriarte, 2020; García Pesquera, 2022).

Analizados con perspectiva histórica, estos procesos permiten concluir que el involucramiento de Estados Unidos y sus aliados de la OTAN contribuyó significativamente a desestabilizar la región, deteriorando aún más la situación de los derechos humanos. En palabras de John J. Mearsheimer, "bajo los presidentes Bush y Barack Obama, Washington ha desempeñado un papel clave en sembrar la muerte y la destrucción en todo el Gran Oriente Medio" (Mearsheimer, 2018, p. 5).

En este contexto, merecen especial atención los casos de Libia y Siria, dos países con importantes reservas de petróleo que, durante la Guerra Fría, no se alinearon con el bloque occidental y que, tras el fin de esta en 1991, mantuvieron posiciones consideradas díscolas frente a los intereses de Estados Unidos y la OTAN en la región. En ambos casos, las movilizaciones iniciales derivaron rápidamente en guerras civiles, y Estados Unidos se involucró activamente con el objetivo explícito de provocar un cambio de régimen.

CONFLICTO LIBIO

En febrero de 2011, comenzaron en Libia movilizaciones contra el régimen de Muhammad Gadafi, que pronto se transformaron en una guerra civil liderada, entre otros, por antiguos funcionarios del propio régimen, como el ex ministro de Justicia Mustafá Abdul Jalil y el ex ministro del Interior, el general Abdul Fatah Younes. En marzo de 2011, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la Resolución 1973, que autorizaba una intervención limitada de la OTAN para la protección de civiles, con diez votos a favor y cinco abstenciones. A favor votaron tres miembros permanentes –Estados Unidos, Francia y Reino Unido– además de siete no permanentes –Bosnia y Herzegovina, Colombia, Gabón, Líbano, Nigeria, Portugal y Sudáfrica–, y se abstuvieron China y Rusia, junto con Alemania, Brasil e India.

Si bien la resolución no autorizaba un cambio de régimen, la OTAN inició inmediatamente bombardeos sistemáticos en apoyo de los rebeldes y contra las fuerzas leales a Gadafi. China y Rusia denunciaron que Estados Unidos y la OTAN habían excedido el mandato otorgado por la resolución, pero sus protestas fueron ignoradas. En agosto de 2011, cayó Trípoli, y en octubre, Gadafi fue capturado y asesinado. Desde entonces, Libia permanece como un Estado fragmentado e inestable.

CONFLICTO SIRIO

En Siria, también en el marco de la "Primavera Árabe", las protestas iniciadas en 2011 contra el gobierno de Bashar al-Asad escalaron rápidamente hacia una guerra civil. A diferencia de lo sucedido en el caso de Libia, Rusia y China vetaron los intentos de Estados Unidos y la OTAN de obtener autorización del Consejo de Seguridad para intervenir militarmente, al considerar que las potencias occidentales buscaban reproducir el modelo de cambio de régimen aplicado en Libia.

Diversos grupos islamistas armados se involucraron en el conflicto, destacando la aparición en 2014 del Estado Islámico (ISIS), surgido de una escisión de Al Qaeda en Irak tras el colapso del Estado iraquí luego de la ocupación estadounidense de 2003. ISIS llegó a controlar amplias zonas de Irak y Siria, incluyendo Mosul y Raqqa, administrando cerca de 110.000 km² y casi 10 millones de personas en su apogeo (2014-2015). En 2014, Estados Unidos regresó militarmente a Irak a solicitud de su gobierno y decidió intervenir también en Siria sin autorización del gobierno sirio, fortaleciendo a las milicias kurdas (YPG) y a las Fuerzas Democráticas Sirias (SDF), opositoras a

Bashar al-Asad. En 2015, Rusia intervino a petición del gobierno sirio, consolidando su base aérea en Hmeimim y su base naval en Tartus. De igual forma, Irán y el movimiento libanes Hezbolá, aliados de Bashar al-Assad, le prestaron apoyo desde el inicio de la crisis en 2011.

Aunque ISIS fue derrotado en 2018-2019, Estados Unidos mantuvo su presencia en el noreste sirio, la región más rica en gas y petróleo, mientras Rusia e Irán continuaron respaldando al régimen. La situación se deterioró aún más tras la guerra en Ucrania iniciada en 2022, el aumento de los ataques israelíes y la ocupación parcial del norte sirio por Turquía. Este escenario condujo al colapso del régimen de Bashar al-Asad, quien se asiló en Moscú en julio de 2024. Posteriormente, se formó un gobierno de transición encabezado por Ahmed al-Sharaa, líder de la organización islamista Hayat Tahrir al-Sham (HTS), vinculada a Al Qaeda. Pese a haber sido catalogado previamente como terrorista por Estados Unidos, su estatus fue modificado conforme se consolidaba como nuevo actor regional aliado de los norteamericanos. El 10 de noviembre de 2025, al-Sharaa fue recibido en la Casa Blanca por Donald Trump, siendo la primera vez que un líder del gobierno sirio era recibido oficialmente en Washington desde la independencia del país en 1946 (Hinnebusch, 2012; Mearsheimer, 2018; Aguiar, 2024).

4.2 EXPANSIÓN DE LA OTAN HACIA EL ESTE Y CONFLICTO RUSO-UCRANIANO

Uno de los mayores conflictos bélicos que estallaron en las primeras décadas de este siglo XXI, es el conflicto ruso-ucraniano, que derivó en el ingreso de tropas rusas en territorio ucraniano en febrero de 2022. Este hecho fue ampliamente difundido por la prensa occidental como una "infame" agresión rusa hacia Ucrania y flagrante violación al derecho internacional, sin embargo fue un conflicto totalmente creado y planificado durante años por Estados Unidos y la OTAN como parte de su estrategia destinada a asegurar el unipolarismo estadounidense y evitar el surgimiento de cualquier posible potencia que se proyectara como posible rival (ver capítulo 2). Como bien se ha señalado, "los responsables políticos estadounidenses también desempeñaron un papel clave en el desencadenamiento de una grave crisis con Rusia y Ucrania" (Mearsheimer, 2018, p. 253).

El origen de este conflicto se remonta al serio error estratégico que cometió Estados Unidos junto a sus aliados tras el fin de la Guerra Fría, al decidir expandir la OTAN hacia el este, buscando controlar y someter a Rusia, bajo el discurso de transformarla en una democracia liberal pero que, en realidad, era el pretexto ideológico que ocultaba la verdadera

razón: conseguir el centenario anhelo geopolítico anglosajón de apoderarse del *Heartland* euroasiático (se profundiza en el capítulo 7).

Con esta expansión, los estadounidenses estaban siguiendo las ideas de Zbigniew Brzezinski, destinadas a mantener la supremacía de Estados Unidos y de Occidente durante el siglo XXI y que fueron magistralmente sintetizadas en su obra *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos* (publicada en inglés en 1997 y traducida al castellano en 1998). En esta obra, Brzezinski señaló que Eurasia seguía siendo el principal espacio geopolítico del planeta por su peso demográfico, económico y estratégico, por lo tanto, si Estados Unidos, una potencia marítima localizada fuera de este espacio, quería mantener su supremacía global en el siglo XXI era imperativo que controlara este macro continente. Para estos efectos, Europa occidental era la cabeza de puente geopolítica estadounidense en el continente euroasiático y esta cabeza de puente había que extenderla todo lo posible hacia el este. Este objetivo se lograría por medio de la integración a la UE y a la OTAN de los Estados europeos orientales que durante la Guerra Fría habían estado bajo la órbita soviética, así como integrando a las ex repúblicas soviéticas que se habían transformado en Estados independientes tras la disolución de la URSS. Particularmente importante era la incorporación de Ucrania a la OTAN, porque Ucrania era el pivote geopolítico decisivo para impedir la reconstrucción de un espacio imperial ruso que pudiera amenazar la hegemonía estadounidense y occidental. Además, una Ucrania occidentalizada y en la OTAN presionaría a Rusia para que se occidentalizara definitivamente y se integrara a una Europa ampliada liderada por Estados Unidos. De este modo, una Europa extendida hacia el este, desde el Atlántico hasta los Urales e incluso más allá, permitiría acelerar la globalización neoliberal y consolidar el eje euroatlántico que aseguraría a Estados Unidos y sus aliados una posición dominante en Eurasia

> Ucrania, un nuevo e importante espacio en el tablero euroasiático, es un pivote geopolítico porque su propia existencia como país independiente ayuda a transformar a Rusia. Sin Ucrania, Rusia deja de ser un imperio euroasiático (…). La cuestión principal para los Estados Unidos es la de cómo construir una Europa (…) viable que permanezca vinculada a los Estados Unidos y amplíe el alcance del sistema liberal democrático cooperativo del que tanto depende el ejercicio efectivo de la primacía global estadounidense (…). El aspecto fundamental de la expansión de la OTAN es que se trata de un proceso totalmente conectado a la expansión de Europa (…), los Estados Unidos deberían colaborar de una manera muy estrecha con Alemania en la promoción de la expansión europea hacia el este (…). La nueva Europa está aún en proceso de formación y para que esta nueva

> Europa siga formando parte –desde el punto de vista geopolítico– del espacio "euroatlántico", la expansión de la OTAN es esencial (…). Ucrania debería estar preparada para entrar en negociaciones serias tanto con la UE como con la OTAN entre el 2005 y el 2010 (…). Por lo tanto, la principal meta geoestratégica de los Estados Unidos en Europa se puede resumir en pocas palabras: consiste en consolidar, a través de una asociación transatlántica genuina, la cabeza de puente estadounidense en el continente euroasiático para que una Europa en expansión pueda convertirse en el trampolín más viable para proyectar hacia Eurasia el orden internacional democrático y cooperativo (Brzezinski, 1998, pp. 54-79, 86-87, 91-93).

Precisamente, en esta expansión hacia el este y en los intentos de incorporar a Ucrania a la OTAN se encuentra la raíz del largo conflicto ruso-ucraniano. Su origen se remonta al fin de la Guerra Fría, cuando tras la desaparición de la URSS, lo lógico era que todas las alianzas militares que se habían creado bajo el alero de Estados Unidos para combatir la "amenaza comunista" en cualquier parte de mundo, como era el caso de la OTAN para el espacio europeo, se disolvieran, dado que ya no tenían objeto, de la misma forma que se había disuelto la alianza militar que los soviéticos habían creado para defenderse del "enemigo capitalista", como era el caso del Pacto de Varsovia que desapareció en 1991. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario, la OTAN se expandió y fortaleció.

Con la caída del Muro de Berlín (1989), el aún líder de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov, solicitó en 1990, al entonces secretario de Estado estadounidense, James Baker, la incorporación de la URSS a la OTAN, buscando una reforma radical del sentido originario antisoviético de esta alianza y construir así una defensa conjunta de toda Europa, incluidos los soviéticos. Petición a la que Baker respondió que Gorbachov "debía estar soñando" (citado en Sánchez, 2022). El interés de Gorbachov era velar por un aspecto clave de la doctrina de seguridad nacional soviética: no permitir la instalación de armas nucleares en sus fronteras europeas y que pudieran alcanzar en un par de minutos centros neurálgicos, como Moscú, entre otros, anulando así toda capacidad de reacción oportuna. Idea bastante razonable si se considera que, por una razón similar, a inicios de los años 60, Estados Unidos no permitió la instalación de misiles nucleares soviéticos en Cuba y estuvo dispuesto a iniciar una guerra nuclear si era necesario para impedirlo. Este aspecto clave de la doctrina de seguridad soviética fue heredado por los líderes rusos una vez que la URSS se desintegró. Tanto Boris Yeltsin como Vladimir Putin se opondrán a la expansión de la OTAN hacia los países de Europa oriental que habían quedado en la órbita soviética tras el fin de la Segunda Guerra Mundial (Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria y Alemania

oriental), y menos aún hacia las ex repúblicas integrantes de la Unión Soviética como Ucrania y Georgia, que tras la disolución de la URSS se habían convertido en Estados independientes.

La preocupación de Gorbachov respecto del futuro de la OTAN surgió tras la reunificación alemana en 1990, donde la ex Alemania Democrática (comunista) se fundió en la Alemania Federal (capitalista) que era miembro de la OTAN. Frente a esta preocupación, los líderes estadounidenses y europeo-occidentales le aseguraron vía palabra –nunca por medio de un tratado o escrito– que, más allá del caso puntal de Alemania, la OTAN jamás se expandiría hacia el este. Según recuerda Jack Matlock, embajador estadounidense en Moscú entre 1989 y 1991, en 1990 "se le aseguró a Gorbachov, aunque no en un tratado formal, que, si se permitía que una Alemania unificada permaneciera en la OTAN, no habría movimiento de la jurisdicción de la OTAN hacia el este, ni un centímetro" (Matlock, 2022). Por su parte, el historiador político noruego Glen Diesen señala:

> documentos desclasificados proporcionan evidencia irrefutable de que James Baker, George Bush, Hans-Dietrich Genscher, Helmut Kohl, Robert Gates, François Mitterrand, Margaret Thatcher, Douglas Hurd y John Major hicieron promesas de no ampliar la OTAN. En febrero de 1990, el secretario de Estado de Estados Unidos, James Baker, hizo su famosa promesa de que la OTAN no se movería ni una pulgada hacia el este (Diesen, 2024, p. 144).

Sin embargo, pronto estas promesas se hicieron sal y agua. En medio de la euforia unipolarista, el establishment del poder estadounidense, junto a la promoción de globalismo neoliberal, comenzó a diseñar estrategias de dominio que le permitieran neutralizar cualquier posibilidad de renacimiento de una potencia rival. Y, como ya se señaló, para estos efectos optaron por controlar el *Heartland* euroasiático para lo cual era determinante expandir la OTAN hacia el este. Evidentemente, esta expansión fue disfrazada bajo el discurso del deber que tenían de llevar la democracia, la defensa de los derechos humanos y los valores liberales al mundo entero.

> [La]a OTAN quedó desorientada por el colapso de la Unión Soviética. Y hubo un debate sobre si debía desmantelarse. Pero sus líderes empezaron a ver que podía asumir otra función: ser la punta de lanza ideológica de las democracias liberales en el centro y este de Europa (Applebaum, 2018).

Pero más allá de este barniz ideológico liberal, tan necesario para mantener el control del sentido común de las masas, en 1992, el subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, señaló lo que sería el verdadero sentido estratégico de esta expansión de la OTAN. Como se señaló en el capítulo 2, en ese año propuso un nuevo plan para la defensa nacional de Estados Unidos, cuyo primer objetivo era "prevenir el resurgimiento de un nuevo rival", para lo cual había que evitar que cualquier potencia hostil llegase a dominar "una región cuyos recursos, bajo un control consolidado, serían suficientes para generar poder global". Estas regiones incluían a "Europa Occidental, Asia Oriental, el territorio de la antigua Unión Soviética y el Sudoeste Asiático". De esta forma Estados Unidos podría "salvaguardar sus intereses y promover sus valores" a nivel mundial (Wolfowitz, 1992). Ideas que calaron hondo entre sus aliados globalistas neoliberales europeos, como se desprende de las palabras de la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, cuando treinta años más tarde, al justificar el apoyo en armas y dinero a Ucrania en su guerra contra Rusia, señaló:

> Esta no es solo una guerra desatada por Rusia contra Ucrania. Es una guerra contra nuestra energía, una guerra contra nuestra economía, una guerra contra nuestros valores y una guerra contra nuestro futuro. Se trata de la autocracia contra la democracia (Von der Layen, 2022).

Para Jeffrey Sachs, en estos planteamientos geopolíticos, expresados por Wolfowitz –que representaban el ideario de los neocon (ver apartado 2.2)– radica el verdadero origen del conflicto ruso-ucraniano. Según el autor, este enfrentamiento sería la culminación de "un proyecto de 30 años de duración del movimiento neoconservador estadounidense". Bajo esta premisa, tras el fin de la Guerra Fría, Estados Unidos debía "mantener su predominio militar mundial y enfrentarse a las potencias regionales emergentes que puedan poner en peligro su dominio global o regional, especialmente Rusia y China". Para lograrlo, el plan implicaba "desplegar su ejército en cientos de bases militares a lo largo y ancho del mundo, de forma preventiva, para estar preparado para iniciar una guerra de elección si fuera necesario", y solo apelar a las Naciones Unidas "cuando ello conviniera a sus intereses" (Sachs, 2022).

Y la historia demuestra que estos neocon tuvieron bastante éxito en permear al establishment del poder con sus ideas. Bill Clinton, en la campaña presidencial para su segundo mandato en 1996, anunciaba su decisión de expandir la OTAN hacia el este (Mitchell, 1996), y, en

julio de 1997, la cumbre de la OTAN celebrada en Madrid aprobaba la invitación formal de ingreso a Polonia, Hungría y la República Checa. En esa oportunidad, el Departamento de Estado estadounidense declaraba:

> Hoy hemos dado el paso más importante hasta la fecha en la transformación de la OTAN tras la Guerra Fría, un proceso que Estados Unidos ha impulsado durante siete años y dos administraciones. El área del mundo donde podemos confiar en que la libertad y la seguridad perdurarán es ahora un poco más grande. Hoy hemos invitado a la República Checa, Hungría y Polonia a unirse a la Alianza, y hemos puesto en marcha un proceso que garantiza que otras naciones los sigan (U.S. Department of State, 1997).

Y, como era de esperarse, Rusia rechazó inmediatamente esta decisión por medio de su ministro de Asuntos Exteriores, Yevgeny Primakov, quien calificó la expansión de la OTAN hacia el este como "el mayor error de Europa desde la Segunda Guerra Mundial" (citado en Boese, 1997). Pero esta apreciación no solo la hacían los altos funcionarios rusos. Connotados académicos, políticos y funcionarios estadounidenses, expertos en temas de seguridad y en la Unión Soviética también venían advirtiendo que esta política era un grave error, dado que, así como ocurrió con la antigua URSS, la actual Rusia, sin importar quien fuera el dirigente del momento, jamás iba a aceptar esta política expansiva ya que la entendería como una nueva agresión de Occidente hacia ellos y actuaría tomando contramedidas, lo que llevaría a una nueva fractura estratégica entre las relaciones occidentales y Rusia. Entre estos críticos se encontraba George Kennan, uno de los expertos que contribuyó a construir la política estratégica de Estados Unidos durante la Guerra Fría y un gran conocedor de Rusia. En 1997, señaló:

> ampliar la OTAN sería el error más fatídico de la política estadounidense en toda la era posterior a la Guerra Fría. Se puede esperar que una decisión de este tipo inflame las tendencias nacionalistas, antioccidentales y militaristas en la opinión rusa; que tenga un efecto adverso sobre el desarrollo de la democracia rusa; que restablezca la atmósfera de la Guerra Fría en las relaciones Este-Oeste, y que impulse la política exterior rusa en direcciones decididamente desfavorables para nosotros (Kennan, 1997).

Una opinión similar manifestaba E. J. Carroll, contraalmirante retirado de la Marina y subdirector del Centro de Información de Defensa

con sede en Washington, cuando denunciaba que la secretaria de Estado Madeleine Albright había asegurado que el objetivo final de la expansión de la OTAN hacia el este era Rusia: "En el caso improbable de que en realidad Rusia no funcione como esperamos que lo haga (...), la OTAN está allí (...)" (citado en Carroll, 1997).

Sin embargo, pese a las advertencias externas e internas, esta expansión de la OTAN continuó. En 2002, en la cumbre de la OTAN de Praga, se invitó a ingresar a Estonia, Letonia, Lituania, Eslovaquia, Eslovenia, Bulgaria y Rumanía, quienes finalmente lo hicieron en 2004. En 2008, en la cumbre de Bucarest, se anunció formalmente que Ucrania y Georgia serían invitadas a ingresar. En 2009, ingresaron Albania y Croacia. En 2017, Montenegro. También en 2017 la OTAN declaró formalmente que Ucrania era un miembro aspirante a entrar a la OTAN. En 2020 se integró Macedonia del Norte. En junio de 2021, en el comunicado final de la Cumbre de la OTAN en Bruselas, se declaró: "Reiteramos la decisión tomada en la Cumbre de Bucarest de 2008 de que Ucrania se convertirá en miembro de la OTAN" (OTAN, 2021). En enero de 2022, congresistas estadounidenses propusieron una ley para declarar a Ucrania como un país "OTAN más" (NATO plus), a fin de disuadir a Rusia de intervenir en su vecino "al establecer consecuencias directas contra la invasión y la hostilidad del Kremlin" (Womack, 2022). En febrero de 2022, los rusos invaden Ucrania en la denominada "operación especial".

REVOLUCIÓN NARANJA Y MAIDAN

La injerencia de Estados Unidos y sus aliados de la OTAN en la política interna ucraniana se hizo evidente bajo el gobierno de Bush (h), cuando en la elección presidencial ucraniana de noviembre de 2004 orquestaron la llamada "revolución naranja". Se trató de una serie de manifestaciones callejeras en protesta porque se habría cometido fraude en la elección, donde el candidato pro-ruso Víctor Yanukovich le ganó con el 49,4 por ciento de los votos al candidato pro-estadounidense Víctor Yuschenko, representante del etnonacionalismo ucraniano anti-ruso, quien obtuvo el 46,7 por ciento (Diesen, 2024, p. 165).[4] Fue precisamente el observador internacional estadounidense en esta

4 Históricamente Ucrania ha estado dividida entre pro rusos y pro occidentales. Los pro-rusos son eslavos rusoparlantes, de religión ortodoxa y habitan mayoritariamente en la península de Crimea y el Dombás. Los pro- occidentales son católicos ucraniano-parlantes y habitan Ucrania occidental.

elección, el senador Richard Lugar, el que "decretó" que había existido fraude, siendo secundado por los observadores de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE). Frente a esta denuncia, el gobierno de Estados Unidos no reconoció la elección, y tras las protestas que se sucedieron, el Tribunal Supremo de Ucrania ordenó repetirla el 26 de diciembre, cuando ganó Yuschenko con el 53 por ciento de los votos frente al 45 por ciento de Yanukovich.

La manifiesta y descarada intervención estadounidense en el proceso político ucraniano (Mearsheimer, 2015; Diesen, 2024) fue claramente denunciada por la prensa europea. Por ejemplo, entre la primera y segunda elección, es decir, en plena "revolución naranja", el tradicional periódico británico *The Guardian* publicó:

> Intervenir en elecciones extranjeras, bajo el pretexto de un interés imparcial en ayudar a la sociedad civil, se ha convertido en la antesala del golpe de Estado posmoderno, el levantamiento del tercer mundo patrocinado por la CIA de los días de la Guerra Fría, adaptado a las condiciones postsoviéticas. Los instrumentos de la democracia se utilizan selectivamente para derrocar a dictadores impopulares, una vez que se ha preparado a un candidato o régimen sucesor (…). Ucrania se ha convertido en un asunto geoestratégico, no por Moscú, sino por Estados Unidos, que se niega a abandonar su política de la Guerra Fría de cercar a Rusia y busca atraer a todas las ex repúblicas soviéticas a su lado (Steele, 2004).

En enero de 2010, nuevamente Ucrania desarrolló elecciones presidenciales en las que el ya conocido candidato pro-ruso, Víctor Yanukovich, le ganó en segunda vuelta (48,9 por ciento) a la pro-occidental Julia Tymoshenko (45,4 por ciento), líder de la "revolución naranja" de 2004 y primera ministra del gobierno de Yuschenko. Y si bien Tymoshenko alegó fraude, el presidente Yuschenko reconoció el triunfo y Yanukovich asumió la presidencia a fines de febrero de 2010.

Dado que en 2008 la OTAN había anunciado que invitaría a Ucrania a integrar la alianza, "Yanukovich aprobó un proyecto de ley que consolidaba la neutralidad de Ucrania, y, por tanto, impedía que el país se uniera a la OTAN" (Diesen, 2024, p. 172). Sin embargo, la Unión Europea (UE) siguió presionando y en 2013 invito a Ucrania a integrar un pacto económico, "lo que efectivamente fue un ultimátum para elegir entre Occidente o Rusia" (Diesen, 2024, p. 173). Yanukovich rechazó la propuesta de la UE y eligió un acuerdo económico con Rusia. En respuesta, los pro-occidentales, teledirigidos por Estados Unidos, salieron a protestar a las calles confrontándose con la policía en movilizaciones cada vez más violentas que terminaron por

derribar a Yanukovich, quien huyó a Moscú cuando el Parlamento lo destituyó en febrero de 2014. Esto fue el movimiento del "Maidan", nombre de la plaza donde comenzaron las protestas, bajo claras directrices del gobierno estadounidense. De acuerdo con Jack Matlock, miembro del Consejo de Seguridad Nacional estadounidense bajo el presidente Ronald Reagan y embajador en la URSS entre 1987-1991, "la intrusión estadounidense en su política interna fue profunda, apoyando activamente la revolución de 2014 [Maidan] y el derrocamiento del gobierno ucraniano electo" (Matlock, 2022). Por su parte, George Friedman, geopolítico y ex presidente de la consultora de inteligencia estadounidense Stratfor, refiriéndose al papel de Estados Unidos en el Maidan, señaló que fue "el golpe de Estado más abierto de la historia" (citado en Diesen, 2024, p. 177). De hecho, la subsecretaria de Estado, Victoria Nuland, fue un actor principal del establishment del poder estadounidense encargada de inmiscuirse en la política interna ucraniana a fin de orquestar el golpe contra Yanukovich (Chiacu y Mohamed, 2014; Parry, 2015; Scheben, 2022).

EL CONFLICTO ARMADO

De igual forma que la "revolución naranja" y el "Maidan", el conflicto armado ruso-ucraniano que estalló en febrero de 2022 fue clara y conscientemente provocado por Estados Unidos y la OTAN. Desde por lo menos febrero de 2007, cuando se celebró la Conferencia de Seguridad de Múnich, los estadounidenses y sus aliados sabían que Rusia consideraría la expansión de la OTAN hacia el este como una amenaza directa a su seguridad existencial y no lo aceptaría, tal como había predicho Kenann diez años antes. En esa Conferencia de Múnich el presidente ruso Vladimir Putin señaló:

> Creo que es obvio que la expansión de la OTAN no tiene ninguna relación con la modernización de la propia Alianza ni con garantizar la seguridad en Europa. Al contrario, representa una grave provocación que reduce el nivel de confianza mutua. Y tenemos derecho a preguntarnos: ¿contra quién se pretende esta expansión? (Putin, 2007).

Al año siguiente, en la Cumbre de la OTAN de Bucarest de 2008, cuando se anunció que Ucrania y Georgia serían invitadas a integrarse a la organización, Putin volvió a advertir que esa acción constituiría una "amenaza directa" para la seguridad de Rusia (citado en *The Guardian*, 2008). En otras palabras, Rusia reaccionó exactamente como Kennan había anticipado en su artículo de 1997. Sin embargo, Estados Unidos

y sus aliados, aún mareados por su optimismo unipolarista, hicieron caso omiso de estas advertencias. El presidente Barack Obama "siguió ignorando las preocupaciones rusas más serias y redobló los esfuerzos estadounidenses anteriores para separar a las ex repúblicas soviéticas de la influencia rusa y, de hecho, para alentar un 'cambio de régimen' en la propia Rusia" (Matlock, 2022). Por esta razón, Putin, tras el derrocamiento de su aliado Yanukovich en febrero de 2014 y constatando que Estados Unidos no se iba a detener en su objetivo de colonizar Ucrania como primer paso para controlar Rusia, invadió inmediatamente la península de Crimea y en marzo la anexó a Rusia. Al mes siguiente, en abril, estalló el conflicto armado entre Kiev y las provincias pro-rusas del Dombás, que decidieron su independencia de Ucrania creando la República Popular del Donetsk (RPD) y la República Popular de Lugansk (RPL). Mientras Rusia apoyaba a los separatistas, Estados Unidos y la OTAN apoyaban a Kiev e iniciaban un poderoso equipamiento y entrenamiento del ejército ucraniano, preparándolo para un cada vez más cercano enfrentamiento militar directo con Rusia.

Para poner fin a este conflicto del Dombás, en septiembre de 2014 se celebraron los Acuerdos de Minsk o Protocolo de Minsk, entre Rusia, Ucrania y representantes de la RPD y RPL, bajo los auspicios de Francia y Alemania. Sin embargo, nunca existió real voluntad de Ucrania y de la OTAN de respetar este acuerdo, considerado demasiado favorable para Rusia. Fue una simple estratagema para que Ucrania pudiera ganar tiempo mientras la OTAN y Estados Unidos la armaban y fortalecían, como públicamente reconoció, años después, la propia canciller alemana de entonces Angela Merkel (Scheben, 2022).

Bajo este clima de confrontación creciente y la amenaza inminente del ingreso de Ucrania a la OTAN, el 24 de febrero de 2022 Rusia inició su invasión, denominada "operación especial", buscando forzar un tratado que garantizara una Ucrania pro-rusa o al menos neutral. Un par de semanas después, en marzo de 2022, bajo mediación de Turquía se iniciaron conversaciones entre Rusia y Ucrania para firmar el acuerdo buscado por Rusia. Sin embargo, por oposición de la OTAN y con la activa participación del ex primer ministro del Reino Unido, Boris Johnson, Ucrania desechó estas conversaciones y apostó por la derrota militar de Rusia. Por su parte, Estados Unidos y la UE impusieron sanciones económicas sin precedentes a Rusia, además de congelar miles de millones de dólares de sus activos en bancos occidentales.

En abril de 2022, las tropas rusas que habían logrado llegar a las afueras de Kiev debieron retroceder al Dombás tras la contraofensiva que lanzó Ucrania. En estos primeros meses del conflicto se

expresó un exultante triunfalismo de la OTAN y de Estados Unidos. Estos consideraban que la contraofensiva ucraniana más el colapso económico de Rusia, producto de las sanciones, llevarían al inminente fin del gobierno de Vladimir Putin. En aquel momento, la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, declaró que los rusos se encontraban en un estado tan débil y precario que estaban usando chips de lavadoras y refrigeradores para poder reparar su armamento, por lo cual su derrota sería inminente (Von der Leyen, 2022). Sin embargo, una vez que Rusia vio que su intento de negociación rápida con Ucrania fracasó, cambió de estrategia y se "atrincheró" en las provincias del Dombás, comenzando una larga guerra de desgaste mientras lograba sortear los efectos del boicot económico. En junio de 2023, Ucrania lanzó una gran contraofensiva en el Dombás para expulsar a los rusos, sin embargo, para septiembre, ya estaba claro que había fracasado totalmente pese al constante incremento del apoyo militar de la OTAN (dinero, equipo bélico, asesores e información de inteligencia). Desde esa fecha en adelante, los rusos empezaron a avanzar lenta pero sostenidamente mientras Ucrania pasaba a acciones defensivas y a depender totalmente de los suministros provenientes de la OTAN para poder mantener su esfuerzo de guerra. Por esto último muchos expertos occidentales comenzaron a señalar que la vía militar para derrotar a Rusia había fracasado y que era más conveniente buscar una salida negociada (Haass y Kupchan, 2023). De hecho, a finales de 2022, Mark Milley, entonces jefe del Estado Mayor Conjunto de Estados Unidos, afirmaba que la "probabilidad de una victoria militar ucraniana –definida como la expulsión de los rusos de toda Ucrania, incluyendo lo que reclaman como Crimea– no es muy alta en términos militares" (citado en Ali y Stewart, 2022).

Frente al evidente fracaso de la OTAN en su intento de derrotar militarmente a Rusia utilizando a Ucrania, Donald Trump, al asumir su segundo mandato presidencial en enero de 2025, decidió cambiar lo que había sido la estrategia dominante de Estados Unidos en Europa desde Bill Clinton en adelante: seguir los planteamientos de Brzezinski y apoderarse del *Heartland* euroasiático, primero controlando Ucrania para luego avanzar sobre Rusia. Esta estrategia fue desechaba por Trump en la medida en que la guerra se alargaba y los especialistas señalaban que no era posible derrotar a Rusia sin un involucramiento directo de las tropas de la OTAN en el conflicto, lo que llevaría a los rusos a utilizar armas nucleares, desencadenando así la Tercera Guerra Mundial. Además, Trump prefería intentar un acercamiento con Putin a fin de aislar a China. O sea, repetir la estrategia Nixon-Kissinger de 1971, cuando Estados Unidos decidió acercarse a la China comunista de Mao para cercar a la Unión Soviética, solo que

esta vez la situación se invertía y ahora eran los chinos los que debían ser aislados y derrotados con el apoyo ruso. Para estos efectos, Trump comenzó a promover un tratado de paz que satisfaga las demandas de Rusia (garantías de la neutralidad de Ucrania, aceptación de la incorporación de Crimea y el Dombás a Rusia, fin de las sanciones), cuestión que lo puso en directa contradicción tanto con el gobierno ucraniano del presidente Volodimir Zelenski, como con sus aliados de la UE, que insistirán en la derrota militar de Rusia vía aumento del apoyo e involucramiento militar de la OTAN en Ucrania.

En síntesis, retomando el teorema de Fénelon, se hace evidente la articulación estructural entre ideología y poder que caracteriza el ejercicio de la hegemonía estadounidense en el sistema internacional. Más allá de justificar sus acciones en defensa de los derechos humanos y los valores liberales que busca universalizar, la conducta de Estados Unidos se explica por una lógica de poder orientada a preservar su posición hegemónica durante el siglo XXI y a proteger sus intereses estratégicos en el orden global. En este marco, la ideología, como parte de su poder blando, cumple una función instrumental: legitima, racionaliza y normaliza, tanto estratégica como tácticamente, el uso de su poder duro –intervención militar, asesinatos selectivos, bombardeos masivos, coerción, bloqueos y sanciones–, presentándolos como eventos necesarios e inevitables, ya sea para la "defensa" de los derechos humanos o de su seguridad nacional.

En este sentido, el discurso ideológico del hegemón no es estático, sino históricamente adaptable. Durante la Guerra Fría, se estructuró en torno a la defensa del "mundo libre" frente al comunismo; tras el colapso del bloque soviético entre 1989 y 1991, se reconfiguró bajo la narrativa de la misión democratizadora y de la intervención humanitaria, en consonancia con la pretensión de universalizar el orden neoliberal occidental. Con la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca será por razones de seguridad nacional frente a la creciente amenaza de China (se profundiza en capítulos 8 y 9). Pero, finalmente, el objetivo es el mismo: asegurar la hegemonía estadounidense en el orden mundial.

SEGUNDA PARTE

FIN DE OCCIDENTE E INTERREGNO HEGEMÓNICO

5

CRISIS *SUBPRIME*. FIN DEL OPTIMISMO UNIPOLARISTA NEOLIBERAL

Si bien tras el fin de la Guerra Fría, en Estados Unidos y sus aliados occidentales primó un eufórico optimismo unipolarista –basado en la idea de que la hegemonía estadounidense perduraría por todo el siglo XXI y que el orden liberal internacional sería universal–, ya a fines de los años setenta e inicios de los ochenta del siglo pasado había comenzado un interesante debate académico en el que distintos especialistas plantearon que Estados Unidos presentaba señales inequívocas de declinación de su poder hegemónico. El inicio de esta declinación se puede simbolizar en dos momentos que, en un lapso de tiempo relativamente breve, provocaron un gran remezón en la economía global: por una parte, el instante en que el dólar dejó de ser convertible al oro en 1971, y, por otra parte, la crisis del petróleo de 1973, cuando los países productores de crudo se liberaron de la tutela occidental.

En el mainstream académico anglosajón, dos teóricos dieron la señal de alarma: Robert Gilpin y Paul Kennedy. Gilpin, experto en economía política internacional (EPI) y teórico de la línea realista en Relaciones Internacionales de la Universidad de Princeton, en 1981 publicó *War and Change in World Politics*, donde advertía que desde "la década de 1970 y principios de la de 1980, una serie de acontecimientos dramáticos" indicaban "que las relaciones internacionales estaban atravesando un cambio significativo", y "el sistema

internacional relativamente estable que el mundo había conocido desde el final de la Segunda Guerra Mundial estaba entrando en un período de cambios políticos inciertos" (Gilpin, 1981, p. 1). Esta situación se debía a que, si bien en 1945 "Estados Unidos se encontraba en la cúspide de la jerarquía internacional de poder y prestigio" y tenía un poder económico y militar supremo, lo que le había permitido dirigir y proporcionar "la base para un orden económico y político mundial", ya para los años de 1980 "esta *Pax Americana* se encontraba en un estado de desorden". Estados Unidos ya mostraba los "síntomas clásicos de un poder en declive: (…) inflación desenfrenada, dificultades crónicas de balanza de pagos y altos impuestos" (Gilpin, 1981, p. 231-232). Pocos años después, en 1987, el historiador británico de la Universidad de Yale Paul Kennedy reforzó la idea de Gilpin en su obra *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, donde señalaba que las dificultades económicas, que se manifestaron desde los años 60 del siglo XX en adelante, dejaban claro que Estados Unidos estaba "perdiendo rápidamente parte relativa en la riqueza, la producción y el comercio mundiales, que había poseído en 1945" (Kennedy, 2004, p. 674). Kennedy señalaba que la potencia norteamericana presentaba los mismos síntomas de declive que habían llevado a la extinción a antiguos imperios, tales como la "excesiva extensión imperial". Es decir, "la suma total de los intereses y obligaciones mundiales de Estados Unidos" era mucho mayor "que la capacidad del país para defenderlos simultáneamente", situación que, a largo plazo, significaría un serio declive de poder, dado que se vería obligado a dedicar, de manera creciente, parte significativa de su renta nacional a temas defensivo-militares. Como consecuencia, reduciría progresivamente la porción de la renta nacional dedicada a la actividad productiva (Kennedy, 2004, pp. 801-836). Además, para este autor, en términos de poder económico, para los años 80 del siglo XX ya existía un mundo multipolar, y advertía que a largo plazo esto podría dar origen a un mundo multipolar en plena forma (económico y militar), donde, si no se tomaban las medidas adecuadas, la hegemonía de Estados Unidos podría ser reemplazada por otra megapotencia.

Por otra parte, desde la teoría crítica de influencia marxista, el sociólogo estadounidense Immanuel Wallerstein de la Binghamton University, creador de la teoría del sistema-mundo, afirmaba en su obra *The Politics of the World-Economy* (1984) que para la década de los setenta Estados Unidos ya se encontraba en la curva descendente de su ciclo hegemónico y que este fenómeno no era pasajero, sino que se trataba de un declive estructural de su poder que, si bien podría durar décadas, era imposible de revertir.

Reforzaba estas ideas el gran crecimiento económico que experimentaba Japón en las décadas de 1970 y 1980. Se consideraba que si Japón se transformaba en la primera potencia económica mundial, la declinación hegemónica estadounidense sería inevitable, con la consecuente inestabilidad del sistema internacional. Al respecto, en 1989, Chalmers Johnson planteó que, desde 1968 en adelante, Estados Unidos mostraba un déficit comercial con Japón, y que "en el espacio de solo diez años el superávit comercial total de Japón" había crecido "de 17 mil millones de dólares a 92 mil millones" (Johnson, 1989, p. 126). Señalaba una serie de estudios japoneses sobre la estabilidad hegemónica global, en los que se advertía que el "surgimiento de Japón como potencia económica importante" conllevaría que "la estructura de las relaciones internacionales experimentaría un cambio decisivo". Con el fin de evitar una guerra hegemónica entre Japón y Estados Unidos, Johnson proponía implementar una "hegemonía conjunta" como la "única alternativa viable para Japón y Estados Unidos" (Johnson, 1989, pp. 127-131).

Como es evidente, no todos los académicos anglosajones que participaban y animaban este debate en los años ochenta del siglo pasado estaban de acuerdo con estos planteamientos. En este sentido, particularmente importante fue la perspectiva del politólogo de la Universidad de Harvard Robert Keohane, que en 1984 publicó *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy*, donde señaló que, si bien en los años setenta Estados Unidos presentaba grados de debilitamiento en su poder global con relación a la situación que presentaba en 1945, se trataba de un debilitamiento relativo, y en ningún caso llevaría a un colapso sistémico del orden liberal internacional hegemonizado por Estados Unidos. Junto con su colega de Harvard, Joseph S. Nye, Keohane criticó a Gilpin, Kennedy y otros que compartían las ideas "declinalistas", afirmando que "eran defensores del declive de Estados Unidos más que analistas desapasionados de lo que consideraban tendencias preocupantes en la trayectoria de Estados Unidos como gran potencia" (Layne, 2012, p. 207).

Como resulta lógico, tras el fin de la Guerra Fría y el estado de euforia unipolar liberal/neoliberal que invadió al establishment del poder y al mainstream de la academia estadounidense, las tesis declinalistas perdieron fuerza y quedaron demodé; sin embargo, no desaparecieron completamente del horizonte de discusión. Algunos académicos, como Christopher Layne y Kenneth Waltz, en sintonía con las tesis de Robert Gilpin y Paul Kennedy, insistieron en que la declinación económica de Estados Unidos era innegable y que un orden multipolar surgiría mucho antes de lo que preveían los unipolaristas. Según Layne, el "momento unipolar" estadounidense sería

más bien breve y debía entenderse como "un interludio geopolítico que dará paso a la multipolaridad entre 2000 y 2010" (Layne, 1993, p. 7). Por su parte, Waltz sostenía que, si bien "durante algunos años por venir (…) Estados Unidos será el país líder económica y militarmente", estaba emergiendo un orden multipolar que, en un plazo no muy lejano –de diez a veinte años–, reemplazaría la unipolaridad estadounidense debido al crecimiento económico de potencias como Japón y Alemania, sin descartar que China terminaría sumándose a este selecto grupo. En consecuencia, Estados Unidos tendría "que aprender un papel que nunca había desempeñado: coexistir e interactuar con otras grandes potencias" en condiciones de mayor igualdad (Waltz, 1993, pp. 64- 66, 71-72). Layne y Waltz fueron rápidamente etiquetados por sus críticos como "pesimistas unipolares", dado que, además de sostener que la declinación económica de la superpotencia norteamericana conduciría a un nuevo orden multipolar, "también cuestionaron la sabiduría de hacer de la preservación del dominio estadounidense en un mundo unipolar el objetivo principal de la gran estrategia de Estados Unidos después de la Guerra Fría" (Layne, 2012, p. 204).

Sin embargo, estas miradas críticas no tuvieron mayor eco, y durante toda la década de 1990 y la primera mitad de la década de 2000, entre las élites del poder estadounidenses y occidentales predominó el optimismo (véase capítulo 2). No obstante, a medida que avanzaba el siglo XXI, este optimismo se fue transformando en un creciente pesimismo, motivado por factores como el imparable aumento de la deuda pública de Estados Unidos, su progresivo deterioro social interno y el acelerado crecimiento económico de China, entre otros elementos. Así, a comienzos de la segunda década del siglo XXI, era el optimismo noventero el que comenzaba a convertirse en una posición cada vez más marginal y demodé. Por ejemplo, Simón Serfaty señaló que no solo resultó sorprendente la rapidez con que terminó el optimismo unipolar, "sino también lo rápido que surgió un consenso sobre un inevitable e irreversible cambio de poder lejos de Estados Unidos y Occidente" (Serfaty, 2011, p. 7). Por su parte, Brzezinski, uno de los principales críticos de las tesis que consideraban irreversible la declinación estadounidense, reconoció que la potencia se veía acosada por "serios desafíos operativos: una deuda nacional masiva y creciente, una desigualdad social cada vez mayor, una cultura cornucopia que adora el materialismo, un sistema financiero dado a la especulación codiciosa y un sistema político polarizado" (Brzezinski, 2013, p. 46). Retomando en parte los argumentos de Kennedy vertidos más de veinte años atrás, Brzezinski señalaba que, si no se implementaban las correcciones necesarias, estos problemas podían condenar a Estados

Unidos al mismo destino histórico de otras potencias hegemónicas desaparecidas, como el imperio romano y el declive del imperio británico durante el siglo XX (Brzezinski, 2013, p. 46).

Pero sin lugar a dudas la coyuntura clave para este giro en el ánimo del establishment del poder estadounidense será la crisis económica subprime de 2008, que por su profundidad dejó en evidencia que Estados Unidos y sus socios del G-7 por sí solos no podrían salvar el orden capitalista económico neoliberal, y por lo cual debieron recurrir al auxilio del G-20.

El impacto de la crisis originada por el estallido de la burbuja inmobiliaria de las hipotecas *subprime* (préstamos hipotecarios de alto riesgo a personas con solvencia insuficiente) fue enorme y afectó severamente a la economía estadounidense y a la europea principalmente, transformándose en un hito importante para repotenciar las críticas de los denominados *desencantados de la globalización*, por el enorme impacto socioeconómico negativo que décadas de neoliberalismo habían ocasionado en la gran mayoría de sectores medios y bajos de estas sociedades altamente desarrolladas.[1] La

---

1 Recordemos que la neoliberalización de la economía mundial comenzó en los años 80 del siglo pasado, tras el ascenso de Margaret Thatcher al cargo de primera ministra del Reino Unido en 1979 y de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos en 1980. Proceso que tras el fin de la Guerra Fría alcanzó velocidad turbo y cubrió todo el planeta en el proceso conocido como globalización y que fue la estrategia que utilizo Estados Unidos como potencia hegemónica "para preservar su liderazgo y poder" (Guillén, 2007, p. 6). Pero este proceso global de liberalización comercial, desregulación financiera y reducción del rol del Estado, si bien generó un notable aumento del comercio internacional y del crecimiento económico agregado, también provocó importantes efectos distributivos adversos y generó profundas fracturas sociales, particularmente (si bien no únicamente) en Estados Unidos y Europa occidental, o sea, las economías más avanzadas de entonces. Profundizó desigualdades sociales y territoriales, debilitó instituciones centrales del Estado de bienestar y aceleró procesos de desindustrialización en regiones tradicionalmente manufactureras, con serias consecuencias para las clases medias y trabajadoras. Según el premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz, la globalización fue gestionada de manera desequilibrada, privilegiando la liberalización de los mercados sin mecanismos adecuados de regulación y compensación social, lo que amplificó la desigualdad y el descontento social. Para el también Nobel de Economía Paul Krugman, la apertura comercial y los cambios estructurales en la economía global contribuyeron a la pérdida de empleos industriales bien remunerados en regiones como el "Rust Belt" en Estados Unidos, debilitando el poder de negociación de los trabajadores y ampliando la brecha de ingresos. Por su parte, Thomas Piketty señaló que, en ausencia de fuertes políticas redistributivas, sumado a décadas de liberalización financiera y reformas tributarias regresivas, el capitalismo neoliberal terminó concentrando crecientemente la riqueza en las capas superiores de la sociedad, especialmente en el 1 por ciento más rico. Igualmente, el también economista Dani Rodrik señaló que la llamada "hiperglobalización" limitó la capacidad de los Estados para proteger a sus sociedades de los efectos de la integración económica mundial, generando tensiones entre globalización, democracia y soberanía nacional (Stiglitz, 2002; Krugman, 2007; Rodrik, 2011; Piketty, 2014).

crisis se originó en el mercado inmobiliario de Estados Unidos y de propiedades más importante del mundo y se propagó rápidamente debido a la interconexión de los mercados financieros internacionales. La quiebra en 2008 del banco estadounidense Lehman Brothers impulsó un pánico generalizado en los mercados, con la consecuente restricción general a los créditos y una profunda recesión global, al punto que importantes premios Nobel de Economía, como Paul Krugman y Joseph Stiglitz, la consideraron como la mayor crisis del capitalismo financiero desde la crisis económica de 1929 (Krugman, 2008; Stiglitz, 2010)

Como bien señala Layne, hasta los "presagios de la Gran Recesión en el otoño de 2007, la mayoría de los académicos estadounidenses especializados en estudios de seguridad creían que la unipolaridad y, por extensión, la hegemonía de Estados Unidos serían características perdurables de la política internacional en el futuro lejano" (Layne, 2012, p. 203). Sin embargo, esta crisis minó seriamente el optimismo unipolarista, al reforzar las "premoniciones de la decadencia y la transformación geopolítica de Estados Unidos", en la medida en que "puso de relieve el desplazamiento de la riqueza y del poder mundiales desde Occidente hacia Oriente, una tendencia ilustrada por el impresionante y rápido ascenso de China al estatus de gran potencia", así como planteó "dudas sobre la solidez de los fundamentos económicos y financieros de la primacía de Estados Unidos" (Layne, 2012, p. 203). Inclusive Joseph Nye, importante critico de las tesis sobre la declinación del poder hegemónico estadounidense, señaló que muchos analistas interpretaron "la crisis financiera mundial de 2008 como el inicio del declive estadounidense" (Nye, 2010, p. 2).

De esta forma, en la segunda década de los 2000, producto de la bancarrota de las tesis unipolaristas tras la crisis *subprime*, retornó con gran fuerza en el mainstream académico occidental el debate sobre la declinación de la hegemonía de la potencia norteamericana con el consecuente probable fin del orden liberal internacional y su reemplazo por un nuevo tipo de orden mundial no necesariamente controlado por Estados Unidos y sus aliados occidentales. Evidentemente, también existieron las tesis que rechazaban estas perspectivas declinalistas y pesimistas e insistían en que la hegemonía estadounidense y el unipolarismo se mantendrían durante todo el siglo XXI, dado que la potencia norteamericana poseía ventajas estructurales únicas en cuanto a demografía, innovación, energía y geografía (Beckley, 2018). Sin embargo, esta vez, este tipo de miradas porfiadamente optimistas fueron las minoritarias, frente al creciente predominio de las tesis declinalistas. Como bien señalaron Massie y Paquin en 2020:

> en la última década, una plétora de libros y artículos ha alimentado los debates sobre el declive del poder estadounidense y su propuesta de corolario: la transición del poder mundial de Occidente a Oriente (…). Tras haberse esforzado por ayudar a construir un orden internacional liberal, que aportó estabilidad y crecimiento durante más de 70 años, los aliados de Estados Unidos deben enfrentarse ahora a la posibilidad de que el poder hegemónico de Estados Unidos disminuya (Massie y Paquin, 2020, p. 14).

5.1 PESIMISMO DÉBIL

Muchos de los debates y análisis respecto de la declinación del poder hegemónico estadounidense que transcurren en las dos primeras décadas de los dos mil enfatizaron su carácter relativo. Fundamentalmente consideraban que esta declinación se expresaría en el fin del unipolarismo y el paso a un orden de característica multipolar, donde Estados Unidos seguiría siendo la potencia principal, pero no con la misma intensidad y magnitud de poder que mostró en 1945 tras el fin de la Segunda Guerra Mundial o la situación que se generó en 1991 con el fin de la Guerra Fría; ahora tendría que allanarse a compartir el poder global con otras superpotencias.

Por ejemplo, los politólogos Randall Schweller, de la Universidad Estatal de Ohio, y Xiaoyu Pu, de la Universidad de Nevada, argumentaron que, si se avecinaba una gran transformación del sistema internacional, esta debía entenderse como una transformación estructural desde la unipolaridad hacia la multipolaridad (Schweller y Pu, 2011, p. 42). Esta idea fuerza también aparecerá en la publicación *Global Trends* del año 2012, perteneciente al National Intelligence Council del gobierno norteamericano, que advertía que para 2030 "el avance de China, más el debilitamiento de EUA, llevarán al mundo hacia el fin de la hegemonía absoluta de EUA y hacia el advenimiento de un mundo multipolar" (Dabat y Leal, 2019, p. 103).

Sin embargo, lo interesante es que en muchas de estas proyecciones respecto del advenimiento de un orden multipolar, la situación de Estados Unidos no sería tan desventajosa y podría actuar, de hacer las cosas bien, como un *primus inter pares* en un círculo relativamente reducido de potencias globales que compartirían el poder. Además, se creía que las características centrales del orden liberal internacional se mantendrían en este nuevo orden multipolar. En este sentido, podemos plantear que las tesis sobre una declinación relativa expresaban un pesimismo débil.

Por ejemplo, Richard Haass, diplomático y académico especializado en política internacional, sostuvo que lo que sustituiría al unipolarismo estadounidense no sería un orden multipolar, sino un orden "no polar", dado que la multipolaridad implicaba la existencia de "varios polos o concentraciones diferenciadas de poder". A su juicio, el mundo de la globalización difería "de manera fundamental de uno de multipolaridad clásica", ya que existían "muchos más centros de poder, y muchos de estos polos no son Estados-nación", como ocurre, por ejemplo, con las corporaciones multinacionales (Haass, 2008, pp. 44-45). Por su parte, Fareed Zakaria, editor de *Foreign Affairs*, definió el nuevo escenario emergente como un mundo posamericano, caracterizado por una mayor difusión del poder como resultado del ascenso de nuevas potencias, particularmente China e India. En este contexto, si bien Estados Unidos continuaría siendo uno de los principales actores del sistema internacional, dejaría de ser la única superpotencia sin contrapesos (Zakaria, 2008, 2011). A su vez, Simón Serfaty, del Center for Strategic and International Studies (CSIS), sostuvo que, en el siglo XXI, un eventual mundo pos-occidental no tenía por qué surgir como consecuencia del declive de las potencias occidentales, incluido Estados Unidos, sino más bien como resultado del ascenso simultáneo del resto del mundo (Serfaty, 2011, pp. 7-8). En esos años, G. John Ikenberry publicó su influyente obra *Liberal Leviathan*, en la que planteó que la hegemonía estadounidense se había sostenido sobre la construcción de un orden liberal internacional, institucionalizado y legitimado desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Según Ikenberry, este orden, precisamente por su carácter liberal, limitó el poder del hegemón e incorporó a otros Estados a los procesos de toma de decisiones mediante reglas e instituciones, haciendo viable un esquema multilateral de gobernanza internacional. Esta característica permitiría la supervivencia del orden liberal internacional incluso ante un declive relativo del poder material de Estados Unidos (Ikenberry, 2011). Algunos años más tarde, a medida que el debate sobre la declinación de la hegemonía estadounidense se intensificaba, Ikenberry sostendría que:

> a pesar de sus problemas, el internacionalismo liberal aún tiene futuro. La organización hegemónica estadounidense del orden liberal se está debilitando, pero las ideas organizativas más generales y los impulsos del internacionalismo liberal están profundamente arraigados en la política mundial (Ikenberry, 2018, p. 8).

5.2 PESIMISMO FUERTE

Simultáneamente a estos pesimistas débiles, hubo otros autores que fueron algo más críticos respecto de la continuidad de un orden liberal internacional tras el fin del orden unipolar. Por ejemplo, Amitav Acharya, profesor de Relaciones Internacionales en la American University de Washington D.C., sostuvo que más que un nuevo orden multipolar, el sistema internacional emergente debía entenderse como un orden múltiple o multiplex y posliberal, en el que convivirían elementos del orden liberal liderado por Estados Unidos con órdenes internacionales no liberales y transversales (Acharya, 2014, 2017). En un sentido relativamente convergente, Naazneen Barma, profesora de Asuntos de Seguridad Nacional en la Naval Postgraduate School de Estados Unidos, planteó la emergencia de un "mundo sin Occidente", para referirse a la probable convivencia de órdenes paralelos y alternativos que cubrirían sectores del sistema y no el todo, proyectando el surgimiento de "un orden internacional alternativo al orden occidental predominante (…) construido sobre la densidad dinámica de los flujos transaccionales dentro de su propia esfera" (Barma et al., 2009, pp. 528-541).

Pero, sobre todo, al término del primer gobierno del republicano Donald Trump, iniciado el 20 de enero de 2017, cobró fuerza una mirada mucho más negativa que considerará que el orden internacional liberal no sobreviviría a la declinación hegemónica de Estados Unidos, y que podemos denominar como pesimismo fuerte. Por ejemplo, transcurridos los cuatro años del primer mandato de Trump, el historiador de la Universidad de Madison Alfred McCoy hacía el siguiente balance:

> Después de cuatro años del mandato irregular de Donald Trump, Estados Unidos está despertando de un largo y agitado sueño para descubrir, como el personaje ficticio Rip Van Winkle, que el mundo que alguna vez conoció ha cambiado más allá de todo reconocimiento (…). Así como el rey Jorge sufrió una derrota devastadora que le costó las 13 colonias, Estados Unidos, con una velocidad igualmente asombrosa, ha perdido ahora su liderazgo en la comunidad internacional (McCoy, 2021).

Por otra parte, a comienzos de la década de 2000, Wallerstein, al explicar la fase de decadencia en que se encontraba el poder de Estados Unidos en el sistema internacional, señalaba que, si bien en 1950 la hegemonía estadounidense se sustentaba en una combinación de "eficiencia productiva, que superaba por mucho a la de sus rivales, un proyecto político mundial, que respaldaban cálidamente sus aliados en Europa y en Asia, y una superioridad militar", al comenzar el siglo XXI la eficiencia productiva de las empresas estadounidenses

enfrentaba una competencia cada vez más intensa, especialmente por parte de sus antiguos aliados europeos y asiáticos, de la misma forma que tras el fin de la Guerra Fría "el proyecto político mundial de Estados Unidos ya no era respaldado tan cálidamente como antes", de modo que lo único que permanecía como incuestionable era "la superioridad militar" (Wallerstein, 2005, p. 185).

Dos décadas más tarde, la situación descrita por Wallerstein en 2005 parecía un pálido reflejo de la magnitud alcanzada por el declive del poder estadounidense. Al finalizar el primer gobierno de Donald Trump, la erosión de la hegemonía de la potencia norteamericana y el deterioro del orden liberal internacional que había construido se percibían como fenómenos mucho más profundos y, para algunos observadores, potencialmente irreversibles. En este contexto, como ya afirmamos, el pesimismo débil había dado paso a un pesimismo fuerte. Algunos años más tarde, tras el inicio de la segunda administración presidencial de Trump, el 20 de enero de 2025, este pesimismo siguió acrecentándose, al punto que algunos analistas como Fareed Zakaria señalaron que el mundo había "empezado a tratar a Estados Unidos como el problema" (citado en Seisdedos, 2026) (se profundiza en los capítulos siguientes).

6

CHINA Y LAS POTENCIAS EMERGENTES (BRICS)

Si bien la crisis *subprime* de 2008 fue el fenómeno que modificó la percepción optimista y triunfalista del establishment del poder de Estados Unidos y occidente generado tras el fin de la Guerra Fría, no se puede entender este giro sin unirlo al extraordinario y rápido crecimiento y desarrollo económico de China. Este fenómeno chino, entre 1989 (caída del Muro de Berlín) y 2009 (creación de los BRIC), fue entendido como algo beneficioso y favorable para Occidente, así como para prolongar la supremacía estadounidense durante el siglo XXI. Sin embargo, desde la crisis *subprime* en adelante, pasó a ser visto como un claro peligro y creciente amenaza a la hegemonía estadounidense y occidental.

6.1 CHINA, LA "NUEVA" MEGAPOTENCIA

China, al igual que Estados Unidos, puede considerarse un país-continente por su vasta extensión territorial, y es además la segunda nación más poblada del planeta, solo superada por la India (ver Epílogo). Políticamente, tras una prolongada guerra civil, las fuerzas lideradas por Mao Zedong lograron la victoria y, en 1949,

proclamaron la República Popular China, dando origen al segundo Estado comunista más grande del mundo, después de la Unión Soviética. En consonancia con esta ideología, el país adoptó una economía planificada bajo la dirección del Partido Comunista Chino (PCCH), siguiendo de cerca el ejemplo soviético. No obstante, la muerte de Mao en 1976 y la posterior consolidación de Deng Xiaoping al frente del PCCH en 1978 marcaron un importante punto de inflexión: China emprendió una profunda reorientación de su modelo de desarrollo permitiendo la participación del capital privado en el crecimiento económico. Las consecuencias históricas de este cambio se proyectarían mucho más allá de sus fronteras, impactando al conjunto del sistema internacional.

Se ha sostenido que tanto Deng Xiaoping como el actual líder de la potencia asiática, Xi Jinping, comparten un mismo horizonte estratégico: hacer realidad el llamado sueño chino. Este concepto hunde sus raíces en el pensamiento de Sun Yat-sen, líder nacionalista y primer presidente de la República China en 1912, quien sostenía que, si China se ceñía a los principios de nacionalismo, democracia y bienestar del pueblo, le sería posible primero alcanzar y luego superar a Inglaterra y Estados Unidos, las potencias occidentales dominantes a comienzos del siglo XX. Todo ello con el propósito de superar la profunda humillación histórica que supuso haber sido sometida y semicolonizada por Occidente a raíz de las Guerras del Opio, a mediados del siglo XIX (Rosales, 2020).

La derrota en las Guerras del Opio frente al Imperio Británico –la primera en 1839-1842 y la segunda en 1856-1860– no implicó para China una ocupación colonial en el sentido clásico del término –como la que Londres impuso sobre la India–, pero sí representó una severa erosión de su soberanía. Mediante la imposición de tratados profundamente desfavorables, China se vio obligada a abrir sus puertos al comercio occidental y a conceder amplios privilegios comerciales y de extraterritorialidad a Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Rusia y Alemania. A esto se sumó la cesión de territorios: Hong Kong pasó a manos británicas y Macao quedó bajo administración portuguesa, entre otras concesiones. Este período, que se extendió aproximadamente desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX, es recordado hoy en China bajo una denominación cargada de significado histórico: *el siglo de la humillación*:

> El auge de la hegemonía occidental llevó a la destrucción de China. La expansión del poder imperial británico en Asia en el siglo XIX había encontrado un obstáculo en la autarquía china. La interdependencia era insostenible, ya que Gran Bretaña dependía de China para productos

> como la seda, el té y la porcelana, mientras lo único que necesitaba China en gran medida autosuficiente era oro y metales preciosos. Por ello los británicos vieron en la exportación ilegal del opio a China el modo de restablecer la balanza comercial. Tras ser derrotada en las Guerras del Opio a mediados del siglo XIX y perder gran parte del control soberano, China se vio sometida a unas asimetrías económicas extremas y sufrió lo que se ha denominado el siglo de la humillación, a medida que disminuía su riqueza y su posición en el mundo (Diesen, 2024, p. 320).

Si bien con el triunfo comunista en la guerra civil en 1949 China logró reestablecer su unidad y soberanía nacional poniendo fin a este "siglo de la humillación", el modelo de economía planificada de estilo soviético implementado no consiguió superar su atraso económico, científico y tecnológico. Frente a esta situación, en 1978 Deng propuso alcanzar en todos estos aspectos los estándares y niveles de las potencias capitalistas más desarrolladas, por lo cual era urgente "aprender de Occidente" (Rosales, 2020, p. 54). Para estos efectos, comenzó paulatinamente a girar hacia una economía de mercado capitalista, entre otras reformas, que le permitió, ya en los años ochenta del siglo XX y sobre todo en la década siguiente, tras el fin de la Guerra Fría, sacar ventaja de su numerosa mano de obra barata y altamente calificada, para aprovechar magistralmente la globalización neoliberal del mundo (Xing, 2012).

En este sentido, China se convirtió en la localización perfecta para las empresas multinacionales que, beneficiándose de la globalización neoliberal, "huían" de Estados Unidos, Europa, Japón y otros puntos del planeta, incluida América Latina, buscando áreas de producción más baratas. Pero China no solo se trasformó en captadora de empresas multinacionales de todo tipo, también su industria supo utilizar este "aplanamiento" neoliberal del mundo (creciente retroceso de las barreras arancelarias y mercados cada vez más abiertos), para inundar el mercado mundial de productos manufacturados propios, en un principio de bajo valor agregado (por ejemplo, la industria textil), para luego transformarse en exportadora de productos de creciente tecnología. De esta forma, China, bajo una brillante conducción estratégica por parte del PCCH y con metas de corto, mediano y largo plazo, entró completamente a jugar en el mercado global definido por el propio hegemón y sus aliados, aceptando las reglas de juego del capitalismo fijado por la Organización Mundial del Comercio (OMC), organización a la que ingresó en 2001.

Cuadro 3
PIB nominal de China y Estados Unidos en relación con el PIB mundial y lugar de la economía a nivel global

AÑO	PIB CHINA %	POSICIÓN MUNDIAL	PIB EE.UU. %	POSICIÒN MUNDIAL
1978	~2,0 %	9	~25 %	1
1991	~3,5 %	7	~25 %	1
2001	~4,0 %	6	~25 %	1
2010	~9,5 %	2	~24 %	1
2015	~15 %	2	~24 %	1
2019	~18 %	2	~24 %	1
2024	~18 %	2	~26 %	1

Fuente: elaboración propia en base a datos del BM

Como se observa en el Cuadro 3, en 1978, al momento del inicio de las reformas de Deng la economía China ocupaba el noveno puesto a nivel mundial con un PIB nominal de menos del 2 por ciento del PIB mundial, veintidós años después, en 2010, se había convertido en la segunda economía mundial, con un PIB del 9,5 por ciento respecto del PIB global, solo superada por Estados Unidos, la primera economía mundial, que en 2010 representaba el 24 por ciento del PIB global. Desde esa fecha en adelante, esta distancia respecto de los estadounidenses solo fue estrechando.

Cuadro 4
Comparación PIB nominal y PIB PPP entre China, Estados Unidos y Unión Europea

Año	2001		2010		2014		2017		2024	
US billones	PIB nomin	PIB PPP	PIB nomin	PIB PPP	PIB nomin	PIB PPP	PIB nomin	PIB PPP	PIB nomin	PIB PPP
EE.UU.	10,6	10,6	15,0	15,0	17,4	17,4	19,5	19,5	≈ 28,7	≈ 28,7
UE	9,3	9.8	16,2	15,9	18,5	18,6	17,3	20,3	≈ 19,0	≈ 25,5
CHINA	1,3	3,7	6,1	10,6	10,5	17,6	12,3	23,2	≈18,7	≈ 35,5

Fuente: elaboración propia en base a datos de BM, FMI

Igualmente, el Cuadro Nº 4 sigue entregando evidencia respecto de una reconfiguración profunda de la economía mundial en las últimas dos décadas. Si tomamos como referencia el año 2001, cuando China ingresó a la OMC y avanzamos hasta el año 2024, vemos que la convergencia inicial entre China y las principales economías occidentales –Estados Unidos y la Unión Europea– da paso a una divergencia estructural en favor de la economía china. En una primera etapa (2001-2010), el mundo occidental mantiene una primacía clara tanto en PIB nominal como en términos de paridad de poder de compra (PPP), con China aún en una posición significativamente inferior. Sin embargo, hacia 2014 se alcanza un punto de inflexión en el cual China no solo converge, sino que iguala y comienza a superar a estas economías occidentales en términos de PPP, evidenciando una expansión sostenida de su capacidad productiva y de su mercado interno. En la fase más reciente (2014-2024), esta tendencia se consolida con mayor claridad: China amplía de manera significativa su ventaja en PIB PPP respecto de Estados Unidos y la Unión Europea, mientras reduce de forma sostenida la brecha en PIB nominal. En contraste, aunque Estados Unidos conserva el liderazgo en términos nominales –reflejo de su hegemonía financiera y monetaria– y la Unión Europea mantiene una masa económica relevante, ambas muestran una menor dinámica relativa frente al crecimiento chino. En consecuencia, la evidencia señala el progresivo predominio de China (y de Asia, como se verá en el acápite siguiente) en la economía real global, configurando un escenario en el cual la tradicional primacía económica occidental es crecientemente desafiada y, en términos productivos, superada. De hecho, en relación con PIB nominal, se espera que el PIB de China supere al estadounidense alrededor de 2035 (Mahbubani, 2026).

Cuadro 5
Posición en la producción de bienes a nivel mundial
(1945-2025)

(ver página siguiente)

Año	Actor	Acero	Cemento	Energía (kWh)	Automóviles	Trenes	Aviones	Barcos	Electrodomésticos / Electrónica
1945	Estados Unidos	1	1	1	1	1	1	1	1
	Unión Europea	2	2	2	2	2	2	2	2
	Japón	–	–	–	–	–	–	–	–
	China	–	–	–	–	–	–	–	–
1980	Estados Unidos	2	2	1	2	1	1	2	2
	Unión Europea	1	1	2	3	2	2	3	3
	Japón	3	3	3	1	3	–	1	1
	China	–	–	–	–	–	–	–	–
2010	China	1	1	1	1	1	–	1	1
	Estados Unidos	2	–	2	2	2	1	2	2
	Unión Europea	3	–	3	3	3	2	3	3
	Japón	–	–	–	–	–	–	–	–
2025	China	1	1	1	1	1	2	1	1
	Estados Unidos	2	–	2	2	2	1	2	2
	Unión Europea	3	–	3	3	3	2	3	3
	Japón	–	–	–	–	–	–	–	–

Fuente: elaboración propia, sobre la base de datos históricos (OCDE, FMI, Banco Mundial, IEA, World Steel)

Todos los estudios sobre este crecimiento y desarrollo chino coinciden en que se trata de un fenómeno espectacular y sin parangón en la historia, dado que, en un tiempo muy breve, pasó de ser una país agrario, atrasado y pobre a una potencia industrial y tecnológica de primer orden y a la vanguardia en muchos campos del conocimiento y la producción. Y, por cierto, con extraordinarios avances sociales, ya que en menos de cuatro décadas el gobierno chino sacó "a más de 800 millones de personas de la pobreza y amplió el grupo de ingresos medios a más de 400 millones de personas" (Vargas Céspedes y Viales Hurtado, 2023, p.17). Por esta razón se señala que:

> China ha atravesado uno de los procesos de industrialización y urbanización más intensos y acelerados de la historia y consiguió en treinta años lo que a Inglaterra y a los Estados Unido les tomó doscientos (Rosales, 2020, p.14).

En otras palabras, en apenas treinta años China consiguió un nivel de desarrollo que a Europa y Estados Unidos les tomo más de dos siglos, si tomamos como referencia el inicio de la Revolución Industrial (1740/50), hito que muchos sociólogos y economistas políticos consideran el punto de partida de lo que para 1950 se va a denominar "Civilización Industrial y Sociedad del Consumo", o sea, una sociedad moderna y desarrollada que, en la segunda mitad del siglo XX, apenas incluía a Estados Unidos, Europa occidental, Australia y Nueva Zelanda, además de Japón, por lo cual también eran denominados como el Primer Mundo.

Cuando se analizan los datos objetivos de crecimiento económico y desarrollo, se observa una tendencia innegable: China está en ascenso y Estados Unidos en descenso. El verdadero ecosistema productivo, científico-tecnológico y comercial que ha venido construyendo China en un plazo tan breve, representa un despliegue exitoso de capacidad política y energía social no solo impresionante, sino que proyecta su desarrollo a alturas insospechadas en un futuro cada vez más cercano, cuestión que tiene a Estados Unidos en un acelerado estado de temor (ver capítulo 8).

Por ejemplo, en 2024 China era el principal socio comercial de más de 120 países, lo que a nivel de continentes se traducía en ser el principal socio comercial de África, Asia, Oceanía y América del Sur, además de Rusia (Green, 2023; Soltani, 2025). Respecto de la Unión Europea, en 2024 era el segundo socio comercial más importante en el comercio de bienes, después de Estados Unidos, así como el tercer socio comercial más importante en bienes y servicios, después de Estados Unidos y el Reino Unido (European Commission, 2025).

Las publicaciones y los estudios sobre este impresionante desarrollo de China y el lugar que viene adquiriendo como principal motor del crecimiento económico global son innumerables y están llenos de ejemplos superlativos, como, por ejemplo, el impacto que está teniendo la iniciativa de la Franja y la Ruta, entre otros desarrollos.[1] En 2020, el World Bank Group y el Development Research Center of the State Council señalaron:

> Tras casi cuatro décadas de rápido crecimiento (...), China mantiene una sólida base manufacturera y es el principal exportador mundial de productos manufacturados y uno de los ejes centrales de la cadena de valor mundial (…). La calidad de las exportaciones manufactureras de China está mejorando rápidamente, y su ´aptitud` manufacturera, una medida de la capacidad de fabricación, está a la par con la de las economías de altos ingresos. Además, los servicios han superado a la manufactura como la mayor parte del PIB y ahora son el mayor contribuyente al crecimiento del PIB. Mientras tanto, el consumo interno, más que la inversión, es el principal motor de la demanda, gracias al crecimiento de la clase media y al aumento de la urbanización (…). El gasto de China en investigación y desarrollo (I+D) ha aumentado significativamente, alcanzando el 2,18 por ciento del PIB en 2018, en comparación con la media de la OCDE, que es del 2,4 por ciento. El gasto total de China en I+D representa alrededor del 20 por ciento del total mundial, solo superado por Estados Unidos. China se encuentra entre los líderes mundiales en tecnologías como el comercio electrónico, la inteligencia artificial, la tecnología financiera, los trenes de alta velocidad, las energías renovables y los coches eléctricos (World Bank Group & Development Research Center of the State Council, 2020, p. XVII)

1 La iniciativa One Belt One Road, o la Franja y la Ruta (también conocida como la nueva ruta de la seda), fue anunciada en 2013 por China y se refiere a la Franja Económica de la Ruta de la Seda y a la Ruta Marítima de la Seda del siglo XXI que busca construir una red de comercio e infraestructura que conecte a Asia con Europa y África a lo largo de las antiguas rutas comerciales de la seda. Implica una Franja Terrestre, o sea una red de carreteras, líneas ferroviarias de alta velocidad, oleoductos y corredores económicos que conectan a China con Asia Central, Rusia, Oriente Medio, y una Ruta Marítima, que son rutas de navegación comercial que enlazan los puertos de la costa china con el Sudeste Asiático, el Océano Índico, África Oriental y el mar Mediterráneo, y que también se ha expandido hacia América Latina. Para el año 2023, la Iniciativa de la Franja y la Ruta había sumado el respaldo de más de 150 países y decenas de organizaciones internacionales, abarcando regiones que representan más de la mitad del Producto Interno Bruto (PIB) mundial y la mayor parte de la población global. Por ejemplo, para el caso de América Latina, esta estrategia ha implicado una profunda transformación económica que, desde el ingreso formal de la región, se ha traducido en el desarrollo de aproximadamente 200 proyectos de conectividad e infraestructura y un acumulado de inversiones que supera los 150 mil millones de dólares (Xinhua, abril 2018; Xinhua, mayo 2018; Nedopil, 2024; Hu y Zhang, 2024; Speyside Group, 2025).

Pero no se trata solo de crecimiento económico. También se plantea como China avanza de manera gradual pero sostenida en su estrategia de internacionalizar el yuan con el objetivo de erosionar la hegemonía global del dólar. Al respecto, se sostiene que China está aceleradamente construyendo un ecosistema financiero propio que combina expansión del crédito, infraestructura de pagos y alianzas geoeconómicas. Aquí destaca el fortalecimiento del sistema CIPS (Cross-Border Interbank Payment System), cuyo volumen de transacciones trimestrales en 2025 superó los 40 billones de yuanes, permitiendo reducir la dependencia de SWIFT en las liquidaciones internacionales. A la par, el uso del yuan en el comercio exterior chino alcanza cerca del 30 por ciento, mientras su presencia en el financiamiento comercial global crece aceleradamente: según SWIFT, su participación se cuadruplicó en los últimos tres años (2023-2025) hasta llegar al 7,6 por ciento, convirtiéndose en la segunda moneda de liquidación más utilizada del mundo después del dólar y consolidando un uso cada vez más activo en transacciones comerciales. Los activos en yuanes también muestran un auge sostenido en los mercados internacionales: de acuerdo con la Administración Estatal de Divisas de China (SAFE, según sus siglas en inglés), los depósitos y activos externos de bancos chinos se han más que duplicado en la última década, superando los 1,5 billones de dólares, y los activos denominados en yuanes alcanzaron un récord de 483.800 millones de dólares en el primer trimestre de 2025. China, además, impulsa la conversión de deuda en dólares hacia yuanes –con tasas más bajas– en países en desarrollo como Kenia, Angola y Etiopía, mientras otros como Indonesia, Eslovenia o Kazajistán emiten bonos en moneda china. Este proceso se refuerza dentro del bloque BRICS, donde el yuan gana espacio como divisa de intercambio intrabloque y se expanden acuerdos de swap. De igual forma, China renovó y activó en 2024 el tramo utilizable del swap de monedas con Argentina –durante el gobierno de Javier Milei–, permitiendo fortalecer reservas y sostener pagos externos en yuanes. A ello se suma la dimensión tecnológica mediante el desarrollo del yuan digital (e-CNY), configurando así una arquitectura financiera alternativa orientada a disputar, en el largo plazo, la centralidad internacional del dólar (Lee, 2025).

También son impresionantes sus avances científico-tecnológicos. Según un estudio del *think tank* Australian Strategic Policy Institute (ASPI) de 2025, sobre el total de tecnologías cruciales, es decir, aquellas que "mejoran significativamente o suponen un riesgo para los intereses nacionales de un país", en el año 2000 Estados Unidos lideraba el 90 por ciento de las tecnologías evaluadas y China menos del 5 por ciento.

En 2025, sobre un total de 74 tipos de tecnologías evaluadas, China lideraba en 66, o sea el 89 por ciento, "entre las que se incluyen la energía nuclear, la biología sintética y los satélites pequeños", y Estados Unidos en las otras 8, equivalente al 11 por ciento, "entre las que se incluyen la computación cuántica y la geoingeniería" (You, 2026, p. 13).

Y, por cierto, estos avances tienen su correlato en el mundo académico. En los rankings universitarios a nivel mundial, en la tercera década de este siglo XXI, China comenzó a figurar en los primeros lugares. En 2022, según el *Nature Index*, China superó por primera vez a Estados Unidos como principal contribuyente a publicaciones científicas de élite, y para 2024 estaba claro que la educación superior china competía palmo a palmo con la estadounidense por ser la mejor del mundo (Baker, 2023; Zha, 2024).

Por lo tanto, toda la información proyecta que China se convertirá en la indiscutida primera potencia económica, financiera, industrial, tecnológica, científica y militar del planeta en un plazo relativamente breve. Como sus máximos dirigentes han declarado, se espera que para 2049, cuando la República Popular China cumpla 100 años, el sueño chino, entendido como el rejuvenecimiento nacional, según lo planteó Xi Jinping, se haya concretado y la potencia asiática se haya transformado en un "gran estado socialista moderno" (Xi, 2012). Este rejuvenecimiento se expresaría en cinco grandes aspectos: prosperidad y fortaleza, democracia, cultura avanzada, armonía social y belleza. La primera categoría enfatiza el impulso del PCCH para construir un país cuyo Poder Nacional Compuesto sea acorde con una civilización a la vanguardia de la modernidad; las tres siguientes identifican la relación deseada entre el Partido Comunista y una nación china unificada, y la última se asocia con campañas para reducir la contaminación y forjar una relación más saludable entre el desarrollo industrial y el medio ambiente (China Open Source Observatory [n.d.]; Redacción Goberna, 2025). Como meta intermedia, para 2035 China se propuso conseguir la "modernización socialista básica", es decir, un país tecnológicamente avanzado y con una elevada calidad de vida de su población, así como una significativa reducción de las desigualdades sociales (The State Council of the People's Republic of China, 2025).

Desde un punto de vista geopolítico, resulta interesante ver cómo este proceso chino de apertura económica e incorporación al mercado capitalista global fue saludado y visto con gran optimismo por Estados Unidos mientras vivía su fantasía unipolarista. Influidos por tradicionales teorías de la modernización económica como la de Seymour Lipset (1959) –y su creencia de que a mayor desarrollo económico mayores eran las probabilidades de que una sociedad evolucione hacia la democracia liberal–, o la de Walt Whitman Rostow (1960) –y su tesis sobre cómo toda sociedad en la era moderna

evolucionaba a través de cinco estadios sucesivos, desde el subdesarrollo al desarrollo, y que con el desarrollo vendría naturalmente la democracia–, se creyó que una vez que el régimen comunista de China comenzara a gozar de los privilegios de una sociedad de consumo capitalista, los valores políticos liberales comenzarían a instalarse y aceptarse paulatinamente hasta dejar el comunismo en el olvido. En definitiva, existía un alto consenso en las potencias occidentales de que la modernización de China vía su transformación en una economía de mercado capitalista, la llevaría a transformarse en un "país de estilo occidental", o sea liberal (Jacques, 2009, p.12).

En este sentido, las tesis de Fukuyama y su "fin de la historia" solo vinieron a reforzar aún más este optimismo. Quien definió muy bien cómo esta creencia generalizada se transformó en política exterior de Estados Unidos tras el fin de la Guerra Fría fue Michael Mandelbaum, cuando señaló que, bajo la premisa ampliamente compartida por los estadounidenses de que "los mercados libres crean personas libres", cuando desapareció la amenaza soviética, decidieron llenar el vacío ideológico en la política exterior dejado por la obsolescencia del anticomunismo con una suerte de neowilsonismo. Así, "mientras Wilson creía que las democracias eran inherentemente pacíficas y que la clave para establecer la democracia era la aplicación universal del principio de autodeterminación nacional. Tras la Guerra Fría, Estados Unidos" puso el énfasis "en una base diferente para un gobierno democrático pacífico: el capitalismo" (Mandelbaum, 1997, p. 7). Será común entonces ver en esos años a académicos, altos funcionarios y políticos estadounidenses embarcados en una suerte de cruzada destinada a promover y globalizar el libre mercado capitalista y sus instituciones. Por ejemplo, el influyente economista Jeffrey Sachs, figura intelectual clave en la transición del socialismo al capitalismo de los países de Europa oriental tras la caída del Muro Berlín (1989), sostendrá que la globalización, entendida como el avance de los mercados libres y la creciente interdependencia global, el respeto a las normas internacionales de la OMC y otras instituciones, sumado al desarrollo de las clases medias, entre otros aspectos, favorecerían la difusión mundial del estado de derecho y el desarrollo de sociedades cada vez más abiertas, lo que eventualmente ayudaría a la democratización de regímenes autoritarios (Sachs, 2005, 2008). Este tipo de creencias orientó la política estadounidense hacia China desde las reformas de Deng Xiaoping hasta por lo menos la crisis *subprime* de 2008 (Jacques, 2009).

Evidentemente, esta cruzada neoliberal de la posguerra fría se implementó únicamente porque respondía a los mandatos de la Casa Blanca. Particularmente, el gran promotor fue el presidente Bill

Clinton, quien planteaba que para conseguir un mundo "en paz y estabilidad; en democracia y prosperidad" era fundamental integrar a "China, Rusia y el subcontinente indio en particular, en los grandes flujos políticos y económicos de nuestro tiempo" (Clinton, 1999, pp. 20189- 20190). Así, cuando solicitó al Congreso apoyar la incorporación de China a la OMC, la Casa Blanca publicó:

> La adhesión de China a la Organización Mundial del Comercio (OMC) contribuirá a promover la reforma, la rendición de cuentas y la apertura en el país. Votar a favor de la implementación de Relaciones Comerciales Normales (RCN) permanentes con China es la medida inmediata más significativa que podemos tomar para impulsar a China en la dirección correcta. (…) Asimismo, la adhesión de China a la OMC contribuirá a fortalecer el estado de derecho en China y aumentará la probabilidad de que se ajuste a las normas internacionales (The White House, 2000).

Esta lógica del *engagement*, o sea, la estrategia de integrar deliberadamente a China en el sistema internacional liberal –comercio, instituciones multilaterales, organismos financieros– a fin de inducir cambios politicos en la potencia asiática, tuvo uno de sus máximos exponentes en Robert Zoellick, subsecretario de Estado estadounidense (2005-2006), cuando planteó que era necesario alentar a China a convertirse en un *responsible stakeholder* (actor responsable) dentro del orden liberal internacional, que no solo lo integrara sino que contribuyera activamente a sostenerlo bajo la convicción de que la liberalización económica conduciría inevitablemente a la democracia política, según se entendía en el Occidente liberal (Zoellick, 2005).

Por cierto, tras la crisis *subprime* de 2008, todas estas optimistas creencias del establishment del poder estadounidense se esfumaron y dieron paso a una amarga querella interna entre sus élites sobre quién o quiénes fueron los ingenuos que permitieron y estimularon el ingreso de China a la OMC y subestimaron las consecuencias estratégicas de haber facilitado el ascenso económico de un competidor sistémico tan formidable (Campbell y Ratner, 2018).

6.2 LOS BRICS Y LAS "POTENCIAS EMERGENTES"

De la mano del crecimiento chino vendrá el surgimiento e instalación de los BRICS, un Foro Informal de Coordinación Estratégica (FICE) de las potencias emergentes, una agrupación relativamente similar al G-7, que es el FICE por antonomasia de Occidente capitaneado por Estados Unidos.

Al respecto cabe señalar que el concepto de "potencias emergentes", si bien es algo vago, se utiliza para describir a "países que se cree que están en proceso de aumentar su poder económico (y político) más rápido que el resto". Además, "generalmente necesitan ser grandes (tanto en extensión geográfica como en población, aunque no siempre, como en el caso de Japón) y con mayor pobreza per cápita que los países industrializados" (Stuenkel, 2020). En este sentido, los BRICS, con China a la cabeza, en la segunda década de los dos mil, se transformaron en los arquetipos de las denominadas potencias emergentes que, entre otros aspectos, comenzaron a desafiar "cada vez más el dominio occidental" o del Norte global generando una situación donde "la legitimidad de las reglas y roles de liderazgo de la gobernanza global" entró en disputa (Stephen, 2017, p. 483).

Originalmente, BRIC fue el acrónimo de Brasil, Rusia, India y China, que en 2001 fueron calificados como mercados emergentes por el entonces economista jefe de Goldman Sachs, Jim O'Neill, quien se refería a mercados de países en rápido crecimiento, de PIB creciente y gran población, por lo cual presentaban interesantes condiciones para la inversión por parte de los grandes capitales globales (O'Neill, 2001). Sin embargo, tras la crisis mundial *subprime* de 2008 pasaron de mercados emergentes a ser considerados como potencias emergentes, en la medida en que esta crisis implicó un cambio paradigmático de percepción respecto de la capacidad de Estados Unidos y Occidente para seguir liderando la economía global. Como bien se señaló, la crisis económica de 2008 abrió "un espacio para que las potencias emergentes del Sur global" comenzaran a desempeñar "un papel cada vez más activo en la reforma de la gobernanza política y económica mundial" (Grey y Murphy, 2013, p. 184). Y, sobre todo, "provocó un cambio dramático en las percepciones de Beijing sobre el equilibrio de poder internacional", dado que China comenzó a ver "a Estados Unidos en declive y, al mismo tiempo (…), a sí misma como una gran potencia" (Layne, 2012, p. 205).

Si bien desde 2006, las reuniones diplomáticas entre China, Rusia, India y Brasil comenzaron a hacerse más frecuentes a fin de coordinarse frente a foros como el BM, el FMI y el G-7, tras la crisis *subprime*, se constituyeron como grupo geopolítico propiamente tal tras la reunión cumbre que realizaron sus jefes de Estado en la ciudad rusa de Ekaterimburgo, el 16 de junio de 2009. Desde esa fecha en adelante comenzaron a realizar cumbres anuales que generaron diversas áreas de cooperación y diálogo destinadas a "definir acciones para promover cambios económicos e institucionales internacionales", que permitieran apoyar "un desarrollo global igualitario", así como un "mundo multipolar y justo", junto con la necesaria

"reforma integral de las Naciones Unidas", entre otros aspectos (Cabello, Ortiz y Soza, 2021, pp. 139-140, 147). En 2011 incorporaron a Sudáfrica y pasaron a conocerse como BRICS y, al integrar a un país africano, potenciaron su imagen de grupo representativo del Sur global independiente y alternativo a las instituciones y dictados del Norte global.

Al respecto se ha señalado que los BRICS son "la primera asociación transregional de Estados no occidentales" (Panova, 2025, p. 91), lo que, en otras palabras, significa un claro desafío a las instituciones por las cuales se ha implementado la hegemonía estadounidense del orden liberal internacional. Por ejemplo, bajo el liderazgo de China, en 2014, fundaron el Nuevo Banco de Desarrollo de los BRICS, con un capital inicial autorizado de 100 mil millones de dólares y anunciaron la gestación de un grupo de reserva de divisas como alternativa al FMI (Nehru, 2014). En 2015, por iniciativa china, se fundó el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura (BAII), el más reciente banco multilateral de desarrollo, considerado una alternativa al BM y al FMI para la región Asia-Pacífico (Jensana, 2020). Igualmente, en la medida en que la tensión con Estados Unidos y sus socios del G-7 se comenzó a intensificar (por ejemplo, la guerra comercial de Estados Unidos con China o la crisis generada por el conflicto ruso-ucraniano), comenzaron a ser cada vez más significativos sus esfuerzos para tener alternativas al sistema SWIFT de mensajería financiera, así como sus pasos tendientes a ir superando el uso del dólar como moneda del comercio internacional. Si bien se señala que esta progresiva construcción de instituciones internacionales paralelas y alternativas a las creadas por Estados Unidos no se realiza con un criterio antagónico o de enemistad con las instituciones de Bretton Woods y del dólar, sino con la intención de diversificar la oferta de instituciones existentes, sin duda apunta a terminar, en un futuro relativamente próximo, con la hegemonía estadounidense y occidental en la arquitectura financiera global.

Cuadro 6
Arquitectura financiera occidental vs. BRICS

DIMENSIÓN GEOECONÓMICA	ARQUITECTURA OCCIDENTAL	ARQUITECTURA BRICS	DIMENSIÓN GEOESTRATÉGICA
Banco de desarrollo	World Bank	New Development Bank (NDB)	Financiamiento de infraestructura sin condicionalidad occidental
Estabilización financiera	International Monetary Fund (IMF)	Contingent Reserve Arrangement (CRA)	Liquidez alternativa ante crisis cambiarias
Sistema de pagos	SWIFT	CIPS (China) / SPFS (Rusia) / BRICS Pay (proyecto)	Reducción de vulnerabilidad a sanciones
Moneda de reserva	Dólar / Euro	Monedas locales / moneda BRICS (propuesta)	Desdolarización gradual
Coordinación monetaria	Bank for International Settlements (BIS)	Cooperación de Bancos Centrales BRICS	Coordinación financiera Sur-Sur
Mercados de capitales	NYSE / Nasdaq / LSE	BRICS Exchanges Alliance	Integración bursátil alternativa
Agencias de rating	Moody's / S&P / Fitch	Agencia de rating BRICS (propuesta)	Búsqueda de soberanía evaluativa
Financiamiento infraestructura	IFC / BEI / BERD	NDB + Bancos nacionales de desarrollo	Foco en infraestructura física
Condicionalidad	Reformas estructurales	No condicionalidad política explícita	Mayor atractivo para el Sur global
Seguro / reaseguro	Lloyd's / Munich Re	Reaseguradora BRICS (propuesta)	Autonomía en cobertura de riesgos

Fuente: elaboración propia

De igual forma, tras la crisis del Covid-19, los BRICS comenzaron a experimentar un fuerte crecimiento. Así, en la XV Cumbre del grupo, realizada en Johannesburgo en agosto de 2023, junto con reafirmar su compromiso con la construcción de un orden internacional más equitativo y multipolar, fortalecer el multilateralismo y promover la reforma de las principales instituciones de gobernanza global a fin de otorgar mayor protagonismo a los países del Sur global, también se decidió ampliar la membresía invitando a integrarse a seis países a partir del 1º de enero de 2024: Argentina, Egipto, Etiopía, Irán, Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudita, según se desprende de su Declaración de Johannesburgo II (Editorial, 2023). Estos países se incorporaron a los BRICS en 2024, salvo Argentina, que tras la llegada de Javier Milei a la presidencia (10 de diciembre de 2023) retiró la solicitud de su incorporación al grupo. Desde entonces se empezaron a denominar BRICS+ o BRICS plus o ampliado. Durante 2025, Bielorrusia, Bolivia, Cuba, Kazajistán, Malasia, Tailandia, Vietnam, Uganda y Uzbekistán se convirtieron en países asociados, un paso previo a la membresía formal, y otra veintena de países habían manifestado su intención de incorporarse en algún momento (Martín, 2025).[2] Lo interesante es que en varios importantes indicadores globales relativos a poder e influencia a nivel internacional, tales como población, crecimiento económico, disponibilidad de recursos naturales estratégicos y comercio, entre otros, los BRICS+ superan al G-7 (ver Cuadro Nº 5). Esta es una distancia que se seguirá agrandado en la medida en que más países se vayan incorporando a esta agrupación.

2 Para estar al día con la información, planes y desarrollo de los BRICS se puede consultar su página web: https://infobrics.org/

Cuadro 7
Comparación BRICS plus con el G-7 (2025)

Indicador	BRICS	G-7
Participación en la población mundial	45-46%	9-10%
Participación en PIB mundial (PPA)	35-37%	29-30%
PIB total nominal	USD 30-32 billones	USD 45-50 billones
Crecimiento económico promedio	3,5-4,0% anual	0,0-1,2% anual
Participación en comercio global	30%	25-28%
Reservas internacionales	40-45%	35%
Energía y recursos estratégicos	Alta concentración y reservas de petróleo, gas y minerales críticos	Dependencia relativa de importaciones

Fuente: elaboración propia en base a información del BM, FMI, IEA, UNCTAD, CEBRI

En síntesis, en la misma medida en que las relaciones de Estados Unidos con China y Rusia se volvían cada vez más tensas, los BRICS comenzaron a construir una arquitectura financiera, económica e institucional paralela y alternativa a la occidental, transformándose, por tanto, en un actor que claramente está erosionando el orden económico global establecido bajo el liderazgo de Washington tras la Segunda Guerra Mundial. Para la tercera década del siglo XXI, con el aumento del número de sus integrantes, la construcción de alternativas al sistema SWIFT y los esfuerzos iniciales de desdolarización del comercio internacional, entre otras acciones, los BRICS se habían convertido, sin duda, en el mayor referente internacional que, desde los ámbitos del discurso, la diplomacia, el comercio y la economía, planteaba abiertamente la necesidad de construir un nuevo orden internacional de carácter multipolar, en directo desafío a la hegemonía estadounidense y occidental.

7

ASCENSO DE ASIA

El hecho geopolítico y geocultural más importante que está ocurriendo a nivel planetario no se refiere únicamente al impresionante desarrollo y crecimiento de China. Lo cierto es que este país es solo la punta del iceberg de un fenómeno histórico y, por lo tanto, estructuralmente muy significativo y de enormes repercusiones para el devenir de la humanidad: el avance de todo el continente asiático. Es toda Asia la que está creciendo económicamente y transformándose rápidamente en el principal polo comercial, industrial, tecnológico y científico del planeta; un proceso estimulado, de manera importante, por el desarrollo chino en primer lugar, pero también por el enorme crecimiento de la India y otros países de la región.

Este fenómeno ya fue anunciado en la inmediata posguerra fría, cuando, en medio de la euforia optimista del globalismo neoliberal y su idea de la universalización de los valores occidentales, algunos analistas del propio mainstream del establishment del poder estadounidense acertada y tempranamente advertían que:

> El poder económico se está desplazando rápidamente al este de Asia, y el poderío militar y la influencia política están comenzando a seguir sus pasos (…). Occidente domina actualmente de forma abrumadora, y seguirá siendo el número uno desde el punto de vista del poder y la influencia hasta bien entrado

> el siglo XXI. Sin embargo, también se están produciendo cambios graduales, inexorables y fundamentales (…); el poder de Occidente con respecto al de otras civilizaciones continuará decayendo. A medida que la primacía de Occidente se deteriore, gran parte de su poder simplemente se esfumará (…). Los incrementos más significativos de poder corresponden y seguirán correspondiendo a civilizaciones asiáticas, entre las que China va apareciendo poco a poco como la sociedad con mayores posibilidades de competir con Occidente por la influencia a escala mundial (Huntington, 1997, p. 96).

Y, como la historia se ha encargado de demostrar, este tipo de análisis estaba en lo cierto. Incluso, la declinación del poder económico de Occidente –que es la base para la declinación de todo tipo de poder– ha ido mucho más rápido de lo que, en este caso, proponía Huntington. Lo anterior significa que, durante este siglo XXI, estamos siendo testigos de un cambio estructural en la geopolítica global que no solo va a transformar las relaciones de poder, sino también los mecanismos culturales que han hegemonizado el imaginario político de los últimos siglos. Este fenómeno es el fin del predominio de Occidente para dar paso a la supremacía de Oriente, como bien destacan algunos analistas occidentales cuando afirman que:

> La emergencia global de Asia –y especialmente de China e India– constituye uno de los grandes fenómenos históricos transformadores del mundo que hemos conocido hasta ahora, y cabe preguntarse por las consecuencias intelectuales de dicha emergencia, por el cuestionamiento de la universalidad de los paradigmas que rigen un orden internacional conformado al calor de la primacía occidental y el equilibrio de poder existente al final de la Segunda Guerra Mundial, que no responde ya a la realidad de hoy (Montobbio, 2013, p. 13).

Desde la segunda década de los dos mil se vienen repitiendo los informes que demuestran este fenómeno. Por ejemplo, un estudio de 2009 pronosticó que, en las próximas décadas, sería incontestable la primacía de la economía asiática frente a la del resto del mundo. Se comparó a las mayores economías del mundo occidental de entonces, agrupadas en la OCDE y definidas como "los países en el centro del orden internacional liberal", con las 29 mayores economías del mundo no OCDE, a las que identificaban como "los países en juego", dado que, "con su creciente poderío colectivo", eran las "nuevas potencias emergentes" (Barma et al., 2009, p. 529). Estos países en juego eran: Argelia, Argentina, Bangladesh, Brasil, Chile, China, Colombia, Egipto, India, Indonesia, Irán, Israel, Kazajistán, Malasia, Marruecos, Nigeria, Pakistán, Perú, Filipinas, Rusia, Arabia Saudita, Singapur, Sudáfrica, Siria, Tailandia, Ucrania, Uzbekistán, Venezuela y Vietnam. Por lo tanto, 16 países eran asiáticos, más Rusia que se puede definir como euroasiático, 6 eran latinoamericanos, 5 africanos y 1 europeo.

Este estudio concluía que, con el liderazgo de China e India, los denominados países en juego en los próximos años superarían con creces a las economías de los países OCDE (Barma et al., 2009).

Igualmente, en 2011 el informe del Asian Development Bank calculó que el PIB de Asia subiría de 17 trillones de dólares que tenía en 2010 a 174 trillones en 2050, lo que equivaldría al 50 por ciento del PIB mundial, cifra similar a su parte de la población mundial. Este crecimiento estaría liderado por siete economías principales. Dos de ellas –Japón y Corea del Sur– ya eran desarrolladas en 2010, y cinco –China, India, Indonesia, Tailandia y Malasia– se catalogaban como economías de rápido crecimiento. Entre 2010 y 2050, "estas siete economías representarían hasta el 91 por ciento del crecimiento del PIB total en Asia, y casi el 53 por ciento del crecimiento del PIB mundial. Por lo tanto, serán los motores no solo de la economía de Asia, sino también de la mundial" (Asian Development Bank, 2011, pp. 1-2, 31).

Pocos años después estas proyecciones comenzaban a materializarse. Por ejemplo, en 2021, el BM comparó la evolución del PIB a nivel de continentes y señaló que, si bien en el año 2010 el PIB de todo el continente americano y el Caribe representaba el 33 por ciento del PIB global y el de Asia solo el 28,7 por ciento, once años más tarde, en 2021, el PIB de Asia había pasado al primer lugar al reunir el 36,2 por ciento del PIB mundial, lo que relegó al continente americano al segundo lugar, con el 31,8 por ciento del PIB global (World Bank, 2021a, 2021b). Por su parte, el World Economic Forum proyectó que en 2030 Asia representará el 60 por ciento del crecimiento económico mundial, y será el mayor mercado de consumo, al contener a la clase media más numerosa del planeta (Yendamuri e Ingilizian, 2020). Por su parte, el FMI señaló que, en 2024, el PIB (PPA) de los países catalogados como Asia emergente y en desarrollo[1] casi duplicó al de Améri-

1 De acuerdo con la clasificación regional utilizada por el Fondo Monetario Internacional (FMI) en su base de datos World Economic Outlook (WEO), la categoría "Asia emergente y en desarrollo" (Emerging and Developing Asia) comprende las siguientes economías: Afganistán, Bangladesh, Bután, Brunéi Darussalam, Camboya, China, Filipinas, India, Indonesia, Laos, Malasia, Maldivas, Mongolia, Myanmar, Nepal, Pakistán, Sri Lanka, Tailandia, Timor-Leste y Vietnam; así como, en el agregado ampliado de Asia Central y el Cáucaso incluido en análisis regionales comparados, Armenia, Azerbaiyán, Georgia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán. Esta categoría excluye a las economías asiáticas clasificadas por el FMI como "avanzadas", a saber: Japón, Corea del Sur, Singapur, Hong Kong (RAE de China) y Taiwán (provincia de China); asimismo, Israel es considerado economía avanzada dentro de la región ampliada de Asia en las bases comparativas del organismo. La distinción responde a criterios de nivel de ingreso, sofisticación financiera, grado de industrialización y desarrollo institucional utilizados por el FMI para sus agregados macroeconómicos internacionales.

ca del Norte (Estados Unidos, Canadá y México). Y si se incorporaba a todas las economías de Asia, incluyendo los países clasificados como economías avanzadas, el PIB pasaba a ser 2,5 veces mayor al de América del Norte (ver Cuadro Nº 8).

Cuadro 8
Comparacion PIB (PPA) por regiones 2024

ASIA EMERGENTE Y EN DESARROLLO v/s AMÉRICA DEL NORTE	
REGIÓN	% PIB MUNDIAL (PPA)
Asia emergente y en desarrollo	35 %
América del Norte	17-18%

ASIA TOTAL (incluye avanzados) v/s AMÉRICA DEL NORTE	
REGIÓN	% PIB MUNDIAL (PPA)
Asia Total	43-45 %
América del Norte	17-18 %

Fuente: elaboración propia en base a datos del FMI, World Economic Outlook Database (2024)

De igual forma, si consideramos el comercio mundial de mercancías por grandes regiones, (Cuadro 9), vemos que Asia es actualmente (2024-2025) el principal centro comercial del mundo, impulsada por China, Japón, Corea del Sur, India y las economías del Sudeste Asiático. Esto significa que Asia concentra la mayor parte de los flujos comerciales globales en exportaciones, importaciones, manufacturas, componentes industriales, tecnología, energía, alimentos y materias primas, y la tendencia solo se acentuara en las próximas décadas. Por lo tanto, si sabemos que quien tiene el mayor peso en el comercio mundial también tiene la mayor capacidad de influir en las reglas, estándares, financiamiento, infraestructura, monedas de intercambio, acuerdos comerciales y mecanismos de integración, queda claro que el poder se está concentrando de manera creciente en Oriente.

Cuadro 9
Participación en el comercio mundial por regiones del mundo

Región	Participación 2024-2025 aprox. (%)	Proyección 2050, aprox. (%)
Asia	38–40 %	48–51 %
Europa	34–36 %	25–28 %
América del Norte	13–15 %	11–13 %
América Latina y el Caribe	5–6 %	6–8 %
África	2,5–3 %	5–6 %
Oceanía	1,5–2 %	2–3 %

Fuente: elaboración propia en base a OMC (2025) y UNCTAD (2025). Proyección 2050: elaboración propia en base a estimaciones de tendencias de OMC, UNCTAD y OCDE

Otro dato muy interesante y revelador del gran crecimiento asiático es el gasto que se realiza en Inversión y Desarrollo (I+D), en la medida en que influye en el desarrollo de numerosos sectores de la economía que utilizan tecnología de punta, como la defensa, la biotecnología o las energías renovables, entre otros. En el año 2023, este gasto global alcanzó a 2,8 trillones de dólares (ajustado a la inflación, desde principios del siglo). De este total, el 46 por ciento correspondió a economías asiáticas, el 29 por ciento a América del Norte y el 21 por ciento a Europa. De igual forma, desde 2020, los países de la OCDE han gastado un promedio del 2,7 por ciento de su PIB en I+D, lo que en 2023 equivalió a un total de 1,9 billones de dólares. Por su parte, China multiplicó por dieciocho su inversión en I+D, desde el año 2000, alcanzando los 723 mil millones de dólares para 2023, lo que implica que su participación "en el gasto mundial en I+D aumentó del 4 por ciento al 26 por ciento", transformándose en el segundo país que más invierte en I+D después de Estados Unidos (Neufeld, 2025).

Entre las razones principales que explican este enorme auge de la economía de Oriente, destaca la capacidad que han demostrado las sociedades asiáticas, particularmente China, para sacar partido a la globalización neoliberal, según plantea el diplomático y académico singapurense Kishore Mahbubani cuando señala que "la

globalización fue, en muchos sentidos, un regalo de Occidente" que los asiáticos supieron aprovechar muy bien" (Mahbubani, 2022, p. 5). Como bien explica este autor, el acelerado desarrollo económico de Asia en el contexto de la globalización debe analizarse a la luz del orden económico liberal construido bajo el liderazgo hegemónico de Estados Unidos tras el término de la Segunda Guerra Mundial. Fue Washington quien diseñó la arquitectura institucional que estructuró la economía mundial de posguerra –el sistema de Bretton Woods para la estabilidad monetaria, el GATT como plataforma de liberalización comercial y el entramado multilateral asociado a Naciones Unidas– proveyendo las reglas, la liquidez y la seguridad necesarias para la expansión del comercio global. Evidentemente Europa occidental y otros aliados desempeñaron un papel relevante, sin embargo, su contribución fue en gran medida subsidiaria respecto de la capacidad estadounidense para sostener el sistema. El liberalismo económico aportó teorías como la de las ventajas comparativas y las virtudes del libre comercio, pero más allá del plano teórico el orden requería actores capaces de impulsar políticamente la apertura de mercados y aquí Estados Unidos ejerció un liderazgo decisivo, siempre respaldado por sus aliados europeos, promoviendo activamente la reducción de barreras arancelarias, persuadiendo a otras economías para integrarse al sistema y conduciendo las grandes rondas de negociación comercial multilaterales desde los años cincuenta hasta fines del siglo XX. Este proceso culminó con la Ronda Uruguay de 1994 y la creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC), consolidando un régimen de comercio abierto que amplió masivamente los flujos globales. Por lo tanto, fue precisamente en ese entorno –de mercados crecientemente liberalizados, reglas previsibles y acceso a la demanda occidental– donde las economías asiáticas pudieron insertarse mediante las exportaciones, industrializarse con rapidez y escalar de manera sostenida en la economía mundial (Mahbubani, 2022).

Este crecimiento económico y desarrollo, así como sus proyecciones, no son menores al momento de proyectar poder, si recordamos que Asia es, de todos los continentes, el que tiene la mayor superficie ya que, con 44,5 millones de km2, representa el 30 por ciento de las tierras emergidas del planeta, y también es el más poblado, con 4.800 millones de personas en 2025, lo que representa el 60 por ciento de la población mundial, que es lo mismo que señalar que 6 de cada 10 personas del mundo viven en Asia. Por lo tanto, si aceptamos el planteamiento de Kennedy, cuando señala que todo "el registro histórico sugiere que a largo plazo hay una conexión muy evidente entre el ascenso y caída económicos de una gran potencia y su crecimiento y declive como poder militar importante, o imperio mundial" (Kennedy,

2004, p. 20), entonces Asia, en la medida que mantenga su actual ritmo de crecimiento y desarrollo, tiene las condiciones geográficas, tanto físicas como humanas, objetivas para transformarse en el mayor centro de poder del mundo en las próximas décadas.

Asimismo, Mahbubani anticipó tempranamente el desplazamiento estructural del eje del poder económico y del dinamismo del desarrollo mundial desde Occidente hacia Oriente en sus ensayos de inicios de los años noventa del siglo pasado –cuando el consenso dominante aún proclamaba la consolidación definitiva de la primacía occidental tras el fin de la Guerra Fría–, lo que terminaría reconfigurando la jerarquía económica mundial (Mahbubani, 1995, 1998). Sus trabajos posteriores profundizaron esta tesis, mostrando que el auge asiático descansaba en la combinación de apertura comercial, adopción de instituciones económicas modernas y fuertes capacidades estatales orientadas al desarrollo. El posicionamiento de China como segunda economía mundial, el dinamismo del Sudeste Asiático y la creciente centralidad productiva y comercial de la región confirmaron sus diagnósticos, posicionando su pensamiento como una de las interpretaciones más precoces y acertadas sobre la transición del centro de gravedad económico global de Occidente hacia Oriente, lo que indudablemente también repercutiría en las relaciones de poder global (Mahbubani, 2008, 2010, 2022).

Sin embargo, como el mismo Mahbubani explica, tras el fin de la Guerra Fría, el mainstream del pensamiento económico y estratégico occidental, particularmente el estadounidense, desechó sus planteamientos y prefirió creer en las absurdas tesis de Fukuyama expresadas en su noción de "fin de la historia". Esto ocurrió, según él, porque los intelectuales estadounidenses, particularmente los liberales, son increíblemente reacios a escuchar planteamientos que no vengan de ellos mismos, ya que si bien "en teoría, Estados Unidos es una sociedad abierta (…), en la práctica, es una sociedad abierta con una mentalidad cerrada. Los intelectuales estadounidenses no escuchan al resto del mundo" (Mahbubani, 2022, p. 2). Esta forma obtusa de pensar y con mentalidad de rebaño (vale decir, que siguen las corrientes de opinión y tesis que se ponen de moda), los habría llevado a cometer una serie de errores estratégicos, siendo dos los principales:

> El primero es no haber sabido ver que en el siglo XXI hemos llegado al final del dominio occidental de la historia mundial. El segundo es no haber sabido ver que el mundo está asistiendo al retorno de Asia, especialmente de las sociedades más prósperas de Asia Oriental, Sudeste Asiático y Asia Meridional (Mahbubani, 2022, p. 3).

Por cierto, Mahbubani tiene razón en muchos aspectos; sin embargo, como hemos señalado, tras el fin de la Guerra Fría hubo importantes excepciones de intelectuales anglosajones que sí plantearon, de manera relativamente temprana, esta situación y tampoco fueron escuchados. Es el caso de Gilpin y Kennedy desde el mainstream académico y Wallerstein desde la teoría crítica, entre otros (ver capítulo 5). En este sentido, podemos agregar que el británico Martin Jacques señaló, en la primera década de los años 2000, que el ascenso de China significaba el desplazamiento irreversible del poder desde Occidente a Oriente. También planteó que había que desechar la ilusión de creer que el crecimiento económico y el viraje a una economía de características capitalistas terminarían por occidentalizar a China; por el contrario, para él lo único que estaba claro era que Occidente perdería su primacía mundial (Jacques, 2009). Incluso Henry Kissinger, cuando advertía al gobierno de Obama que debía terminar con los criterios unipolaristas y unilateralistas con que venía actuando Estados Unidos desde los años noventa y, en su lugar, construir un nuevo orden de carácter multipolar incorporando a China e India, entre otras potencias, daba como principal razón para este giro que los asuntos urgentes del mundo se desarrollaban "en el contexto de un desplazamiento histórico del centro de gravedad de los asuntos mundiales del Atlántico al Pacífico y al Índico" (Kissinger, 2009). Es decir, este histórico estratega del poder estadounidense en la Guerra Fría ya entendía que el crecimiento económico de China, la India y otras economías asiáticas significaba finalmente que, en un futuro cada vez más próximo, se materializaría un cambio en las históricas relaciones de predominio occidental en el orden mundial. Si Estados Unidos y sus aliados del G-7 no actuaban de manera inteligente –aceptando un orden multipolar y negociando las nuevas reglas del juego de manera oportuna con las megapotencias orientales emergentes–, corrían el riesgo de ser relegados a órdenes cada vez más secundarios de importancia.

De igual forma, otro furibundo defensor de la supremacía estadounidense y occidental como era el caso de Zbigniew Brzezinski, al explicar la obligada decisión de Estados Unidos y sus aliados del G-8 (el G-7 más Rusia) de recurrir al G-20 para superar la crisis *subprime*, planteó que esta crisis hizo "evidente una nueva realidad geopolítica: el consiguiente cambio en el centro de gravedad del poder global y del dinamismo económico del Atlántico hacia el Pacífico, del Oeste hacia el Este" (Brzezinski, 2013, p. 15).

Y como es prácticamente consensual entre los estudiosos de las relaciones de poder a nivel internacional, de distintas tradiciones teóricas, el poder económico es el pilar fundamental y determinante que sostiene la influencia militar, política, cultural y diplomática de un Estado en la política mundial (Morgenthau, 1948; Wallerstein, 1974; Keohane y Nye, 1977; Gilpin, 1981; Kennedy, 1987; Strange, 1988). Por lo tanto, el acelerado crecimiento y desarrollo que está experimentado Asia u Oriente está señalando un giro radical en las relaciones de poder mundial.

7.1 ¿ORIENTE ES ASIA O EURASIA?

Cabe destacar que existe una sugerente corriente de analistas que, al examinar el ascenso de Oriente y el ocaso de Occidente, opta por emplear el concepto de Eurasia, en la medida que permite incorporar a Rusia dentro de la nueva ecuación del poder global. La importancia de Rusia radica en su singularidad geográfica, la cual constituye una de sus principales fuentes históricas de poder: desde la época de los zares, pasando por el periodo soviético, hasta la actual Federación de Rusia, se trata del Estado territorialmente más extenso del planeta (con más de 17 millones de km^2), cuyo espacio se proyecta simultáneamente sobre Europa y Asia, dotándolo de una condición bisagra entre Oriente y Occidente que refuerza su gravitación geopolítica en el sistema internacional.

Este concepto de Eurasia proviene inicialmente de geógrafos físicos y geólogos que consideran que Europa y Asia son parte de una masa continental continua y sin una separación física real (como sería el caso de un océano). Es decir, Europa y Asia son un único continente, separado políticamente pero no físicamente. Sin embargo, a inicios del siglo XX cobró gran relevancia como concepto geopolítico, una vez que el geógrafo británico Harold Mackinder planteó su tesis del *Heartland* (corazón continental), también definido como Área Pivote, que cubría parte importante de esta masa continental definida como Eurasia, señalando que el imperio que controlara este *Heartland* controlaría el mundo.

> Quien gobierna Europa del Este domina el *Heartland*; quien gobierna el *Heartland* domina la Isla Mundial; quien gobierna la Isla Mundial domina el mundo (Mackinder, 1919, p. 186).

Recordemos que Mackinder, pensando siempre en la necesidad de asegurar la hegemonía del Imperio Británico, dividió el mundo en tres grandes áreas geopolíticas (ver Imagen 2):

a) La Isla Mundial, conformada por la unión de Europa, Asia y África.
b) El *Heartland*, o Área pivote de la Isla Mundial, que era el espacio formado (aproximadamente) por Europa del Este (desde el Báltico hasta el Mar Negro), más Asia central y Siberia occidental. Por lo tanto, el *Heartland* quedaba en el centro del continente Euroasiático y Europa del Este era una de sus puertas de acceso.
c) Las islas exteriores, que correspondían a América, Oceanía y Japón, principalmente.

Imagen 2

Fuente: elaboración propia

Mackinder planteaba que el poder mundial no dependía del dominio de los mares, como era ampliamente sostenido por el pensamiento estratégico británico tradicional, sino del control del corazón continental euroasiático o *Heartland* / Área Pivote. Por eso, a inicios del siglo XX, como leal súbdito del Imperio Británico, veía con gran preocupación que este espacio geográfico, que resultaba clave para asegurar y proyectar su dominio imperial, estaba en gran parte bajo el control del Imperio Ruso. Preocupación que solo aumentó cuando después de la revolución bolchevique (1917), el imperio de los zares se transformó en el Estado socialista soviético (URSS).

En el periodo de entreguerras, las tesis de Mackinder influyeron de manera importante en el geopolítico alemán Karl Haushofer, quien propuso una alianza estratégica entre Alemania, la Unión Soviética y Japón, donde estaba implícita la lógica de promover la cooperación germano-soviética, para controlar la masa continental euroasiática y el *Heartland* definido por Mackinder (Haushofer, 2002). Sin embargo, como es ampliamente conocido, Hitler y los nazis desecharon la idea de alianza estratégica con la URSS y optaron por la conquista militar y posterior colonización de los extensos territorios soviéticos. Decisión que resultó catastrófica para las ambiciones nazis de gobernar un imperio mundial de mil años.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, las tesis de Mackinder fueron bien recibidas en Estados Unidos cuando este se trasformó en el hegemón del sistema internacional a partir de 1945. La política de "contención del comunismo" en Europa se tornó crítica en la medida en que Europa del Este, la puerta de entrada europea al *Heartlan*d según Mackinder, quedó bajo la esfera de poder soviético. De hecho, el despliegue de las legiones estadounidenses por el mundo, que implicó la creación de diversos tratados militares como la OTAN y otros, respondía a los análisis de control del poder mundial de Mackinder. Estos fueron mejorados y actualizados a la realidad de la potencia norteamericana por el geopolítico Nicholas J. Spykman (1942, 1944). Spykman, entendiendo que Estados Unidos era una potencia fundamentalmente marítima, desplazó el núcleo del poder mundial centrado en el control del *Heartland* euroasiático a lo que denominó el *Rimland*. Este último es un cinturón litoral que rodearía al *Heartland* y que estaría conformado por un arco continuo que integraba a Europa occidental e insular, el Mediterráneo y Medio Oriente, el subcontinente indio, el Sudeste Asiático y el Asia oriental costera (Imagen 3).

Imagen 3

Fuente: elaboración propia

Para Spykman, el control de este *Rimland* –un espacio geográfico más poblado, industrial y accesible al poder marítimo– resultaba decisivo por dos grandes razones: primero, impedía la hegemonía de una potencia terrestre, y, segundo, permitía la hegemonía de una potencia marítima, como era el caso de Estados Unidos. "Quien controla Rimland gobierna Eurasia; quien gobierna Eurasia controla los destinos del mundo" (Spykman, 1944, p. 43).

Y si bien Spykman murió en 1943, su tesis sentó las bases geográficas de la futura estrategia estadounidense de contención del poder soviético durante la Guerra Fría. Posteriormente, tras el fin de esta última, Zbigniew Brzezinski –consejero de Seguridad Nacional del presidente Jimmy Carter (1977-1981)–, en su obra *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos* (1998), volvió a impulsar la tesis original de Mackinder. El autor señalaba que para asegurar la supremacía mundial de Estados Unidos en el siglo XXI se debía cercar el *Heartland* euroasiático, que, pese a la desintegración de la URSS, seguía comprendido en gran medida por la Federación Rusa. Para él, era clave expandir la OTAN a Europa del Este a fin de que

Estados Unidos controlara la puerta europea de entrada al *Heartland*. En este sentido era determinante controlar Ucrania, arrebatándola de la influencia rusa e integrándola a Europa occidental, ya que Rusia sin Ucrania dejaba de ser un imperio eurasiático. De la misma forma, sostenía que había que impedir que Rusia dominara el espacio comprendido por las ex repúblicas soviéticas de Georgia, Armenia, Azerbaiyán, Kazajistán, Uzbekistán, Turkmenistán, Kirguistán y Tayikistán, todas partes del *Heartland* euroasiático. Por esto, también las ex repúblicas soviéticas debían ser incorporadas a la OTAN, además de cultivar aliados como Japón y Corea del Sur en el Extremo Oriente y Turquía e Irán en Eurasia central. Así, se podría rodear y controlar estratégicamente a la masa continental rusa (Brzezinski, 1998). Esta tesis sería determinante para que Estados Unidos, secundado por la OTAN, generara las denominadas "revoluciones de colores" en las ex repúblicas soviéticas (ver capítulo 4), así como el cruento conflicto entre Rusia y Ucrania desde 2014 en adelante.

Destacando la importancia de Eurasia, pero contradiciendo la estrategia planteada por Brzezinski, Mearsheimer señala que se trata de un espacio geopolítico en extremo complejo del que la potencia norteamericana debe mantenerse lo más alejado posible. Es decir, se debe terminar con la idea de que Estados Unidos controle este espacio de manera permanente; si va a intervenir en él, debe ser una acción muy acotada, solo lo justo para que ninguna potencia local, como Rusia o China, logre unificar la región bajo su mando:

> El propósito del poder estadounidense debería ser garantizar que Estados Unidos siga siendo una potencia hegemónica en el hemisferio occidental y que no exista una potencia hegemónica regional en Eurasia (Mearsheimer, 2015, s/n).

Lo interesante de esta tesis de Mearsheimer es que será recuperada por Trump en su segunda administración, lo que reflejará las profundas diferencias al interior del establishment del poder estadounidense, producto de su declinación hegemónica (se profundiza en el capítulo 8).

Otro ejemplo de autores que prefieren hablar de Eurasia lo constituye el geopolítico noruego Glenn Diesen, quien desarrolla una teoría explícita sobre Eurasia como el espacio que desafiará la hegemonía marítima estadounidense y occidental en la primera mitad del siglo XXI, especialmente en la medida en que la alianza ruso-china se vaya tornando cada vez más estratégica (Diesen, 2021). De manera relativamente similar, los profesores rumanos Paul Dobrescu y Flavia Durach plantean que Eurasia es el principal "punto caliente geopolítico" global, debido a que el centro de gravedad del poder mundial está

pasando de Occidente –Estados Unidos y Europa– a Oriente –Asia-Eurasia– (Dobrescu y Durach, 2022). Por su parte, el politólogo argentino Andrés Serbin señala que la configuración de un bloque euroasiático articulado en torno a la Ruta de la Seda, la Unión Económica Euroasiática y la Organización de Cooperación de Shanghái se erige como un polo de poder alternativo con capacidad real para confrontar la histórica hegemonía global occidental (Serbin, 2019).

7.2. EL FIN DE QUINIENTOS AÑOS DE SUPREMACÍA OCCIDENTAL

En síntesis, ya se hable de Asia o Eurasia, en la actualidad es cada vez más consensual señalar que el siglo XXI se está caracterizando por el ascenso de Oriente y el declive de Occidente. Evidentemente, las tesis sobre la decadencia y el fin de la supremacía de Occidente en el sistema mundial no son nuevas. Entre los antecedentes más influyentes se encuentra Oswald Spengler, quien en su obra *La decadencia de Occidente* (1918-1922) planteó que las civilizaciones, al igual que los organismos vivos, atraviesan ciclos inexorables de nacimiento, florecimiento y muerte. Para Spengler, Occidente había agotado ya su impulso creador original y se encontraba en su fase terminal de "civilización": una etapa caracterizada por la masificación, el materialismo, la pérdida de espiritualidad y la esterilidad cultural. En este marco, el declive no era una posibilidad por evitar, sino un destino histórico tan inevitable como el otoño que sigue al verano. Desde una perspectiva distinta y considerablemente más abierta, Arnold Toynbee, en su vasta obra *Un estudio de la historia* (1934-1961), si bien no decretó la decadencia específica de Occidente, elaboró una teoría general sobre el surgimiento y colapso de todas las civilizaciones. Para Toynbee, estas no mueren por leyes biológicas inexorables como sostenía Spengler, sino cuando su minoría creativa –aquella élite capaz de inspirar respuestas innovadoras ante los desafíos históricos– se transforma en una minoría dominante estéril que ya no lidera por inspiración, sino que se impone por la fuerza, perdiendo así la adhesión de las mayorías. Lo relevante de Toynbee para el debate actual es que su esquema analítico ofrece herramientas poderosas para interpretar los síntomas que hoy se observan en Occidente: el agotamiento de sus élites dirigentes, su rigidez ideológica y su creciente incapacidad para responder creativamente a los desafíos que le plantea un mundo en reconfiguración.

Como ya se ha señalado, la discusión contemporánea sobre la decadencia de Occidente, asociada a la declinación hegemonica de Estados Unidos, comenzó en el mainstream académico del Norte global en la tardía Guerra Fría, continuó en la efervescencia unipolarista

y cobró enorme fuerza tras la crisis *subprime* de 2008. Por ejemplo, cuando Huntington rechazaba el optimismo unipolarista reinante, advertía al establishment del poder estadounidense que el verdadero orden que sucedería al bipolarismo de la Guerra Fría sería de carácter multipolar y civilizacional, y que la supremcia absoluta de la civilización occidental no podía durar eternamente:

> En 1919, Woodrow Wilson, Lloyd George y Georges Clemenceau juntos controlaban prácticamente el mundo. Sentados en París, determinaban qué países existirían y que países no, que países nuevos se crearían, cuáles serían sus fronteras y quiénes los gobernarían, y cómo se repartirían entre las potencias vencedoras Oriente Próximo y Oriente Medio y otras partes del mundo. También decidían sobre la intervención militar en Rusia y sobre las concesiones económicas que se debían arrancar a China. Cien años después, ningún grupito de estadistas [occidentales] podría ejercer un poder parecido; en el caso de que algún grupo llegue a ejercerlo, no lo formarán tres occidentales, sino líderes de los Estados centrales de las siete u ocho principales civilizaciones del mundo. Los sucesores de Reagan, Thatcher, Mitterrand y Kohl tendrán como rivales a los de Deng Xiaoping, Nakasone, Gandhi, Yeltsin, Jomeini y Suharto. La era de la dominación occidental habrá pasado a la historia. Entre tanto, la decadencia de Occidente y el ascenso de otros centros de poder están promoviendo los procesos de indigenización a escala planetaria y el resurgimiento de culturas no occidentales (Huntington, 1997, p. 107).

Pocos años después, la tesis de la declinación relativa de Occidente frente a Oriente la retoma Niall Ferguson, historiador y analista político británico, en su obra de 2011, *Civilización: Occidente y el resto*. Allí argumenta que el ascenso histórico de Occidente y su predominio desde el siglo XV en adelante se sustentó en seis factores fundamentales, que denomina como la confluencia de "seis aplicaciones asesinas": competencia política, revolución científica, Estado de derecho y propiedad privada, medicina moderna, sociedad de consumo y ética del trabajo. Estos factores, que se transformaron en instituciones, generaron un dinamismo sin precedentes y le otorgaron a Occidente ventajas decisivas frente a otras civilizaciones. Sin embargo, durante las últimas décadas, Oriente –especialmente China– habría comenzado a superar progresivamente a Occidente al apropiarse exitosamente de muchas de esas capacidades –industrialización, disciplina productiva, innovación tecnológica, planificación estratégica y expansión comercial global–, mientras las sociedades occidentales experimentan un proceso de debilitamiento institucional, endeudamiento, burocratización, pérdida de cohesión social y agotamiento político. En su obra siguiente, *La gran degeneración,* reafirma que el declive de Occidente –que en gran medida obedece a una crisis interna de sus

propias instituciones y de su capacidad histórica de adaptación– es lo que estaría favoreciendo el desplazamiento del centro de gravedad económico y geopolítico mundial hacia Asia. Esta crisis se reflejaría, entre otros aspectos, en el sobreendeudamiento fiscal, la pérdida de competitividad industrial, la creciente captura de los sistemas políticos y regulatorios por grupos de interés, la expansión de burocracias complejas e ineficientes, la fragmentación social y política, el debilitamiento de la ética del esfuerzo y del ahorro, así como en la dificultad de las democracias occidentales para formular estrategias de largo plazo frente al dinamismo económico y tecnológico de las potencias asiáticas, tales como China (Ferguson, 2012).

De manera aún más reciente, el demógrafo e historiador francés Emmanuel Todd, argumenta sobre el fin del predominio occidental desde la demografía, la geopolítica y la economía política del siglo XXI. Para Todd, el mundo está siendo testigo del declive irreversible de Occidente, entendido como el bloque conformado por Estados Unidos y Europa. Este declive no es meramente económico o militar, sino fundamentalmente demográfico, industrial, ideológico y moral. Enfocándose en la guerra ruso-ucraniana que estalló en 2022, señala el ascenso de un mundo no occidental encabezado por Rusia y China, pero que incluye a gran parte del Sur global, el cual comienza a rechazar la tutela y la hegemonía de Washington y Bruselas. En definitiva, para Todd, el desarrollo que ha tenido el conflicto ucraniano –en el cual la OTAN ha sido incapaz de derrotar a Rusia pese a los ingentes esfuerzos realizados– es una demostración clara de que Occidente está perdiendo su capacidad de liderazgo global, su cohesión interna y su legitimidad ante el resto del mundo (Todd, 2024).

Igualmente, otro importante autor contemporáneo que argumenta sobre el fin de la supremacía de Occidente desde una perspectiva geopolítica es el ya mencionado académico noruego Glenn Diesen, profesor de la Universidad de Noruega del Sureste. Su tesis central sostiene que el orden unipolar liderado por Occidente ha colapsado irreversiblemente y está siendo reemplazado por un mundo multipolar de geometría euroasiática. Diesen plantea que Occidente atraviesa un proceso de decadencia civilizatoria comparable, en su escala analítica, al diagnóstico de Spengler, aunque desde una perspectiva geoeconómica y geopolítica. De manera similar a Todd, señala que el intento occidental de aislar y destruir económicamente a Rusia tras la guerra en Ucrania no solo fracasó, sino que aceleró la consolidación de un bloque euroasiático alternativo, encabezado por Rusia y China, donde no es descartable que se integren India, Turquía y Arabia Saudita, reduciendo progresivamente su dependencia de Occidente. De esta forma, se estaría configurando un nuevo orden mundial en el que

Europa quedaría reducida a lo que él denomina la "península occidental de la Gran Eurasia" (Diesen, 2018, 2021, 2024).

Existe un amplio consenso en los estudios sobre la evolución del poder en el ámbito internacional –ya se trate del auge y caída de los grandes imperios o de las grandes potencias– al señalar que ningún poder es eterno. Por el contrario, todo poder es efímero y presenta un ciclo vital ineludible: nacimiento, desarrollo o despliegue, apogeo, declinación y fin. Su duración puede variar, pero la historia demuestra la inevitabilidad de este proceso.

En este sentido, cuando se analiza la primacía de Occidente, es común encontrar afirmaciones que sitúan su origen en la Revolución Industrial, ocurrida a mediados del siglo XVIII en Gran Bretaña y expandida rápidamente al resto de Europa. Este fenómeno habría permitido que primero Europa y posteriormente Estados Unidos dominaran el sistema internacional durante los siglos XIX y XX. Desde esta perspectiva, la supremacía occidental no tendría más de 200 o 250 años.

Por ejemplo, el historiador estadounidense David Landes plantea que hasta antes de 1750 existía un equilibrio de poder económico y político relativo entre las grandes civilizaciones existentes, tales como China, India, el mundo islámico y Europa. Este equilibrio se rompe con la Revolución Industrial que se produce en Europa gracias a factores y cualidades internas únicamente europeas, tales como la inventiva y el espíritu científico de su gente, una difundida ética del trabajo y cultura burguesa, la existencia de instituciones favorables (seguridad jurídica, propiedad privada, mercados libres), así como ventajas geográficas y de recursos –carbón y hierro en abundancia y favorablemente localizados, lo que facilitaba su explotación–. Por lo tanto, la Revolución Industrial, base de la supremacía mundial occidental, fue principalmente un producto de la cultura, las instituciones y la creatividad tecnológica europea (Landes, 1998). Con este énfasis en la exclusividad cultural europea, Landes prácticamente saca de la ecuación del poder occidental la conquista y colonización imperial que potencias europeas comenzaron a ejercer sistemáticamente, desde Enrique el Navegante en adelante, sobre otras sociedades y territorios en África, América, Asia y Oceanía.

La singular tesis culturalista de Landes ha sido contestada por otros historiadores, como es el caso de su colega, también estadounidense, Kenneth Pomeranz. Pomeranz coincide con Landes en que hasta mediados del siglo XVIII las civilizaciones más avanzadas del mundo (China, India, Europa) presentaban niveles comparables de desarrollo y que la Revolución Industrial europea fue el fenómeno que rompió este relativo equilibrio, permitiendo a Occidente superar la "trampa ecológica" preindustrial a la que estaban sometidas todas las demás

grandes civilizaciones y de esta forma provocar la Gran Divergencia en la ecuación de poder global entre Oriente y Occidente. Pero, a diferencia de Landes, Pomeranz señala que la Revolución Industrial no puede explicarse por la superioridad civilizatoria de Europa. Esta revolución pudo nacer en Inglaterra, entre otros factores, gracias al acceso a carbón barato y cercano a sus centros manufactureros, junto con los recursos, mercados y materias primas provenientes de las expansiones imperiales y posesiones coloniales occidentales (Pomeranz, 2000).

La tesis de Pomeranz es retomada, entre otros, por el historiador británico Ian Morris, quien sostiene que la primacía de Occidente sobre el resto del planeta provino de la Revolución Industrial. Sin embargo, argumenta que si esta ocurrió primero en Europa no se debió a una superioridad cultural, racial o institucional intrínseca, sino principalmente a ventajas geográficas y materiales acumuladas, tales como una geografía favorable, competencia interestatal, acceso a yacimientos de carbón cercanos y los recursos coloniales americanos (Morris, 2010).

Pese a sus diferencias, estos tres historiadores anglosajones, de una u otra forma, justifican la primacía de Occidente gracias a la Revolución Industrial, tesis que es bastante aceptada incluso por especialistas no occidentales. Por ejemplo, Mahbubani señala que:

> Durante los últimos 200 años, la tribu humana con mejor rendimiento ha sido la occidental. Gracias a su extraordinario rendimiento, tanto en el ámbito de la organización humana como en el de la ciencia y la tecnología, las sociedades occidentales han superado al resto del mundo. No solo han superado al mundo, sino que lo han conquistado (Mahbubani, 2022, p. 1).

De igual forma, la idea de que la supremacía de Occidente no tendría más que 250 años está bastante difundia entre los estudiosos de las Relaciones Internacionales de América Latina y el Caribe (ALC). Por ejemplo, en un interesante trabajo relativamente reciente respecto del emergente orden multipolar, el especialista chileno Cristian Garay sostiene que:

> El liberalismo constituyó el mundo moderno. Su desarrollo fue el marco subyacente de la óptica racionalizadora de los estudios internacionales. El marco de Estado-Nación forjado sobre una identidad en común, representada por el Estado en forma unitaria constituyó el estato-centrismo de sus reflexiones canónicas (…). El resultado de ese proceso fue la mundialización de los Estados-Nación en los continentes poblados y la construcción de un orden dominado por Occidente desde el siglo XVIII (Garay, 2026, p. 67).

Sin embargo, esta periodización no da cuenta completamente de la complejidad de cómo Occidente alcanzó una supremacía global y de cómo, en la actualidad, esta está llegando a su fin. Sustentar la supremacía occidental únicamente en el surgimiento e imposición del liberalismo o en la Revolución Industrial no es suficiente para entender un fenómeno que comenzó con bastante anterioridad.

Siguiendo a Wallerstein, lo que explicará y permitirá la supremacía de Occidente será la instalación y expansión del capitalismo como modo de producción dominante, fenómeno que se inicia en Europa alrededor de 1450.[2] En este sentido, se considera que el capitalismo mercantilista o capitalismo temprano es la fase originaria del capitalismo europeo, cuya génesis se sitúa entre mediados del siglo XV y el siglo XVI –estrechamente vinculada a los viajes ibéricos de exploración, conquista y expansión ultramarina–, y se extiende hasta el siglo XVIII. En esta fase capitalista temprana, la acumulación de capital se basa principalmente en el comercio de larga distancia, la expansión colonial y el control estatal de los flujos mercantiles. Es decir, fue un espíritu capitalista mercantil el que estimuló tanto a los agentes de la corona portuguesa y castellana como a armadores (empresarios privados) a lanzarse a los viajes de exploración para llegar a las Indias, lo cual los llevó a "descubrir" y conquistar el "Nuevo Mundo", así como a apoderarse paulatinamente de territorios africanos y asiáticos del "Viejo Mundo". Bajo este espíritu mercantilista los europeos organizaron, controlaron y se beneficiaron de un circuito económico global crecientemente expansivo que integró Europa, Asia, América y África, en un intercambio comercial de especias, metales preciosos, textiles, esclavos y azúcar que les permitió un constante aumento en la acumulación de capital. Este circuito económico global fue el que estructuró las relaciones de poder del sistema internacional moderno. Bajo esta lógica, Europa u Occidente –cuando se incluya Estados Unidos–, se constituyó como el centro del sistema donde radicaba el poder y se dictaban las reglas. El resto del mundo pasó a ser la periferia; es decir, aquellos que debían obedecer al centro y sus caprichos, ya sea en calidad de sometidos, conquistados, colonizados o subalternizados (Dos Santos, 1978; Wallerstein, 2011a, 2011b; Braudel, 1982, 1984; Pomeranz, 2000).

---

2 Para Wallerstein el "capitalismo es, ante todo y sobre todo, un sistema social histórico (…). Lo que distingue al sistema social histórico que llamamos capitalismo histórico es que en este sistema histórico el capital pasó a ser usado (…) con el objetivo o intento primordial de su autoexpansión. (…) Siempre que, con el tiempo, fuera la acumulación de capital la que regularmente predominara sobre otros objetivos alternativos, tenemos razones para decir que estamos ante un sistema capitalista (…). La génesis de este sistema histórico se localiza en la Europa de finales del siglo XV; (…) el sistema se extendió con el tiempo hasta cubrir todo el globo hacia finales del siglo XIX, y (…) aún hoy cubre todo el globo" (Wallerstein, 2014, pp. 9, 10, 14).

Evidentemente, en las décadas y siglos iniciales de este capitalismo mercantil, los europeos ibéricos no pueden conquistar y someter a las grandes civilizaciones asiáticas de la misma forma como sometieron a las civilizaciones precolombinas y se apoderaron del Nuevo Mundo, pero no por falta de interés, sino por falta de capacidades materiales. Son conscientes de que no son capaces de someter a la dinastía Ming en China, al imperio Mogol en el subcontinente indio o al Shogunato en Japón, por lo cual se contentaron con establecer algunos enclaves comerciales y controlar territorios relativamente pequeños arrebatados a reinos asiáticos menores, a fin de asegurar sus rutas comerciales marítimas entre Asia y Europa.[3] Lo que sí hicieron frente a estas grandes civilizaciones orientales fue recurrir a la acción misionera cristiana como instrumento complementario de apoyo al comercio, así como a la penetración cultural, diplomática y, en ciertos casos, política en la perspectiva de ir facilitando su control futuro.[4] De esta forma, desde el

---

3 Los portugueses establecieron una red de enclaves costeros tales como: Goa, en la costa occidental de la India, conquistada militarmente en 1510 al sultanato Bijapur y que se transformó en el eje político-administrativo del imperio portugués en Oriente; Malaca, ubicada en la actual Malasia sobre el estrecho que conecta el océano Índico con el mar de China meridional, tomada por la vía militar en 1511 al sultanato de Malaca; Ormuz, en la entrada del golfo Pérsico, conquistada al reino de Ormuz en 1515, permitiendo a Portugal controlar las rutas entre Persia, Arabia e India. Distinto fue el caso de Macao, en la costa sur de China, donde los portugueses se asentaron desde 1557 con autorización del Imperio Ming, configurando un enclave comercial autorizado por las autoridades chinas. Por su parte, el imperio español estableció su principal enclave asiático en Filipinas, cuya colonización se inició en 1565 y se consolidó con la fundación de Manila en 1571, obtenida mediante conquista y alianzas locales. De esta forma, articularon el primer sistema global de intercambios mercantiles al incluir a América tras la conquista militar del imperio azteca (1519-1521) y del imperio inca, (1532-1533). Por medio del galeón de Manila, cruzando el océano Pacífico, conectaban Filipinas con el puerto de Acapulco en el virreinato de Nueva España, luego por tierra unían Acapulco con el puerto de Veracruz en el mar Caribe, donde nuevamente por vía marítima y cruzando el Atlántico se conectaban con los puertos en España (Boxer, 1965, 1969; Braudel, 1984; Flynn y Giráldez, 1995; Gruzinski, 2010).

4 Portugal fue pionero en esta estrategia. Desde plazas como Goa, donde los jesuitas se establecieron en la década de 1540, proyectó misiones hacia Japón –a donde llegó Francisco Javier en 1549– y hacia China, donde Matteo Ricci logró acceder a la corte imperial a fines del siglo XVI. Estas experiencias oscilaron entre momentos de acogida estratégica por parte de élites locales y episodios de prohibición o expulsión, como ocurrió en Japón durante el siglo XVII bajo el shogunato Tokugawa. Siguiendo esta senda –aunque con menor alcance– la monarquía hispánica impulsó también misiones desde la consolidación de Manila en 1571, proyectando órdenes agustinas, franciscanas y dominicas hacia China, Japón y el Sudeste Asiático. Sin embargo, su capacidad de penetración fue más limitada y, en el caso chino, dependió en gran medida de la mediación de las misiones portuguesas establecidas en Macao. De este modo, tanto portugueses como hispanos incorporaron la evangelización dentro de sus estrategias de expansión y vector de aproximación hacia las grandes civilizaciones de Asia oriental.

primer momento en que se topan directamente con estas grandes civilizaciones y se dan cuenta de que son demasiado fuertes para someterlas inmediatamente, desarrollaron una estrategia económica, cultural e ideológica de penetración y conquista paulatina y progresiva hasta que, finalmente, las pusieron a todas de rodillas. En este sentido, estamos hablando de un único proceso continuo y paulatino de control, dominio y hegemonía europea y occidental que duró aproximadamente 500 años y que, desde un punto de vista geopolítico respecto del control de Asia, va desde los viajes de Enrique el Navegante en la primera mitad del siglo XV hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial y el establecimineto de la hegemonía estadounidese en 1945.

En un primer momento son los ibéricos, pero posteriormente, cuando en el siglo XVII los neerlandeses se convierten en la gran potencia capitalista europea que modernizará, controlará y ampliará el inicial circuito mercantil capitalista global abierto por portugueses y españoles, el control europeo sobre Asia se ampliará enormemente. Al respecto se considera que fue en las Provincias Unidas (imperio neerlandés) donde se creó la primera economía capitalista plenamente integrada, pues articularon de manera pionera instituciones financieras modernas, corporaciones multinacionales y hegemonía marítima por medio de un Estado controlado por una élite de comerciantes, armadores y banqueros que configuró el primer sistema de acumulación global plenamente operativo (Wallerstein, 2011b). Por medio de la mayor flota comercial y militar existente, desplazaron a los ibéricos a un segundo y tercer lugar, y ampliaron la conquista de territorios asiaticos. No obstante, seguirán mostrando cautela y respeto frente a estas grandes civilizaciones orientales mencionadas, debido a su incapacidad para someterlas totalmente.[5]

Tras la hegemonía neerlandesa, fue el Imperio Británico el que se transformó en el nuevo hegemón del sistema internacional, favorecido decisivamente por la Revolución Industrial, proceso que marca el tránsito desde el capitalismo mercantil hacia el capitalismo industrial y que significó un salto cualitativo en el desarrollo histórico del capitalismo

5 En Asia, los neerlandeses les arrebataron a los portugueses sus posesiones en las islas Molucas (1605), Malaca (1641) y Ceilán (1658), además de otras factorías menores en el Índico. Si bien frente al imperio español, no pudieron desalojarlos de Filipinas, se establecieron en la isla actual de Taiwán (1624), logrando arrebatarle parte importante del comercio chino-japonés vinculado al circuito del galeón de Manila. Además, conquistaron Yakarta, donde establecieron el puerto de Batavia (1619), que se transformó en la sede del gobierno de la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, desde donde se dirigía el comercio, la guerra y la administración colonial en Oriente. De hecho, por medio de conquistas y negociaciones, la mayor parte del actual territorio de Indonesia fue parte del imperio colonial neerlandés en Asia (Boxer, 1965; Wallerstein, 2011b; Israel, 1989).

a escala global. A diferencia del capitalismo mercantil basado en la intermediación comercial, el monopolio de bienes de alto valor y el control de nodos estratégicos y rutas marítimas sin requerir una extensa administración territorial, el capitalismo industrial expandió de manera exponencial la capacidad productiva, centrando la acumulación de capital en la manufactura masiva de bienes. Ello generó una creciente necesidad de asegurar fuentes estables de materias primas y mercados para la colocación de dichos productos, lo que impulsó un imperialismo de control territorial directo orientado a garantizar ambos objetivos. Como resultado, el Imperio Británico extendió su dominio sobre vastas regiones de África, América, Oceanía y Asia, transformando a la City de Londres en el principal centro financiero de lo que llegará a ser considerado el mayor imperio territorial global de la historia.[6] Ahora sí, bajo el poder tecnológico-militar que alcanzó el Imperio Británico tras la Revolución Industrial, una potencia occidental se sintió lo suficientemente fuerte para conquistar y someter a grandes civilizaciones orientales como la india y la china; una hazaña que sus antecesores portugueses, españoles y neerlandeses no habían sido capaces de concretar.[7]

---

6 Sustentado en la Revolución Industrial, en el siglo XIX el Imperio Británico expandió su dominio territorial a escala planetaria. En Asia consolidó el control de vastos territorios, como el subcontinente indio –núcleo estratégico del imperio– además de Birmania, Malasia y posiciones clave en China; en África ocupó extensas regiones que incluyeron Egipto, Sudán, Nigeria, Kenia, Uganda, Sudáfrica y territorios del eje El Cairo-Ciudad de El Cabo; en Oceanía incorporó Australia y Nueva Zelanda; y en América mantuvo dominios como Canadá y numerosas islas del Caribe. Hacia fines del siglo XIX, el Imperio Británico llegó a abarcar aproximadamente una cuarta parte de la superficie terrestre emergida (alrededor de 33-35 millones de km^2) y a gobernar cerca de 400 a 450 millones de personas, una cuarta parte de la población mundial de la época (Ferguson, 2003; Darwin, 2009).

7 En India, la penetración comenzó mediante factorías de la Compañía Británica de las Indias Orientales, pero tras la Batalla de Plassey (1757) la compañía inició una conquista territorial progresiva que culminó, luego de la Rebelión de los Cipayos (1857), en el establecimiento del Raj británico bajo administración directa de la Corona. Desde este núcleo, Gran Bretaña proyectó su dominio hacia Birmania, Ceilán y Malasia. En China no se produjo una colonización territorial plena sino una dominación imperial de carácter semicolonial, basada en la imposición de tratados desiguales tras las Guerras del Opio, donde el Imperio Británico derrotó al imperio chino (1839-1842; 1856-1860). Estos acuerdos forzaron la apertura de puertos chinos al comercio extranjero, la cesión de Hong Kong, la legalización del opio, el establecimiento de aranceles fijados por potencias occidentales y la concesión de extraterritorialidad jurídica para ciudadanos europeos, lo que implicó una profunda erosión de la soberanía china sin necesidad de ocupación territorial masiva. Esta situación fue aprovechada también por otras potencias europeas y por Japón. De esta forma, China se transformó en una suerte de "semi-colonia", con economía subordinada y jurídicamente limitada dentro de un régimen de soberanía restringida, donde potencias occidentales más Japón controlaban enclaves, comercio y normas legales en su propio beneficio (Ferguson, 2003; Darwin, 2009; Bickers, 2011; Osterhammel, 2014).

Finalmente, la hegemonía británica en el sistema internacional fue sustituida por la estadounidense que implementó su supremacía por medio de la construcción del orden liberal internacional (ver capítulo 3). Como hemos señalado, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se transformó en el hegemón del sistema, es decir, alcanzó su clímax o el estadio de apogeo de su ciclo vital de poder, que va a ir de 1945 a 1971/73 aproximadamente, que es cuando comenzó su proceso de declinación. En la segunda década de los 2000 comenzó su estadio de colapso y fin (se profundiza en el capítulo siguiente). Pero lo más importante a tener presente, como hemos venido argumentando, es que el fin de la hegemonía estadounidense también representa el fin de la hegemonía occidental.

Por lo tanto, para entender la hegemonía occidental o la supremacía de Occidente debemos cubrir un lapso de 500 años, que implica un largo ciclo hegemónico vital que fue pasando por distintas etapas en su desarrollo y alcance geográfico hasta conseguir el dominio global, como se puede apreciar en la Imagen 4.

Imagen 4

Fuente: elaboración propia

En este largo ciclo hegemónico de 500 años, podemos considerar la etapa ibérica y neerlandesa como la fase de nacimiento y ascenso de este ciclo histórico. Dicho ascenso comprende, por una parte, su emergencia, asociada a los viajes de descubrimiento y conquista por parte de los imperios ibéricos y, por otra, su etapa de despliegue o desarrollo bajo el imperio neerlandés. Con la Revolución Industrial se inicia la etapa de apogeo, particularmente tras el triunfo británico sobre los franceses en Waterloo en 1815 y que se extiende hasta 1971, cuando Estados Unidos puso término a la convertibilidad del dólar en oro. Por lo tanto, este apogeo cubre los ciclos hegemónicos británico y estadounidense, razón por la cual podemos hablar de una etapa anglosajona dentro de este largo ciclo occidental. En 1971 se inicia la etapa de declive o declinación, que coincide con el debilitamiento de la hegemonía estadounidense. Desde 2008, con la crisis *subprime*, comienza la fase terminal del ciclo hegemónico occidental.

Esta etapa final del ciclo de supremacía occidental, que coincide con el declive de la hegemonía estadounidense, corresponde al período que denominamos interregno hegemónico. Este interregno se caracteriza por una situación histórica en la que el antiguo orden internacional de poder está muriendo, pero aún no termina de desaparecer, mientras el nuevo orden está emergiendo y aún no logra consolidarse. Se trata de una fase relativamente prolongada y particularmente conflictiva, como se profundizará en el capítulo siguiente.

Reconocer este proceso no implica soslayar que, entre los siglos XVI y XVIII, en muchos aspectos la cultura china, la del Imperio mogol en el subcontinente indio o la cultura japonesa, entre otras culturas orientales, fueran más refinadas, sofisticadas y avanzadas que las europeas. Sin embargo, fueron estos europeos, y no las grandes civilizaciones orientales, quienes, impulsados por el espíritu rapaz y de codicia propio del capitalismo –ya fuera mercantil, industrial o de cualquier otro tipo–, se lanzaron a la conquista y dominio del mundo por distintos medios y procedimientos. Paso a paso, continente tras continente, civilización tras civilización y pueblo tras pueblo, en un proceso que duró cinco siglos –y que fue de menos a más hasta cubrir el globo–, lo consiguieron. Es este ciclo de dominación occidental, cuyo último gran hegemón ha sido Estados Unidos, el que en la actualidad está experimentando su fin, mientras el poder global comienza a radicarse progresivamente en Oriente.

Como hemos planteado, la discusión de las últimas décadas sobre la declinación de la supremacía de Occidente –estrechamente asociada a la declinación de la hegemonía estadounidense– se ha centrado en determinar si esta es relativa o absoluta. Por cierto, los intelectuales orgánicos del establishment del poder occidental, sobre todo

británicos y estadounidenses, se han esforzado por demostrar que dicha declinación es relativa y que puede ser revertida si Occidente recupera su capacidad de renovar sus instituciones frente a las fuerzas de la entropía interna y al ascenso de potencias rivales como China. Sin embargo, en la medida en que avanza el siglo XXI, queda cada vez más en evidencia que es Oriente el que se está posicionando como centro del poder y de la política mundial. Esta parece ser la tendencia histórica dominante: estamos transitando por un tiempo que representa un cambio estructural en las relaciones de poder global. En la actualidad, este cambio se está manifestando con tal rapidez que mantiene profundamente desconcertadas a las élites del poder occidentales y occidentalocéntricas, las cuales –durante cinco siglos– se acostumbraron a sentirse superiores y con derechos naturales para mandar y someter a las demás sociedades, pueblos y Estados del planeta.[8]

8 Evidentemente, por élites del poder occidentales nos referimos a las burguesías dominantes de Europa, Estados Unidos y la anglosfera, es decir, las burguesías del centro o Norte global. Pero cuando usamos el concepto de occidentaloncéntricas queremos incorporar a las elites oligárquicas de la periferia, es decir, del Tercer Mundo o Sur global, que históricamente se han identificado con la cosmovisión y valores occidentales dominantes, conformándose con el papel de "burguesías consulares" de las burguesías centrales dominantes. De esta forma, siendo serviles a los intereses de poder del centro han gozado históricamente de una situación socio-política privilegiada en la periferia y jamás han aspirado a desafiar y someter a las burguesías del centro, en un intento por cambiar su condición de subordinadas y subalternas y pasar ellas a ser las dominantes. El caso arquetípico de esta suerte de espíritu o alma servil son las tradicionales oligarquías latinoamericanas.

8

FIN DEL CICLO HEGEMÓNICO DE ESTADOS UNIDOS

Tras dos guerras mundiales, Estados Unidos emergió en 1945 como la gran potencia hegemónica del sistema internacional y organizó su supremacía mediante la creación del orden liberal internacional. También hemos señalado que el declive de la hegemonía estadounidense habría comenzado en 1971, con el fin de la convertibilidad del dólar en oro, en un contexto marcado además por la guerra de Vietnam y la crisis mundial del petróleo. Si bien el momento unipolar que se abrió tras el fin de la Guerra Fría, entre 1989 y 1991, embriagó de optimismo al establishment político, académico y estratégico de Estados Unidos y a sus aliados occidentales, generando la ilusión de que el siglo XXI sería un nuevo siglo americano, finalmente dicho período resultó ser una aceleración del declive de la hegemonía estadounidense. Por último, la crisis *subprime* de 2007-2008 marcó el fin de la hegemonía de Estados Unidos y señaló el inicio de un período de transición hacia un nuevo tipo de orden mundial. Como ya hemos afirmado, este período de transición constituye un tiempo altamente conflictivo y complejo, que puede denominarse interregno hegemónico.

Imagen 5
Evolucion ciclo hegemónico de Estados Unidos

Fuente: elaboración propia

Una prueba fehaciente de que el ciclo hegemónico de Estados Unidos ha concluido sería la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca bajo el eslogan *America First* y la creación de su movimiento *Make America Great Again* (MAGA), con una propuesta de gobierno que, en la medida en que se fue concretando, dejó de manifiesto su claro carácter iliberal.

Recordemos que Trump ganó la elección presidencial de 2016 tras derrotar a la representante del Partido Demócrata, Hillary Clinton, y tuvo un primer período de cuatro años, entre el 20 de enero de 2017 y el 20 de enero de 2021. Se presentó a la reelección en 2020, pero perdió frente al demócrata Joe Biden. Si bien en un principio se negó a admitir el veredicto de las urnas –acusando a sus adversarios de "robarle" la elección y promoviendo un bochornoso incidente protagonizado por sus partidarios en el Capitolio, que muchos calificaron como un intento de golpe de Estado–, finalmente terminó por reconocer su derrota y abandonó la Casa Blanca. Inmediatamente después comenzó una larga campaña presidencial con el propósito de triunfar en la elección

siguiente, que se celebraría en noviembre de 2024. En dichas elecciones derrotó a la candidata demócrata Kamala Harris y asumió su segundo mandato presidencial el 20 de enero de 2025. Sin embargo, esta vez se trataba de un Trump mucho más empoderado y dispuesto a llevar hasta las últimas consecuencias el ejercicio de su poder. De hecho, él mismo señaló en marzo de 2026: "Tengo mucho más poder en mi segundo mandato" (citado en Lucey y Cook, 2026, párr. 4).

Al respecto, cabe señalar que su nominación como candidato del Partido Republicano en 2016 fue un fenómeno que sacudió todos los cimientos de ese partido. Se impuso en unas primarias multitudinarias que llegaron a reunir a dieciséis precandidatos, la mayoría de ellos con sólidas trayectorias políticas y respaldo explícito del establishment partidario. Para estos sectores, Trump representaba una figura atípica y una amenaza para la identidad republicana tradicional, en parte por su heterodoxia ideológica, incluido su pasado como militante demócrata y sus posiciones poco convencionales en materia comercial y de política exterior. El rechazo que le profesaba John McCain, dos veces candidato presidencial y héroe de la guerra de Vietnam, simbolizó con claridad los anticuerpos que generaba en la vieja guardia partidaria republicana (Sides y Vavreck, 2018; Towler y Parker, 2018).

Sin embargo, para las elecciones del 5 de noviembre de 2024, el escenario había cambiado radicalmente respecto de ocho años antes. Aquellos "anticuerpos" que Trump despertaba entre las élites republicanas en 2016 habían desaparecido o se encontraban muy morigerados. Para su segunda victoria presidencial, se presentó como el líder indiscutido de un Partido Republicano mucho más dócil a su figura, a su ideario iliberal y a su movimiento MAGA, proceso que consiguió por medio de la llamada "vampirización" del partido durante su primer mandato.[1] Por otra parte, en las elecciones parlamentarias celebradas junto con la presidencial en 2024, los republicanos lograron las mayorías necesarias para controlar ambas cámaras. De esta forma, en 2024 Trump consiguió lo que en 2016 le había sido esquivo: el sometimiento del establishment partidario. Los aspirantes republicanos a gobernadores, senadores y diputados comprendieron que para acceder a esos preciados cargos o mantenerse en ellos era condición *sine qua non* inclinarse ante su liderazgo (Du Quenoy, 2024; Redacción Clarín, 2025; Yordán, 2024).

---

1 Se refiere al hecho de que Trump, utilizando todo su poder de presión como primer mandatario, consiguió que el Partido Republicano, a partir de las elecciones de medio mandato de 2018, pusiera "sus recursos y su organización al servicio exclusivo del presidente, incluso pagando el precio de renunciar a buena parte de sus principios y de sus intereses a largo plazo" (Ruiz y Vagnoux, 2022, p. IX). En las elecciones de medio tiempo de 2018 los republicanos obtuvieron la mayoría en el Senado.

Lo que podríamos denominar el "fenómeno Trump" solo puede explicarse por los profundos cambios sociales y políticos ocurridos al interior de la mayor potencia del mundo, producto de décadas de globalización neoliberal. Dichos cambios, a su vez, han generado profundas contradicciones y rupturas dentro del establishment del poder o bloque histórico dominante de Estados Unidos.[2]

8.1 DEL ORDEN POLÍTICO DEL NEW DEAL AL ORDEN POLÍTICO NEOLIBERAL

Como ya se ha señalado, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos alcanzó el apogeo de su poder y se transformó en el hegemón del sistema internacional, al que dotó de una arquitectura institucional, económica y política mediante la creación del orden liberal internacional. Sin embargo, para proyectar e imponer dicho orden hacia el exterior, primero fue necesario que, al interior del bloque histórico dominante estadounidense –compuesto por diversos subsectores, fracciones de clase e intereses estratégicos, no siempre plenamente coincidentes entre sí–, se estableciera una hegemonía interna relativamente clara. Es decir, fue necesario que determinados sectores lograran ordenar, articular y subordinar los intereses particulares de las distintas fracciones dominantes en torno a un proyecto común de poder. Solo sobre la base de ese consenso interno fue posible configurar un orden político determinado dentro de Estados Unidos y, desde allí, proyectar una estrategia hegemónica global.

---

2 Asociamos el concepto de establishment del poder al de bloque histórico dominante, definido por Gramsci, y que se refiere a una articulación de clases, fracciones de clase, instituciones, aparatos culturales y fuerzas políticas que, en una determinada etapa histórica, logran ejercer hegemonía sobre la sociedad. Su dominación no descansa exclusivamente en la coerción estatal, sino también en la capacidad de construir consenso, producir sentido común y presentar sus intereses particulares como si fueran los intereses generales de la comunidad política. De este modo, el bloque histórico dominante integra relaciones materiales de producción, aparatos estatales, discursos ideológicos, liderazgos intelectuales y prácticas culturales que reproducen un determinado orden social. Su estabilidad depende, precisamente, de la combinación entre dominación y consentimiento, esto es, entre capacidad institucional de mando y capacidad hegemónica para definir los valores, sentidos comunes y horizontes de posibilidad de una época. El bloque histórico dominante puede incluir, por ejemplo, grandes grupos económicos, sectores financieros, partidos políticos, altos funcionarios del Estado, medios de comunicación, universidades, centros de pensamiento, élites culturales, organismos internacionales y otros actores, que aunque no sean idénticos entre sí comparten una determinada orientación general del orden social. En síntesis, el bloque histórico dominante es la alianza social, política, económica y cultural que logra conducir una sociedad no solo mandando, sino haciendo que su visión del mundo parezca legítima y normal (Gramsci, 1971, 2013; Portelli, 1977; Hall, 1986).

De acuerdo con Gary Gerstle, al analizar la historia política de Estados Unidos durante el siglo XX, solo puede hablarse de un orden político propiamente tal cuando una constelación ideológica es ampliamente compartida por el establishment político y económico que tradicionalmente maneja los hilos del poder en el país. En consecuencia, determinadas ideas fuerza de un subsector del establishment político logran ir más allá de los ciclos electorales de cuatro años y extenderse por varias décadas; es decir, se vuelven hegemónicas al interior del conjunto del bloque histórico dominante que, en el caso estadounidense, se organiza políticamente en torno a dos grandes partidos: el Partido Republicano y el Partido Demócrata. En este sentido, Gerstle sostiene que "la verdadera prueba de [la existencia] de un orden político (…) consiste en que la oposición acepte los imperativos políticos e ideológicos de dicho orden" (Gerstle, 2023, p. 231). Es decir, el éxito y la durabilidad de un orden político dependen de su capacidad "para dar forma a lo que las amplias mayorías de los representantes electos y los votantes de ambos lados de la división partidista consideran políticamente deseable". Por lo tanto, cuando se pierde esta capacidad, también se pierde "la capacidad de ejercer la hegemonía ideológica", lo que señala el declive y eventual fin de ese orden político (Gerstle, 2023, pp. 12-13). Para este autor, en los últimos cien años solo habrían existido dos órdenes políticos en Estados Unidos, cuyo núcleo ideológico central, con sus respectivas ideas fuerza, estuvo determinado por un programa característico de economía política: a) el orden político del New Deal y b) el orden político neoliberal.

a) **El orden político del New Deal.** De inspiración keynesiana, se fundamentó en la convicción de que el capitalismo abandonado a su propia suerte podía conducir al desastre económico y social. Para evitarlo, debía ser gestionado e intervenido por un Estado central fuerte, capaz de gobernar el sistema económico en función del interés público. Con ese propósito, entre otras medidas, instauró un nuevo sistema de relaciones laborales que obligaba a empresarios y sindicatos a negociar. Este orden duró aproximadamente cuarenta años: surgió entre las décadas de 1930 y 1940, alcanzó su apogeo entre las décadas de 1950 y 1960, y llegó a su fin en la década de 1970. Fue propuesto e instalado fundamentalmente por los demócratas bajo la administración de Franklin D. Roosevelt, que debió hacerse cargo, entre otros aspectos, de los efectos económicos y sociales de la gran crisis mundial provocada por el colapso de la Bolsa de Nueva York en 1929.

Cuando los defensores del New Deal lograron finalmente convencer a aquellos sectores del establishment del poder estadounidense que inicialmente se oponían a sus reformas –precisamente porque estas atentaban contra sus creencias en un liberalismo económico

clásico, contrario a la intervención del Estado en la economía–, consiguieron que todos los actores influyentes del ecosistema político, tanto demócratas como republicanos, aceptaran regirse por sus ideas y planteamientos. En ese preciso momento, el New Deal dejó de ser solo un movimiento político y se convirtió en un verdadero orden político. Dicho de otro modo, pasó de movimiento a orden cuando sus ideas fuerza se hicieron hegemónicas. Para el doblegamiento de los sectores inicialmente resistentes fue relevante que los republicanos Dwight Eisenhower y Richard Nixon se convencieran de que las medidas del New Deal eran necesarias para mantener la demanda agregada, el flujo de bienes y el acceso a la vivienda en los nuevos barrios residenciales por parte de los estadounidenses de clase media y baja. De esta forma, aumentaría su calidad de vida y se bloquearía toda posibilidad de proliferación de la ideología comunista al interior de los propios Estados Unidos (Gerstle, 2023).

Cabe destacar que este período correspondiente al orden político del New Deal coincide con la etapa de apogeo del ciclo hegemónico estadounidense y con la instalación de aquello que posteriormente se denominaría orden liberal internacional.

b) **El orden político neoliberal.** Basado en los planteamientos económicos de Friedrich von Hayek y Milton Friedman, este orden surgió en contraposición al del New Deal. Este nuevo orden sostuvo que las fuerzas del mercado debían desembarazarse de los controles y de la acción del Estado, pues estos obstaculizaban el crecimiento, la innovación y la libertad. Promovió el libre comercio y la libre circulación del capital, de los bienes y de las personas. Su duración fue de aproximadamente treinta años: se fraguó en la década de 1970, sus ideas comenzaron a ser implementadas con la llegada del republicano Ronald Reagan a la presidencia en 1980, alcanzó su apogeo en las décadas de 1990 y 2000, y se derrumbó durante la década de 2010.

Entre otras medidas, sus arquitectos se dedicaron a desmantelar buena parte de lo que el orden del New Deal había construido durante sus cuarenta años de existencia. El derrumbe de la amenaza comunista tras el fin de la Guerra Fría, junto con la globalización del neoliberalismo, transformado en una suerte de pensamiento único, fue el contexto en el cual "en Estados Unidos, el neoliberalismo pasó de ser un movimiento para convertirse en un orden político" (Gerstle, 2023, p. 221). Esta vez fueron los demócratas del New Deal quienes se doblegaron ante los planteamientos de los defensores del neoliberalismo. En este doblegamiento demócrata, el presidente Bill Clinton desempeñó un papel relevante, al punto de que se ha destacado lo asombroso que fue el grado en que su administración implementó los principios neoliberales:

> En 1993 (…) Clinton firmó el TLCAN (…). En 1994, respaldó el plan de la Organización Mundial de Comercio de extrapolar los principios neoliberales al ámbito internacional, un plan que se conoció como el "Consenso de Washington". En 1996, Clinton, en colaboración con el Congreso, desreguló la industria de las telecomunicaciones en plena expansión (…); poco después hizo lo mismo con la industria de la generación eléctrica que sostenía (literalmente) la nueva economía. Y después, en 1999, apoyó la derogación del Congreso de la Ley Glass-Steagall, la ley del New Deal que había hecho más que ninguna otra por atajar la especulación, la corrupción y el ciclo de expansión y contracción del sector financiero estadounidense (Gerstle, 2023, pp. 231-232).

En 2006, el economista Lawrence Summers, secretario del Tesoro de Estados Unidos entre 1999 y 2001, durante la administración Clinton, y director del Consejo Económico Nacional entre 2009 y 2010, bajo la administración Obama, señaló, respecto de los economistas demócratas de esos años: "No hace mucho tiempo, todos éramos keynesianos […], del mismo modo, cualquier demócrata honesto admitirá que ahora todos somos friedmanistas" (citado en Gerstle, 2023, p. 234).

Un aspecto interesante del orden político neoliberal es que la hegemonía de sus ideas no solo se manifestó entre los demócratas que se habían identificado con el New Deal, sino que también alcanzó la conciencia de movimientos contestatarios y antisistema de las décadas anteriores, en los cuales aún podían arraigarse críticas al capitalismo. Sin embargo, estos sectores, en vez de confrontar al sistema capitalista en su versión neoliberal, prefirieron buscar "amparo en las políticas identitarias, donde se habían estado incubando imponentes sueños nuevos de liberación: para las mujeres, para las personas de color, para los homosexuales". Y si bien sus luchas por la identidad "generaban un conflicto considerable, no representaban una amenaza para los regímenes de acumulación de capital como había hecho el comunismo", razón por la cual la multiculturalidad y el cosmopolitismo "prosperaron bajo condiciones de neoliberalismo" (Gerstle, 2023, pp. 219-220).

De esta forma, la multiculturalidad, que durante las décadas del orden del New Deal había sido bandera de lucha de grupos radicales y antisistema, se transformó en parte de la ideología oficial de la globalización neoliberal, en la medida en que sintonizaba perfectamente con el discurso cosmopolita de "un mundo sin fronteras, un mundo en que gentes de distintos países se mezclaran libremente entre sí, al margen de la raza, de su religión y de su nacionalidad original". Así, se transformó en un modelo de vida que celebraba los intercambios "no sólo de artículos, sino de culturas de distinto bagaje racial, étnico,

religioso y nacional" (Gerstle, 2023, pp. 268-269). Por estas mismas razones, Nancy Fraser señala que la ideología de los nuevos demócratas impulsada por Clinton permitió que antiguos movimientos sociales contestatarios y críticos del sistema terminaran siendo legitimadores y funcionales al orden político neoliberal:

> La oposición progresista (…), lejos de desenmascarar a los poderes que se ocultan detrás del telón [el gran capital que controla el sistema] (…), ha estado asociada con ellos. Es el caso de las ramas liberal-meritocráticas de movimientos sociales tan populares como el feminismo, el antirracismo, el movimiento por los derechos LGBTQ+ y el ecologismo. Operando dentro del marco de la hegemonía neoliberal (…) han funcionado como testaferros (…), dándole un barniz de cariz emancipatorio a la economía política depredadora del neoliberalismo (Fraser, 2023, pp. 204-205).

8.2 COSTO SOCIAL DEL ORDEN NEOLIBERAL Y "FIN DEL SUEÑO AMERICANO"

En Estados Unidos, el orden neoliberal y su globalización tuvieron profundos efectos en el tejido social y económico. Particularmente significativo fue el proceso de desindustrialización que provocaron, en la medida en que incentivaron a las empresas, en busca de mayor rentabilidad, y de mano de obra más barata y menores regulaciones, a trasladar sus fábricas al extranjero. Se calcula que entre 1990 y 2024 se instalaron más de 50 mil empresas estadounidenses en China, más de 12 mil en México, más de 5 mil en Vietnam y más de 4 mil en India. Solo entre 1997 y 2020 cerraron en Estados Unidos más de 70 mil fábricas, lo que supuso la pérdida de casi 5 millones de empleos industriales. Los sectores textil y electrónico vieron como el 85 por ciento de su producción se trasladó a Asia. Una situación similar ocurrió con la industria automotriz: compañías como General Motors, Ford y Chrysler trasladaron varias de sus plantas a México, país al que también se desplazaron cerca de 3 mil maquiladoras de diverso tipo, proceso facilitado por la firma, en 1994, del Tratado de Libre Comercio de América del Norte o TLCAN, que involucró a Estados Unidos, Canadá y México (Enciso Carrillo, 2025).

Este fenómeno afectó a ciudades y territorios que perdieron más de la mitad de su población, dejando tras de sí un paisaje de fábricas abandonadas, barrios desolados y una profunda herida social. La situación más grave ocurrió en el norte y noreste del país, en la zona conocida como *Rust Belt* o Cinturón del Óxido, corazón industrial estadounidense desarrollado durante el siglo XX en torno al acero, los automóviles, la maquinaria pesada y las manufacturas, con ciudades

que albergaban grandes complejos industriales. Por ejemplo, para 2022, la ciudad de Detroit, en el estado de Michigan, había perdido el 80 por ciento de sus habitantes en comparación con su momento de mayor apogeo, en 1950. Otras ciudades presentaban una situación similar: Cleveland (Ohio) perdió el 61 por ciento de sus habitantes; Buffalo (Nueva York), el 56 por ciento; Pittsburgh (Pensilvania), el 56 por ciento; Youngstown (Ohio), el 65 por ciento; y Flint (Michigan), el 60 por ciento (Fraga, 2023). Esta desindustrialización tuvo un efecto paralizante en toda la nación. La pérdida de ingresos familiares, agravada por un mercado inmobiliario rígido y por la conversión de la vivienda en un activo especulativo, impidió a millones de trabajadores mudarse a zonas con más oportunidades. La posibilidad de cambiar de empleo para mejorar el salario, que tradicionalmente había sido una vía de ascenso social, se redujo drásticamente. Los trabajadores, inmovilizados, perdieron poder de negociación frente a los empleadores, lo que contribuyó al estancamiento salarial, a la pérdida de empleos, de identidad y de esperanza. En las comunidades más afectadas, esto se tradujo en el aumento de graves problemas sociales, fenómeno conocido como "muertes por desesperación" (Wells, 2025).

Sin embargo, uno de los aspectos más llamativos de este fenómeno es que la clase trabajadora blanca fue el sector social que sufrió con mayor intensidad el impacto de la desindustrialización, incluso más que la población negra e hispana, lo que constituyó una novedad en el país. Entre 1999 y 2013, la autodestrucción entre hombres blancos de clase obrera, de entre 30 y 49 años, aumentó de manera exponencial. Por ejemplo, "las muertes debidas al consumo de alcohol y drogas en este segmento se cuadruplicaron (…) y los suicidios aumentaron casi un 40 por ciento" (Gerstle, 2023, p. 343).

El hecho de que las políticas neoliberales transformaran derechos sociales básicos en mercancías inaccesibles también afectó profundamente la calidad de vida de los sectores medios. Por ejemplo, la neoliberalización de la educación superior se expresó en la drástica reducción de la financiación pública y en el traslado de sus costos a los estudiantes, lo que generó una crisis de deuda de 1,6 billones de dólares, hipotecando el futuro de generaciones enteras. Paralelamente, el acceso a la vivienda se convirtió en un lujo, con precios inflados por la desregulación y la especulación financiera, que priorizaron al inversionista por sobre el comprador primerizo. La imposibilidad de adquirir una vivienda llevó a que, para 2025, el 52 por ciento de los jóvenes de entre 19 y 29 años aún viviera en la casa de sus padres. En el ámbito de la salud, la situación no fue mejor. La Ley de Cuidado de Salud a Bajo Precio (ACA, por sus siglas en inglés), promulgada en 2010 para ampliar la cobertura, comenzó a enfrentar serios desafíos. Millones de estadounidenses

dependientes de los subsidios federales para pagar sus primas de seguro de salud, implementados durante la pandemia de COVID-19, vieron dispararse dichas primas cuando esos subsidios expiraron en diciembre de 2025. En promedio, las primas de los seguros de salud aumentaron un 114 por ciento para más de 20 millones de beneficiarios en 2026 (Miller, 2025; Iacurci, 2025; Salai, 2026; Gola, 2026).

Esta precarización de las condiciones de vida, expresada en fenómenos como el aumento de la deuda estudiantil, la vivienda inalcanzable, el trabajo inestable y la salud inaccesible, entre otros aspectos, rompió la promesa del progreso social y la transformó en una realidad de inseguridad social, junto con la certeza, para los sectores jóvenes, de vivir peor que la generación anterior. En otras palabras, la globalización neoliberal significó la muerte del "sueño americano", como muy bien lo sintetiza Mahbubani:

> Durante décadas, especialmente después del final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos superó al resto del mundo porque proporcionaba `igualdad de oportunidades´ incluso a los estadounidenses más pobres para que tuvieran éxito y prosperaran (…); la sociedad estadounidense creó unas condiciones equitativas. Los ricos podían triunfar. Los pobres también podían triunfar (…); en las décadas de 1950, 1960 y 1970, la clase media estadounidense vio mejorar sus ingresos y su nivel de vida (…). La sociedad estadounidense [en la actualidad] ya no ofrece las mismas oportunidades a ricos y pobres. Los ricos pueden triunfar, los pobres no (…). Estados Unidos se ha convertido en una plutocracia (…); la sociedad está estructurada para velar por los intereses de una pequeña minoría acomodada, digamos entre el 10 y el 20 por ciento más rico (Mahbubani, 2022, p. 3).

Por su parte, Mearsheimer, desde la teoría realista, también comparte en parte este diagnóstico. Para él, la hegemonía liberal que intentó Estados Unidos tras el fin de la Guerra Fría no solo dejó un legado de guerras inútiles, una diplomacia fallida y el prestigio estadounidense mermado, también se reflejó internamente en enormes costos sociales. El intento de imponer a sangre y fuego el modelo liberal en aquellos países que no se sometían a las instrucciones de cambio de régimen, llevó a que Estados Unidos se embarcara en guerras que implicaron el despilfarro de ingentes recursos que podrían haberse invertido en salud, educación, infraestructura de transportes o investigación científica, entre otros aspectos. Por estas razones, Mearsheimer señala: "Quizá el mayor coste de la hegemonía liberal sea (…) el daño que causa al tejido político y social estadounidense. Los derechos individuales y el Estado de derecho no pueden prosperar en un país adicto a las guerras" (Mearsheimer, 2018, p. 233).

8.3 DONALD TRUMP, ENGENDRO DEL COLAPSO SOCIAL NEOLIBERAL

Este contexto de precarización de las condiciones de vida de amplios sectores de la población estadounidense, producto del orden político neoliberal y de su agudización tras la crisis *subprime*, explica en gran medida la llegada de un personaje como Donald Trump a la Casa Blanca en 2016. Al igual que venía ocurriendo en Europa, en Estados Unidos la pauperización de amplios sectores de las capas medias y bajas, tras décadas de neoliberalismo, facilitó la proliferación de sentimientos de frustración, ira y miedo en millones de ciudadanos que se sentían abandonados por el establishment del poder asociado al orden político neoliberal, al que percibían como responsable de su situación.

Esto llevó, por una parte, al auge de sectores del ala izquierda del Partido Demócrata críticos de la globalización, como aquellos que se identificaron con Bernie Sanders; pero también, por otra parte, a la proliferación de movimientos populistas de extrema derecha, como el Tea Party.[3] En este complejo ecosistema político y social irrumpió, en el espacio del Partido Republicano, el empresario de bienes raíces –para muchos, un simple especulador– y figura del *show business* televisivo Donald Trump, quien tuvo la habilidad de percibir estos diversos y masivos sentimientos de ira, frustración

3 Bernie Sanders, senador independiente por el estado de Vermont desde 2007, ha trabajado regularmente junto a los demócratas en el Senado. De ideario cercano a la socialdemocracia, canalizó el descontento de sectores jóvenes y progresistas contra las élites neoliberales del Partido Demócrata, logrando un impacto significativo en las primarias de 2016 y 2020. Si bien no se presentó a las primarias de 2024, para no debilitar al partido que debía enfrentar a Donald Trump, ha mantenido una influencia relevante al interior del campo demócrata. A su vez, el Tea Party surgió en 2009 como una reacción conservadora frente a las políticas de Barack Obama, particularmente al rescate bancario y a los estímulos económicos posteriores a la crisis financiera de 2008. Tomó su nombre de la simbólica "Fiesta del Té" de Boston, como forma de protesta contra los impuestos y la expansión del gobierno federal. El movimiento combinó un discurso de gobierno limitado y responsabilidad fiscal con un fuerte componente nativista y de resentimiento racial frente al primer presidente afroamericano de Estados Unidos. El Tea Party ha sido identificado como un movimiento de extrema derecha por su antiliberalismo radical –expresado en su oposición al aborto, al matrimonio igualitario y al estado de bienestar–, así como por su base social mayoritariamente blanca y por discursos hostiles hacia inmigrantes y minorías. Asimismo, articuló una crítica a la globalización desde un enfoque nacionalista y evolucionó posteriormente hacia posiciones proteccionistas, defendiendo aranceles y restricciones comerciales que terminaron contradiciendo sus principios originales de libre mercado.

y miedo, para transformarlos en los insumos de una propuesta populista de extrema derecha, claramente iliberal.[4]

Prometiendo devolver a Estados Unidos a su antigua grandeza perdida, recurrió al tradicional slogan de sectores conservadores y reaccionarios *America First* y articuló un movimiento populista de extrema derecha, *Make America Great Again* (MAGA), que lo hará triunfar en dos elecciones presidenciales, 2016 y 2024.[5] Por medio de una narrativa simple y emocionalmente poderosa, Trump ofreció un gran cambio respecto de las condiciones existentes, junto con

---

4 Una característica central de los movimientos populistas de extrema derecha que han llevado a la presidencia a figuras como Donald Trump en Estados Unidos y a sus imitadores en el mundo subdesarrollado, como Jair Bolsonaro en Brasil y Javier Milei en Argentina, es su iliberalismo. Si bien estos liderazgos han llegado al poder mediante sufragio universal, una vez en el gobierno comienzan a aplicar políticas crecientemente autoritarias. En este sentido, "utilizan el Estado para privar a los ciudadanos de sus derechos fundamentales, neutralizan los contrapoderes y debilitan el Estado de derecho mediante el control de la justicia y de los medios de comunicación. Instauran así una forma degradada de democracia, en la que el estado de derecho es percibido como un obstáculo para la soberanía popular y la democracia" y, por lo tanto, manifiestan "una oposición decidida, hostil y agresiva contra el liberalismo, ya sea político, económico o cultural, en países que lo han experimentado, de modo que el iliberalismo puede ser definido como un posliberalismo" (Ruiz y Vagnoux, 2022, pp. III-IV). En el caso estadounidense, este iliberalismo hunde sus raíces en sectores populistas, conservadores y racistas.

5 Tras el fin de la Primera Guerra Mundial, sectores populistas conservadores estadounidenses levantaron la consigna *America First* para manifestar una añoranza por el aislacionismo y proteccionismo y a la vez expresar su rechazo hacia el nuevo rostro que mostraba el país, donde las mujeres se emancipaban y trabajaban, los negros tenían derecho a voto y los inmigrantes no anglosajones eran cada vez más numerosos. Estas ideas y sentimientos se expresarán en el auge del Ku Klux Klan (KKK), además del nativismo y el eugenismo estadounidense que tendrán en el presidente republicano Calvin Coolidge un claro simpatizante. Resurgirán en la década de los cincuenta con el senador republicano Joseph McCarthy y su cruzada anticomunista, al punto que se considera que el macartismo constituye uno de los puntos álgidos de las derivas iliberales estadounidenses. En las décadas posteriores, el senador republicano Pat Buchanan se convertirá en el portavoz de estas ideas cuando se presente en las primarias republicanas para las elecciones presidenciales de 1992 y 1996, resucitando el slogan *America First*, que retomará Trump en su primera campaña presidencial (Ruiz y Vagnoux, 2022). Por su parte, el MAGA surge en torno a la figura de Trump, quien lanzó su campaña presidencial en junio de 2015. Se consolidó como movimiento social al canalizar el descontento de sectores de la clase trabajadora blanca, votantes conservadores y grupos que se sentían marginados por las élites políticas, la globalización y la inmigración. Se trata de una coalición heterogénea que tiene un núcleo duro en blancos conservadores junto a otros grupos tales como: el *Dark Maga* de carácter autoritario y violento; los conservadores reaccionarios "anti-woke" que libran una batalla cultural contra el multiculturalismo y las políticas de diversidad; los populistas económicos, defensores del proteccionismo, y la tecnoderecha de Silicon Valley, con figuras como Peter Thiel y J.D. Vance, que aspiran a reemplazar la democracia liberal por un modelo autoritario de Estado-empresa, entre otros.

entregar a las masas claros chivos expiatorios: las élites globalistas neoliberales de ambos partidos (demócratas y republicanos) que promovieron los acuerdos de libre comercio firmados por Estados Unidos, y la inmigración. Para las elecciones de 2016, su discurso combinó hábilmente el malestar por la precarización económica con factores identitarios, culturales y de estatus, lo que lo llevó a triunfar de manera aplastante en el segmento de votantes blancos sin educación universitaria. Entre los varones de este grupo obtuvo siete de cada diez votos, y entre las mujeres, seis de cada diez, una ventaja que los analistas calificaron como la mayor registrada por un republicano en este grupo demográfico desde que existen este tipo de registros (Barrow, 2016; Associated Press, 2016).

Este aspecto cultural-identitario sería un ingrediente aglutinante del trumpismo, entendido como movimiento social. Diana Mutz acuñó el concepto de *status threat* –amenaza al estatus– para explicar el apoyo de hombres blancos y cristianos a Trump, en la medida en que estos percibían que su posición privilegiada en la jerarquía social estaba siendo amenazada por la creciente diversidad racial del país, el empoderamiento de las minorías durante la presidencia de Obama y la percepción de que Estados Unidos estaba perdiendo su dominio global (Mutz, 2018). Otros autores coinciden con este tipo de análisis cuando señalan que, en los condados afectados por la desindustrialización y la precarización de la calidad de vida, el apoyo a Trump se combinó con la reacción cultural de la pérdida de estatus (Baccini y Weymouth, 2021). Por lo cual, si bien el colapso industrial del *Rust Belt* fue decisivo para inclinar estados clave como Michigan, Ohio, Pensilvania y Wisconsin hacia Trump, su votación (en 2016) se debe conjugar con el factor racial, ya que el 58 por ciento de los blancos votó por Donald Trump, mientras que el 74 por ciento de las minorías votó por Hillary Clinton (Venugopal, 2016). Por esta razón, se ha señalado que el resentimiento de sectores blancos sin formación superior hacia las élites liberales, las minorías y los inmigrantes se combinó con una sensación de pérdida de dignidad y de sentirse "extraños en su propia tierra" (Sawhill, 2016).

Esta capacidad para articular el malestar socioeconómico producto de la desindustrialización, con la defensa de una jerarquía racial blanca que se sentía amenazada por el avance del multiculturalismo (granjeándose el apoyo de los supremacistas blancos), será una habilidad ampliamente explotada por Trump. Al respecto, manifestará una oposición radical al multiculturalismo y las políticas de diversidad e inclusión, a las que agrupó bajo el estigma de "ideología woke". Para él y sus partidarios esta ideología sería una "tiranía" impuesta por las administraciones demócratas (Clinton, Obama, Biden), a quienes acusó de "lunáticos de izquierda radical"

que estaban destruyendo los valores de Estados Unidos (Bose, 2025). De la misma forma, su retórica anti-élites dividió a los estadounidenses entre el pueblo puro y patriota, es decir, sus partidarios, enfrentados a una corrupta élite globalista y multicultural que era el enemigo interno de la grandeza estadounidense. En la Asamblea General de la ONU de 2018, declaró: "Rechazamos la ideología del globalismo y abrazamos la doctrina del patriotismo" (Naciones Unidas, 2018). Al año siguiente, en 2019, nuevamente ante la ONU, volvió a señalar: "el futuro no pertenece a los globalistas. El futuro pertenece a los patriotas", argumentando que "el globalismo ejerció una influencia casi religiosa sobre los líderes del pasado, haciéndolos ignorar sus propios intereses nacionales" (citado en Hernández, 2019).

En su primer triunfo presidencial, Trump consiguió el apoyo de dos grandes grupos de votantes y antagónicos entre sí en la tradicional política estadounidense. Un primer gran grupo estuvo compuesto por sectores de trabajadores que históricamente se habían identificado con los demócratas, como los obreros desempleados del *Rust Belt*, junto con sectores estudiantiles y empleados urbanos, que integraron el movimiento *Occupy Wall Street* en 2011, ocupando las plazas públicas del país en rechazo a las políticas neoliberales que solo favorecían al 1 por ciento más rico de la pirámide social. El segundo grupo estuvo integrado por sectores cultural y políticamente conservadores, entre los cuales se encontraban los herederos de las políticas eugenésicas, racistas y nativistas de las primeras décadas del siglo XX, quienes acuñaron el slogan *America First* (ver cita 5). Los desempleados industriales y miembros del *Occupy Wall Street* habían apoyado a Barack Obama en las elecciones presidenciales de 2008 y 2012, pero terminaron totalmente decepcionados cuando este, el primer presidente negro que llegaba a la Casa Blanca, más allá de su discurso multicultural y ecologista, fortaleció el globalismo neoliberal que tanto daño había causado a la población trabajadora. Los conservadores y herederos del America First se identificaron inmediatamente con el discurso de Trump, porque, hastiados con las políticas multiculturalistas y ecologistas de los neoliberales progresistas, simplemente llegaron al clímax de su malestar al ver que un negro se convertía en presidente de la nación:

> La elección de Barack Obama, primer presidente negro (aunque mestizo) de Estados Unidos, es la gota que colma el vaso para todos los partidarios (blancos) de un conservadurismo nacionalista y populista (Ruiz y Vagnoux, 2022, p.VI).

Evidentemente, Trump fue muy hábil en la construcción de chivos expiatorios ubicados en la parte alta de la pirámide social: las "élites globalistas-multiculturales". Pero, al mismo tiempo, su instinto populista también lo llevó a construir chivos expiatorios en la parte más baja de la pirámide: los inmigrantes latinoamericanos. En este último sentido, durante su primer mandato desplegó una dura y mediática política migratoria y de control fronterizo, expresada, entre otras medidas, en la promesa de levantar un muro en la frontera con México y en la realización de redadas masivas. Durante su segundo mandato, esta orientación se volvió aún más extrema, especialmente a través del empoderamiento del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE, por sus siglas en inglés), cuyas brutales acciones no solo mantuvieron a Trump en las primeras planas, sino que también exacerbaron hasta el límite el encono político al interior del país.[6] Por ejemplo, frente a las críticas recibidas por su política migratoria, en una reunión con altos mandos de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, Trump afirmó que las ciudades gobernadas por sus opositores, los "demócratas de extrema izquierda", como San Francisco, Chicago, Nueva York y Los Ángeles, se habían transformado en lugares muy inseguros. Por ello, sostuvo que habría que "ponerlas en orden una por una", lo que debía entenderse como "una guerra. Es una guerra desde dentro" (citado en Vock, 2025). Por su parte, su asesor de Seguridad Nacional, Stephen Miller, declaró:

> El Partido Demócrata no lucha por los ciudadanos estadounidenses, ni se preocupa por ellos, ni los representa. Es una entidad dedicada exclusivamente a la defensa de delincuentes reincidentes, pandilleros, asesinos extranjeros ilegales y terroristas (…). El Partido Demócrata no es un partido político. Es una organización extremista nacional (citado en Vock, 2025).

Por todas estas razones se considera que su relativo proteccionismo económico vía políticas arancelarias, su rechazo a las instituciones supranacionales y al multilateralismo, su discurso autoritario,

---

6 Apenas iniciada su segunda administración, Trump implementó una gigantesca operación de control migratorio desplegando miles de agentes del ICE para efectuar arrestos masivos y deportaciones de personas en situación migratoria irregular, incluso sin antecedentes penales. La controversia escaló a niveles críticos cuando agentes federales mataron a tiros a dos ciudadanos estadounidenses durante protestas ciudadanas contra estas redadas en la ciudad de Minneapolis (en el estado de Minnesota): Renee Good, asesinado el 7 de enero de 2026, y Alex Pretti, asesinado el 24 de enero de 2026. Acción justificada por el gobierno que acusó a las víctimas de "terrorismo doméstico", polarizando aún más el debate interno sobre inmigración y derechos civiles (Gibson, 2025; Corporal, 2026; Editorial, 2026).

nacionalista y crecientemente violento configura una propuesta política que se puede denominar *trumpismo,* es decir, un populismo conservador de extrema derecha, crecientemente proteccionista, autoritario e iliberal. Y lo más interesante es que este trumpismo desafió directamente el consenso globalista neoliberal imperante desde hacía tres décadas en Estados Unidos (Ramírez Nardiz, 2020; Ruiz y Vagnoux, 2022; El Grand Continent, 2026; Stelter, 2026).

Por ejemplo, para Fraser, el triunfo de Trump en la elección presidencial de 2016 significó el fin de la hegemonía al interior de bloque dominante que los neoliberales progresistas ejercían sobre los neoliberales reaccionarios.[7] Sin embargo, Fraser considera que, al menos durante el primer mandato de Trump, el neoliberalismo como tal no murió, sino que se transformó en un "neoliberalismo hiperreaccionario". Ello se debe a que, pese a su discurso nacionalista, anti-élite y crítico de la globalización, Trump mantuvo intactos los pilares estructurales del modelo económico neoliberal, tales como la desregulación, la primacía del capital financiero, la reducción de impuestos a los sectores más acomodados y la ausencia de mecanismos sustantivos de redistribución. A ello se sumó la aplicación de un proteccionismo selectivo –vía aranceles– que, en sí mismo, no amenazaba las bases del neoliberalismo (Fraser, 2019).

Por el contrario, para Gerstle, la campaña presidencial de 2016 y la llegada de Trump a la Casa Blanca, con un discurso que desafió la ortodoxia globalista, constituyeron un síntoma de que el orden neoliberal estadounidense había comenzado a desintegrarse. Para este autor, mientras "la capacidad de controlar la ideología general" por parte del establishment del poder puede considerarse "un síntoma del triunfo de un orden político", el caso contrario, esto es, "la pérdida de esa capacidad", debe ser entendido como un "indicio de su caída" (Gerstle, 2023, p. 410).

En este sentido, la década de 2010 se asemejaría a las de 1930 y 1970, momentos en que la decadencia y el resquebrajamiento del orden político predominante permitieron el ascenso y la generalización de ideas antes consideradas periféricas, que terminaron dando origen

7 Los neoliberales progresistas, de los cuales Bill Clinton y los nuevos demócratas fueron su cara más visible, combinaron un programa económico expropiador y plutocrático que buscaba globalizar un capitalismo desregulado con una política meritocrática liberal de reconocimiento igualitario y emancipatorio, integrado por ideales de diversidad y empoderamiento de las mujeres, derechos para la comunidad LGTB+, posracialismo, multiculturalismo y ecologismo. Por el contrario, los neoliberales reaccionarios serían aquellos sectores de la clase dominante que rechazan las políticas meritocráticas y multiculturales pero que comparten las políticas económicas neoliberales (Fraser, 2019).

a un nuevo orden político. En los años treinta se trató del ascenso de las ideas del New Deal; en los años setenta, del ascenso de las ideas neoliberales, que primero posibilitaron la llegada de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos y, posteriormente, la consolidación del orden político neoliberal tras el fin de la Guerra Fría. Ahora, en la década de 2010, la desintegración del orden político neoliberal permitiría el ascenso y la generalización del trumpismo.

Sin embargo, el ascenso del trumpismo aún no se tradujo en la consolidación de un nuevo orden político. En la elección de 2020, tanto los globalistas neoliberales progresistas como el ala más izquierdista del Partido Demócrata unieron fuerzas para derrotar a Trump, quien buscaba la reelección, y lograron que Joe Biden, un neoliberal progresista, asumiera como presidente. En la elección presidencial de 2024, nuevamente volvieron a unir fuerzas, pero esta vez no pudieron derrotar a Trump. Pese a ello, aún no se han rendido ante el trumpismo. Esto significa que Trump, aunque ha ganado dos veces la presidencia de Estados Unidos, no ha conseguido "modular la idea nuclear de la vida política"; es decir, no ha logrado convencer con sus ideas, no solo a sus partidarios más enardecidos, sino también "a las personas de todo el espectro político" del establishment del poder estadounidense (Gerstle, 2023, p. 431).

En otras palabras, el trumpismo no ha conseguido alcanzar la hegemonía al interior del bloque histórico dominante estadounidense. Por el contrario, lo que existe es una lucha interélite descarnada, que se agudiza día tras día. En este sentido, un tema central del análisis político contemporáneo en Estados Unidos se refiere a la alianza que se habría conformado entre Donald Trump y la nueva oligarquía tecnológica de Silicon Valley (Amazon, Meta, Google, Apple, entre otros), con el objetivo de establecer un nuevo orden iliberal en Estados Unidos, teniendo al "Manifiesto de Palantir" como una de sus expresiones más explícitas.[8]

---

8 El "Manifiesto de Palantir" es una declaración programática de 22 tesis publicada por *Palantir Technologies* en abril de 2026, bajo el título "The Technological Republic, in Brief", donde resume las principales ideas del libro *The Technological Republic: Hard Power, Soft Belief, and the Future of the West*, escrito por Alex Karp y Nicholas Zamiska. El manifiesto propone una alianza explícita entre grandes empresas tecnológicas, Estado y sector defensa para preservar la primacía estratégica de Estados Unidos y sus aliados, señalando: 1) Silicon Valley tiene una "deuda moral" con Estados Unidos y debe colaborar activamente con la defensa nacional; 2) La inteligencia artificial debe ponerse al servicio del poder militar y estratégico de Occidente; 3) Las democracias no pueden abstenerse de desarrollar armas basadas en IA si sus adversarios continúan haciéndolo; 4) El servicio nacional o militar debiera considerarse un deber cívico; 5) El progreso tecnológico debe orientarse a fortalecer la seguridad, la industria y la capacidad estatal, y 6) Occidente debe recuperar confianza en sus instituciones, valores y poder (Palantir Technologies, 2026).

Así, mientras el presidente Trump obtiene el respaldo de las empresas más poderosas y ricas del mundo para impulsar su agenda *America First* –estas empresas tecnológicas han anunciado una inversión combinada de 1,4 billones de dólares en centros de datos y proyectos de manufactura dentro de Estados Unidos–, los tecno-magnates, a cambio, están obteniendo un entorno regulatorio extremadamente favorable que implica, entre otros aspectos, una desregulación acelerada de la inteligencia artificial y un apoyo decidido a la industria de las criptomonedas (Gross, 2026; Reich, 2025).

El manifiesto publicado por *Palantir Technologies*, empresa fundada por Peter Thiel, está conectado con corrientes iliberales como la "Ilustración Oscura" que abogan por tecnocracias o formas de gobierno no democráticas (Land, 2022). Ha encontrado gran eco en la administración Trump mediante el nombramiento de figuras afines a Thiel en puestos clave, la integración de empresas tecnológicas en el aparato de defensa y la creciente militarización de la inteligencia artificial en el Pentágono (Reich, 2025; Reuters, 2026; Abou-Elias y Hartung, 2026). Su objetivo es construir un Estado autoritario, tecnocrático y militarizado, donde el poder esté concentrado en una élite que controla tanto las herramientas de gobernanza, por ejemplo la IA y la vigilancia, como las plataformas que moldean la realidad.

El manifiesto de Palantir no es una teoría de la conspiración, sino un programa político publicado abiertamente que busca legitimar y acelerar esta visión de sociedad. Por lo tanto, la evidencia sugiere que la confrontación entre los defensores de los principios liberal-democráticos y los defensores de un Estado iliberal autoritario no solo está declarada, sino que se encuentra en una fase de agudización en la potencia norteamericana.

En síntesis, Trump y el trumpismo es el reflejo de una profunda crisis al interior del establishment del poder estadounidese. En otras palabras, haciéndonos deudores de Mills y de Gerstle, podemos señalar que se ha perdido el consenso al interior de la élite del poder de la potencia norteamericana. Para que esta élite, que es diversa, pueda construir un orden político que mantenga su hegemonía, debe mostrar un consenso básico sobre las reglas sociales y las políticas generales que consolidan su posición, justificándolas como beneficiosas para la nación, tal como ellos la perciben (Mills, 1956; Gerstle, 2023). La declinación final del poder hegemónico estadounidense ha implicado que ese consenso básico se quiebre, dejando al descubierto una feroz lucha inter-élite que puede escalar a niveles de enfrentamientos insospechados.

9

INTERREGNO HEGEMÓNICO

Como hemos advertido, el fin del ciclo hegemónico occidental de 500 años coincide con el fin del ciclo hegemónico de Estados Unidos. La mejor forma para entender el confuso y peligroso escenario por el que atraviesa el orden mundial, y que se puede prolongar por varios años, es definirlo como un interregno hegemónico, es decir, el espacio de tiempo donde el viejo orden está muriendo, pero aún no termina de morir, y un nuevo orden está naciendo, pero aún no termina de nacer. Los autores que han desarrollado este concepto se basan en la idea de Antonio Gramsci, quien señaló que la crisis de autoridad política de las clases dominantes "consiste precisamente en que muere lo viejo sin que pueda nacer lo nuevo, y en ese interregno ocurren los más diversos fenómenos morbosos" (Gramsci, 2013, p. 281).

El interregno hegemónico es la etapa final del ciclo vital del poder de una potencia que por décadas ha sido la predominante en el sistema internacional. Este periodo de tiempo implica una transición desde un punto A (el viejo orden) a un punto B (el nuevo orden) y es un periodo relativamente largo, caótico, confuso y altamente conflictivo (Morales Ruvalcaba, 2018; Møller Stahl, 2019; Babic, 2020; Sanahuja, 2022; Baroud y Rubeo, 2022). Se caracteriza por un vacío hegemónico que estimula "una intensa competencia interestatal e interempresarial (…) que sirve de fermento para crecientes conflictos sociales, rebeliones,

colapsos de Estados (incluso potencias) y, con ello, la reconfiguración de la estructura internacional" (Morales Ruvalcaba, 2018, p. 482).

Se inicia un interregno hegemónico debido a que el hegemón moribundo y débil ya no es capaz de sostener el orden internacional que ha creado, el cual empieza a desordenarse aceleradamente, estimulando estallidos de conflictos bélicos que pueden ser de gran envergadura y en donde, generalmente, se ven involucradas las potencias que aspiran a sucederlo. Este es un patrón histórico que arrojan los estudios sobre el auge y caída de los grandes imperios y grandes potencias.

Al respecto, cabe recordar que el paso de la hegemonía británica del siglo XIX a la hegemonía de Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XX implicó dos guerras mundiales en un lapso de 30 años. Como bien señala Wallerstein, "cuando el poder hegemónico declina, siempre hay otros que intentan reemplazarlo. Pero semejantes reemplazos llevan mucho tiempo y producen, en última instancia otra 'guerra de treinta años' (…)" (Wallerstein, 2010, p. 85). Situación que, en la actualidad, es aún más compleja en la medida en que el fin de la hegemonía de Estados Unidos también representa el fin de la hegemonía occidental.

Imagen 6
Interregno hegemonico.
Caída del Águila y ascenso del Dragón

Fuente: elaboración propia

En nuestro tiempo, el hecho de que el interregno hegemónico sea altamente inestable y confrontacional, así como la posibilidad de que conduzca a guerras totales o mundiales, no es menor, debido a que vivimos en una era de armas nucleares. De hecho, se ha planteado la posibilidad de que el declive de Estados Unidos y el ascenso de China terminen desencadenando una nueva guerra mundial.

Desde la segunda década de los 2000 vienen aumentando los estudios de política mundial del mainstream académico anglosajón que reconocen que la supremacía global de Estados Unidos está seriamente amenazada y que se está transitando por un periodo en extremo peligroso para la paz mundial, donde los conflictos regionales pueden escalar a situaciones insospechadas e indeseadas. Por cierto, estos autores, desde sus propias perspectivas teóricas, proponen medidas para evitar, revertir o suavizar la decadencia del poder hegemónico de Estados Unidos. Dichas propuestas pueden ser altamente contradictorias entre sí, puesto que responden a la mirada e intereses de los diferentes grupos que componen el bloque histórico dominante estadounidense. Al fin y al cabo, los autores forman parte de estos grupos o se identifican con alguno en particular; como bien recuerda Cox: "la teoría es siempre para alguien y con algún propósito" (Cox, 2016, p. 132). En otras palabras, no existe el cientista social política e ideológicamente inocente o científicamente puro, todos responden o son parte de un sector social con sus intereses de poder específicos.

Por ejemplo, en un extremo podemos colocar a los partidarios del globalismo neoliberal, como Robert Kagan, Herbert Raymond McMaster y Hal Brands, entre otros, quienes han dado soporte epistémico a las políticas de los neoliberales progresistas de imponer el liberalismo a "sangre y fuego", buscando expandir y mundializar la democracia y el orden liberal. Para estos efectos, sostienen que hay que implementar sin titubear las intervenciones militares, los actos de desestabilización interna y las acciones de fuerza necesarias contra regímenes y gobiernos reacios o rebeldes a la hegemonía y "valores" occidentales y/o estadounidenses. De esta forma, frente a la política exterior del primer gobierno de Trump, Kagan –en tono de advertencia– señalaba que era fundamental reforzar el gasto militar y fortalecer la alianza tradicional de Estados Unidos con sus aliados de la OTAN, así como con Japón y Corea del Sur, a fin de hacer frente al inminente conflicto global que se avecinaría con Rusia y China, las más peligrosas potencias revisionistas del orden internacional liberal. Los estadounidenses debían actuar con decisión y prontitud.

> Las dos tendencias del mundo de hoy son: la creciente ambición y activismo de las dos grandes potencias revisionistas, Rusia y China (…) [y] la disminución de la confianza, la capacidad y la voluntad (…) de los Estados Unidos, para mantener la posición dominante que ha tenido en el sistema internacional desde 1945 (…). A medida que esas dos líneas se acercan, (...) llegaremos al momento en que el orden existente se derrumbe (...). Dónde estamos exactamente (…), qué tan cerca están las líneas de tendencia de ese punto de intersección es, como siempre, imposible de saber. ¿Estamos a tres años de una crisis global o a quince? Sin embargo, es inequívoco que estamos en algún lugar de ese camino (…). Sigue siendo cierto hoy, como lo ha sido desde la Segunda Guerra Mundial, que solo Estados Unidos tiene la capacidad y las ventajas geográficas únicas para proporcionar seguridad global y relativa estabilidad (…); es en el ámbito militar donde las ventajas de Estados Unidos siguen siendo más evidentes (…). Estados Unidos conserva la capacidad, junto con sus poderosos aliados, de disuadir cualquier desafío al orden de seguridad. Pero sin la voluntad de Estados Unidos de mantener el equilibrio en regiones remotas del mundo, el sistema se derrumbará ante la competencia militar desenfrenada de las potencias regionales. Parte de esa voluntad implica un gasto en defensa acorde con el papel global que Estados Unidos sigue desempeñando (Kagan, 2017).

Una vez finalizado el primer gobierno de Trump y sucedido en la presidencia por Joe Biden, representante político del sector globalista neoliberal al interior del bloque dominante, se dictaba una nueva Estrategia de Seguridad Nacional que asumía y se hacía cargo de las advertencias de Kagan, señalando que:

> Nuestro mundo se encuentra en un punto de inflexión. La dinámica global ha cambiado (…). Nos enfrentamos a una (…) creciente rivalidad con China, Rusia y otros estados autoritarios (…). China, en particular, se ha vuelto rápidamente más asertiva. Es el único competidor potencialmente capaz de combinar su poder económico, diplomático, militar y tecnológico para plantear un desafío sostenido a un sistema internacional estable y abierto. Rusia sigue decidida a aumentar su influencia global y desempeñar un papel disruptivo en el escenario mundial. Tanto Pekín como Moscú han invertido fuertemente en esfuerzos destinados a frenar las fortalezas de Estados Unidos e impedir que defendamos nuestros intereses y aliados en todo el mundo (The White House, 2021, pp, 1, 6-8).

En 2022, se volvía a sostener:

> La RPC [República Popular China] es el único competidor con la intención de remodelar el orden internacional y, cada vez más, con el poder económico, diplomático, militar y tecnológico para lograrlo. Pekín aspira a crear una mayor esfera de influencia en el Indo-Pacífico y a convertirse en la principal potencia mundial (The White House, 2022, p. 23).

De igual forma, Jake Sullivan, asesor de Seguridad Nacional de Biden, volvía a repetir en 2023, que se había entrado a "una década decisiva –quizás sin precedentes desde el final de la Segunda Guerra Mundial– donde se definirán las condiciones de la competencia con las grandes potencias", y las decisiones que se tomarían "en los próximos dos, tres o cuatro años", iban a tener "repercusiones en las próximas dos, tres o cuatro décadas", por lo tanto en el gobierno de Biden estaban trabajando en "establecer las reglas, dar forma al entorno estratégico y promover los valores y las normas que definirán el mundo en el que queremos vivir" –por cierto, siempre pensando en mantener la supremacía mundial estadounidense– (Sullivan, 2023).

Por el contrario, desde la perspectiva de un conservador realista, John Mearsheimer considerará gravemente erróneos los postulados idealistas liberales que buscan transformar el mundo a imagen y semejanza de Estados Unidos. En directa crítica a las políticas intervencionistas de los globalistas neoliberales, sostendrá que Estados Unidos debía evitar las cruzadas ideológicas y concentrarse en mantener un equilibrio de poder entre las grandes potencias, así como limitar sus intervenciones militares a lo estrictamente necesario y solo cuando se vieran en peligro los intereses estratégicos vitales. Además, si eran necesarias las intervenciones en terceros países, estas debían ser rápidas, acotadas y con objetivos claros**,** porque las guerras largas desgastan recursos, debilitan el poder relativo de Estados Unidos y suelen terminar en fracasos políticos, lo que erosiona su posición predominante en el sistema internacional (Mearsheimer, 2002, 2018, 2021).

En un principio, parecía que Donald Trump, con su eslogan *America First*, era cercano a algunos de estos postulados realistas, como la crítica al intervencionismo liberal, el escepticismo frente a las alianzas tradicionales y la priorización del interés nacional; sin embargo, se mostró muy alejado de implementar una política internacional de equilibrio de poder. Por el contrario, su implementación de una política transaccional y la errática conducta que lo llevó al conflicto con Irán en 2026 (se analiza en el acápite

siguiente) solo demuestran que más allá de una retórica conservadora, sus gobiernos son aceleradores de la caída de Estados Unidos del pedestal del poder hegemónico global, así como del fin de su orden liberal internacional

9.1. EL COLAPSO DEL ORDEN LIBERAL INTERNACIONAL

Tal como se analizó en el capítulo anterior, las luchas internas y la crisis de hegemonía al interior del bloque histórico dominante en Estados Unidos también se proyectan en el sistema internacional a través de la política exterior estadounidense, generando una seria crisis del orden liberal internacional por el cual Estados Unidos organizó sus alianzas y viabilizó su hegemonía desde 1945 en adelante. Esto ocurre, como señala Arturo Guillén siguiendo a Cox, porque la "hegemonía mundial no es más que la extensión a nivel internacional de la hegemonía establecida a nivel nacional por los grupos sociales dominantes"; es decir, la hegemonía sobre el sistema internacional "se construye dentro del marco de Estados nacionales y de allí se proyecta" (Guillén, 2007, p. 6).

En este sentido, el fenómeno de Trump y el trumpismo, con su antiglobalismo, ha puesto a Estados Unidos en abierta contradicción con los globalistas neoliberales europeos, políticamente representados tanto por los partidos socialdemócratas –incluido el laborismo– como por los tradicionales partidos de derecha liberal, entre ellos la democracia cristiana alemana e incluso los conservadores británicos. Ello ha generado tensiones crecientes con sus líderes políticos, pero también ha extrapolado dichas tensiones a su brazo armado: la OTAN.

Desde un primer momento, Trump comenzó a desmontar a Estados Unidos de "la posición internacional que durante largo tiempo había ejercido a la vanguardia de un mundo globalizado de libre comercio" (Gerstle, 2023, p. 400). Su discurso en la campaña presidencial de 2016 anunció el fin de la política internacional de los globalistas neoliberales, y se expresó, entre otros aspectos, en su afirmación de que Estados Unidos dejaría de promover la democracia por el mundo. Asimismo, planteó establecer un acercamiento con el líder ruso, Vladimir Putin, en la medida en que este podría convertirse en un buen aliado estadounidense para cercar a China, que, según su parecer, constituía la verdadera amenaza que enfrentaba la potencia norteamericana. También sostuvo que la OTAN estaba obsoleta, al igual que varias otras organizaciones internacionales que, a su juicio, no favorecían los intereses estadounidenses. A ello sumó criterios económicos proteccionistas, que contradecían décadas de políticas globalistas.

Un primer aspecto disruptivo de su política *America First* fue exigir a sus aliados que financiaran el costo de mantener las cientos de bases militares de Estados Unidos desplegadas por todo el planeta. Trump acusó a sus aliados de abusar de la buena voluntad estadounidense para no incurrir en mayores gastos en su propia seguridad. En este sentido, pasó del discurso ideológico de defensa del orden liberal, que tradicionalmente había sustentado sus alianzas estratégicas, a un enfoque transaccional –*transactionalism on steroids*–, concebido como una forma de entender las relaciones internacionales en términos de intercambios comerciales, donde cada parte debía aportar un beneficio cuantificable y directamente relacionado con sus propios intereses (Rühle, 2019).

De esta forma, comenzó a exigir a Europa un aumento de su aporte al financiamiento de la OTAN, señalando que el gasto en defensa realizado por Estados Unidos (tradicionalmente entendido como una contribución a la seguridad colectiva) era excesivo y abusivo para los intereses norteamericanos. Por lo tanto, el aporte que debían realizar los europeos a la OTAN debía entenderse ahora como una "cuota" que debían pagar a Estados Unidos a cambio de protección (Borger, 2017; Vandiver, 2017).

Este mismo criterio de "pagar por protección", o en caso contrario enfrentar el retiro de tropas estadounidenses, fue planteado a sus aliados asiáticos, entre ellos las monarquías petroleras de Medio Oriente, Corea del Sur y Japón. Por ejemplo, a Corea del Sur le exigió 5 mil millones de dólares anuales, lo que implicaba multiplicar por más de cinco los cerca de 900 millones de dólares que ese país ya aportaba, como Estado anfitrión, para apoyar el financiamiento de las tropas estadounidenses estacionadas en su territorio (Sanger y Haberman, 2016; Kim, 2019).

Con Japón, este transaccionalismo también se expresó en el ámbito comercial. La retirada unilateral de Estados Unidos del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP), el 23 de enero de 2017, tratado que Japón ya había ratificado, fue interpretada por Tokio como una vulneración de la lógica de reciprocidad y compromiso de largo plazo que había caracterizado la alianza bilateral (Fujimoto, 2017). El primer ministro Shinzo Abe calificó la decisión como "sin sentido" sin la participación estadounidense, evidenciando así la ruptura con el modelo previo de cooperación estratégica. Como consecuencia, Japón respondió a esta lógica transaccional mediante la diversificación de sus relaciones estratégicas: asumió el liderazgo del TPP entre los once miembros restantes y profundizó su diálogo de seguridad con otras potencias regionales, buscando reducir su dependencia de un socio que ahora concebía la alianza en términos de costo-beneficio inmediato (Liff, 2019; Koshiro, 2018).

De igual forma, Trump planteó un claro rechazo al multilateralismo, retirando a Estados Unidos de diversos tratados, organismos internacionales y acuerdos comerciales, con el objetivo de privilegiar esquemas bilaterales que le permitieran obtener mayores ventajas para el país. En este marco, Estados Unidos se retiró del Acuerdo de París sobre cambio climático, del Plan de Acción Integral Conjunto con Irán y del mencionado Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica. Además, abandonó instancias como la UNESCO y el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Paralelamente, impulsó la renegociación de acuerdos comerciales existentes, como el TLCAN, reemplazado por el USMCA,[1] reforzando una estrategia orientada a maximizar beneficios directos para Estados Unidos mediante negociaciones más asimétricas y controladas. Igualmente implementó una política de claro carácter proteccionista, expresada en la imposición de aranceles y el inicio de una guerra comercial con China, bajo el argumento de que los asiáticos mantenían un elevado superávit comercial a costa de los norteamericanos por prácticas comerciales desleales.

Un estudio de la *Brookings Institution* resumirá muy bien la política exterior de Trump durante su primer mandato y su impacto para el orden liberal internacional. Acusándolo de aplicar una postura "egocéntrica", el estudio señaló:

> La administración del presidente estadounidense Donald Trump plantea un desafío singular y complejo para los aliados democráticos de Washington debido a su política exterior de "Estados Unidos primero" y su trato despreocupado hacia los líderes mundiales. Durante más de 70 años, Estados Unidos ha liderado un orden internacional liberal basado en sistemas de alianzas, una economía global abierta, la primacía de las normas e instituciones, y la promoción de la democracia y los derechos humanos (…). Sin embargo, Trump es el primer presidente de la posguerra en oponerse al orden liberal, al tiempo que busca una política exterior de "Estados Unidos primero" (…). Es profundamente escéptico respecto de las alianzas de Estados Unidos y cree que este país solo debería ayudar a otras naciones si recibe una compensación directa. Se ha opuesto a todos los acuerdos de libre comercio que Estados Unidos ha firmado desde la Segunda Guerra

1 El Tratado de Libre Comercio de América del Norte o TLCAN fue reemplazado formalmente por el *United States-Mexico-Canada Agreement* o USMCA (Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá, T-MEC, en castellano) el 1º de julio de 2020**,** tras un proceso de renegociación impulsado principalmente por Estados Unidos. El nuevo acuerdo introduce reglas más estrictas de origen (especialmente en la industria automotriz), estándares laborales exigibles y una significativa reducción del arbitraje inversionista-Estado (**ISDS)**, lo que refuerza la capacidad regulatoria de los Estados.

> Mundial y apoya un enfoque más mercantilista. También apoya a líderes autoritarios como el presidente ruso Vladimir Putin (Wright, 2017).

Como era previsible, esta política exterior "egocéntrica" generó reacciones de estupor y rechazo en políticos y funcionarios expertos en la dimensión internacional del poder estadounidense. Miembros de su propio gabinete, así como algunos de sus colaboradores en las fuerzas armadas y la comunidad de inteligencia, se negaron a cumplir o boicotearon sus instrucciones y directivas, generando una situación considerada sin precedentes. Por ejemplo, Rob Porter, secretario de Personal, se oponía al deseo de Trump de salirse del Acuerdo de París de 2015 sobre el Clima, por lo cual retiró un borrador de la declaración del escritorio del presidente. Igualmente, el director del Consejo Económico Nacional, Gary Cohn, junto con Porter, decidieron retrasar la orden de retirarse del TLCAN, ya que lo consideraban una medida perjudicial. Por otro lado, el asesor legal de Trump, Pat Cipollone, rechazó la orden de llevar un caso de las elecciones de 2020 ante la Corte Suprema. Del mismo modo, cuando la secretaria de Seguridad Nacional, Kirstjen Nielsen, se negó a implementar un plan de la Casa Blanca para arrestar y deportar a miles de inmigrantes del país, Trump la despidió. Por su parte, el secretario de Defensa, James Mattis, se negó, entre otras medidas, a ejecutar la orden de Trump de retirar los radares estadounidenses de Corea del Sur, claves para detectar misiles norcoreanos, y posteriormente consiguió que Trump cambiara de opinión (Pfiffner, 2022).

Sin embargo, en su segunda administración, iniciada el 20 de enero de 2025, un Trump más empoderado intensificó su lógica transaccional, agudizando el desmantelamiento del orden internacional liberal. Así lo manifestó el primer ministro canadiense, Mark Carney, cuando afirmó que, con sus medidas, el sistema de reglas "está en medio de una ruptura y no va a regresar" (Martín Menjón, 2026, párr. 5). Con respecto a la OTAN, Trump pasó de las presiones financieras a un "abandono silencioso" (Moller, 2026, párr. 4), reduciendo el control operativo de Estados Unidos al retirar personal de puestos clave y ceder el liderazgo a oficiales europeos (Sábado, 2026). Asimismo, aumentó su presión sobre Japón para que asumiera mayores cargas militares, amenazándolo con imponerle aranceles punitivos (Canuto, 2026).

Por otra parte, la manifestación pública de una suerte de megalomanía neoimperial estadounidense, expresada en su intención de anexar Groenlandia e incluso Canadá, resquebrajó aún más las relaciones con sus aliados tradicionales. También expresaría una agresiva política expansionista hacia América Latina y el Caribe, cuestión que se profundiza en el capítulo 14. Su intención de obtener Groenlandia,

ya fuera mediante una negociación con Dinamarca o mediante actos de fuerza, lo llevó a confrontarse con la Unión Europea, que manifestó su total rechazo a estas pretensiones, calificándolas de retrógradas e imperialistas. A su vez, Trump amenazó con imponer aranceles a los países europeos que habían manifestado su intención de enviar tropas a Groenlandia en apoyo a Dinamarca.

En respuesta a este discurso amenazante, durante la segunda semana de enero de 2026, ocho países europeos desplegaron personal militar en la isla, en un ejercicio de solidaridad con los daneses. Por su parte, la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, advirtió que las intenciones de anexar Groenlandia podían sumir las relaciones transatlánticas en una "espiral descendente" y prometió una "respuesta firme, unida y proporcionada" (citado en Deutsche Welle, 2026). A su vez, el ex jefe de la OTAN, Anders Fogh Rasmussen, resumió muy bien lo que sentían los europeos frente a esta política de Donald Trump, al señalar que se trataba de "una crisis para la comunidad transatlántica en general y un reto para el orden mundial tal y como lo conocemos desde la Segunda Guerra Mundial. Es el futuro de la OTAN y el futuro del orden mundial lo que está en juego" (citado en SWI, 2026).

Paralelamente, desde noviembre de 2024, Trump comenzó a manifestar públicamente, inicialmente en tono de "broma", su intención de anexar Canadá como estado número 51 de la Unión. Sin embargo, durante 2025, el tono de sus declaraciones se volvió cada vez más agresivo, llegando a afirmar que su interés en el vecino del norte respondía a razones de seguridad nacional, a la necesidad de eliminar el déficit comercial y a asegurar el acceso a los vastos recursos naturales del país, incluidas las tierras raras. Estas declaraciones fueron claramente rechazadas por las autoridades canadienses (Cecco y Holmes, 2025; PerryCook, 2025).

Por otra parte, la operación militar estadounidense en Venezuela, que culminó con el secuestro del presidente Nicolás Maduro el 3 de enero de 2026, también generó críticas por parte de algunos de sus aliados de la Unión Europea y la OTAN, entre ellos España, Francia y Reino Unido, debido a que violaba el derecho internacional (CNN Español, 2026). Igualmente, entró en contradicción con sus socios de la OTAN respecto del conflicto ruso-ucraniano, al apoyar un posible tratado de paz que diera satisfacción a las demandas territoriales y de seguridad de Rusia.

Finalmente, al momento de concluir este libro, uno de los hechos más disruptivos y que provocará otra fuerte contradicción entre Estados Unidos y la OTAN, así como entre Trump y sus partidarios del MAGA, será el artero ataque que realizó Estados Unidos, en conjunto con Israel, en contra de Irán, el 28 de febrero de 2026, acusando a los

iraníes de estar nuevamente a punto de conseguir la bomba nuclear y de estar preparando inminentes ataques en contra de los intereses estadounidenses y de sus aliados en la región. Utilizando esta acusación, mientras sostenían conversaciones diplomáticas con los iraníes, decidieron asesinar a su principal líder religioso junto a muchos otros altos dirigentes del país persa por medio de intensos bombardeos.[2]

Sin embargo, Irán no se rindió y comenzó a defenderse atacando a su vez a Israel y a las bases militares estadounidenses en el Golfo Pérsico, demostrando una capacidad de resistencia militar y una voluntad popular soberana decidida a no ceder ante los ataques occidentales, al parecer totalmente desconocidas en su real magnitud por sus agresores que creían que se rendirían en unos pocos días. Desde esa fecha en adelante el conflicto solo comenzó a escalar de manera cada vez más peligrosa y alarmante y el mundo comenzó a acostumbrarse a las contradictorias declaraciones de un Trump crecientemente desesperado al darse cuenta de que, frente a la capacidad de lucha iraní, se había metido en un "callejón sin salida".[3]

Esta increíblemente torpe acción de guerra por parte de la mayor potencia militar del mundo solo se explicaría porque Trump se dejó seducir por los argumentos del primer ministro de Israel, Benjamín Netanyahu, quien consideraba extraordinariamente favorables las condiciones de debilidad política del régimen iraní, supuestamente "acosado" por la disidencia interna prooccidental. Según esa lectura, un ataque de Estados Unidos pondría fin a 47 años de la República

---

2 Estados Unidos e Israel atacaron a Irán en medio de negociaciones diplomáticas en curso con el país persa para limitar su programa nuclear. Estas negociaciones se llevaban adelante en Ginebra con la mediación de Omán y el ataque a Irán fue justo el día después de que el mediador reportara "avances significativos". Por medio de bombardeos asesinaron al máximo líder espiritual iraní, el ayatolá Ali Jamenei, entre muchos otros altos dirigentes. Trump justificó su ataque señalando que Irán representaba una amenaza de agresión nuclear "inminente" (Knipp, 2026).

3 A más de tres meses de la agresión de Estados Unidos e Israel contra Irán, iniciada el 28 de febrero de 2026, el conflicto no mostraba perspectivas de resolverse. Por el contrario, se había agudizado con el cierre efectivo del estrecho de Ormuz, por donde transita aproximadamente el 20 por ciento del petróleo mundial, lo que había comenzado a afectar gravemente la economía global. Ante este escenario, analistas comenzaron a advertir que el conflicto podría seguir escalando a niveles insospechados. Por ejemplo, el 7 de abril de 2026, Trump lanzó un ultimátum a Irán para que reabriera el estratégico estrecho, señalando que, en caso contrario, "una civilización entera morirá esta noche, para no volver jamás. No quiero que suceda, pero probablemente ocurrirá" (DW Noticias, 2026). Esta amenaza apocalíptica desencadenó una condena global inmediata. El secretario general de la ONU, António Guterres, expresó su "profunda preocupación", subrayando que "no hay objetivo militar que justifique la destrucción total de la infraestructura de una sociedad" (EFE, 2026); por su parte, el papa León XIV calificó la amenaza de "realmente inaceptable" (Winfield, 2026).

Islámica (Swan y Haberman, 2026). Sin embargo, esta errática decisión, que evidentemente no daba cuenta de la verdadera estabilidad política del régimen iraní, solo le ha significado a Trump enormes costos políticos, además de abrir un debate internacional sobre la superioridad militar estadounidense.

De igual forma, tanto al interior de su movimiento MAGA como entre altos funcionarios del gobierno de su directa confianza comenzó a producirse un profundo quiebre. Por ejemplo, el jefe del Centro Nacional de Contraterrorismo, Joe Kent –un ferviente partidario de *America First*–, desmintió a Trump cuando este justificó su ataque sosteniendo que Irán representaba una amenaza nuclear inminente. Kent señaló que no existía información que respaldara esa versión y renunció a su cargo en señal de rechazo (Debusmann, 2026). Del mismo modo, influyentes figuras del MAGA, como el periodista Tucker Carlson y la ex congresista republicana Marjorie Taylor Greene, entre otros, criticaron duramente a Trump por haber generado este conflicto, acusándolo de llevar nuevamente al país a guerras innecesarias y de traicionar así el lema America First (Smith, 2026). Por estas razones, Tucker Carlson llegó a señalar que la coalición que había llevado a Trump al poder estaba "irremediablemente rota" (citado en N+, 2026).

En el plano internacional, importantes líderes populistas europeos de extrema derecha, que hasta entonces lo veían como un referente porque coincidían con él en su antiglobalismo e iliberalismo, comenzaron también a marcar distancia. Particularmente, la primera ministra italiana Giorgia Meloni, hasta entonces una gran aliada de Trump, criticó la decisión estadounidense de iniciar el conflicto con Irán y de promover el involucramiento de la OTAN. Asimismo, rechazó brindar apoyo militar directo y negó el uso de instalaciones y bases italianas para operaciones estadounidenses vinculadas al conflicto (Giuffrida, 2026).

Estas reacciones indican que una Europa dependiente de los recursos energéticos de Medio Oriente y situada al alcance de los misiles iraníes no deseaba involucrarse en una aventura bélica destinada a responder a las erráticas acciones del presidente de Estados Unidos y de su protegido israelí, cuyos sueños de expansión no parecen estar acordes con sus capacidades económicas y militares reales. Más allá de la capacidad de lobby del sionismo en Occidente, no debería olvidarse que uno de los factores que explica y permite la existencia del actual Estado de Israel es su funcionalidad respecto de los intereses geopolíticos de Estados Unidos, Inglaterra y Francia, que lo conciben como un enclave estratégico –o "portaviones" anclado– en el corazón de un mundo musulmán

históricamente díscolo y hostil frente al dominio occidental, pero riquísimo en los hidrocarburos necesarios para el funcionamiento de la economía-mundo capitalista contemporánea.

Por lo tanto, en un contexto histórico marcado por la declinación definitiva de la hegemonía de Estados Unidos, así como de Occidente en general, involucrarse en un conflicto directo con Irán resulta extremadamente incierto y aventurado para los actuales "güelfos y gibelinos" europeos.[4]

Ni populistas iliberales de extrema derecha ni globalistas neoliberales se atreven a semejante aventura en tiempos donde la incertidumbre sobre el destino del ex hegemón y el orden liberal internacional es lo que prima.

4 Güelfos y gibelinos eran los dos bandos políticos europeo-medievales totalmente confrontados e irreconciliables entre sí en relación con el poder del papa y el poder del emperador del Sacro Imperio Románico-Germánico. Los güelfos eran partidarios del papa y los gibelinos del emperador.

TERCERA PARTE

LOS DESAFÍOS PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE EN EL NUEVO ORDEN MUNDIAL

10

¿QUÉ TIPO DE ORDEN EMERGERÁ UNA VEZ QUE EL INTERREGNO HEGEMÓNICO HAYA FINALIZADO?

Uno de los temas más importantes al momento de analizar la evolución de las relaciones de poder en el orden mundial en tiempos de interregno hegemónico, es vislumbrar las características específicas del nuevo orden que surgirá. Particularmente, identificar si el poder estará más o menos concentrado o más o menos difuso, así como identificar al actor o actores que estarán en la cima del poder del nuevo orden una vez que se encuentre consolidado. Responder esta interrogante es una tarea compleja y arriesgada porque obliga a realizar una suerte de ejercicio prospectivo respecto de los resultados de un proceso aún en desarrollo. Es decir, obliga a precisar cuáles serían las características de poder de un orden mundial aún en gestación, donde las tendencias actuales pueden interrumpirse o modificarse drásticamente por los eventos impredecibles de la historia. Pero no por difícil y arriesgado debemos dejar de intentar este ejercicio.

Al respecto podemos plantear algunas tendencias claras y objetivas que van delineando el futuro y moldeando las características generales del nuevo orden mundial. La más clara de todas, como ya hemos señalado, es el ascenso de Oriente a la supremacía global, así como el fin de 500 años de hegemonía occidental. Por otra parte, tomando como antecedente las características centrales del poder que manifestó Estados Unidos –y el contexto que existía al momento de

convertirse en el hegemón del sistema–, existe una opinión bastante extendida entre los especialistas de que la magnitud y extensión de su poder al término de la Segunda Guerra Mundial constituye un fenómeno históricamente excepcional y difícilmente repetible. La devastación de todas las demás potencias industriales, europeas y asiáticas, en contraste con una economía estadounidense que emergió no solo intacta sino fortalecida, permitió una concentración de poder global sin parangón y una posición geopolítica sin rivales inmediatos. Esta conjunción de elementos hace poco probable que se repita una situación similar (Waltz, 1979; Kennedy, 2004; Mearsheimer, 2001; Gaddis, 2005). Esta idea también es compartida por los teóricos sistema-mundistas, cuando señalan que el alto nivel de concentración de poder económico, financiero, político, militar y cultural que alcanzó Estados Unidos, así como su nivel de extensión, fue muy superior a los alcanzados por los anteriores hegemones, neerlandeses y británicos (Wallerstein, 2005; Arrighi, 1999).

Pero, más allá de estos dos aspectos, sigue quedando abierta la pregunta de quién o quiénes estarán en el centro principal del poder en el nuevo orden mundial, y si habrá o no un nuevo ciclo hegemónico en el sistema-mundo capitalista con su correspondiente hegemón.

10.1 UN PROBABLE MUNDO MULTIPOLAR

En el campo de las relaciones internacionales, la teoría de la polaridad constituye uno de los instrumentos analíticos centrales para explicar la distribución del poder en el sistema internacional. Si bien el concepto reconoce antecedentes en autores como Morton Kaplan (1957) y Raymond Aron (1962), fue Kenneth Waltz (1979) quien lo sistematizó con mayor rigor en el marco del realismo estructural o neorrealismo. Waltz plantea que la distribución del poder en el sistema internacional se articula en torno al número de grandes potencias o polos existentes en un momento histórico determinado. Cuando el poder se concentra en un único Estado predominante, el sistema adopta una estructura unipolar; cuando se distribuye entre dos potencias rivales –como ocurrió durante la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética– configura un orden bipolar, y cuando son varios los Estados con capacidades suficientes para influir en la política mundial, el sistema deviene multipolar. El tipo de estructura no es un tema menor, ya que condicionaría el comportamiento de los Estados y los patrones de conflicto y cooperación. Por ejemplo, según su planteamiento, la bipolaridad ofrecería mayor estabilidad sistémica que la multipolaridad, por cuanto reduce la incertidumbre sobre las intenciones y capacidades de los actores principales (Waltz, 1979).

Ahora bien, como se vio en el capítulo 5, tras la crisis *subprime* de 2008, en el mainstream académico especializado anglosajón cobró fuerza la idea de que los años de unipolarismo estadounidense tras la Guerra Fría estaban terminados, lo que llevó al debate sobre qué tipo de orden lo sucedería. La tendencia general era plantear que vendría algún tipo de orden de carácter multipolar; sin embargo, al momento de definir sus características específicas, aparecieron, según la tradición analítica de sus autores, diferentes énfasis.

Por ejemplo, desde el realismo estructural, Waltz (1979, 2003), Layne (1993, 2012) y Mearsheimer (2001) sostuvieron que el sistema internacional tiende de manera recurrente hacia esquemas de equilibrio de poder, en los que la concentración extrema en una sola potencia resulta inestable y provoca dinámicas de balance por parte de otras grandes potencias, conduciendo inevitablemente a configuraciones multipolares o, eventualmente, bipolares. En este sentido la lógica inalterable de la permanente búsqueda de un balance de poder es la que rige el accionar de un orden internacional que es anárquico por definición. En contraste, desde perspectivas liberales e institucionalistas, autores como Ikenberry (2011), Zakaria (2008) y Haass (2008) insistieron en que la transformación del orden internacional no se explica únicamente por la redistribución del poder entre Estados, sino también por su difusión hacia múltiples centros, incluyendo actores no estatales, como corporaciones multinacionales, instituciones internacionales y redes transnacionales. En ese esquema, la continuidad del orden liberal podría no verse amenazada. Es decir, podría surgir un orden multipolar entendido como un equilibrio entre grandes potencias, en la tradición realista, o como una estructura más difusa y descentralizada del poder, en la tradición liberal; esto último implicaría creer que el orden liberal en sí no desaparecería.

Evidentemente, se trata de una discusión teórica, dado que las características específicas de la nueva arquitecura internacional solo las podrán definir los historiadores del futuro cuando analicen este interregno. No obstante, sabemos por experiencia histórica que todo dependerá de la resolución concreta de dos grandes fenómenos en pleno desarrollo: por una parte, de las ecuaciones y pesos específicos reales de poder de aquellos actores principales que, en una relación dialéctica de cooperación y conflicto, están moldeando el nuevo orden; y, por otra parte, de si la resolución de dicha dinámica durante el interregno resulta predominantemente pacifica o violenta.

Ahora bien, ¿cómo podemos identificar a los actores principales que están moldeando el nuevo orden y/o que integrarían el núcleo principal de su poder? Para aproximarnos a una posible respuesta debemos tratar de identificar a los actores más poderosos del sistema, ya

que son los que más inciden en su desenvolvimiento. En este sentido, durante la Guerra Fría se desarrolló en las relaciones internacionales un intenso debate orientado a clasificar el poder de los estados y su capacidad para influir en la política mundial, el cual tendió a estructurarse en una lógica jerárquica o "pirámide de poder". En dicha estructura, la cúspide estaba ocupada por las superpotencias, categoría que, en términos empíricos, correspondió fundamentalmente a Estados Unidos y a la Unión Soviética, seguidos por las potencias medias y/o regionales, y, en la base, por los Estados de menor capacidad relativa.

En este marco, las superpotencias eran entendidas como aquellos Estados que concentraban un nivel excepcional de poder material y estratégico, caracterizado por la posesión de capacidades militares –especialmente nucleares– con alcance global, economías de gran escala, liderazgo tecnológico y la aptitud de proyectar poder más allá de su entorno inmediato e influir de manera decisiva en la configuración del orden internacional, incluyendo la definición de reglas, instituciones, alianzas y esferas de influencia (Waltz, 1979; Calduch, 1991; Pérez Gil, 1999). Además de tratarse de Estados de una dimensión territorial enorme, es decir, una suerte de "estados continente" (Estados Unidos con más de 9 millones de km^2 de superficie y la URSS con más de 22 millones). Igualmente, durante la Guerra Fría, junto a estas características materiales que definían a una superpotencia, se agregaba (como propone la tradición de la Escuela Inglesa), el elemento del reconocimiento por parte de los otros Estados. Esta perspectiva reforzó la visión jerárquica al sostener que las grandes potencias no solo se distinguen por sus capacidades materiales sino también por su reconocimiento y función en la gestión del orden internacional, en cuanto actores con responsabilidades especiales en el mantenimiento de la estabilidad sistémica y en la configuración de normas y equilibrios de poder (Bull, 1977; Wight, 1978). Como bien resumió Jordi Palou, los rasgos que definían a una superpotencia o potencias mayores en el orden mundial eran: "disponibilidad para intervenir en cualquier parte del mundo, riqueza material, territorio de dimensiones continentales, recursos humanos considerables y alto nivel de desarrollo tecnológico", además de una „capacidad de respuesta a un ataque nuclear masivo; es decir, la amplitud de su arsenal nuclear" (Palou, 1993, p. 10). Solo Estados Unidos y la Unión Soviética reunían simultáneamente todas estas condiciones, y por ello fueron las únicas superpotencias durante la Guerra Fría.

Por otra parte, podemos recordar la opinión de Kissinger en su obra *La diplomacia* cuando, al vaticinar la evolución del orden mundial en el siglo XXI y los grandes poderes que lo determinarían, señaló que "el relativo poderío militar de Estados Unidos declinará paulatinamente" y el sistema internacional se caracterizaría por un

multipolarismo similar al equilibrio europeo del siglo XIX. En este nuevo orden multipolar habría, "al menos, seis grandes potencias – Estados Unidos, Europa, China, Japón, Rusia, y probablemente la India–, así como toda una pléyade de países de mediano tamaño y más pequeños" (Kissinger, 2017, pp. 17-18). De igual forma, Brzezinski señaló que, a pesar de todo lo impreciso que resultaba proyectar cuáles serían las megapotencias que compartirían el poder global en el siglo XXI, aparte de Estados Unidos y China, cualquier lista debería "incluir a Rusia, Japón e India, así como a los líderes informales de la UE: Gran Bretaña, Alemania y Francia" (Brzezinski, 2013, p. 23).

Luego, si cruzamos las definiciones de Palou sobre las superpotencias con las proyecciones señaladas por Kissinger y Brzezinski, inmediatamente nos aparecen cinco grandes candidatos a constituirse en las principales potencias con capacidad de influir mayormente en un nuevo orden mundial probablemente multipolar: Estados Unidos, China, India, Rusia y una Europa entendida como la unión de la UE más la OTAN (Imagen 7). Por cierto, no podemos saber cuándo se concretaría esta situación, pero podemos pensar en un mediano plazo, por ejemplo, mediados de este siglo.

Imagen 7
Candidatos a ocupar el centro del poder multipolar

Fuente: elaboración propia

Igualmente, existe un conjunto de Estados que el debate contemporáneo tiende a denominar como potencias medias y/o potencias regionales y que podríamos sintetizar como "potencias intermedias". En el actual interregno hegemónico, entendido como un orden internacional en transición en el que el decrépito y moribundo orden unipolar se está fragmentando para ser sustituido por otro de probable carácter multipolar, esta proliferación de actores intermedios adquiere una creciente relevancia (Cooper, 2013; Vijaya, 2023; Tagliapietra y Casarões, 2025). Sin embargo, los enfoques para definir esta categoría son muy amplios y heterogéneos y generalmente se encuentran en tensión. Van desde aproximaciones geográfico-geopolíticas (basadas en capacidades materiales), hasta perspectivas institucionales y conductuales (centrados en el comportamiento multilateral), sin que exista un consenso sobre cuál de ellos debe primar. Esto refleja una permanente y compleja reinterpretación de capacidades materiales, jerarquía, influencia y aspiraciones (Yilmaz, 2017; Parlar Dal, 2018).

Por ejemplo, mientras la India se percibe a sí misma como una inevitable superpotencia (Gaens, 2025), Brasil prefiere la etiqueta de "potencia mayor o emergente" (Stuenkel, 2025), mientras que otros Estados adoptan la categoría de "potencia regional" para ganar espacio de maniobra en un mundo de creciente rivalidad entre grandes potencias (Baxter, 2025). A diferencia de la Guerra Fría, cuando el concepto se aplicaba a un reducido grupo de democracias occidentales industrializadas como Australia, Canadá y los países nórdicos (Schoeman, 2003; Jordaan, 2003), hoy la lista de aspirantes se ha expandido considerablemente para incluir a un conjunto diverso de Estados del Sur global: desde Brasil, India, Sudáfrica, Turquía, Indonesia y Corea del Sur hasta México, Egipto, Nigeria y Arabia Saudí, entre otros (Nolte, 2010; Parlar Dal, 2018). Por lo tanto, al momento de establecer criterios y umbrales aceptados universalmente para identificar a las potencias medias y regionales "reina la confusión" (Soler i Lecha, 2013, p. 96). De hecho, la amplitud y complejidad del debate ha llevado a que se plantee si estos conceptos conservan alguna utilidad analítica, o si, por el contrario, se han vuelto tan elásticos que han perdido precisión explicativa (Jordaan, 2003; Schoeman, 2003).

Por estos motivos, en nuestro ejercicio especulativo únicamente nos concentramos en la parte más alta o cúspide de la posible nueva pirámide del poder que emergería una vez que la transición hacia el nuevo orden mundial, probablemente multipolar, haya concluido.

Lo interesante es que nos propone que en la mesa principal del poder mundial habrían, a lo menos, "cinco comensales". Dos serían potencias occidentales tradicionales, Estados Unidos y Europa. Y tres serían potencias orientales: dos asiáticas, China y la India, y una euroasiática, Rusia. Entre 2011 y 2025, estas tres potencias orientales eran consideradas "emergentes", pero para mediados del siglo XXI habrían obligado a las occidentales a compartir, por primera vez en 500 años, la mesa del poder mundial. Además, muy probablemente, las potencias orientales serán relativamente más fuertes que las occidentales, ya que, a todo lo que hemos señalado sobre el desplazamiento del poder económico de Occidente a Oriente, debemos agregar la característica demográfica.

En 2025, las tres grandes potencias orientales o "euroasiáticas" de nuestro ejercicio superaban en 2,7 veces la población de las potencias occidentales (3.023 millones versus 1.100 millones de habitantes respectivamente), y las proyecciones para 2050 aumentan la asimetría estructural entre ambos espacios, ya que la población del bloque euroasiático sería 3 veces superior al bloque occidental (3.176 millones de habitantes, frente a 1.081 millones), lo que le otorga al bloque oriental una ventaja estructural significativa en términos de tamaño de mercado, disponibilidad de mano de obra y potencial estratégico de largo plazo (United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Population Division, 2024).

10.2 ¿HABRÁ UN NUEVO CICLO HEGEMÓNICO CHINO?

La otra gran pregunta, si nos centramos en la teoría del moderno sistema-mundo, cuya organización económica constituye una economía-mundo capitalista, es si al ciclo hegemónico estadounidense le sucederá un nuevo ciclo hegemónico, como podría ser un ciclo chino.

Recordemos que para Wallerstein, el moderno sistema-mundo (aquel que comenzó a estructurarse a partir de 1450 en adelante), está construido sobre la base de una economía-mundo capitalista, que se caracteriza por poseer muchas unidades políticas (Estados) con diferentes culturas, así como diferentes mercados y empresas que compiten en estos mercados por su poder y control, ya que quien domina el mercado controla el sistema. En esta competencia permanente, siempre ha existido una potencia capitalista que, en un momento determinado, es la más poderosa del sistema interestatal. Dado que por poseer mejor tecnología productiva y ser económicamente más avanzada, desplaza a sus rivales del mercado,

establece así su hegemonía sobre el sistema y se transforma en el hegemón. Estos momentos de hegemonía por parte del hegemón son relativamente breves, duran entre veinte y cuarenta años. En este sentido, cada hegemón es producto de un ciclo hegemónico, que es el proceso completo que atraviesa la potencia que en un minuto se transforma en la hegemónica del sistema: nacimiento, desarrollo, apogeo, decadencia y final. Es en su apogeo cuando una potencia establece su hegemonía, es decir, domina indiscutiblemente la economía-mundo, lo que le permite establecer su orden en el sistema y poner al mercado global al servicio de sus intereses (Wallerstein, 2010).

De acuerdo con los sistema-mundistas, y como se puede observar en la Imagen 5, el último ciclo hegemónico ha sido el de Estados Unidos, que se convirtió en el hegemón entre 1945 y 1967/1971, abarcando el periodo de la *Pax Americana,* desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta el fin de la convertibilidad del dólar al oro en 1971. Luego de 1971 comenzó su declinación, evidenciada por la crisis del dólar, la derrota en Vietnam y el pleno resurgimiento de potencias competidoras como Japón y Europa occidental, que se habían recuperado de sus heridas dejadas por la Segunda Guerra Mundial y que ahora competían exitosamente en el mercado mundial, desplazando de manera creciente a la industria y servicios estadounidenses. Por último, el fin de la hegemonía estadounidense se inició tras la crisis *subprime* en 2008 (Wallerstein, 2010; Morales Ruvalcaba, 2017, 2018).

Ahora bien, al analizar los datos de crecimiento y desarrollo económico de las últimas tres décadas, se observa una tendencia innegable: el impresionante ascenso de China (véase el capítulo 6). El verdadero ecosistema productivo, científico-tecnológico y de infraestructura comercial, de transporte y de comunicaciones que China ha construido en un plazo tan breve representa un enorme y exitoso despliegue de capacidad política y energía social, lo que permite proyectar un crecimiento sostenido para las próximas décadas. Además, desde 2010 China ocupa el segundo lugar mundial en gasto militar, solo por detrás de Estados Unidos (Cuadro Nº 9).

Cuadro 10
Primeros 5 países en gasto militar
(miles de millones de dólares (USD) en precio corriente)

Año	1° Lugar (USD)	2° Lugar (USD)	3° Lugar (USD)	4° Lugar (USD)	5° Lugar (USD)
2000	EE. UU. (320)	Rusia (19.1)	Francia (33.8)	Japón (45.5)	R. Unido (35.2)
2005	EE. UU. (533)	R. Unido (55.4)	Francia (53.0)	Japón (44.3)	China (45.8)
2010	EE. UU. (738)	China (116)	R. Unido (60.0)	Francia (53.1)	Rusia (58.7)
2015	EE. UU. (634)	China (214)	A. Saudita (87.2)	Rusia (66.4)	R. Unido (53.9)
2020	EE. UU. (778)	China (252)	India (72.9)	Rusia (61.7)	R. Unido (59.2)
2024	EE. UU. (997)	China (314)	Rusia (149)	Alemania (88.5)	India (86.1)

Fuente: elaboración propia en base a datos UNCTAD

Por lo tanto, en paralelo a la declinación y fin del ciclo hegemónico de Estados Unidos, China se alza en el horizonte del poder global como la estrella más brillante en el firmamento del orden mundial, y no pocos analistas consideran que será la nueva potencia hegemónica del sistema internacional. Por ejemplo, Martin Jacques (2009) explícitamente señaló que China sucederá a Estados Unidos como potencia hegemónica y que este será un cambio cualitativamente diferente de cualquier transición de poder previa. Todo el sistema internacional se transformará a partir de la matriz civilizatoria milenaria de la cultura china. De manera más reciente, también Fatih Beyaz sostuvo que China está construyendo una nueva forma de hegemonía global para suceder a Estados Unidos, pero no a través del modelo militar-expansionista clásico (como Roma o el Imperio Británico), sino mediante una "hegemonía híbrida" basada en el control de redes económicas –a través de la Franja y la Ruta–, el dominio tecnológico –Ruta de la Seda Digital e inteligencia artificial– y la influencia cultural –Institutos Confucio– (Beyaz, 2025).

Desde los teóricos sistema-mundistas, Giovani Arrighi también se inclina por la idea de que el ascenso de China en la escala del poder global podría dar inicio a un nuevo ciclo hegemónico.[1] Arrighi sostiene que el capitalismo evoluciona a través de ciclos sistémicos de acumulación, en los que cada potencia hegemónica combina una fase inicial de expansión material –basada en la producción y el comercio– seguida por una fase de expansión financiera que, a su vez, anticipa su declive. Desde esta perspectiva, interpreta los primeros años del siglo XXI como una transición en la que el orden liderado por Estados Unidos habría entrado en su fase financiera madura (previa al fin de su ciclo hegemónico), mientras que China encarnaba una nueva fase económica expansiva material de la economía-mundo capitalista sustentada en la economía real, la infraestructura y la articulación de redes comerciales a gran escala. De esta forma, el ascenso chino podría dar origen a un nuevo ciclo hegemónico, en el que la potencia asiática emergería del interregno hegemónico como centro organizador de la economía mundial, aunque bajo una forma de hegemonía distinta: menos basada en la coerción militar y más en la capacidad de estructurar el sistema económico global. En este sentido, un eventual ciclo chino no sería la mera continuación del capitalismo occidental bajo un nuevo liderazgo, sino una transformación profunda de sus lógicas de acumulación, al articular elementos como el desarrollo de fuerzas productivas con preservación del campesinado, la centralidad del Estado en la regulación mercantil y una modalidad de influencia global más centrada en redes comerciales y de infraestructura que en la proyección de fuerza militar directa (Arrighi, 1999, 2007).

De igual forma, existen autores que no están de acuerdo con estas tesis sobre la nueva hegemonía de China. Por ejemplo, para Mearsheimer, el ascenso de China no derivará en la sustitución de la hegemonía global estadounidense, sino en una intensa competencia estratégica entre grandes potencias. Como realista, plantea que, en un sistema internacional por definición anárquico, las potencias buscan maximizar su poder relativo con el objetivo de

1 Cabe señalar que Arrighi, a diferencia de Wallerstein, quien solo identifica tres grandes ciclos hegemónicos en la economía-mundo capitalista (Países Bajos, Reino Unido y Estados Unidos), amplía la secuencia histórica a cuatro ciclos incorporando un ciclo previo al de los Países Bajos, de carácter genovés-veneciano (1450-1600 aprox.), en la medida en que fue liderado por las redes mercantiles y financieras de Génova en alianza con Venecia**,** con lo cual reconstruye una dinámica más larga del capitalismo global (Arrighi, 1999).

alcanzar la hegemonía regional, dado que la hegemonía global resulta estructuralmente inviable. En este contexto, China intentará consolidar su dominio en Asia, mientras que Estados Unidos actuará como potencia equilibradora para impedirlo, generando un escenario de rivalidad sostenida más que de transición hegemónica (Mearsheimer, 2001, 2015, 2018, 2021)

Imagen 8

¿Habrá ciclo hegemónico chino?

Fuente: elaboración propia

A su vez, Immanuel Wallerstein, el otro gran teórico de los sistemas-mundo, manifestó que no emergerá un ciclo hegemónico chino tras el fin del ciclo estadounidense, en directa contradicción con la tesis manifestada por Arrighi. Para Wallerstein, tras el fin del ciclo hegemónico estadounidense, no habrá un nuevo ciclo hegemónico en la economía-mundo capitalista, porque sencillamente no habrá más economía capitalista. Es decir, el capitalismo habrá llegado a su propio colapso después de más de 500 años de reinado

como modelo económico dominante. Lo que significa que el moderno sistema-mundo habrá terminado.[2]

Wallerstein sostiene que el capitalismo como civilización histórica ha agotado sus posibilidades y que, por tanto, la cuestión no es quién liderará el próximo ciclo hegemónico sino qué sistema histórico-social lo reemplazará. En su opinión, el capitalismo se halla inmerso en una crisis estructural irreversible que conduce inexorablemente a su desaparición. Esta crisis terminal responde a la confluencia de tres tendencias seculares que durante quinientos años permitieron la reproducción ampliada del sistema y que ahora han agotado su eficacia: la desruralización mundial, que elimina los ejércitos de reserva de mano de obra barata que disciplinaban el trabajo; la crisis ecológica, que internaliza forzosamente costos ambientales hasta ahora externalizados; y la democratización global, que genera demandas crecientes de ingreso, bienestar y derechos para el mundo asalariado, que el capitalismo no puede satisfacer sin sacrificar su lógica fundamental de acumulación. A estas causas materiales Wallerstein agrega el factor ideológico relativo al agotamiento de la geocultura liberal-centrista (el liberalismo) surgida de la Revolución Francesa. En este sentido, el liberalismo político fue la ideología que durante dos siglos cumplió la función esencial de contener las demandas antisistémicas mediante la promesa de un cambio gradual y a largo plazo, cooptando así los movimientos socialistas, nacionalistas y de descolonización. El colapso de esta legitimación ideológica se evidenciaría en la crisis de confianza en el Estado como

2 Recordemos que Wallerstein define al capitalismo como un orden histórico económico-social que se conforma alrededor del interés de personas y compañías por la acumulación continua e incesante de capital, y cuyo origen data de las dinámicas mercantiles iniciadas con los procesos de expansión y colonización europea de mediados del siglo XV. La permanente voluntad de acumulación de capital impulsa el desarrollo de otras instituciones y da lugar al nacimiento de los Estados-nación modernos y a la ideología liberal, ambos fenómenos que acompañan y garantizan la expansión planetaria del capitalismo. En términos históricos, la expansión global del capitalismo fue propiciada por este vínculo entre capitalistas y Estado. Este último interviene en el mercado internacional buscando asegurar entornos adecuados para sus empresas, sobre todo, a través del debilitamiento de otros Estados, de tal modo de ajustar los procesos productivos de estos a sus necesidades. No obstante, la acumulación de capital por medio de la competencia libre y abierta en el mercado genera contradicciones insalvables para los capitalistas (ya que reduce al mínimo los márgenes de ganancia), lo que demanda la necesidad de conformar monopolios u oligopolios que limiten y regulen esa competencia y, luego, Estados fuertes que sean capaces de generar las condiciones propicias para su reproducción (patentes, restricciones a la importación o exportación, subsidios, tratados comerciales ventajosos para las economías del centro, etc.), tanto en el mercado local como en el internacional (Wallerstein, 2007, 2010, 2015).

garante del bienestar y en la incapacidad del orden liberal para generar narrativas de futuro creíbles (Wallerstein, 1998, 2007, 2015). Por lo tanto, la lucha política al interior del bloque histórico dominante estadounidense –que, entre otros aspectos, explicaría la llegada de personajes como Donald Trump a la Casa Blanca– se puede entender como una expresión concreta de este agotamiento ideológico planteado por Wallerstein.

De esta forma, para este autor, el actual momento histórico no implica un interregno hegemónico que implique la transición de un ciclo hegemónico a otro dentro del moderno sistema-mundo capitalista. Por el contrario, estaríamos en una transición mucho más profunda y compleja, de un sistema-mundo histórico, el actual sistema-mundo capitalista, hacia otro distinto tipo histórico de sistema. Es decir, estaríamos frente a un cambio de sistema y no solamente de ciclo hegemónico. En este sentido, habríamos entrado en una bifurcación sistémica iniciada con la declinación de la hegemonía de Estados Unidos en la década de 1970, que se extendería hasta aproximadamente el año 2050. La pregunta fundamental que nos deberíamos hacer es qué tipo de sistema socioeconómico emergerá de las ruinas del sistema histórico capitalista. Al respecto, Wallerstein propone dos alternativas: por una parte, un orden sistémico que retenga las tres características esenciales del actual sistema-mundo capitalista: la jerarquía, la explotación y la polarización social, bajo lo que denomina el "espíritu de Davos"; por otra parte, un sistema relativamente democrático e igualitario, representado por el "espíritu de Porto Alegre" y que nunca ha existido en la historia humana:

> Las verdaderas crisis son aquellas dificultades que *no pueden* ser resueltas dentro del marco del sistema, sino que deben resolverse por fuera y más allá del sistema histórico del cual las dificultades son parte (…). Lo que sucede es que el sistema se bifurca (…). Puesto que el sistema existente ya no puede funcionar adecuadamente dentro de los parámetros definidos, el tomar una decisión sobre cómo abandonar el sistema, sobre el sistema o sistemas futuros que han de construirse, es inevitable. Pero cuál de las opciones elegirán colectivamente los participantes es inherentemente imprevisible. El proceso de bifurcación es caótico (…); el sistema tiende a oscilar bruscamente. Pero eventualmente termina inclinándose en una dirección. Suele llevar bastante tiempo hasta que se arriba a la elección definitiva. Podemos llamar a este periodo de transición, uno cuyo resultado es incierto. (…) El sistema-mundo moderno en el que vivimos, el de una economía-mundo capitalista, se encuentra precisamente en una crisis semejante, y lo ha estado desde hace ya un tiempo (Wallerstein, 2010, pp. 105-106)

En síntesis, para el fundador de la teoría de los sistema-mundo vivimos en el crepúsculo de una forma histórica de organizar la producción, el trabajo y la vida social que tuvo su génesis en el largo siglo XVI europeo: la economía-mundo capitalista. Esta economía-mundo capitalista dio origen al moderno sistema-mundo, y en la actualidad, tras quinientos años de expansión global, se encamina hacia su disolución definitiva, sin que ningún resultado esté garantizado de antemano. No sabemos aún lo que viene. No sabemos si para los pueblos y sociedades, especialmente para las del Sur global como las de ALC y África, será mejor o peor que lo que significó el sistema histórico capitalista. Todo dependerá de las acciones e ideales políticos actualmente en confrontación que emerjan triunfantes del actual caos sistémico en el que hemos ingresado (Wallerstein, 2007, 2010, 2014).

11

¿TRANSICIÓN PACÍFICA O TERCERA GUERRA MUNDIAL?

La gran interrogante que nos deja lo anteriormente planteado, ya se trate de un cambio de ciclo hegemónico al interior del moderno sistema-mundo capitalista, o de una bifurcación sistémica según propone Wallerstein, o del paso de un orden unipolar a otro multipolar según propone la teoría polar de las relaciones internacionales (lo cual es compatible con los dos tipos de cambios señalados),[1] es si la transición que hemos iniciado será relativamente pacífica o violenta.

Más allá del debate respecto de las características finales del nuevo orden mundial que emergerá, toda la evidencia histórica nos señala que estas transiciones de poder de gran envergadura son tiempos extraordinariamente conflictivos, violentos y de guerras que tienden a cubrir todo el sistema. Esta evidencia histórica ha sido insumo para el desarrollo de importantes planteamientos teóricos al respecto, como la teoría de la transición hegemónica o teoría de la transición de poder, en donde autores de distintas tradiciones

1 La teoría polar es complementaria de los tipos de cambios más estructurales en el sistema. Es decir, ya sea un cambio de ciclo hegemónico o un cambio de sistema, el orden, para el ejercicio concreto del poder internacional, se puede organizar como unipolar, bipolar, tripolar o multipolar.

teóricas argumentan que estas ocurren por medio de "guerras mundiales o globales", pues involucran al conjunto de los actores más significativos del sistema o a todo el sistema.

Por ejemplo, Abramo Organski y Jacek Kluge sostienen que la estabilidad del sistema internacional se encuentra estrechamente asociada a la existencia de una potencia hegemónica claramente predominante, capaz de estructurar y sostener un orden jerárquico aceptado por el resto de los Estados. En este contexto de asimetría marcada, el sistema tiende a ser estable, en la medida en que no existen actores con capacidades suficientes para desafiar eficazmente el *statu quo*. Sin embargo, dicha estabilidad se erosiona cuando se produce una convergencia en las capacidades relativas de poder, ya sea como resultado del debilitamiento progresivo de la potencia dominante o del acelerado crecimiento de una potencia emergente. Este proceso de aproximación a la paridad altera los incentivos estratégicos y aumenta la probabilidad de conflicto, particularmente si la potencia en ascenso manifiesta insatisfacción con el orden vigente. En tales circunstancias, la transición de poder puede desembocar en una guerra de gran escala, entendida como un fenómeno estructural mediante el que se redefine la jerarquía internacional y se reconfiguran las reglas del sistema, pudiendo dar lugar, tras el conflicto, a la emergencia de una nueva potencia hegemónica que establezca un orden distinto y restablezca, al menos temporalmente, nuevas condiciones de estabilidad sistémica (Organski, 1958; Organski y Kluger, 1980).

Por su parte, Gilpin planteará que los cambios en las relaciones de poder en el sistema internacional ocurren principalmente a través de "guerras hegemónicas". Señala que el orden internacional es inicialmente configurado por una potencia dominante que establece reglas, instituciones y mecanismos de distribución de beneficios acordes a su poder, pero que, con el tiempo, dicho equilibrio se deteriora a medida que aumentan los costos de sostenerlo y emergen nuevas potencias cuya capacidad material crece más rápidamente. Este desajuste entre la distribución real del poder y la estructura institucional vigente genera tensiones crecientes que el sistema no logra absorber por vías pacíficas, dando lugar a conflictos de gran escala. En este contexto, la guerra hegemónica no constituye un fenómeno accidental, sino el mecanismo a través del cual se resuelve la crisis del sistema, permitiendo la redefinición de la jerarquía internacional y la instauración de un nuevo orden bajo el liderazgo de la potencia vencedora (Gilpin, 1981).

Igualmente, la teoría de los ciclos largos de liderazgo mundial de George Modelski sostiene que los cambios de hegemonía al interior del sistema son por medio de guerras globales. Señala que

el sistema internacional moderno, surgido a fines del siglo XV con hitos como el Tratado de Tordesillas (1494), se estructura en ciclos secuenciales de aproximadamente cien años de duración, cada uno asociado al predominio de una potencia hegemónica que emerge victoriosa de una guerra global. Cada ciclo comprende cuatro fases: (1) una guerra global que destruye el orden anterior y selecciona al nuevo líder; (2) una fase de poder mundial donde el hegemón estabiliza el sistema, provee bienes públicos e impone reglas comerciales y financieras; (3) una fase de deslegitimación donde el líder pierde eficiencia relativa, surgen competidores y aumenta el costo de mantener el orden; y (4) una nueva fase de desestructuración que desemboca en la siguiente guerra global. Para Modelski, el control de los océanos y la innovación en tecnología naval son factores críticos del ascenso hegemónico, y las guerras globales constituyen el mecanismo recurrente e inevitable de transición entre estos ciclos. Bajo este proceso de fases secuenciales, identifica cuatro hegemonías sucesivas en el sistema internacional moderno: Portugal (siglo XVI), Países Bajos (siglo XVII), Gran Bretaña (siglo XIX) y Estados Unidos (siglo XX), con una posible transición en curso hacia un nuevo líder en el siglo XXI. Su tesis enfatiza que la dinámica que organiza y explica la evolución del sistema internacional es la competencia interestatal por el liderazgo mundial, la cual se manifiesta concretamente en la sucesión y en los procesos de liderazgo político-militar que cada hegemón despliega para estabilizar el sistema. Estos dos fenómenos, sucesión y liderazgo, constituyen el eje explicativo fundamental de los ciclos largos (Modelski, 1987; Modelski y Thompson, 1988, 1996)

Por su parte, los teóricos sistema-mundistas convergen en varios aspectos con los teóricos de las transiciones hegemónicas. Para los sistema-mundistas, cada hegemón que ha existido en el moderno sistema-mundo ha emergido tras una guerra "mundial", y es en este momento cuando impone un nuevo orden económico-político al sistema ejerciendo su hegemonía. Para mantener su hegemonía debe, además de mantener su superioridad económico-productiva, concentrarse en funciones políticas y militares, lo cual es caro y abrasivo. Con el tiempo los otros Estados comienzan a mejorar su eficiencia económica y empiezan a disputarle el mercado global al hegemón, que ve como su eficiencia productiva declina y eventualmente desaparece, y con ella, su influencia política. En ese momento se ve forzado a utilizar la fuerza militar que es su primer gran signo de debilidad y la fuente de la declinación futura (Wallerstein, 2010). Cuando un hegemón declina siempre hay otros poderes que lo desafían, lo que se traduce en cruentas guerras que involucran a todo el sistema:

> En cada uno de los casos, la hegemonía llegó tras la derrota de un pretendiente militar a la conquista (los Habsburgo [derrotados por los Países Bajos], Francia [derrotada por los británicos] y Alemania [derrotada por Estados Unidos]). Cada una de las hegemonías fue sellada por una "guerra mundial", una lucha masiva, en tierra, sumamente destructiva, intermitente, de treinta años de duración (…). La Guerra de los Treinta Años de 1618-1648, las guerras napoleónicas (1792-1815) y los conflictos del siglo XX entre 1914 y 1945 (…); la base de la victoria no fue militar. La realidad primordial fue de carácter económico: la capacidad de los acumuladores de capital, situados en un Estado concreto, de competir con ventajas con todos los demás en las tres esferas económicas principales: la producción agroindustrial, el comercio y las finanzas (Wallerstein, 2014, pp. 47-48).

Por lo tanto, desde diferentes miradas teóricas, y en la medida en que es relativamente consensual que nos encontramos en un interregno o transición en las relaciones de poder global, existe la posibilidad creciente de que hayamos entrado en un camino que conduce directamente a la Tercera Guerra Mundial.

De hecho, a mediados de los años noventa del siglo pasado, Modelski y Thompson señalaron que el sistema internacional había entrado en una fase avanzada de desconcentración del poder de liderazgo estadounidense, caracterizada por el ascenso acelerado de China como potencia desafiante, lo que podría derivar en un conflicto de escala global entre 2030 y 2050 (Modelski y Thompson, 1996). Por su parte, Wallerstein, frente al declive estadounidense, en 1991 anticipó que la lucha por la hegemonía mundial podría desembocar "en una 'guerra mundial', que podría estallar" en torno a 2050 (Wallerstein, 2007, p. 187). Años más tarde, en 1998, como ya señalamos, profundizó esta perspectiva al vincular el declive hegemónico de Estados Unidos con un fenómeno de mayor alcance histórico: la crisis terminal del moderno sistema-mundo capitalista de cinco siglos de duración. En ese marco, proyectó que el período comprendido entre 2023 y 2053 –es decir, los 25 a 55 años posteriores a su análisis– estaría marcado por profundos conflictos y un desorden sistémico generalizado. Asimismo, advirtió que, pese a la catástrofe que significaría una nueva guerra mundial, esta no se podía descartar (Wallerstein, 1998, 2007).

De manera más reciente, el temor al estallido de una guerra mundial a raíz del ascenso de China y el desafío que representa para la hegemonía de Estados Unidos, fue popularizado por el politólogo estadounidense Graham Allison (2017) bajo el concepto de la "Trampa de Tucídides". Inspirándose en el historiador ateniense Tucídides y su *Historia de la guerra del Peloponeso* (*c.* 400 a.C.), conflicto que estalló

por el temor que tuvo Esparta frente al ascenso de Atenas, planteó que cuando una potencia emergente –China en la actualidad– desafía a una potencia dominante –Estados Unidos–, se genera una dinámica estructural de temor, desconfianza y reacción que aumenta significativamente el riesgo de guerra global. En este sentido, no es solo la ambición de la potencia emergente, sino el miedo de la dominante lo que vuelve altamente probable el conflicto directo de gran escala. Sin embargo, no se trata de un destino inevitable si se toman las decisiones correctas (Allison, 2017).

La tesis de Allison es bastante compartida por diversos especialistas estadounidenses y occidentales, los cuales también han señalado que, de no adoptarse políticas adecuadas por parte de Estados Unidos, se corre el riesgo de una confrontación directa con las llamadas potencias revisionistas como China y Rusia, así como su escalada a un conflicto mundial. Por ejemplo, Mearsheimer tempranamente advirtió que la competencia por la hegemonía regional hace que el conflicto sea difícil de evitar en el largo plazo (Mearsheimer, 2001); Hal Brands y Michael Beckley han planteado que las condiciones actuales (tercera década de los 2000) de tensión global configuran una "zona de peligro" en la que la probabilidad de guerra aumenta si no se implementan políticas de disuasión efectivas (Brands y Beckley, 2022). Elbridge Colby enfatiza la necesidad de prepararse para un conflicto limitado como escenario plausible; por ejemplo, una crisis en el mar de China por la isla de Taiwán (Colby, 2021). Robert Kagan y H. R. McMaster subrayan que la competencia estratégica mal gestionada puede escalar hacia confrontaciones mayores (Kagan, 2018; McMaster, 2020).

Asimismo, es interesante notar cómo algunos actores del establishment del poder estadounidense comparten esta idea de una Tercera Guerra Mundial percibida como cada vez más cercana. Por ejemplo, Steve Bannon –quien se desempeñó como estratega jefe de la Casa Blanca y miembro del "comité de directores" del Consejo de Seguridad Nacional durante la primera presidencia de Trump–, en 2016, respecto de China, señaló: "Vamos a entrar en guerra en el Mar de China Meridional en cinco o diez años. No hay duda al respecto" (citado en Haas, 2017).

Pero no se trata únicamente de académicos y tomadores de decisiones occidentales. Para el historiador y experto en relaciones internacionales ruso Dimitri Trenin, vinculado a la *Higher School of Economics* de Moscú,[2] la Tercera Guerra Mundial ya comenzó y

2 Trenin fue el primer director de la Fundación Carnegie en Moscú entre 2008 y 2022, uno de los mayores *think tanks* occidentales con sede en Washington, dedicado principalmente al análisis estratégico y seguridad internacional. Esta sede en Moscú se cerró en 2022, después de la invasión de Rusia a Ucrania.

está en pleno desarrollo. Desde su perspectiva, esta guerra ha sido iniciada por un decadente Occidente global, liderado por Estados Unidos y la OTAN, que se manifiesta cada vez más agresivo a fin de evitar la pérdida de su hegemonía y para lo cual considera imperativo frenar el ascenso de un emergente bloque multipolar, liderado por Rusia, China e Irán. Mucha gente aún no percibiría que esta guerra ya está en desenvolvimiento porque se está peleando de forma distinta a como se desarrolló la Segunda Guerra. Esta Tercera Guerra Mundial se manifestaría hasta el momento de dos formas principales. Por una parte, a través de conflictos regionales, como el conflicto ruso-ucraniano, el conflicto en Gaza, los ataques estadounidenses e israelíes en contra de Irán, la invasión de Estados Unidos a Venezuela (para el secuestro del presidente Nicolás Maduro) y probablemente una próxima guerra por Taiwán, entre muchos otros conflictos que podrían estallar. Por otra parte, se lleva adelante por medio de sabotajes, guerras informativas, manipulación mediática y desestabilización interna. Sin duda, la posibilidad de que estos conflictos regionales escalen a una confrontación directa y mayor está presente:

> Muchos hablan ahora de la deriva de la humanidad hacia la "Tercera Guerra Mundial", dando a entender que nos espera algo que recuerda a los acontecimientos del siglo XX. Sin embargo, la guerra cambia constantemente de forma. No llegará a nosotros ni como en junio de 1941 (una invasión militar a gran escala), ni como se temía en octubre de 1962, durante la crisis de los misiles en Cuba (en forma de un ataque nuclear masivo). En realidad, la guerra mundial ya está aquí, aunque no todos lo hayan notado ni tomado conciencia de ello. El período de preguerra terminó para Rusia en 2014, para China en 2017 y para Irán en 2023. Desde entonces, el alcance de la guerra en su forma actual y su intensidad no han dejado de crecer (…). La actual guerra mundial es un conjunto de varios conflictos que afectan a las principales potencias: Estados Unidos y sus aliados, China y Rusia. A pesar de la variabilidad de sus formas, la causa de esta guerra mundial es tradicional: el cambio en el equilibrio de poder en el mundo (…). No se trata solo de geopolítica. La ideología occidental (el globalismo político-económico y el poshumanismo sociocultural) es intrínsecamente incompatible con la diversidad, la identidad nacional o civilizacional y la tradición. Renunciar al universalismo supone una catástrofe para el Occidente contemporáneo: no está preparado para un estatus regional. Por eso, el Occidente, tras reunir sus considerables recursos y confiando en una superioridad tecnológica que, aunque se tambalea, aún existe, aspira a destruir a quienes ha catalogado como rivales (Trenin, 2025).

Evidentemente, el debate sobre las formas que pueden adoptar las transiciones hegemónicas es amplio y diverso, y no existe consenso en torno a que estas deban necesariamente materializarse a través de una guerra global o sistémica. En particular, desde el desarrollo de la tecnología nuclear, este supuesto ha sido cuestionado, en la medida en que la posibilidad de una Destrucción Mutua Asegurada (MAD, por sus siglas en inglés**)** eleva de manera sustantiva los costos de un enfrentamiento directo entre las mayores potencias con armamento atómico. Este factor, entre otros, contribuye a explicar por qué durante la Guerra Fría Estados Unidos y la Unión Soviética evitaron un conflicto bélico directo entre sí, optando en cambio por formas indirectas de confrontación.

En este sentido, Robert Keohane rebate las tesis que sostienen que el declive del poder estadounidense conllevaría inevitablemente una erosión del orden liberal construido y una inevitable confrontación global. Por el contrario, sostiene que la cooperación entre Estados puede mantenerse y reproducirse incluso en ausencia de una potencia hegemónica, en la medida en que los regímenes internacionales –entendidos como conjuntos de principios, normas, reglas y procedimientos de toma de decisiones en torno a los cuales convergen las expectativas de los actores del sistema– construidos por el hegemón desarrollan una inercia funcional propia. Es decir, estos adquieren una autonomía relativa que les permite sobrevivir al poder que los originó, toda vez que reducen los costos de transacción, mitigan la incertidumbre y proveen información que facilita el cálculo racional de la cooperación. Por lo tanto, la arquitectura institucional del orden liberal construido bajo la hegemonía estadounidense –el BM, el FMI, GATT-OMC, entre otros– no colapsaría con el declive del poder de la potencia norteamericana, sino que se perpetuaría en virtud de su propia utilidad funcional para los Estados, los cuales encontrarían en la cooperación institucionalizada un resultado superior a la competencia anárquica (Keohane, 1984).

De manera similar, Joseph Nye plantea que la competencia entre China y Estados Unidos no necesariamente derivará en una confrontación directa. En un contexto de interdependencia compleja y bajo la sombra de la disuasión nuclear, argumenta que los incentivos para evitar una guerra sistémica son estructuralmente altos, lo que abre espacio a formas de competencia más indirectas y multidimensionales. En este contexto, sostiene que Estados Unidos posee ventajas estructurales que le permitirían mantener su posición hegemónica sin ser reemplazado por China**,** al menos en el mediano plazo. Estas ventajas radicarían en su superioridad en *soft power*, expresada en aspectos tales como la capacidad de atraer y moldear preferencias a través de su sistema universitario, su cultura global, sus valores políticos (cuando

son percibidos como legítimos) y su red de alianzas e instituciones internacionales. A diferencia de China, cuyo ascenso material es innegable, Nye subraya que su modelo político y sus restricciones en materia de libertades limitan su capacidad de generar una atracción genuina y sostenida a nivel global. Dado que el poder en este siglo XXI es difuso y distribuido en múltiples dominios, la combinación de *hard power* y *soft power,* que él traduce como *smart power*, sigue favoreciendo a Estados Unidos. Igualmente, considera que la tendencia será una rivalidad prolongada con China en la que Estados Unidos retendría sus ventajas cualitativas decisivas en la estructura del sistema internacional (Nye, 2023).

Sin embargo, Nye también advierte el peligro de caer en lo que denomina la "Trampa de Kindleberger", que ocurriría cuando una potencia hegemónica en declive deja de proveer bienes públicos globales, mientras la potencia emergente aún no está dispuesta o no es capaz de asumir ese rol**,** generándose así un vacío de gobernanza internacional que puede derivar en inestabilidad económica y política (Kindleberger, 1973). Frente al primer gobierno de Trump, Nye considera esta situación como un riesgo latente, por lo que advierte que existen señales preocupantes, como una menor disposición de Estados Unidos a sostener ciertos bienes públicos globales y de China para asumir ese rol, todo lo cual podría conducir a caer en esta trampa.[3] Para evitar este riesgo, Estados Unidos debería robustecer su liderazgo mediante estrategias de *smart power*, fortaleciendo sus alianzas históricas, revitalizando instituciones multilaterales y promoviendo la cooperación con China en ámbitos críticos como el cambio climático, la estabilidad financiera y la salud global (Nye, 2023).

Otros autores, como Nicholas Kitchen y Simon Curtis, al igual que Nye, también descartan la viabilidad de una guerra mundial o sistémica en el actual proceso de transición hegemónica bajo el contexto de la existencia de armas nucleares, desplazando el foco de conflicto del enfrentamiento militar hacia el control de las infraestructuras que estructuran el sistema internacional. Refiriéndose a la tensión sistémica existente a raíz del caso de China como la potencia emergente y Estados Unidos como la potencia declinante, estos autores señalan que la existencia de capacidades de destrucción mutua asegurada eleva significativamente los costos de un conflicto directo,

3 Bienes públicos tales como estabilidad financiera internacional, seguridad marítima y rutas comerciales, lucha contra el cambio climático, salud global (pandemias), gobernanza digital, entre otros. En la práctica, Nye criticaba las políticas de Donad Trump, que retiró a Estados Unidos del Acuerdo climático de París 2015, de la Organización Mundial de Salud, y entró en disputas con sus aliados de la OTAN (ver capítulo 8).

generando incentivos para que las potencias emergentes exploren vías alternativas, graduales y no militares de desplazamiento del poder (Kitchen y Curtis, 2025). En este marco, se sitúan en línea con la teoría del poder estructural de Susan Strange, en cuanto sostienen que la hegemonía no se define únicamente por la acumulación de capacidades materiales, sino por la capacidad de configurar las estructuras dentro de las cuales operan los demás actores. Como plantea Strange, el poder estructural de la potencia hegemónica del sistema internacional se expresa en la capacidad de moldear las estructuras de producción, finanzas, seguridad y conocimiento, determinando así los marcos y reglas dentro de los cuales los Estados y mercados toman decisiones (Strange, 1988). Por su parte, Kitchen y Curtis extienden este enfoque al mostrar que la provisión de infraestructura –especialmente en ámbitos como comunicaciones, logística y tecnología– permite a una potencia emergente reconfigurar estas estructuras mediante la generación de dependencias sistémicas y trayectorias institucionales persistentes. En este sentido, el caso de China resulta paradigmático: a través de iniciativas como la Franja y la Ruta (o Nueva Ruta de la Seda) ha desplegado una red global de infraestructura física –puertos, ferrocarriles, corredores logísticos y energía– que reorganiza flujos productivos y comerciales, mientras que paralelamente construye ecosistemas tecnológicos alternativos en ámbitos críticos como telecomunicaciones, plataformas digitales y sistemas de navegación satelital como *BeiDou Navigation Satellite System*, que operan como sustitutos funcionales del sistema occidental GPS. Este doble movimiento –material e inmaterial– no solo amplía su capacidad económica, sino que le permite incidir en las reglas, estándares y condiciones de operación del sistema internacional, generando una progresiva redistribución del poder estructural. De este modo, la transición hegemónica deja de ser concebida exclusivamente como un quiebre violento y pasa a entenderse como un largo proceso de varias décadas de reconfiguración silenciosa de las infraestructuras que organizan la economía política global. En ellas el el poder se ejerce menos mediante coerción directa y más a través de la capacidad de "hacer que otros vengan a mi sistema", es decir, de atraer e integrar actores a nuevas arquitecturas sistémicas, abriendo así la posibilidad de un cambio hegemónico incremental y potencialmente pacífico, aunque no exento totalmente de tensiones geopolíticas (Kitchen y Curtis, 2025).

Desde la perspectiva de una posible transición pacífica, es interesante destacar el planteamiento del máximo líder de China, Xi Jinping, quien en diversas oportunidades ha rechazado explícitamente el determinismo histórico implícito en el concepto de la "Trampa de

Tucídides", en la medida que exista voluntad entre las grandes potencias de evitar caer en ella. Por ejemplo, en 2015, durante su visita a Estados Unidos, sostuvo que "no existe tal cosa como la llamada `Trampa de Tucídides´", aunque advirtió que las grandes potencias podrían "construirla por sí mismas" mediante errores de cálculo estratégico (Xi, 2015). Esta idea la reiteró en 2017, tanto en el *World Economic Forum Annual Meeting* celebrado en Davos como en su encuentro con Donald Trump en abril de ese año, donde insistió en la necesidad de evitar la confrontación y gestionar responsablemente la competencia (Xi, 2017a; Xi, 2017b). Asimismo, en 2018, en el *Boao Forum for Asia* 2018, volvió a plantear que la historia no impone un destino inevitable de conflicto entre las grandes potencias, sino que este depende de decisiones políticas (Xi, 2018). En la cumbre de mayo de 2026 en Beijing entre Xi y Trump, el líder chino –en un tono más cauto y de advertencia– preguntó: "¿Podrán China y Estados Unidos superar la llamada `Trampa de Tucídides´ y forjar un nuevo paradigma para las relaciones entre grandes potencias?" (citado en Boffey, 2026).

Lo cierto es que desde 2012 China plantea un discurso, el denominado Nuevo Modelo de Relaciones entre Grandes Potencias, orientado a evitar que "las relaciones entre potencias se determinen por la política del poder, los enfrentamientos de suma cero, el expansionismo y el hegemonismo" (Rocha, 2018, p. 206). Xi expresó esta idea en su visita a Barack Obama en calidad de presidente de la República Popular China, cuando llamó a construir un "nuevo tipo de relaciones entre grandes potencias", basadas en el respeto mutuo y la cooperación de beneficio compartido (Xi, 2013). En 2014, nuevamente Xi declaró:

> La construcción de un nuevo modelo de relaciones de países grandes entre China y Estados Unidos carece de precedente, pero sirve de inspiración para las que están por venir. Ambos países necesitan impulsar sin cesar esta construcción en el fortalecimiento del diálogo, incremento de la confianza mutua, desarrollo de la cooperación y control de las disputas (citado en Rocha, 2018, p. 208).

Como vemos, desde la segunda década de los 2000, con la llegada de Xi Jinping al poder, China viene desplegando sus propuestas para reorientar los principios por los que deberían regirse las relaciones entre los Estados. Así surge la noción de construir una "comunidad de futuro compartido para la humanidad", planteada por Xi en 2015 en la ONU con motivo del 70º aniversario de la institución y que además se incorporó en 2018 a la Constitución china (Schulz y Staiano, 2022). En este sentido, el discurso de Xi tiende a converger con los planteamientos teóricos que sostienen que las relaciones de poder entre

China y Estados Unidos, si bien se encuentran inmersas en un contexto de transición hegemónica, no están condenadas a derivar en una guerra global. Así, se enfatiza la importancia de vivir en un mundo crecientemente interdependiente que tienda a reforzar la competencia entre las grandes potencias en cuanto al poder blando y la capacidad institucional para brindar bienes públicos al conjunto del sistema, en vez de priorizar la confrontación militar directa.

Por cierto, esta mirada de una transición pacífica desde un orden mundial unipolar a otro, probable, de carácter multipolar es la postura que prácticamente todo el mundo espera. Sin embargo, no está para nada claro que sea la situación que finalmente predominará. Lo único que este debate y la evidencia histórica que poseemos nos permite asegurar es que estamos viviendo un periodo crecientemente complejo, conflictivo y marcado por la amenaza de una nueva guerra mundial. Que esta amenaza se concrete o no dependerá de las acciones específicas que emprendan los actores involucrados.

12

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: UNA REGIÓN INDISPENSABLE

A quienes, desde América Latina y el Caribe (ALC), analizamos las dinámicas de política y poder en el orden mundial, una gran pregunta nos convoca: ¿qué futuro le depara a esta región –hogar de más de 663 millones de personas en 2024– el emergente nuevo orden global? La urgencia de esta pregunta frente al escenario internacional crecientemente complejo y conflictivo ya descrito radica en que, a diferencia de la transición de la hegemonía británica a la estadounidense –que implicó dos guerras mundiales en las que la región prácticamente no se vio involucrada, al menos de manera directa–, esta vez, ya sea ante conflictos parciales o frente a una eventual conflagración mundial, ALC podría transformarse en uno de los principales teatros de operaciones de la confrontación.

Esta situación se ve aún más agravada para el destino de la región y de sus pueblos si consideramos que, desde los albores de la modernidad –para ALC, a partir de 1492–, la región ha sido sistemáticamente insertada en la ecuación del poder global desde una posición periférica, subalterna y subordinada a los poderes centrales: primero, como espacio de conquista y colonización ibérica; luego, tras las independencias formales del siglo XIX, como periferia dependiente y subordinada.

Esta condición, lejos de obedecer al azar o a circunstancias fortuitas, ha sido producida y reproducida desde los centros imperiales y hegemónicos, pues constituye el papel estructuralmente necesario que se le asignó a ALC para garantizar su propia reproducción y poder: abastecer de recursos naturales, fuerza de trabajo de bajo costo y/o esclava, y mercados cautivos para las distintas potencias centrales que se han sucedido en la cúspide del poder del sistema: primero España y Portugal, luego Holanda, después el Imperio Británico, y finalmente Estados Unidos.

En el actual interregno hegemónico, la situación es particularmente crítica, dado que, haciéndonos deudores de Wallerstein, podemos señalar que ALC se encuentra ante una bifurcación histórica. Por un lado, enfrenta el camino de perpetuar su condición de región subalterna, sometida y subdesarrollada, reproduciendo los mecanismos de dependencia que la han definido durante cinco siglos. Por otro, se abre la oportunidad de transformarse en una región soberana, dispuesta a construir su propio destino y a defender los intereses de sus pueblos, participando activamente y con personalidad propia en el nuevo orden mundial en configuración. Sin embargo, esta segunda opción exige comprender con claridad la situación, desarrollar conciencia estratégica y, sobre todo, unidad y capacidad para enfrentar desafíos de magnitud inédita.

Paradójicamente, esos desafíos provienen de aquello que históricamente ha sido la causa de su explotación: su magnífica, clave y rica geografía. Porque ALC, como advirtieron tempranamente los colonialistas europeos, no es una región cualquiera; por el contrario, es una región indispensable del planeta, tanto por sus recursos como por su localización geográfica. De allí el interés histórico por apropiársela y controlarla. Con el correr de los siglos, este valor solo se ha incrementado.

Pensemos solamente en el contexto contemporáneo en que ocurre el actual interregno, del cual ningún poder ni habitante del planeta puede escapar o sustraerse: la crisis ambiental global. Es decir, la crisis surgida como resultado del crecimiento económico y del elevado estándar de vida alcanzado por el mundo desarrollado y altamente industrializado, hoy identificado como Norte global, cuyos países han gozado durante siglos de los "beneficios" de una economía-mundo capitalista. Sin embargo, esa misma dinámica ha generado problemas ecológicos y ambientales de tal magnitud que, por primera vez en la historia, se ha puesto en riesgo la continuidad de la vida humana en el planeta, al afectar los procesos naturales que permiten el desarrollo de la vida en la biósfera.

Esta crisis ambiental, según la ONU, se compone de macrovariables globales tales como la contaminación en sus distintas formas, el agotamiento de los recursos naturales, la destrucción de la capa de ozono, la pérdida de biodiversidad y el cambio climático (Estenssoro, 2019). Pues bien, en un planeta con más de 8 mil millones de personas, en el que la demanda de recursos crece aceleradamente, la tensión por su acceso solo tenderá a acentuarse.

En sí mismo, el problema no es la cantidad de seres humanos, como han sostenido los ecologistas neomalthusianos del Norte global. De hecho, el planeta tiene capacidad probada para sostener una población bastante más elevada, en condiciones de vida suficientemente confortables para que todos los seres humanos puedan desplegar sus capacidades sin excepción. Por lo tanto, el problema no es físico –es decir, no radica en la cantidad de seres humanos–, sino distributivo: se refiere a cómo se organiza la producción y la distribución para que todos puedan gozar de una vida digna.

En este último sentido, es la lógica capitalista que orienta la economía hacia la acumulación sin fin, junto con sus formas de distribución –en las que "eternas" minorías se apropian de la riqueza producida en desmedro de las grandes mayorías–, lo que ha conducido a problemáticas como la crisis ambiental global. Por esta razón, en la medida en que el moderno sistema-mundo está estructurado sobre la base de una economía-mundo capitalista, las guerras y los conflictos por el acceso y control de los recursos se harán crecientemente intensos. Y los esfuerzos de los más poderosos por avasallar los intereses y derechos de los más débiles se acentuarán, como tantas veces ha ocurrido a lo largo de la historia.

Como bien se ha señalado, hemos entrado en una "prolongada etapa de rivalidad hegemónica entre potencias globales, mundiales y regionales por acceder a posiciones superiores en la jerarquía del sistema-planeta", y en esta rivalidad "la ecología y el medio ambiente se configuran como factores adicionales de conflicto, tanto por la necesidad de los Estados de asegurar el control de recursos críticos –como el agua– y proteger sus entornos naturales, como por el imperativo de resguardar su patrimonio ecológico territorial" (Rodríguez, 2010).

En este sentido, ALC, con poco más del 8 por ciento de la población mundial, pero cerca del 15 por ciento de la superficie terrestre –aproximadamente 20,4 millones de km²–, adquiere una relevancia sistémica por la magnitud de sus recursos naturales, su biodiversidad y su localización geoestratégica. Todo ello la transforma en un espacio extremadamente valioso y "apetecido" por los poderes globales en pugna.

12.1 ALC EN LA GEOPOLÍTICA DE LOS RECURSOS NATURALES

Para Mónica Bruckmann (2012), la actual transición del sistema internacional está estructuralmente determinada por la creciente centralidad del acceso a los recursos naturales en la disputa entre las grandes potencias, en un contexto simultáneo de crisis ambiental, transición energética y reconfiguración del poder global. En este marco, la autora identifica a ALC como un espacio geopolítico de primer orden, dada su extraordinaria dotación de recursos naturales estratégicos y críticos para la reproducción del sistema económico mundial y para las nuevas tecnologías.

La región posee las mayores reservas mundiales de hidrocarburos –en particular, Venezuela–, así como grandes reservas de hierro, cobre y otros minerales, tales como litio, cobalto, níquel, manganeso y grafito. Estos recursos se tornan cada vez más estratégicos, ya que resultan fundamentales para la fabricación de baterías de ion-litio utilizadas en vehículos eléctricos y sistemas de almacenamiento energético. Lo mismo ocurre con la existencia de silicio, indispensable para la industria de semiconductores y paneles solares. A ello se suma el enorme potencial de la región en materia de energías renovables.

En síntesis, por su riqueza en estos y otros recursos, la región se posiciona como un actor clave en el tránsito hacia economías descarbonizadas y en el desarrollo de la economía digital:

> América Latina tiene una posición central para el nuevo ciclo tecnológico de los VE [vehículos eléctricos] al detentar reservas importantes de los minerales que este proceso productivo demanda. El 40 por ciento de las reservas mundiales de cobre, que representa el 50 por ciento del total de minerales utilizado en la producción de una batería de VE, se encuentra en tres países de la región: 23 por ciento en Chile, 11 por ciento en Perú y 6 por ciento en México. En relación al níquel, 17 por ciento de las reservas mundiales se localizan en un único país latinoamericano: Brasil. Al mismo tiempo, la región detenta un 25 por ciento de las reservas de molibdeno (Perú, 15,5 por ciento; Chile, 8 por ciento; México, 1 por ciento; Argentina 0,5 por ciento) y un 83 por ciento de las reservas de litio, que por su participación en los principales ciclos tecnológicos e industriales de los que dependen la transición energética y descarbonización de la economía, constituye un caso especial de análisis (…). La fabricación de equipos de alta tecnología para la generación de energía limpia e hidrógeno verde requiere el uso intensivo de un conjunto de minerales metálicos y no metálicos, convirtiéndolos en recursos extremamente estratégicos para la descarbonización de la economía en su conjunto. Las tierras raras tienen una demanda intensiva en la

> producción de energía solar y eólica, para la producción de paneles de captación de energía fotovoltaica y de imanes permanentes para turbinas generadoras de energía eólica (…). China tiene un 37 por ciento de las reservas mundiales de tierras raras, mientras que Vietnam detenta el 18 por ciento y Brasil, en tercer lugar, un 17,5 por ciento de las reservas mundiales (…). Otro mineral estratégico es la grafita, utilizada en la producción de supercapacitadores que tienen la capacidad de elevar drásticamente la eficiencia de las baterías recargables de los paneles fotovoltaicos y de grandes dispositivos de almacenamiento de energía. Nuevos materiales como el grafeno, con características de súper conductor, son producidos a partir de la grafita. Turquía tiene la mayor reserva mundial de este mineral con el 28 por ciento, en segundo lugar, China con 23 por ciento, y en tercer lugar Brasil, con 22 por ciento de las reservas (Bruckmann, 2022, pp. 324-326).

Sin embargo, se advierte que esta centralidad conlleva riesgos significativos en la medida en que estos recursos son esenciales para las potencias tradicionales y emergentes, lo que transforma a la región en un espacio creciente de competencia geopolítica, particularmente entre Estados Unidos y China, que buscan asegurar el acceso y control de cadenas de suministro estratégicas.

Esta dinámica se expresa no solo a través de inversiones y acuerdos comerciales, sino también mediante formas más sutiles de influencia económica, tecnológica y política, lo que puede derivar en nuevas formas de dependencia y "reprimarización" de las economías latinoamericanas. Por lo tanto, uno de los principales desafíos de la región es evitar que su riqueza natural se traduzca únicamente en exportación de materias primas, sin generación de valor agregado ni desarrollo tecnológico propio. De aquí entonces la necesidad de que ALC avance hacia un modelo de desarrollo soberano de sus recursos naturales, basado en una mayor capacidad estatal y regional para regular, planificar y capturar las rentas derivadas de su explotación. Esto implica no solo fortalecer la gobernanza de los recursos, sino también promover procesos de industrialización vinculados a estos sectores**,** fomentar integración regional como mecanismo para aumentar el poder de negociación frente a actores globales, y articular políticas que compatibilicen el uso de los recursos con la sostenibilidad ambiental en el contexto del cambio climático. De este modo, la región enfrenta una disyuntiva estratégica: o bien se consolida como un espacio subordinado en la geopolítica global de los recursos, o bien logra transformar su dotación natural en una base efectiva para un desarrollo autónomo, inclusivo y sostenible (Bruckmann, 2012, 2022).

12.2 ALC en la geopolítica del agua

Entre los recursos naturales más estratégicos en la actualidad está el agua dulce, en la medida en que su creciente escasez relativa –agravada por el cambio climático, el aumento sostenido de la demanda y la degradación de los ecosistemas– tensiona las bases mismas del desarrollo económico, la seguridad humana y la estabilidad política. En 1995, el entonces vicepresidente del Banco Mundial, Ismael Serageldin, advirtió que "las guerras del siglo XX fueron por el petróleo, pero las del siglo XXI serán por el agua (…), a menos que cambiemos la forma en que gestionamos este recurso" (Serageldin, 2009, p. 163). Décadas más tarde, el *World Water Development Report* de la UNESCO (2023) informó que cerca de 2.000 millones de personas carecen de acceso seguro a agua potable**,** mientras que alrededor de 3.600 millones enfrentan escasez hídrica severa al menos un mes al año. En este contexto, desde hace años, diversos analistas del Norte global vienen advirtiendo a sus tomadores de decisiones sobre el creciente carácter geopolítico del agua, anticipando que tanto su acceso como su gestión se convertirían en factores críticos de conflicto en el siglo XXI. Por ejemplo, Peter H. Gleick (1993) ha señalado que la escasez hídrica no solo puede actuar como causa directa de tensiones, sino también como un multiplicador de conflictos preexistentes en contextos de fragilidad institucional. Igualmente, John Bulloch y Adel Darwish (1993) anticiparon escenarios de confrontación interestatal en regiones sometidas a alta presión sobre recursos hídricos compartidos, particularmente en Medio Oriente. Por su parte, Thomas Homer-Dixon (1999) vinculó los problemas ambientales como la escasez hídrica con dinámicas de inestabilidad política, violencia interna e incluso colapso estatal, especialmente en países del Sur global con limitada capacidad de adaptación. En una perspectiva más amplia, Michael T. Klare (2001) planteó que la competencia global por recursos esenciales –incluyendo el agua– constituye uno de los ejes estructurantes de los conflictos contemporáneos, en la medida en que las grandes potencias buscan asegurar el acceso a insumos críticos para sostener su seguridad económica y energética, configurando escenarios de creciente rivalidad geopolítica.

Lo cierto es que este tema ha sido plenamente incorporado por el establishment del poder político y económico del Norte global. En 2005, el *Center for Strategic and International Studies* (CSIS), *think tank* estadounidense cuyo propósito es definir el futuro de la seguridad de ese país, publicó un estudio en conjunto con el *Sandia National Laboratories*, sobre la existencia de agua a nivel mundial y su

seguridad nacional. Allí concluían que: (a) los problemas de agua pueden ser una fuente de conflictos e inestabilidad futura; (b) para ser afrontados se deben trasformar las capacidades institucionales; (c) se deben integrar los aspectos políticos y tecnológicos, y (d) Estados Unidos debería incluir las cuestiones internacionales relacionadas con el agua en su lista de prioridades como forma de reforzar su seguridad nacional (CSIS y Sandia National Laboratories, 2005).

De manera similar, en 2008 la revista británica *The Economist* señaló que "el agua es el petróleo del siglo XXI", destacando las palabras del director ejecutivo de la multinacional química DOW, Andrew Liverits, quien se mostraba en extremo preocupado porque el agua estaba "bajo una enorme presión debido al crecimiento de la población mundial y de la clase media emergente de Asia que anhela disfrutar el uso intensivo del agua, propio del modo de vida occidental" (*The Economist*, 2008).

Las implicancias para ALC del debate sobre la securitización de un recurso como el agua por parte del Norte global no son menores. La región posee un 32 por ciento de los recursos de agua dulce internos renovables del mundo, y 10 de los 30 países con mayores reservas de este recurso, tanto de manera líquida (en acuíferos) como congelada (en glaciares), son latinoamericanos. Esto significa que las reservas hídricas tales como el Acuífero Guaraní, la Cuenca del Río de la Plata, la Cuenca del río Orinoco, la Cuenca del río San Francisco o la Cuenca del río Amazonas, así como el agua congelada en Campos de Hielo Sur (Chile y Argentina) y Campos de Hielo Norte (Chile), adquieren un enorme valor estratégico e implicancias para la soberanía de la región, como varios geopolíticos de ALC han señalado (Claveria, Texeira y Seitz, 2022).

En este sentido, se plantea que Sudamérica es la mayor reserva mundial de recursos hídricos en relación con su escasa población, lo que la transforma "en el blanco principal de apropiación y control por parte del Norte global, tanto por sus Estados como por sus corporaciones y multinacionales privadas" (Estenssoro, 2019, pp. 157-158). De acuerdo con Elsa Bruzzone, una de las tareas principales del Comando Sur de Estados Unidos es asegurar y cumplir con el "constante objetivo norteamericano de controlar todos los recursos naturales y estratégicos de América Latina y el Caribe", entre ellos sus recursos hídricos (Bruzzone, 2010, p. 26). Idea muy similar a la expresada por Mónica Bruckmann cuando afirma que las estrategias de Estados Unidos para ALC "se desarrollan en el marco de una política de apropiación y dominio de recursos naturales considerados 'vitales' para esta nación. Un objetivo central de esta estrategia de apropiación y dominio es el agua" (Bruckmann, 2012, p. 1).

En 2016, el ecuatoriano Augusto Ramírez Añazco sintetizó acertadamente las acciones de Estados Unidos para controlar el Acuífero Guaraní. Su planteamiento se puede extrapolar al conjunto de los recursos hídricos de ALC, así como a las intenciones de otras potencias del Norte global respecto del agua de la región:

> El agua, en la actualidad, además de ser imprescindible para la vida, hoy en día se ha convertido en uno de los recursos estratégicos más importantes de los Estados, en especial de las potencias mundiales, que, a través de muchas estrategias, ya están interviniendo en todo el mundo, como es el caso de Inglaterra sobre las Malvinas y Estados Unidos sobre el Acuífero Guaraní. Es por ello que el país norteamericano ha empezado a tomar acciones concretas sobre este recurso natural estratégico, como es la presencia militar sobre el área del acuífero, influenciada a través del Banco Mundial sobre las políticas económicas de los países de la región para la privatización del agua (Ramírez Añazco, 2016, p. 47).

12.3 ALC EN LA GEOPOLÍTICA DE LA BIODIVERSIDAD

La importancia de la diversidad biológica o biodiversidad se refiere a la existencia de especies, recursos naturales, ecosistemas y recursos genéticos de todo tipo, así como al propio desarrollo cultural de la humanidad. Como se señaló, una de las macro variables que componen la crisis ambiental global es la pérdida de la biodiversidad, situación que pone en riego el normal desenvolvimiento de la biósfera y la sociedad. De acuerdo con el Convenio para la Biodiversidad Biológica (CDB):

> La diversidad biológica sostiene el funcionamiento de los ecosistemas y proporciona los servicios de los ecosistemas esenciales para el bienestar humano. Ella asegura la seguridad alimentaria, la salud humana, el suministro de aire y agua potable, ella contribuye a los medios locales de subsistencia, y al desarrollo económico (…). Además es un componente central de muchos sistemas de creencias de visiones del mundo y de identidades. Sin embargo, a pesar de su importancia fundamental, la diversidad biológica se sigue perdiendo (CDB, 2010, p. 1).

En este sentido, ALC es riquísima en biodiversidad. La Amazonía particularmente es el territorio del planeta que concentra la mayor biodiversidad del mundo. Esta situación ha hecho que su biodiversidad sea permanentemente saqueada por Estados y empresas del Norte global. La biopiratería o saqueo de la diversidad biológica es la práctica mediante la cual investigadores, científicos y empresas del Norte global estudian, recolectan y utilizan ilegalmente la biodiversidad de los países del Sur global –que incluye también los

conocimientos colectivos de sus pueblos indígenas y comunidades campesinas tradicionales–, para terminar generando productos y servicios que se explotan comercialmente sin la autorización de sus dueños, creadores, innovadores o sostenedores (Vieira, 2012). Los mayores biopiratas son las multinacionales biotecnológicas, laboratorios y farmacéuticas del Norte global, en la medida que el "80 por ciento de los medicamentos que se producen en el mundo son elaborados en base a plantas (…). Plantas y bacterias son robadas y procesadas en los laboratorios. Luego los productos son patentados y comercializados en beneficio propio" (Bruzzone, 2010, p. 75).

Entre los casos emblemáticos de apropiación de la biodiversidad latinoamericana tenemos el ejemplo de la estevia, planta de uso tradicional de los indígenas guaraníes (Argentina, Paraguay y Brasil) que es 300 veces más dulce que el azúcar, con la ventaja de que no tiene calorías, carbohidratos y tampoco aumenta los niveles de azúcar en la sangre, por lo que, además de ser una alternativa real para los diabéticos, se transformó en un popular edulcorante. El primer edulcorante de estevia fue desarrollado en Japón en 1971 por la empresa Morita Kagaku Kogyo Co., Ltda. Treinta años después, en los 2000, por sus extraordinarias condiciones, ya se había mundializado. Hoy en día esta planta se puede encontrar en casi todo el mundo; sin embargo, los pueblos indígenas sudamericanos que la habían venido utilizando por siglos jamás recibieron dinero o algún tipo de compensación por este producto, originario de sus territorios, ni por sus conocimientos sobre el mismo (Estenssoro, 2019). Otro ejemplo es el caso de la variedad de quinua boliviana *apelawa*, cereal de los pueblos andinos de altísimo valor nutritivo. En 1994, dos investigadores de la Universidad de Colorado recibieron la *U.S. Patent 5.304.71*, que les otorgó control exclusivo sobre las plantas masculinas estériles de *apelawa* (Delgado, 2004). En este sentido, la OMC, por medio de los *Trade Related Intelectual Property Rights* o TRIPS (Acuerdos sobre derechos de Propiedad Intelectual Relacionados al Comercio), ha facilitado que las multinacionales se apropien de la biodiversidad a través de su patentamiento. Las multinacionales del Norte global combinan los TRIPS con las normas de la Unión Internacional para la Protección de Variedades de Plantas (UPOV), creada en 1961, que establece que si una empresa que se dedica a manipular semillas logra mediante cruces, selección y experimentación genética, una nueva variedad, puede adquirir derechos de propiedad intelectual mediante un certificado o una patente. En otras palabras, basta que cualquier laboratorio modifique un mínimo aspecto, natural o cultural, del recurso en cuestión para argumentar que se trata de un producto nuevo, distinto al original, y así triunfar en el tribunal que tenga jurisdicción sobre el pleito de patentes. Como es obvio, la gran mayoría de las veces se trata de tribunales del Norte global (Vieira, 2012).

12.4 ALC EN LA GEOPOLÍTICA DE LA AMAZONÍA

Otro espacio geográfico latinoamericano que a raíz de la crisis ambiental se ha transformado en extremo estratégico es la Amazonía, un ecosistema de alrededor de 7 millones de km2. Es compartido por 8 países sudamericanos (Brasil ~60 por ciento; Perú ~13 por ciento; Colombia ~10 por ciento; Bolivia ~6 por ciento; Venezuela ~6 por ciento; Guyana ~3 por ciento; Surinam ~2 por ciento; Ecuador ~1,5 por ciento), concentra los más altos índices de biodiversidad de la Tierra, presta servicios ecosistémicos incalculables y además contiene una enorme cantidad y variedad de recursos esenciales para la vida humana (como el agua), los procesos productivos y el desarrollo de nuevas tecnologías. Por estas razones se señala:

> Hoy, la Amazonía alcanza una relevancia nunca antes vista por dos razones principales. La primera es el aumento de la importancia del régimen del clima en el contexto global, trayendo a la superficie temas como la gobernanza de la biodiversidad. La segunda es el cambio en la forma en que se representa la naturaleza, movimiento que es atribuido a la creciente importancia de la misma en las esferas política y económica. Todas las discusiones presentes y futuras sobre el medio ambiente pasan por el bosque sudamericano, gran regulador de servicios del ecosistema. A pesar de haber ocupado un lugar en el escenario internacional desde los tiempos coloniales, en este nuevo contexto, la Amazonía pasa a tener una importancia estratégica fundamental (Bezerra, 2012, p. 535).

El interés de las potencias centrales por apropiarse de este territorio, a raíz de su riqueza en recursos naturales, se remontan al siglo XIX. Por ejemplo, a mediados del siglo XIX Estados Unidos señaló que el río "Amazonas era la continuación del río Mississippi, por debajo del continente, por lo cual la región estaba 'adentro' de las fronteras de Estados Unidos". Por esta razón, en "1853 el gobierno norteamericano reivindicó ante su par brasileño el pedido de internacionalización de la Cuenca del Amazonas alegando que Pará (hoy uno de los estados de Brasil) estaba más cerca de Nueva York que de Río de Janeiro y los transportes eran más fáciles para el norte" (Bruzzone, 2010, p. 102). Posteriormente, en la primera mitad del siglo XX, específicamente en 1919, el presidente norteamericano Woodrow Wilson, durante la reunión de la Liga de las Naciones en París, "en presencia de Epitacio Pessoa, delegado del Brasil, propuso al ministro británico Lloyd George 'la internacionalización de la Amazonía', argumentando que era un bien común como gran pulmón del mundo y, por lo tanto, patrimonio de la humanidad" (Ruiz-Eldredge, 1979). En 1935, Paul Reynaud, ministro de Francia, y el representante de Polonia, "ante la exigencia de Hitler para recuperar colonias alemanas,

propusieron resolver el problema del espacio vital mediante cesión de tierras de la Amazonía" (Ruiz-Eldredge, 1979, p. 14).

En la actualidad, con fenómenos como el cambio climático, la escasez de recursos naturales y la pérdida de biodiversidad, este interés por el control de la Amazonía se ha acrecentado enormemente, transformando a esta biorregión en un botín altamente atractivo para el Norte global. Bajo distintos argumentos buscan terminar y/o restringir severamente la soberanía de los Estados sudamericanos sobre este territorio ante su "incapacidad" para proteger este ecosistema.

Según Ken Conca, los países del Norte global han desarrollado diversos argumentos a favor de la internacionalización de la Amazonía. Entre ellos destaca la noción de que las selvas son bienes globales o bienes comunes (*global commons*), por lo que su degradación justificaría la intervención de la comunidad internacional (citado en Da Silva, 2017, p. 220). Por su lado, Stephen Stec, académico de la *Central European University*, ha propuesto que la noción "responsabilidad de proteger", que justifica intervenciones militares de la ONU en casos graves de violaciones de derechos humanos o genocidio, sea aplicada a temáticas ambientales. De esta forma, si un Estado periférico o del Sur global "fracasa en su responsabilidad de proteger la herencia común natural", otros Estados u organizaciones internacionales podrían intervenir en su territorio (Da Silva, 2017, p. 227). De igual forma, en 1989, el entonces presidente francés François Mitterand "afirmó que Brasil necesitaba acostumbrarse a la idea de una 'soberanía relativa' sobre la Amazonía" (Bruzzone, 2010, p. 104).

Como bien señaló la geógrafa brasilera Berta Becker, la Amazonía representa una gran frontera del capital natural para el Norte global. Es decir, el ecosistema amazónico es visto como un recurso escaso y como reserva de valor para la realización de capital futuro, fundamentalmente en lo que se refiere al uso de la biodiversidad condicionada al avance de la tecnología. En este sentido, la nueva geopolítica del Norte global busca arrebatar la soberanía y el control de este territorio, pero dejando atrás sus tradicionales acciones de conquista y expansión (siglos XVI al XX), modificándolas por su capacidad para influir de diversas maneras en la gestión y toma de decisiones sobre los territorios que les interesa controlar, toda vez que la tradicional conquista y mantenimiento colonial implican un costo económico y político muy alto (Becker, 2005). En este caso, podemos hablar de una interesante "nueva" geopolítica del Norte global, que se aplica a la Amazonía y otros territorios, y que utiliza el argumento de "luchar" contra la crisis ambiental. Es decir, una geopolítica ambiental alimentada por toda una ideología ecologista del poder, que expresa un neoimperialismo verde por parte del Norte global (Estenssoro, 2019; Estenssoro y Vásquez, 2022)

12.5 ESTRECHO DE MAGALLANES, MAR DE DRAKE Y ACCESO A LA ANTÁRTICA

Otro aspecto único y determinante de la geografía latinoamericana radica en que el cono más austral de Sudamérica, territorio compartido por Chile y Argentina, reúne dos características naturales que históricamente han sido muy importantes en la geopolítica mundial y que en los actuales tiempos de interregno hegemónico se han acrecentado aún más. En primer lugar, la zona más austral del subcontinente tiene las únicas vías naturales de comunicación entre los océanos Pacífico y Atlántico. En segundo lugar, y estrechamente relacionado con el aspecto anterior, se trata de la zona del planeta más cercana al continente antártico, lo cual transforma a las ciudades de Punta Arenas en Chile y Ushuaia en Argentina en espacios altamente estratégicos frente al creciente interés no solo de las megapotencias, sino de la casi totalidad de los Estados del planeta que quieren acceder a los recursos del continente helado y sus mares adyacentes.

- **ÚNICOS PASOS NATURALES DE COMUNICACIÓN INTEROCEÁNICA PACÍFICO-ATLÁNTICO**

En el extremo sur de América del Sur existen los tres pasos naturales bioceánicos que conectan los océanos Pacífico y Atlántico: el Estrecho de Magallanes, el Canal de Beagle y el Mar de Drake o Mar de Hoces.[1] El Estrecho de Magallanes, desde su descubrimiento en 1520 por la expedición de Hernando de Magallanes, adquirió una relevancia geopolítica y económica de primer orden al convertirse en la primera ruta marítima que conectaba de forma viable los océanos Atlántico y Pacífico, dado que permitió evitar los mares abiertos y extraordinariamente peligrosos que se extienden al sur del archipiélago de Tierra del Fuego, ofreciendo una ruta

1 La denominación del espacio marítimo ubicado entre el extremo sur de Sudamérica y la Antártida es objeto de una discrepancia historiográfica. La cartografía internacional predominante lo denomina "Pasaje de Drake" o "Mar de Drake" en honor al corsario inglés Francis Drake, quien navegó la zona en 1578 (Andrews, 1984), sin embargo, los historiadores españoles lo denominan "Mar de Hoces", señalando que el piloto español Francisco de Hoces, al mando de la carabela San Lesmes como parte de la expedición de García Jofre de Loaísa, habría avistado y navegado estas aguas en enero de 1526, cuando un temporal desvió su embarcación del Estrecho de Magallanes hasta alcanzar los 55° de latitud sur, demostrando así que la Tierra del Fuego no era parte de un continente desconocido sino el fin del continente americano (Oyarzun, 1975). El uso generalizado del nombre "Pasaje de Drake" o "Mar de Drake" responde a la mayor difusión histórica impulsada por la hegemonía británica en los siglos posteriores.

interior que, aunque compleja, resultaba considerablemente más segura que el temido rodeo del Cabo de Hornos. Durante los siglos XVI a XVIII, el Imperio español reconoció su valor estratégico para comunicar sus territorios americanos, implementando medidas de control como la Armada del Estrecho y la construcción de fuertes ante la amenaza de corsarios ingleses y holandeses. Tras los procesos independentistas latinoamericanos de inicios del siglo XIX, Chile consolidó su soberanía sobre la mayor parte del estrecho mediante la fundación de Punta Arenas (1848) y su reconocimiento en el Tratado de 1881 con Argentina.

Por su parte, el Mar de Drake o Paso Drake es el tramo de mar que separa la punta más austral de Sudamérica de la Antártida y tiene una extensión de aproximadamente 800 kilómetros en su punto más angosto. Además de permitir la navegación hacia el continente antártico, conecta los océanos Atlántico y Pacífico. Se accede a este pasaje marítimo bordeando el Cabo de Hornos, ubicado en el extremo meridional del archipiélago al sur de la Isla Grande de Tierra del Fuego, y constituye el punto donde termina el continente sudamericano y se inicia el Mar de Drake. El Cabo de Hornos y el Mar de Drake fueron avistados cinco años más tarde (1525) que el Estrecho de Magallanes por el marino español Francisco de Hoces, pero a diferencia de las aguas relativamente protegidas del Estrecho de Magallanes, el Cabo de Hornos y el Pasaje de Drake son espacios oceánicos abiertos donde confluyen los océanos Pacífico y Atlántico, generando uno de los mares más hostiles del planeta. La ausencia de masas de tierra que frenen los vientos del oeste da lugar a vientos huracanados y olas que superan los 12 metros de altura. A estas condiciones extremas se suman corrientes marinas impredecibles y la presencia de icebergs que se desplazan desde la Antártida, lo que ha convertido a este lugar en uno de los más peligrosos del mundo. El Canal de Beagle, en cambio, es un canal natural de origen glaciar ubicado entre la Isla Grande de Tierra del Fuego y las islas australes de Chile. Fue explorado en el siglo XIX por la expedición británica del Beagle donde iba Charles Darwin. Aunque también constituye una vía marítima muy protegida naturalmente que conecta el océano Pacífico con el Atlántico, su uso como ruta de navegación mayor es limitado por sus estrechamientos, complejidad geográfica y menor escala operativa. Por lo tanto, ha sido mucho menos utilizado que el Estrecho de Magallanes y el Paso Drake para el tránsito marítimo interoceánico.

En la actualidad, el Estrecho de Magallanes y el Paso Drake han recuperado un notable valor estratégico a raíz de las crecientes

tensiones geopolíticas y las limitaciones de otras rutas. Por ejemplo, el Estrecho de Magallanes ha visto un notable aumento como ruta alternativa ante la crisis de fiabilidad del Canal de Panamá, derivada de las recurrentes sequías que afectan al lago Gatún y que obligaron a reducir los tránsitos diarios. En 2024, aumentó su tráfico marítimo en un 22,5 por ciento; además, a diferencia del Canal de Panamá, permite el paso de buques de gran calado, incluyendo superpetroleros y naves post-Panamax (*La Prensa Austral*, 2025; PoderGeopolitico.com, 2025).

Imagen 9
Pasaje de Drake / Mar de Hoces

Fuente: elaboración propia

- **PUNTA ARENA Y USHUAIA, LAS MEJORES PUERTAS DE ENTRADA A LA ANTÁRTIDA**

La Antártida, con 14 millones de km2 de superficie, es el quinto mayor continente del planeta; y dado que está cubierto por una capa de hielo que llega a los 3000 metros de espesor (por esta razón también se le llama "Continente Blanco"), es la mayor reserva de agua del mundo. Ya en tiempos de la Guerra Fría, el continente antártico era "parte constitutiva del escenario y de la disputa geoestratégica mundial" (Riesco, 1987, p. 203). Si bien la Guerra Fría terminó en 1991, en la actualidad su importancia geopolítica y estratégica se ha acrecentado aún más. Esto se debe a que, desde un punto de vista geoeconómico, presenta una enorme riqueza en recursos naturales, renovables y no renovables. Por ejemplo, se calcula que mantiene reservas por 500 mil millones de toneladas de petróleo y entre 300 mil y 500 mil millones de toneladas de gas natural, además de grandes cantidades de platino –entre otros recursos minerales–, tanto en el continente como en el lecho marino de los mares que la circundan (Yermakova, 2021, pp. 122-123). De igual forma, presenta una enorme biodiversidad y riqueza en fauna marina, como ocurre con el krill, "considerado como el alimento del futuro para la humanidad" (Sepúlveda, 2008, p. 527). Por estas razones, el continente antártico y sus mares adyacentes son vistos como un rico, gigantesco y aún inexplotado "almacén" de recursos que, en tiempos de crisis ambiental global, se hace cada vez más valioso y profundiza el interés por su explotación y apropiación. Es cierto que, desde 1959, este inmenso continente está bajo la jurisdicción del Tratado Antártico, base del Sistema del Tratado Antártico (STA) por medio del cual se ejerce su gobernanza. El Tratado Antártico congeló toda reclamación territorial sobre la Antártida y dedicó este continente a la "paz y la ciencia", a la vez que puso serios límites a su explotación económica.[2] Por

2 Siete países son los que mantienen reclamaciones de soberanía territorial en la Antártida: Argentina, Chile, Reino Unido, Australia, Nueva Zelanda, Francia y Noruega. Existe un caso de superposición de reclamaciones en la Península Antártica entre Argentina, Chile y Reino Unido. Australia es el Estado que mayor proporción del continente reclama. El Tratado Antártico congela las disputas territoriales sin reconocer ni rechazar dichas reclamaciones, dedicando la actividad en este continente a materias científicas y de preservación ambiental. Estados Unidos y Rusia no reconocen las reclamaciones existentes, pero se reservan el derecho de formular las suyas en el futuro. El Tratado Antártico fue una iniciativa de Estados Unidos y fue firmado en 1959 por estos siete estados reclamantes de soberanía además de Bélgica, Japón, Sudáfrica, Estados Unidos y la Unión Soviética. Actualmente, 54 Estados son firmantes del Tratado, pero solo 29 tienen derecho a voto y se conocen como la Parte Consultiva del Tratado, estos son los doce firmantes originales más Alemania, Brasil, Bulgaria, República Checa, China, Corea

ejemplo, en 1982, entró en vigor la Convención sobre la Regulación de los Recursos Vivos Marinos Antárticos, y en 1991 se firmó el Protocolo Ambiental del Tratado Antártico o Protocolo de Madrid.[3] Sin embargo, la agudización de la crisis ambiental global y la posible expiración del Protocolo de Madrid en 2048, además del creciente interés de Estados Unidos y sus aliados anglo-occidentales por bloquear, y en lo posible eliminar, la presencia de China en este continente, están "calentando" la geopolítica del continente helado de una manera extraordinariamente rápida y peligrosa (Estenssoro, 2024, 2019; Estenssoro, Zúñiga y Lorenzo, 2022; Lorenzo et al., 2018; Lorenzo, 2025)

---

del Sur, Ecuador, España, Finlandia, India, Italia, Países Bajos, Perú, Polonia, Suecia, Ucrania y Uruguay (Lorenzo et al., 2018). Desde la perspectiva geopolítica, este tratado nació únicamente porque los estadounidenses consideraron que congelar las disputas por sus reclamaciones territoriales y circunscribir la gobernanza del continente a un pequeño grupo de países involucrados, donde ellos eran la potencia más influyente y sin contrapeso, era la solución óptima para sus intereses hegemónicos, en un momento en que la explotación económica de la Antártida se veía poco atractiva. Además necesitaban evitar que la URSS intentara reclamar soberanía sobre este territorio. De acuerdo con Howkins, este tratado se pudo concretar después de que, tras conocer los informes del año geofísico de 1958, Estados Unidos y los británicos se convencieron "de que el potencial económico a corto plazo de la Antártida era limitado". Al no encontrarse "depósitos minerales económicamente valiosos", y a la vez confirmarse "la naturaleza inhóspita del medioambiente antártico", estadounidenses y británicos postergaron sus intenciones de soberanía exclusiva y se allanó una "internacionalización limitada del continente" (Howkins, 2011, p. 185). De esta forma, el Tratado Antártico permitió que la gobernanza sobre el continente fuera moldeada y hegemonizada por un "marco occidental dominante", de claro predominio anglófono, lo que "significa que en su gobernanza han prevalecido hasta el momento 'los intereses y valores' de los países anglo-occidentales, liderados por Estados Unidos y secundado estrechamente por el Reino Unidos, Australia y Nueva Zelanda, principalmente" (Dodd y Hemmings, 2013, p. 1435).

3 La Convención sobre la Conservación de los Recursos Vivos Marinos Antárticos (CCRVMA/CCAMLR) fue adoptada en 1982 en el marco del Sistema del Tratado Antártico. Estableció un régimen jurídico internacional orientado a la conservación y uso racional de los recursos vivos marinos del océano Austral que rodea la Antártida, incorpora un enfoque ecosistémico y precautorio, que obliga a considerar los efectos directos e indirectos de la explotación –particularmente de pesquerías como el krill– sobre las cadenas tróficas y la integridad del ecosistema en su conjunto. Prohíbe la disminución de poblaciones por debajo de niveles que aseguren su recuperación, exige mantener las relaciones ecológicas entre especies dependientes y asociadas, y prevé la adopción de medidas de manejo adaptativo frente a la incertidumbre científica (Comisión para la Conservación de los Recursos Vivos Marinos Antárticos, 1982). Por su parte, el Protocolo del Tratado Antártico sobre Protección del Medio Ambiente (1991) –conocido como Protocolo de Madrid– estableció el marco jurídico para la protección ambiental de la Antártida, declarándola "reserva natural dedicada a la paz y a la ciencia". Su eje central es la prohibición absoluta de actividades relacionadas con los recursos minerales (salvo investigación científica), configurando una moratoria indefinida a la explotación minera. Asimismo, impuso la evaluación de impacto ambiental obligatoria para toda actividad (científica, logística o turística), regula la gestión de residuos, la prevención de la contaminación marina, y la protección de la flora y fauna, incluyendo la designación de zonas especialmente protegidas (Sistema del Tratado Antártico, 1991).

Bajo este escenario, las ciudades de Punta Arenas en Chile y Ushuaia en Argentina adquieren una centralidad ineludible al momento de analizar la geopolítica antártica en el marco del presente interregno hegemónico. Ambas ciudades, por su localización geográfica, constituyen la mejor "puerta" de entrada o acceso al Continente Blanco dado que, de todas las "puertas de acceso" que existen, no solo son las más cercanas en cuanto a distancia, sino que también son las únicas que permanecen abiertas todo el año, debido a las condiciones en extremo rigurosas del invierno antártico que obliga a las otras "puertas" únicamente a funcionar en verano.[4] Esta situación geográfica privilegiada las ha convertido prácticamente en "ciudades capitales" de la Antártida; sin embargo, también las ha colocado en el corazón de la creciente tensión entre Estados Unidos y China por el acceso al Continente Blanco (se profundiza en capítulo 14).

Imagen 10

Fuente: elaboración propia

4 Las otras denominadas "puertas de entrada" son Hobart en Australia, Puerto de Lyttelton en Nueva Zelanda y Ciudad del Cabo en Sudáfrica

13

EL PELIGRO DE ALC: TRANSFORMARSE EN *SUR ABSOLUTO* O EN *PERIFERIA PERMANENTE* DEL NUEVO ORDEN MUNDIAL

Una de las consecuencias del fin de la Guerra Fría, con la llegada de la globalización neoliberal y el surgimiento de potencias emergentes, fue el debate sobre la pertinencia de seguir utilizando las categorías de jerarquización del poder en el orden mundial comúnmente empleadas durante ese período: Primer Mundo –países capitalistas desarrollados–, Segundo Mundo –países comunistas industrializados– y Tercer Mundo –países subdesarrollados–, así como la división Norte-Sur. En 1991, algunos especialistas afirmaban que todas estas clasificaciones habían perdido sentido:

> Un problema inmediato es que muchos de los términos en los que normalmente se plantearía un debate de este tipo han quedado obsoletos (…); el término "Tercer Mundo" ha perdido casi todo su contenido. En ausencia de un Segundo Mundo, ahora que el sistema comunista se ha desintegrado en gran medida, ¿cómo puede haber un Tercero? (…) ¿Qué significa "Occidente" cuando incluye a Japón y Australia, o "Norte" cuando incluye a Albania, Rumania y la Unión Soviética, o "Sur" cuando incluye a Corea y excluye a Australia? (Buzan, 1991, p. 432).

Si bien la división del mundo en tres estamentos ya no tenía sentido, la división Norte-Sur no desapareció, sino que se fortaleció, pues

pasó a identificar el principal eje diferenciador de poder en el sistema internacional durante las décadas siguientes. Al respecto, cabe recordar que, durante la Guerra Fría, los países subdesarrollados o en vías de desarrollo, catalogados como Tercer Mundo –muchos de ellos de reciente descolonización–, comenzaron a organizarse y a plantear que la lógica dominante del debate internacional, enfocada en el conflicto Este-Oeste, es decir, entre el bloque capitalista y el bloque comunista, no respondía a sus necesidades y realidades más urgentes. Por lo tanto, se organizaron como un bloque propio, dando origen primero al Movimiento de Países No Alineados, y posteriormente al Grupo de los 77 (G77).

Al respecto, cabe recordar que el Movimiento de Países No Alineados (MNOAL) comenzó a gestarse en el contexto de la descolonización posterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando, en abril de 1955, se reunieron en la Conferencia de Bandung, Indonesia, 29 países mayoritariamente afroasiáticos que buscaban consolidar su soberanía frente a las potencias coloniales y evitar ser absorbidos por la lógica de enfrentamiento de los bloques capitalista y comunista. En septiembre de 1961, en Belgrado (Yugoslavia), el MNOAL fue formalmente establecido en la Primera Conferencia de Jefes de Estado o de Gobierno de Países No Alineados, bajo el liderazgo de Josip Broz Tito, de Yugoslavia; Jawaharlal Nehru, de India; Gamal Abdel Nasser, de Egipto; Kwame Nkrumah, de Ghana, y Sukarno, de Indonesia. Los objetivos fundacionales del movimiento, plasmados en la Declaración de Belgrado, incluían la condena al colonialismo, al imperialismo y al neocolonialismo en todas sus formas; la oposición a los bloques militares existentes y al mantenimiento de bases militares extranjeras; así como la defensa de la independencia nacional, la soberanía y la integridad territorial de los países en desarrollo (Frangonikolopoulos, 1995; Dziak, 2025).

Por su parte, el G77 nació en junio de 1964 como una coalición de países en desarrollo, en el contexto de la Primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), celebrada en Ginebra. Allí, 77 países suscribieron la "Declaración Conjunta de los Setenta y Siete Países en Desarrollo", con el propósito de formular y promover sus intereses económicos colectivos dentro del sistema de la ONU. El grupo se institucionalizó en 1967, cuando sus miembros se reunieron en Argel y adoptaron la Carta de Argel, documentó fundacional que estableció sus mecanismos institucionales y su plataforma de acción común, orientada a aumentar la influencia de los países en desarrollo para abordar las desigualdades estructurales en el comercio internacional, la deuda externa y la transferencia de tecnología, al tiempo que sentó las bases para la cooperación Sur-Sur.

Desde entonces, el G77 ha crecido hasta integrar a 134 Estados miembros, que representan aproximadamente el 80 por ciento de la población mundial y dos tercios de los miembros de la ONU. En 1992, China se sumó al bloque como colaborador externo y no como miembro de pleno derecho. Sin embargo, participa activamente en sus reuniones ministeriales y cumbres, aporta financiamiento y respaldo político, y se beneficia de la plataforma del G77 para articular posiciones comunes del Sur global en los foros multilaterales. Por ello, las declaraciones conjuntas se firman como G77 + China (Ahmia, 2014; Baumann et al., 2024).

De esta forma, al unir fuerzas, estos países buscaban relevar en el debate político de la ONU la necesidad de superar el subdesarrollo que los caracterizaba y que afectaba, además, a la gran mayoría de los Estados del sistema internacional. Asimismo, procuraban modificar las inequitativas condiciones del comercio internacional, cuyas reglas e instituciones beneficiaban principalmente a los países del bloque dominante: el Primer Mundo o países capitalistas desarrollados.

A inicios de la década de 1970, el G77 y el Movimiento de Países No Alineados comenzaron a presionar por una transformación del orden económico de la posguerra establecido en Bretton Woods, en la medida en que este era percibido como una estructura creada al servicio de los intereses del hegemón y sus aliados, que perpetuaba la desigualdad, la dependencia y el neocolonialismo. Como bien denunciaban los representantes de los países tercermundistas:

> Las naciones ricas han erigido un formidable muro protector alrededor de sus estilos de vida, mediante barreras arancelarias y de otro tipo, y mediante prácticas restrictivas a la inmigración, al tiempo que rinden un cálido tributo al "libre" funcionamiento de los mecanismos internacionales de comercialización. Los países en desarrollo sostienen que la mayoría de los mercados están muy manipulados: la única pregunta es quién los maneja y en beneficio de quién (…). Las naciones pobres tienen solo una participación pro forma en las decisiones económicas que se toman en el mundo. Su opinión pesa muy poco cuando las grandes naciones industrializadas se reúnen para adoptar decisiones clave sobre el futuro económico mundial […] y su mayoría numérica en la Asamblea General [de la ONU] no ha significado, hasta el momento, una influencia real en las decisiones económicas internacionales (Hag, 1978, p. 17).

Como resultado de esta presión, nació la propuesta de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) en 1974, cuando la Asamblea General de la ONU, en su Sexta Sesión Especial, adoptó por consenso la Declaración sobre el Establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional (United Nations General Assembly, 1974). Su

objetivo era corregir las desigualdades e injusticias existentes en la gobernanza económica mundial, eliminando la creciente brecha entre países desarrollados y países en vías de desarrollo –o subdesarrollados– mediante la creación de un sistema basado en la equidad, la igualdad soberana y la cooperación.

El NOEI reivindicaba el pleno derecho de soberanía de los Estados sobre sus recursos naturales, la regulación de las empresas transnacionales, el establecimiento de precios justos y estables para las materias primas, y la concesión de un trato preferencial y no recíproco para los productos de los países en vías de desarrollo en el comercio internacional. Sin embargo, pronto este debate cayó en un punto muerto ante la resistencia sistemática de los países capitalistas desarrollados, que rechazaban modificar las reglas de la economía global que les resultaban ampliamente favorables.

Con la intención de destrabar esta situación, a inicios de 1977, Robert McNamara, presidente del Banco Mundial, anunció la creación de una comisión integrada por políticos y economistas de reconocido prestigio, pero independientes; es decir, ninguno podía ser representante oficial de algún gobierno. Esta comisión debía formular propuestas para alcanzar un acuerdo global y superar el estancamiento de las negociaciones iniciadas con el NOEI. Además, se solicitó al excanciller de Alemania Federal, Willy Brandt, que presidiera esta comisión, denominada *Independent Commission on International Development Issues* (Comisión Independiente sobre Problemas Internacionales del Desarrollo). La instancia fue integrada solo por expertos del Primer y del Tercer Mundo, dado que no se invitó a participar a especialistas del mundo comunista o Segundo Mundo, es decir, provenientes de la Unión Soviética, Europa oriental y China (Centre for Global Negotiations, 2001).

Tres años después, en 1980, se publicó el informe con los resultados de esta comisión, *North-South: A Programme for Survival*, que se popularizó como Informe Brandt. El informe ratificó la existencia de una brecha estructural entre países desarrollados y países en vías de desarrollo, la cual comprometía la estabilidad del sistema económico global. Asimismo, institucionalizó el concepto de Norte para identificar a los países desarrollados y el concepto de Sur para referirse a los países en vías de desarrollo o subdesarrollados.

En este sentido, el informe planteó que la pobreza y el subdesarrollo del Sur constituían riesgos sistémicos –económicos y geopolíticos– para el conjunto del orden internacional. Por ello, propuso una agenda de cooperación Norte-Sur basada, entre otras medidas, en el incremento de la ayuda oficial al desarrollo, la reforma de las instituciones financieras internacionales, la estabilización de los mercados de materias primas y la promoción de un comercio más justo.

Además de establecer la nomenclatura Norte-Sur, el Informe Brandt popularizó una representación visual de la brecha en la riqueza global al trazar una línea –la línea Brandt– que dividía al Norte desarrollado –incluyendo a Australia y Japón– del Sur subdesarrollado –que incluía a la República Popular China, debido a sus índices de pobreza y bajo nivel de desarrollo– (Comisión Independiente sobre Problemas Internacionales del Desarrollo, 1981).

Imagen 11
Línea Brandt 1981-1991

Fuente: elaboración propia.

Como se ha señalado, tras el fin de la Guerra Fría, la brecha entre países desarrollados y países en vías de desarrollo no desapareció. Por ello, se siguió utilizando la clasificación Norte-Sur para diferenciar, al interior del sistema internacional, al mundo más rico del mundo más pobre: "la idea de 'Sur' se construyó esencialmente por oposición al Norte y por diferenciación respecto del conflicto Este-Oeste. Desaparecido este último, se reafirma la definición por oposición al primero" (Kern y Weisstaub, 2011, p. 87).

Además, se volvió común hablar de Norte global y Sur global en la medida en que se buscaba enfatizar no solo las asimetrías económicas entre países ricos y países pobres, sino, sobre todo, la asimetría de poder que esta situación provoca. Como afirma Del Prado (1998): "la división Norte-Sur refleja la distribución de poder en el sistema internacional" (p. 23). Como se trata de una distribución asimétrica de poder, es ampliamente compartida la idea de que "tanto la política como la economía de las naciones más fuertes del planeta imponen las reglas del juego en las relaciones mundiales" (Falconí, 2014, p. 89).

Evidentemente, son los países desarrollados los actores más fuertes del sistema, según plantean las distintas tradiciones teóricas dedicadas a estudiar las relaciones de poder, en la medida en que consideran que la economía –entendida como nivel de desarrollo, capacidad productiva y riqueza– constituye un atributo central del poder estatal, como base material y como fuente directa de influencia en el sistema internacional. Por lo tanto, no se cuestiona el hecho de que los Estados desarrollados ostentan una influencia mayor en el sistema internacional frente a los países subdesarrollados o en vías de desarrollo.

De aquí, entonces, que la noción de Norte global-Sur global comience a utilizarse en la posguerra fría para caracterizar la tensión de poder surgida en el sistema internacional a raíz de la política unipolar de Estados Unidos, que, secundado por sus más estrechos aliados occidentales –la Unión Europea–, y también por Japón y Corea del Sur, buscó mundializar el globalismo neoliberal. Ellos, el Norte global, capitaneados por Estados Unidos, continuaban con la política instalada tras el término de la Segunda Guerra Mundial: definir los asuntos internacionales exclusivamente en función de sus propios intereses, en desmedro de los intereses del resto, es decir, de la gran mayoría de los Estados identificados como Sur global.

Por cierto, estas clasificaciones no son estáticas y dependen de la evolución histórica del poder que los Estados van adquiriendo o perdiendo según sus respectivos procesos de desarrollo. En la actualidad, frente al evidente crecimiento económico ocurrido durante las últimas tres décadas, especialmente en el caso de China y de las llamadas potencias emergentes, han aumentado los análisis que critican la validez de la clasificación Norte global-Sur global. Esta crítica se funda en que "China ya no es un país subdesarrollado periférico, sino que comienza a rivalizar con Estados Unidos"; a su vez, "India se está poniendo al día rápidamente", y se espera que "el crecimiento en las economías emergentes siga siendo más fuerte que en los países de altos ingresos" (Stephen, 2017, pp. 486-487).

Así, mientras algunos análisis afirman que el crecimiento meteórico de China constituye un caso paradigmático que desafía las etiquetas tradicionales de clasificación, tales como la división Norte-Sur (Ali, 2024), otros plantean que, en la actualidad, varias naciones del Sur global superan a diversas naciones del Norte global en múltiples medidas e indicadores (Pearl, Sergi y Muszynski, 2025).

Sin embargo, no todos están de acuerdo con estas tesis. Otros autores, lejos de considerar que la irrupción de potencias como China, India y otras haya erosionado el significado de esta clasificación Norte-Sur, afirman que sigue vigente, dado que la brecha fundamental entre naciones desarrolladas y en vías de desarrollo continúa reproduciéndose en el siglo XXI. Se argumenta que la persistencia de desigualdades estructurales en ámbitos como el ingreso per cápita, la capacidad tecnológica y la influencia en las instituciones financieras globales demuestra que el crecimiento de unos pocos países del Sur no ha desmantelado la lógica centro-periferia ni la distinción entre Norte global y Sur global (Lees, 2025).

Igualmente, se sostiene que el concepto de Sur global ha evolucionado hacia una identidad geopolítica activa, basada en experiencias históricas compartidas, como el colonialismo y la búsqueda de un orden internacional más justo. Ello refuerza su pertinencia como categoría de análisis político, del mismo modo que la utilidad de la dicotomía Norte-Sur reside precisamente en su capacidad para revelar relaciones de dominación, estructuras de subdesarrollo y solidaridades políticas que, de otro modo, permanecerían ocultas (Menon, 2024; Sud y Sánchez-Ancochea, 2022).

Por lo tanto, es claro que el debate sobre la vigencia o no de esta clasificación está en pleno desarrollo y continuará en la medida en que los cambios en las relaciones de poder sigan acentuándose. Sin embargo, más allá de este debate, al observar la evolución del crecimiento económico mundial (ver Cuadro 3) resulta evidente que el centro de gravedad y el mayor dinamismo del planeta se están desplazando hacia el continente asiático. Este continente, además de ser el más poblado –contiene aproximadamente el 60 por ciento de la humanidad–, alberga a la "locomotora china" y a la "sublocomotora india", junto con otras economías de rápido crecimiento.

Más aún, ya hemos visto que todas las proyecciones señalan que esta tendencia solo se acrecentará en las décadas siguientes. Esto indica, de manera irrefutable, que la Línea Brandt está experimentando una tendencia de desplazamiento en dirección este-oeste, en la medida en que los cambios más significativos en materia de desarrollo y crecimiento económico global se están produciendo en Asia.

Imagen 12
Desplazamiento Línea Brandt

Fuente: elaboración propia

Como se ha señalado, China es una verdadera locomotora que está impulsando la economía a nivel mundial, pero son los países asiáticos los que más se benefician de este impulso. Incluso megapotencias económicas como Japón, que alcanzó el estatus de país desarrollado décadas antes que China, o economías capitalistas desarrolladas como Corea del Sur y Taiwán, se han transformado en satélites que no pueden escapar de la fuerza de gravedad que implica la economía china.

Como se desprende del Cuadro Nº 10, la mayor participación en el comercio total chino se concentra en Asia, particularmente en la ASEAN, Corea del Sur, Japón, Taiwán, India y Golfo Pérsico (incluido Irán). Si se incorpora a Rusia, puede afirmarse que el eje predominante del comercio chino es eurasiático, lo que evidencia una reconfiguración estructural del comercio de esa región en torno a China, en la medida que no solo refleja proximidad geográfica, sino también una creciente integración productiva, energética y logística. A su vez, al observar la posición de China como socio comercial para estos países se constata que en la mayoría de los casos ocupa el primer lugar, lo que sugiere que dichas economías obtienen beneficios significativos –en términos de acceso a mercado, inversión y encadenamientos productivos– del dinamismo económico chino.

Cuadro 11
Participación del comercio de China por bloques y países (estimaciones 2024-2025)

Bloque / País	**Participación en comercio total de China (%)**	**Posición de China como socio comercial**
ASEAN	15-17%	1° socio comercial
Unión Europea	12-14%	2° socio comercial
Estados Unidos	8,5-9,0%	3° socio comercial
Golfo Pérsico (Arabia Saudita, EAU, etc.)	8-10%	1° socio comercial
Corea del Sur	6-7%	1° socio comercial
América Latina y Caribe	6-7%	2° socio comercial
Japón	4-5%	1° socio comercial
Taiwán	4-5%	1° socio comercial
Rusia	3-4%	1° socio comercial
India	3-4%	2° socio comercial
África	5-6%	1° socio comercial
Asia ex soviética (Kazajistán, Uzbekistán, etc.)	2-3%	2° socio comercial
Turquía	1-2%	2° socio comercial
Otros	15-20%	Variable

Fuente: elaboración propia en base a datos del FMI, BM (2024-2025)

En contraste, el peso relativo del bloque occidental (Estados Unidos y la Unión Europea) en el comercio total de China es comparativamente menor, y, además, en estos casos China no siempre ocupa la primera posición como socio comercial, lo que evidencia una menor dependencia relativa de esos mercados. Esta brecha se amplía aún más cuando se incorporan África y América Latina, regiones donde China también se posiciona como principal o segundo socio comercial, consolidando un patrón de inserción internacional que trasciende Occidente y refuerza una lógica de articulación Sur-Sur.

En síntesis, se puede sostener que la dependencia comercial de China respecto del bloque occidental es menor que la relevancia de sus vínculos con Eurasia y el Sur Global. Esto tiene profundas implicancias geopolíticas si consideramos que Asia es el continente con mayor peso específico en la economía mundial, una característica que solo se acentuará en los años venideros.

Cuadro 12
Participación en la economía mundial
por bloques y subcontinentes

Bloque / País	**2025 (%)**	**2045 (%)**
Asia	36% - 39%	42% - 45%
Rusia	1,8% - 2,0%	1,5% - 1,7%
EE. UU. y Canadá	27% - 29%	23% - 25%
Unión Europea	15% - 16%	12% - 14%
África	3% - 4%	5% - 6%
América Latina y Caribe	6% - 7%	5,5% - 6,5%
Oceanía	1,8% - 1,9%	1,5% - 1,7%

Fuente: elaboración propia en base a FMI, Banco Mundial y StatisticsTimes.com

Se espera que para 2045 la consolidación de Asia como epicentro indiscutible del crecimiento económico mundial esté plenamente afianzada y a gran distancia del resto de los continentes. Asia aumentaría su peso relativo desde el 36-39 por ciento en 2025 al 42-45 por ciento en 2045, ampliando significativamente su distancia respecto de los bloques occidentales tradicionales. Si a ello se suma Rusia –país euroasiático–, este conjunto alcanzaría casi el 48 por ciento de la economía mundial. En cambio, Estados Unidos y Canadá retrocederían del 27-29 al 23-25 por ciento, mientras que la Unión Europea descendería del 15-16 al 12-14 por ciento. Esto implica que la ventaja asiática sobre Norteamérica pasaría de 9-12 puntos porcentuales a 17-22 puntos, consolidando un orden económico mundial con una clara primacía asiática.

Por lo tanto, si nos proyectamos al año 2045/2050, Asia, América del Norte anglosajona y Europa seguirán siendo los principales polos de la economía mundial, aunque con Asia a una distancia considerable de los otros dos. En contraste, África y América Latina y el Caribe

muestran un preocupante estancamiento relativo: África apenas incrementaría su participación del 3-4 al 5-6 por ciento en dos décadas, muy por debajo de lo esperable dado su bono demográfico, mientras que ALC experimentaría una pérdida absoluta de peso, al caer del 6-7 al 5,5-6,5 por ciento. Ello proyecta que tanto África como América Latina y el Caribe permanecerían en la periferia del sistema económico mundial.

Lo anterior significa que, para 2045, la clasificación Norte global-Sur global, tal como se ha entendido hasta ahora, habrá cambiado radicalmente, en la medida en que la Línea Brandt se habrá desplazado de este a oeste, dejando a América Latina y a África en una suerte de "Sur absoluto" o "periferia permanente" del nuevo orden multipolar que probablemente surgirá de este interregno hegemónico. Esto equivaldría a un estado de "desarrollo estacionario", congelado en el tiempo, con graves repercusiones geopolíticas y profundas consecuencias para las relaciones de poder mundial de la región (ver Imagen 13).

Imagen 13
Nueva Línea Brandt (2050)
ALC y África "Sur absoluto" / "Periferia permanente"

Fuente: elaboración propia

Recordemos que el poder político proviene del poder económico y que la categoría de "desarrollados", con todo lo polémica y reduccionista que puede resultar, se sustenta en sociedades altamente industrializadas, según se demuestra históricamente, dado que el estatus de "desarrollados" solo fue conseguido por aquellos países que lograron sostener en el tiempo un permanente proceso de industrialización (Chang, 2002). Este proceso de industrialización es el que ha hecho China y el que está haciendo India, así como prácticamente todo el resto del vasto continente asiático, además de Rusia. Sin embargo, para el caso de ALC está ocurriendo el proceso inverso. En las últimas cuatro décadas, bajo las directrices neoliberales ordenadas por el Consenso de Washington y la aplicación de la teoría de las "ventajas comparativas", esta región del mundo ha vivido un proceso de desindustrialización y reprimarización de su economía. Es decir, ha vuelto a depender casi exclusivamente de las exportaciones de recursos naturales y materias primas de escaso valor agregado para su "crecimiento" económico.[1]

Más aún, este fenómeno se ha visto acentuado por la creciente demanda china de *commodities* provenientes de la región, según señalan diversos estudios que analizan la incidencia del comercio de ALC con China durante las últimas dos décadas. Si bien nadie discute que la inserción económica internacional de la región ha estado históricamente basada en la exportación de recursos naturales y *commodities* –una situación estructural que se originó con el propio proceso de conquista y colonización del continente desde el siglo XVI, que se ha mantenido hasta el presente y que

1 La noción de "reprimarización" está vinculada a los debates sobre los modelos de desarrollo y alude a un proceso histórico-estructural de reorientación de las economías de América Latina y el Caribe (ALC). Esta reorientación implica un doble movimiento: un alejamiento del anterior modelo de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) –que desde mediados del siglo XX había priorizado la producción manufacturera de bienes con mayor valor agregado para el mercado interno– y un retorno hacia una especialización productiva basada en la exportación de materias primas o actividades primarias de bajo valor agregado. Este giro se aceleró y consolidó con la implementación de las políticas neoliberales del Consenso de Washington a partir de la década de 1990, en las que la apertura comercial, la desregulación y el desmantelamiento de la capacidad de intervención y planificación de los Estados, sumado a la financierización de la economía, promovieron la desindustrialización de la región y la reorientación de la actividad productiva hacia sectores primario-exportadores, con efectos regresivos en el empleo y la distribución del ingreso y el debilitamiento de las estructuras productivas de los Estados, haciéndolas más dependientes y frágiles.

probablemente continuará durante el siglo XXI–, se plantea que la demanda china, concentrada en cobre, soja, petróleo y otros recursos primarios, ha tendido a acentuar esta reprimarización.[2]

Esta situación de reprimarización y desindustrialización, de no modificarse, condena estructuralmente a la región a permanecer en un estado de dependencia, subordinación y atraso, frente a los principales centros de poder (tradicionales y emergentes) que están reconfigurando el orden mundial. En síntesis, ALC corre el riesgo de transformarse en el "Sur absoluto" o "periferia permanente" del nuevo orden mundial que está emergiendo.

2 Por ejemplo, Santana Suárez (2018) plantea que el crecimiento de la demanda china por productos primarios no ha generado una reprimarización completamente nueva en América Latina, sino que ha reforzado y profundizado una estructura exportadora históricamente primaria. Por su parte, Aviles y Wong (2019) sostienen que la relación con China sí ha inducido a una reprimarización estructural, al reorientar la producción hacia sectores de menor valor agregado y reforzar la dependencia externa. Por su parte, Quiliconi y Vergara (2025) plantean que la alta concentración de exportaciones primarias hacia China es consistente con una persistencia de patrones estructurales asimétricos, en donde la región exporta materias primas e importa productos manufacturados de creciente valor agregado. Sin embargo, se debe tener presente que la reprimarización de ALC no es "culpa" de China, sino de las propias políticas que han implementado los tomadores de decisiones de ALC que servilmente aceptaron las órdenes emanadas del Consenso de Washington.

14

ALC EN EL "OJO DEL HURACÁN" DE LAS LUCHAS POR EL PODER MUNDIAL

Como se expuso en los capítulos anteriores, América Latina y el Caribe (ALC), en virtud de su geografía –que combina una localización estratégica con una excepcional dotación de recursos naturales y ecosistémicos–, se ha transformado en un espacio de disputa creciente tanto entre las grandes potencias como entre aquellas que buscan consolidar o escalar posiciones en la jerarquía internacional. En un escenario marcado por la transición hacia un orden mundial –muy probablemente de carácter multipolar–, estas potencias, tradicionales y emergentes, compiten intensamente por asegurar acceso a recursos críticos, mercados y posiciones de influencia, elementos indispensables para sostener y proyectar su poder. En este contexto, la región no solo adquiere un valor estratégico central, sino que es observada con un interés de control y dominio cada vez más explícito, convirtiéndose en un territorio clave para los actores que pugnan por ocupar y/o no perder una posición principal en el núcleo de poder del nuevo orden mundial emergente. Es en este sentido que ALC está situada en el "ojo del huracán" del actual interregno hegemónico.

Lo anterior no significa que adoptemos una posición pesimista, sino que, por el contrario, mantengamos un análisis realista. Que esta situación sea buena o mala para la región, dependerá de las acciones

que esta tome en función de sus intereses, que no son otros que los intereses de sus pueblos y sociedades. Desde esta perspectiva realista, lo primero que debe hacer la región es confrontar y eliminar la principal amenaza que pone en peligro su propia existencia, es decir, terminar con la histórica política imperialista de Estados Unidos hacia ALC, desde la Doctrina Monroe (1823) en adelante.

Como ha sido ampliamente estudiado, esta región del mundo ha sido históricamente considerada por los estadounidenses como su área de influencia más inmediata y subordinada a sus intereses políticos, económicos y estratégicos. Por ello, también la entienden como su "patio trasero" o *backyard*, donde no resulta tolerable la presencia de otras potencias que amenacen su supremacía (Fuentes y Rojas, 2003; Grandin, 2006; Tulchin, 2018). En este sentido, la Doctrina Monroe ha sido históricamente asociada al control de ALC por parte de Estados Unidos. Si bien esta doctrina –resumida en la fórmula "América para los americanos"– se dirigía inicialmente a evitar que los imperios europeos intentaran recolonizar y reconquistar las relativamente recientes colonias independizadas, poco a poco se transformó en la base de una política estadounidense imperialista y expansiva sobre ALC.

Por ejemplo, según Joseph S. Tulchin, en 1895, el secretario de Estado Richard Olney señaló al ministro de Relaciones Exteriores británico, lord Salisbury, que Estados Unidos "era prácticamente soberano en este hemisferio", lo que reflejaba y anticipaba lo que ocurriría en las décadas siguientes (Tulchin, 2018, p. 83). Por otra parte, esta doctrina ha sido constantemente enriquecida con diferentes corolarios, manifiestos y políticas, conforme evolucionaba el poder de Estados Unidos hasta alcanzar, en 1945, la hegemonía del sistema internacional (Chomsky, 2003, 2016; Falk, 2004; Grandin, 2006).

Recuérdese, por ejemplo, el "aporte" que realizó la noción de Destino Manifiesto (1845), según la cual los estadounidenses estaban predestinados, por mandato divino y por su supuesta superioridad moral y cultural, a expandirse desde el océano Atlántico hasta el océano Pacífico (Stephanson, 1995). Igualmente, cabe mencionar el llamado Corolario Roosevelt a la Doctrina Monroe (1904), que amplió esta doctrina al señalar que Estados Unidos tenía el derecho y la obligación de intervenir en los asuntos de América Latina en casos de injusticia crónica o incompetencia de los gobiernos locales (Grandin, 2006; Sexton, 2011).

De la misma forma, cabe destacar la política de contención del comunismo impulsada por Truman (1947) y la Doctrina de Seguridad Nacional, implementada por Estados Unidos durante la Guerra Fría, es decir, entre 1945 y 1991. Para el caso de ALC, esta política

anticomunista se materializó, primero, en septiembre de 1947, con la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), que estableció la obligación de asistencia mutua entre los Estados americanos en caso de ataque armado contra alguno de ellos. Continuó en 1948, con la firma de la Carta de la Organización de los Estados Americanos (OEA), que, si bien formalmente buscaba fortalecer la paz y la seguridad, fomentar la cooperación y la resolución pacífica de conflictos, junto con promover la democracia y el desarrollo entre los Estados del continente americano, en realidad "recogía la mayor parte de los postulados del TIAR y fue la forma que consiguió Estados Unidos, en los años siguientes, para mantener su hegemonía en el continente, conforme a los acuerdos y métodos americanos, al margen de la ONU" (Morgenfeld, 2010, p. 34).

Finalmente, el tercer capítulo de esta panoplia de políticas anticomunistas desplegadas por Estados Unidos en ALC durante la Guerra Fría fue la Doctrina de Seguridad Nacional (DSN). Esta consistió en un conjunto de políticas y directrices norteamericanas dirigidas hacia las Fuerzas Armadas latinoamericanas y hacia actores políticos regionales afines a su ideología anticomunista y antisoviética, con el propósito de justificar alzamientos militares, golpes de Estado y derrocamientos de gobiernos elegidos democráticamente, bajo el argumento de "proteger" a las sociedades de los distintos países frente al enemigo interno –comunistas y marxistas–, considerado un peligro mayor que cualquier amenaza externa.

Bajo esta ideología, Estados Unidos entrenó y adoctrinó a miles de oficiales de las Fuerzas Armadas latinoamericanas en técnicas de contrainsurgencia, tortura y terrorismo de Estado en la denominada Escuela de las Américas, ubicada en Panamá. Igualmente, al amparo de la DSN, se justificó una serie de golpes de Estado y posteriores dictaduras militares en ALC, especialmente –aunque no únicamente– durante las décadas de 1960 y 1970 (Comblin et al., 1979; Tapia, 1980; Leal Buitrago, 2003; Gallego, Eggers-Brass y Gil Lozano, 2006).

Ciertamente, con el fin de la Guerra Fría, esta derivada anticomunista de la Doctrina Monroe perdió sentido e, incluso, la propia doctrina parecía innecesaria frente al optimismo del globalismo neoliberal en que habían caído los principales actores del establishment del poder estadounidense. En particular, la idea de una posible superación de la doctrina surgió en 2009, durante la V Cumbre de las Américas, celebrada en Trinidad y Tobago, cuando el presidente Barack Obama, dirigiéndose a los líderes de los países de ALC, señaló: "Busco una asociación igualitaria. No hay socios principales ni socios secundarios en nuestras relaciones. Estados Unidos quiere ser un socio, no un mecenas" (Obama, 2009).

Sin embargo, a poco andar, quedó claro que las palabras de Obama solo constituían retórica diplomática y que esta doctrina seguía viva y cada vez más fortalecida en el establishment del poder estadounidense, especialmente frente a la amenaza que percibían por la creciente presencia de China y Rusia –las llamadas potencias revisionistas– en la región. De hecho, durante su primera presidencia, Donald Trump, en su discurso ante la Asamblea General de Naciones Unidas, señaló:

> Aquí en el hemisferio occidental, estamos comprometidos a mantener nuestra independencia de la intrusión de potencias extranjeras expansionistas. Ha sido la política formal de nuestro país desde el presidente Monroe que rechacemos la interferencia de naciones extranjeras en este hemisferio y en nuestros propios asuntos (Trump, 2018).

A su vez, su secretario de Estado, Rex Tillerson, en un discurso pronunciado en la Universidad de Texas sobre la relación de Estados Unidos con ALC, afirmó que resultaba alarmante la presencia de China y Rusia en la región, ya que se trataba de "poderes lejanos que no reflejan los valores que nosotros compartimos". Por ello, consideraba plenamente vigente la Doctrina Monroe, respecto de la cual señalaba: "pienso claramente que ha sido un éxito… Fue un importante compromiso en su momento y creo que, con los años, ha continuado enmarcando la relación [entre Estados Unidos y América Latina]" (citado en Tokatlian, 2018).

Sin embargo, será durante su segundo mandato cuando Trump explicitará, como parte de su política de seguridad nacional, no solo la necesidad de sostener la Doctrina Monroe, sino incluso de perfeccionarla frente a la creciente presencia china en ALC. En este sentido, un acápite específico de la Estrategia de Seguridad Nacional de 2025 se denominó "Corolario Trump de la Doctrina Monroe", destinado a asegurar el control y dominio estadounidense sobre lo que históricamente se ha entendido como su hemisferio occidental; es decir, todo el continente americano, desde el norte de Canadá hasta el Estrecho de Magallanes e incluso más al sur. Dicho acápite señala, en parte, lo siguiente:

> Tras años de abandono, Estados Unidos reafirmará y aplicará la Doctrina Monroe para restaurar la preeminencia estadounidense en el Hemisferio Occidental y proteger nuestro territorio y nuestro acceso a geografías clave de la región. Estados Unidos negará a los países no hemisféricos la capacidad de posicionar fuerzas u otras capacidades amenazantes, o de controlar activos estratégicamente vitales, en nuestro hemisferio. Este "Corolario Trump" de la Doctrina Monroe es una restauración sensata y contundente del poder y las prioridades estadounidenses, en consonancia con los intereses de seguridad de Estados Unidos (The White House, 2025, p. 15).

Las consecuencias directas para la soberanía de ALC de este Corolario Trump de la Doctrina Monroe son serias y peligrosas. Comenzaron a materializarse por medio de diversas acciones, tales como la Operación Lanza del Sur (*Operation Southern Spear*), que culminó con el secuestro del presidente venezolano Nicolás Maduro y la transformación de Venezuela en una suerte de neoprotectorado estadounidense.

Específicamente, en agosto de 2025, en el mar Caribe, frente a las costas de Venezuela, Estados Unidos comenzó el despliegue de navíos de guerra, supuestamente para realizar acciones de vigilancia contra organizaciones criminales no estatales dedicadas al narcotráfico. En septiembre, los estadounidenses comenzaron a realizar ataques contra embarcaciones catalogadas como "narcolanchas", lo que, hasta enero de 2026, resultó en la muerte de al menos 116 personas y en la destrucción de 37 embarcaciones, sin que la administración presentara evidencia pública sobre la naturaleza ilícita de las naves atacadas. Ello llevó a expertos legales y organizaciones de derechos humanos a calificar estos actos como posibles ejecuciones extrajudiciales (Burchett, 2026; Center for Constitutional Rights, 2026).

El 13 de noviembre de 2025, Pete Hegseth, secretario de Defensa, anunció formalmente la Operación Lanza del Sur, junto con la incorporación del portaaviones USS Gerald R. Ford al Caribe, lo que representó la mayor concentración de poder militar estadounidense en la región desde la invasión de Panamá en 1989 (GovFacts, 2025). La justificación de la lucha contra el narcotráfico fue la estrategia legal utilizada por la administración Trump para eludir la autorización del Congreso y desplegar buques de guerra en la zona, así como para implementar acciones militares contra un Estado soberano.

Pese a esta excusa, desde las primeras semanas quedó en evidencia que el verdadero objetivo de toda esta operación era intervenir en Venezuela para poner fin a la presidencia de Nicolás Maduro y colocar en su reemplazo a políticos sujetos a las instrucciones de Estados Unidos. En diciembre de 2025, Trump declaró al gobierno de Maduro como Organización Terrorista Extranjera, borrando formalmente la distinción entre actor no estatal y Estado, y revelando así que su objetivo era el régimen venezolano (Council on Foreign Relations, 2026).

Este proceso culminó el 3 de enero de 2026, cuando comandos militares estadounidenses, con apoyo de la CIA y el FBI, ejecutaron la Operación Determinación Absoluta, capturando al presidente venezolano Nicolás Maduro en Caracas, en un operativo de aproximadamente 40 minutos, y trasladándolo a una prisión en Nueva York para ser juzgado por "narcotraficante". Inmediatamente, Trump declaró que Estados Unidos administraría Venezuela hasta que pudiera concretarse una transición política ordenada, lo que finalmente se tradujo en un

pacto con la vicepresidenta del régimen de Maduro, Delcy Rodríguez. Esto dejó claro que la intención de Estados Unidos tampoco era reemplazar al gobierno de Maduro por su carácter "antidemocrático", sino simplemente apoderarse del petróleo venezolano, considerando que ese país posee las mayores reservas probadas de petróleo del mundo.

En un esclarecedor análisis de expertos de la *Brookings Institution*, se planteó que, si bien la operación en Venezuela respondía a "múltiples" factores de seguridad, energía y geopolítica, básicamente se trataba de "asegurar" el acceso de Estados Unidos al petróleo venezolano –en realidad, apoderarse de él–. Por ello, Estados Unidos iba a "dirigir" Venezuela durante un tiempo mediante "un gobierno interino" y mantendría permanentemente "una presencia en Venezuela en lo que respecta al petróleo" (Anderson et al., 2026).

Este interés por revitalizar la Doctrina Monroe y mantener el control sobre lo que Estados Unidos considera su "patio trasero" no es exclusivo de Trump ni del trumpismo. Sin necesidad de explicitar la vigencia de esta doctrina, los globalistas neoliberales, representados en la administración de Joe Biden, también plantearon –con un lenguaje más refinado e hipócrita– que ALC constituye su área de influencia histórica y, además, una zona estratégica para su seguridad nacional, tanto por la riqueza de sus recursos naturales como por su localización geográfica. Por ello, coincidieron con los trumpistas en la necesidad de eliminar la presencia china y rusa de la región y asegurar su control por parte de Estados Unidos.

En este sentido, si bien la caracterización de China y Rusia como potencias revisionistas del orden internacional liberal emergió como categoría explícita en la *National Security Strategy* de 2017, durante la primera administración Trump, cuando se señaló que "China y Rusia son potencias revisionistas" que buscan "configurar un mundo antitético a los valores e intereses de Estados Unidos" (The White House, 2017, p. 25), en 2021 la administración de Joe Biden no solo mantuvo esta caracterización, sino que además instaló explícitamente una narrativa de competencia sistémica entre democracias y autocracias:

> Nos enfrentamos a un mundo de creciente nacionalismo, retroceso democrático y creciente rivalidad con China y Rusia (…). China, en particular, se ha vuelto rápidamente más asertiva. Es el único competidor potencialmente capaz de combinar su poder económico, diplomático, militar y tecnológico para plantear un desafío sostenido a un sistema internacional estable y abierto (…). Pekín y Moscú han invertido fuertemente en esfuerzos destinados a frenar la fortaleza de Estados Unidos e impedir que defendamos nuestros intereses y aliados en todo el mundo (…). Pero, a pesar de estos grandes desafíos, las ventajas perdurables de Estados Unidos –en todas las formas y dimensiones de nuestro poder– nos permiten moldear el futuro

> de la política internacional para promover nuestros intereses y valores, y crear un mundo más libre, seguro y próspero. Esta labor es urgente, porque las alianzas, instituciones, acuerdos y normas que sustentan el orden internacional que Estados Unidos ayudó a establecer están siendo puestas a prueba. Pero, a pesar de estos grandes desafíos, las ventajas perdurables de Estados Unidos –en todas las formas y dimensiones de nuestro poder– nos permiten moldear el futuro de la política internacional para promover nuestros intereses y valores, y crear un mundo más libre, más seguro y más próspero (The White House, 2021, pp. 6-8).

En el plano político-diplomático, la administración Biden intentó recrear una suerte de nueva Guerra Fría, buscando articular a los países "democráticos" frente a lo que consideraba el avance de los Estados autoritarios –China, Rusia, Irán y Corea del Norte–. Para ello, implementó las llamadas Cumbres por la Democracia (2021-2023), en las que convocó a más de un centenar de Estados y actores no estatales bajo criterios selectivos de afinidad política (The White House, 2021; U.S. Department of State, 2023). De esta forma, buscaba sostener y reconfigurar el orden liberal frente a la creciente presión de modelos "autoritarios", en un contexto de evidente competencia sistémica (Carothers y Brown, 2024; Eisen et al., 2022).

Para América Latina y el Caribe, esta política de "nueva Guerra Fría" se planteó como un fortalecimiento de la arquitectura de influencia estadounidense en la región, mediante la revitalización de las alianzas políticas con las oligarquías regionales y del incremento de la presencia militar, con el propósito de provocar un reordenamiento económico en el cual Estados Unidos pasara a controlar y dirigir la relocalización de cadenas de suministro, el fomento de la inversión estratégica, la transición energética y la cooperación regional. Como bien se sintetizaba en la Estrategia de Seguridad Nacional de 2022, el principal objetivo en ALC era "ayudar a nuestros socios en la región a fortalecer su resiliencia frente a interferencias externas o coerción, incluyendo aquellas provenientes de la República Popular China, Rusia o Irán" (The White House, 2022, p. 41).

Sin duda, quien mejor expresó el sentido de este renovado "espíritu de ayuda" hacia ALC por parte de la administración globalista neoliberal de Biden fue la comandante del Comando Sur de Estados Unidos (USSOUTHCOM), entre 2021 y 2024, la general Laura Richardson, quien, en una entrevista concedida al *Atlantic Council*, señaló:

> (…) ver la invasión y los tentáculos de la República Popular China en los países del Hemisferio Occidental tan cercanos a Estados Unidos me preocupa mucho (…). Porque es importante esta región con todos sus ricos recursos y elementos de tierras raras. Está el triángulo del litio, que es

> necesario para la tecnología. Hoy el 60 por ciento del litio del mundo se encuentra en el triángulo del litio: Argentina, Bolivia, Chile. Simplemente tenemos las mayores reservas de petróleo, crudo ligero dulce descubierto en Guyana hace más de un año. También están los recursos de Venezuela, como el petróleo, el cobre y el oro. China obtiene entre el 30 y 36 por ciento de sus fuentes de alimentos de esta región. Tenemos los pulmones amazónicos del mundo. También en esta región se encuentra el 31 por ciento del agua dulce del mundo (…); tenemos mucho que hacer. Esta región importa. Tiene mucho que ver con la seguridad nacional y debemos intensificar nuestro juego (…) (Richardson, 2023a).

De igual forma, una clara muestra de lo que la administración Biden entendía por "intensificar nuestro juego" fue la creciente injerencia de Estados Unidos en Ecuador, a través de su apoyo a los gobiernos de Guillermo Lasso y Daniel Noboa. Este se materializó en un robusto entramado de asistencia militar, técnica y financiera –canalizado por medio de la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID)– orientado fundamentalmente a facilitar el regreso de las bases militares estadounidenses que habían sido expulsadas en 2008, cuando se aprobó la nueva Constitución ecuatoriana durante el gobierno de Rafael Correa. Cabe señalar que estos esfuerzos estadounidenses comenzaron inmediatamente después del fin del correísmo en Ecuador.

En este marco, el presidente ecuatoriano Daniel Noboa planteó la necesidad de reinstalar bases militares estadounidenses en territorio ecuatoriano, incluyendo el estratégico archipiélago de las Islas Galápagos –patrimonio de la humanidad–, bajo el argumento de "proteger" el medio ambiente de las islas y su mar adyacente frente a la actividad de flotas pesqueras internacionales, así como de combatir la delincuencia y el narcotráfico que asolaban al país. El 15 de febrero de 2024, el gobierno de Noboa firmó tratados de cooperación militar con Estados Unidos. El 10 de diciembre de ese mismo año, el Consejo de Gobierno de la provincia de Galápagos aprobó el "Proyecto de seguridad integral en la región insular" y el "Instructivo para la aplicación de los acuerdos de cooperación" entre ambos países. Con ello, se pusieron en vigor dichos tratados, que permitían la entrada de buques, personal militar, armamento, equipamiento y submarinos estadounidenses al archipiélago (Meriguet, 2024).

En octubre de 2025, ya bajo la administración Trump, Noboa impulsó un referéndum para reformar la Constitución de 2008, que prohíbe las bases militares extranjeras en territorio ecuatoriano, como paso previo para reinstalar bases militares estadounidenses en diferentes puntos estratégicos del país. Entre ellos se incluían la isla Baltra, en el archipiélago de las Galápagos, además de las zonas de Manabí –Manta– y Santa Elena –Salinas– en el territorio continental (EFE, 2025). Ante el rechazo de organizaciones ambientalistas y de la

oposición política a la construcción de una base militar en el archipiélago de las Galápagos, Noboa retiró la isla Baltra de la propuesta, aunque mantuvo las otras dos localizaciones.

El referéndum se realizó el 16 de noviembre de 2025 y la ciudadanía rechazó de manera contundente, con un 60,8 por ciento, la reforma propuesta por Noboa (Moreira, 2025). Pese a este rechazo, Estados Unidos ha avanzado significativamente en su injerencia militar en el país, que, bajo los gobiernos del anticorreísmo –Lenín Moreno, Guillermo Lasso y Daniel Noboa–, ha vuelto a convertirse en una suerte de "cuartel" de la geopolítica norteamericana en la región.

En esta política, el archipiélago de las Galápagos es concebido como una base militar estratégica en el Pacífico ecuatorial, a 1000 kilómetros de la costa del continente americano (Imagen 12). Su ubicación resulta fundamental para los planes estadounidenses orientados a establecer un eventual bloqueo en el Indo-Pacífico contra China y Rusia, con el fin de cortar su tránsito hacia América del Sur y otras zonas australes del planeta, especialmente si Estados Unidos pretendiera provocar una guerra de gran escala contra las denominadas "potencias revisionistas", como última alternativa para preservar su cada vez más cuestionada supremacía global y regional (Tamayo y Serrano, 2019; Lajtman, García y Romano, 2024, 2025).

Imagen 14
Ecuador y el polígono de seguridad de Estados Unidos en el Indo-Pacífico

Fuente: Lajtman, García Fernández y Romano, 2025, p. 65

14.1 HACIA LA MILITARIZACIÓN DEL ESPACIO ANTÁRTICO SUDAMERICANO

Otro ejemplo clave de las coincidencias estratégicas entre los globalistas neoliberales y el trumpismo respecto de mantener a América Latina y el Caribe como su "patio trasero" e, incluso, como teatro de operaciones de una probable guerra contra China, es el tratamiento que ambos sectores han otorgado al continente antártico. Cómo se señaló, la Antártica se ha constituido en una de las últimas grandes reservas de recursos naturales y agua dulce del planeta, y todo indica que, más allá de que actualmente sea considerada una región dedicada a la ciencia y a la conservación del medio ambiente, esta condición podría variar radicalmente en los próximos años, en la medida en que el cambio climático se siga agudizando y los recursos naturales se vuelvan cada vez más escasos (ver capítulo 12).

En este sentido, para Estados Unidos y sus aliados del Norte global resulta fundamental mantener el control sobre este continente y su gobernanza, cuestión que realizan por medio del Sistema del Tratado Antártico (STA). Por esta razón, han intentado restringir y debilitar la creciente presencia china en la Antártica (Estenssoro, Zúñiga y Lorenzo, 2022; Lorenzo y Estenssoro, 2024). Para estos efectos, el extremo austral de Chile y Argentina, con sus ciudades-puerto de Punta Arenas y Ushuaia, respectivamente, desempeña un papel altamente estratégico. Debido a su cercanía geográfica con la Antártica, estas ciudades constituyen las únicas "puertas de acceso" al continente helado que permanecen abiertas durante todo el año, considerando las rigurosas condiciones climáticas del invierno antártico, que impiden el acceso desde otras "puertas de entrada", como Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica. Ello les otorga una ventaja geográfica insuperable (ver capítulo 12).

Por estas razones, Estados Unidos ha venido desplegando acciones orientadas a fortalecerse militarmente en las zonas de Punta Arenas y Ushuaia, ante un eventual conflicto bélico con China por el control de esta zona del planeta. Al respecto, un informe de 2021, elaborado por la Fuerza Aérea de Estados Unidos, planteaba que, en un futuro que podría estar muy próximo, "sin una confrontación militar, Estados Unidos no podrá contener las ambiciones de China y Rusia en las regiones remotas del Ártico o la Antártida" (Burke y Matisek, 2021, p. 1).

En este sentido, los estadounidenses justifican sus intenciones de militarizar la región acusando a China de ejecutar acciones orientadas a tomar el control de toda la región austral del planeta. En particular, sostienen que sus bases científicas en el continente blanco tendrían

un uso dual, es decir, servirían tanto para labores científicas como militares. Por ello, afirman que las acciones implementadas por China en la Antártica "difuminan los límites entre las operaciones militares y la investigación", y de este modo expanden sus capacidades militares (Burke y Matisek, 2021, p. 7).

Pero no se trataría únicamente de acciones en el continente antártico, sino también de proyectos chinos implementados tanto en Chile como en Argentina. Por ejemplo, Estados Unidos ha criticado la construcción de la estación terrestre china Espacio Lejano, ubicada en la provincia de Neuquén (Argentina), que responde a un acuerdo de cooperación tecnológica firmado en 2012 entre el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y el de Hu Jintao. En 2019, el almirante Craig Faller, entonces comandante del Comando Sur, señaló que, con esta estación, China "podría tener la capacidad de monitorear y potencialmente atacar las actividades espaciales de los aliados y socios de Estados Unidos" (Faller, 2019).

Igualmente, Estados Unidos ha manifestado su rechazo al proyecto chino-argentino, específicamente con la gobernación de Tierra del Fuego, destinado a construir un puerto multipropósito en Ushuaia, junto con una planta de productos químicos de la empresa *Shaanxi Chemical Industry Group* (De Vedia, 2023). Frente a este proyecto, la entonces comandante del Comando Sur durante la administración Biden, Laura Richardson, señaló:

> [En]n Argentina, una empresa estatal de la República Popular China (RPC) intenta obtener los derechos para construir instalaciones marítimas de doble uso cerca de la ciudad portuaria sureña de Ushuaia. Esto contribuiría al sostenimiento y la generación de energía, a la vez que proporcionaría proximidad al Estrecho de Magallanes, el Pasaje de Drake y la Antártida. Esto podría ser un punto de inflexión para la RPC, mejorando drásticamente su acceso a la Antártida (Richardson, 2023b).

Por razones similares, en 2024, todavía bajo la administración Biden, Estados Unidos comenzó a ejercer un importante *lobby* sobre el gobierno de Chile para evitar la construcción de un telescopio chino de alta tecnología en el cerro Ventarrones, en el desierto de Atacama. El proyecto respondía a un convenio de colaboración entre la Universidad Católica del Norte (UCN), de Chile, y el Observatorio Astronómico Nacional de China (NAOC), dependiente de la Academia de Ciencias de China (CAS), firmado en enero de 2023 (Universidad Católica del Norte, 2023). Sin embargo, los estadounidenses desplegaron su poder para bloquearlo, señalando que con este proyecto China buscaba "apoyar operaciones espaciales militares" (Tatlow, 2024).

En abril de 2025, la senadora demócrata Jeanne Shaheen declaró que tanto el telescopio proyectado en Chile como la estación Espacio Lejano, ubicada en la Patagonia argentina, eran indicadores de las ambiciones de poder global de China y constituían una amenaza para Estados Unidos (Batschke, 2025). Pocos días después de estas declaraciones, el gobierno chileno anunció que congelaba el proyecto mientras lo sometía a un análisis jurídico y diplomático (Troncoso, 2025).

Meses después, ya bajo la segunda administración Trump, a inicios de 2026, Estados Unidos ejerció una fuerte presión sobre el gobierno chileno para bloquear el proyecto de cable submarino *Chile China Express*, una iniciativa de fibra óptica destinada a conectar la ciudad de Valparaíso con Hong Kong, argumentando que constituía una amenaza para su seguridad nacional y regional. Como muestra del Corolario Trump de la Doctrina Monroe, sancionó al ministro de Transportes y Telecomunicaciones de Chile bajo cuyo mandato se impulsó este proyecto, Juan Carlos Muñoz, junto con otros funcionarios chilenos, prohibiéndoles la entrada a Estados Unidos (Zúñiga, 2026).

En este sentido, Trump ha reformulado el discurso sobre la presencia estadounidense en el hemisferio occidental, posicionando a la Antártica como el "anclaje sur" de los intereses estratégicos de Estados Unidos. Para materializar esta visión, propuso expandir la flota de rompehielos de la potencia norteamericana, con el fin de evitar la "rendición total" de ambos polos –Ártico y Antártico– y, de este modo, contrarrestar el creciente protagonismo de potencias como China y Rusia en la región, en la medida en que estas representan una amenaza que debe ser repelida para preservar la "preeminencia" hemisférica estadounidense (Mannix, 2026).

En mayo de 2026, el gobierno argentino de Javier Milei anunciaba que había firmado un acuerdo con Estados Unidos para el patrullaje conjunto del Atlántico sur y los mares australes argentinos, para "proteger" los bienes comunes globales de esos mares frente a actividades ilícitas y amenazas transnacionales. La iniciativa responde al Programa de Protección de Bienes Comunes Mundiales (Protecting Global Commons Program) estadounidense (Lorca, 2026). Sin embargo, el acuerdo abriría un resquicio para que la soberanía argentina en esos mares sea tratada como "bien común global" y no como espacio prioritariamente sujeto a jurisdicción nacional, permitiendo así una injerencia militar, tecnológica y geopolítica de Estados Unidos en una región clave para los intereses argentinos, como planteo la diputada argentina Agustina Propato (Propato, 2026).

Imagen 15

Fuente: elaboración propia

14.2 EL ASCENSO DE CHINA COMO SOCIO ESTRATÉGICO DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

En las últimas décadas, la relación entre la República Popular China y América Latina y el Caribe ha experimentado una transformación de magnitud histórica. Lo que comenzó como un vínculo comercial incipiente a principios del siglo XXI se ha consolidado en la actualidad como una asociación cada vez más integral y estratégica que abarca comercio, inversión, infraestructura, cooperación financiera y cadenas de valor críticas, consolidando a Pekín como un socio determinante para el desarrollo latinoamericano.

En este sentido, China ha definido su relación con ALC por medio de los llamados Libros Blancos de 2008, 2016 y 2025. Estos son documentos estratégico-programáticos que explican cómo China entiende a la región, qué tipo de vínculo busca construir y cuáles son las principales áreas de cooperación que considera prioritarias. Así, en 2008, China formuló una

primera aproximación integral hacia ALC, basada en los principios de igualdad, beneficio mutuo, cooperación Sur-Sur, respeto a la soberanía y reconocimiento del principio de "una sola China" (Gobierno de la República Popular China, 2008). En dicho documento, la región aparece fundamentalmente como un espacio de cooperación política, comercial, cultural y diplomática, con énfasis en el fortalecimiento de los vínculos bilaterales y en la ampliación del intercambio económico. En 2016, en cambio, la política china hacia la región adquiere un carácter más ambicioso, estructurado y geoeconómico, al incorporar mecanismos multilaterales como el Foro China-CELAC, esquemas de cooperación como el "1 + 3 + 6" y una agenda más amplia en infraestructura, energía, recursos naturales, agricultura, manufacturas, innovación, tecnologías de la información, finanzas y coordinación internacional (Gobierno de la República Popular China, 2016).[1] Finalmente, en 2025, plantea la construcción de una "comunidad China-América Latina y el Caribe de futuro compartido", con lo cual proyecta una relación más integral, política y estratégica que la formulada en los documentos anteriores de 2008 y 2016. Se señala que ALC es una parte importante del Sur global, es decir, una fuerza relevante para la paz, la estabilidad y el desarrollo mundial, así como un actor significativo en el proceso de configuración de un orden internacional más multipolar y estructura la agenda de cooperación en torno a cinco programas: solidaridad, desarrollo, civilización, paz y conectividad entre los pueblos (Gobierno de la República Popular China, 2025). En síntesis, el Libro Blanco de 2025 expresa una fase de profundización estratégica, en la que la región pasa a ser concebida como socia del Sur global en la transformación de la gobernanza internacional y en la transición hacia un mundo multipolar, lo que, como hemos visto, representa una situación insoportable para Estados Unidos.

Lo cierto es que el ascenso de China como socio estratégico de ALC constituye uno de los fenómenos más significativos de la economía política internacional del siglo XXI. Desde el ingreso de la República Popular China a la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2001, el comercio bilateral comenzó a experimentar avances extraordinarios. En el año 2000, apenas el 1 por ciento de las exportaciones latinoamericanas

1 El esquema "1 + 3 + 6" es una fórmula propuesta por China para ordenar su cooperación con América Latina y el Caribe, especialmente desde el marco del Foro China-CELAC y el Libro Blanco de 2016. Significa lo siguiente:1 = un plan rector (el Plan de Cooperación China-CELAC 2015-2019, funciona como marco general de la relación); 3 = tres grandes motores de cooperación (1. comercio; 2. inversión; 3. cooperación financiera); 6 = seis áreas prioritarias de cooperación (1. energía y recursos naturales; 2. infraestructura; 3. agricultura; 4. manufacturas; 5. innovación científico-tecnológica; 6. tecnologías de la información). En síntesis, el "1 + 3 + 6" expresa el paso de una relación chino-latinoamericana centrada principalmente en comercio y materias primas hacia una agenda más amplia de inversión, financiamiento, infraestructura, tecnología, producción y coordinación estratégica. De esta forma, China busca construir una arquitectura de cooperación económica y geopolítica más estable con la región

se dirigían a China, y el 2 por ciento de las importaciones regionales provenían de ese país con un intercambio comercial global de 14 mil millones de dólares (SELA, 2024). Dos décadas y media después, en 2025, este intercambio entre China y los países de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) alcanzó los 565 mil millones de dólares, es decir, un crecimiento de más de 40 veces (Agrolatam, 2026).

En términos de posicionamiento regional, China es el primer destino de exportaciones para países como Brasil, Chile, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela, mientras que constituye el primer origen de importaciones para Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay y Perú (SELA, 2024). Este doble rol –como principal comprador de materias primas y principal proveedor de bienes manufactureros– otorga a China una influencia sistémica en las economías de la región.

Cuadro 13
Países de América Latina y el Caribe según su principal socio comercial (China vs. Estados Unidos)

País	Primer socio comercial	Segundo socio comercial
Argentina	Brasil	China (1° origen de importaciones)
Bolivia	Brasil	China (1° origen de importaciones)
Brasil	China (1° destino de exportaciones)	Estados Unidos
Chile	China (1° destino de exportaciones)	Estados Unidos
Colombia	Estados Unidos	China (1° origen de importaciones)
Costa Rica	Estados Unidos	China (datos 2012 como 1° destino)
Cuba	Venezuela (histórico) / China (creciente)	–
Ecuador	Estados Unidos	China
Panamá	China (1° destino de exportaciones)	Estados Unidos
Paraguay	Brasil	China (1° origen de importaciones)
Perú	China (1° destino de exportaciones)	Estados Unidos
Uruguay	China (1° destino de exportaciones)	Brasil
Venezuela	China (1° destino de exportaciones)	Estados Unidos

Fuente: elaboración propia basada en SELA (2025); datos de 2022 sobre destino de exportaciones y origen de importaciones

El primer y más inmediato beneficio de la expansión de las relaciones económicas con China ha sido el impulso a las exportaciones de materias primas latinoamericanas. La demanda china de soja, cobre, mineral de hierro, petróleo, carne, harina de pescado y otros *commodities* generó un superciclo de precios elevados que entre 2003 y 2013 permitió a varios gobiernos sudamericanos financiar políticas sociales de amplio alcance, reducir la pobreza y aumentar el consumo interno. La complementariedad estructural de ambas economías es la clave de esta dinámica: mientras la región aporta recursos naturales y productos agrícolas, China suministra bienes industriales, equipos y bienes de consumo a precios competitivos. Esta complementariedad ha consolidado a China como el segundo socio comercial de América Latina y el Caribe en su conjunto, solo detrás de Estados Unidos, pero es el primer socio comercial de América del Sur (Rosales y Kuwayama, 2012; SELA, 2024).

En el plano de la inversión en infraestructura, la presencia china ha permitido cerrar brechas históricas que el financiamiento occidental difícilmente habría cubierto. El Banco de Desarrollo de China ha proporcionado aproximadamente 165 mil millones de dólares en financiamiento a más de 260 proyectos en 21 países de la región hasta abril de 2025. Proyectos como la Central Hidroeléctrica Belo Monte en Brasil, la modernización del Ferrocarril Belgrano Cargas en Argentina –cuya carga anual se multiplicó de 760 mil a 8,4 millones de toneladas desde 2019– y múltiples desarrollos de energías renovables en Colombia, Ecuador y Chile ilustran el alcance de estas inversiones. En el marco de la Iniciativa de la Franja y la Ruta (IFR), a la que se han adherido hasta 2025 un total de 22 países de ALC, se han implementado más de 200 proyectos de infraestructura en la región, generando, según cifras oficiales chinas, más de un millón de puestos de trabajo (Misión Verdad, junio 2025; Regalado, 2026).

El megapuerto de Chancay en Perú, inaugurado en noviembre de 2024, representa el ejemplo más elocuente de esta nueva geografía económica. Financiado en su totalidad con capital chino y controlado en un 60 por ciento por la empresa estatal Cosco Shipping Ports, el complejo, de una inversión total de 3.500 millones de dólares, busca convertir a Perú en el nodo logístico que conecte América del Sur con la cuenca de Asia-Pacífico sin depender del Canal de Panamá. Reduce el tiempo de transporte marítimo entre China y Perú de 35-40 días a solo 23 días, disminuye los costos logísticos en más de un 20 por ciento y ha generado más de 8 mil puestos de trabajo directos en el país andino. Asociado a Chancay, en julio de 2025 el gobierno de Brasil y el Instituto de Investigación Ferroviaria de China firmaron un acuerdo para estudiar la construcción del

Corredor Bioceánico Brasil-Perú, una vía ferroviaria de entre 3.000 y 4.500 kilómetros que conectaría el Atlántico (puertos de Ilhéus o Santos en Brasil) con el Pacífico a través de Perú, reduciendo los tiempos de envío de mercancías hacia Asia hasta en diez días respecto de los 67 que tarda la ruta por el Canal de Panamá. A su vez, Chile anunció el Plan de Acción del Corredor Bioceánico Vial, una iniciativa de 2.400 kilómetros que conectaría puertos chilenos del norte con Brasil, Argentina y Paraguay mientras que el Corredor Ferroviario Bioceánico Central Perú-Bolivia-Brasil, con 3.755 kilómetros de extensión y un costo estimado de diez mil millones de dólares, está en estudio en los tres países involucrados. Estos proyectos, de concretarse, transformarían la logística continental y acelerarían la integración de América del Sur con los mercados asiáticos (Paiva, 2025; Handley, 2025; Aduananews, 2025; Deutsche Welle, 2025; CW CPA, 2025).

Otro caso que ilustra la profundidad estratégica de la relación China-ALC, es el denominado triángulo del litio, conformado por Argentina, Bolivia y Chile, que en conjunto concentra entre el 60 y el 70 por ciento de las reservas mundiales de este mineral. En el contexto de la transición energética global, el litio se ha convertido en un recurso crítico para la fabricación de baterías de vehículos eléctricos y sistemas de almacenamiento de energía renovable. Empresas chinas invirtieron más de 16 mil millones de dólares en proyectos de litio en América del Sur entre 2018 y 2024, y su participación en la extracción regional se cuadruplicó desde 2020. En 2023, las firmas chinas Tianqi Lithium y Ganfeng Lithium controlaban casi el 40 por ciento de la producción mundial del mineral a través de operaciones y asociaciones en la región. En febrero de 2025, la gigante china de baterías CATL firmó un acuerdo con YPF de Argentina para desarrollar el Salar del Hombre Muerto, comprometiendo 1.400 millones de dólares para producir 30 mil toneladas anuales a partir de 2028. Según la Cámara Internacional del Litio y Energías (CIL Lithium), con sede en Chile, la demanda global de carbonato de litio proyecta un aumento superior al 400 por ciento hacia 2040, lo que otorga a la región una posición geopolítica de singular relevancia en las próximas décadas (Arteaga, 2025; Torri, 2025).

A nivel macroeconómico, un estudio que analiza el período 2001-2019 con una muestra de 14 países de la región concluye que las importaciones desde China han impulsado el crecimiento económico tanto del sector exportador como del no exportador de Brasil, Chile, Colombia, Perú, Uruguay y Venezuela, al tiempo que han beneficiado a los consumidores de Argentina, Costa Rica, Ecuador y El Salvador mediante el acceso a bienes a precios más accesibles. En

el plano financiero y monetario, Chile se ha convertido en el primer centro de compensación en renminbi (RMB) de América del Sur, y la región ha firmado cerca de mil acuerdos bilaterales con China en sectores estratégicos como minería, energía y agricultura desde 2001 (Cardozo de Barrios et al., 2023). Finalmente, en el plano cultural y diplomático, China también viene desarrollando su poder blando en la región: la entrada sin visado para ciudadanos de cinco países latinoamericanos anunciada en el Foro China-CELAC de mayo de 2025 y el Foro de Diálogo entre Civilizaciones celebrado en Lima en noviembre de 2024 son expresiones de una estrategia de largo plazo que trasciende la dimensión estrictamente comercial (Misión Verdad, junio 2025; CW CPA, 2025).

Sin embargo, no todo es "color de rosa" en este creciente intercambio comercial entre China y ALC. A pesar de los innegables beneficios económicos que se han materializado hasta el momento, desde una perspectiva de economía política, se advierte que la relación económica con China sigue reproduciendo los patrones históricos de especialización primaria-exportadora de la región. Evidentemente, este no es un problema generado por China, sino que es un tema que compete a los propios latinoamericanos. En este sentido, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), desde hace años viene señalando que el intercambio económico con China representa una oportunidad estratégica que solo será plenamente aprovechada si la región supera su rol de exportadora de materias primas y avanza hacia una inserción más sofisticada, con mayor contenido tecnológico y productivo. El desafío consiste en redoblar esfuerzos para diversificar sus exportaciones hacia China, incorporando mayor valor agregado y conocimiento, fomentar alianzas empresariales, comerciales y tecnológicas y promover inversiones latinoamericanas en Asia que permitan una mayor presencia regional en las cadenas de valor asiáticas articuladas en torno a China (Rosales y Kuwayama, 2012). Como bien planteó Alicia Bárcena mientras se desempeñaba como secretaria ejecutiva de la CEPAL, en la relación comercial con China el "mayor reto para América Latina y el Caribe es transformar y diversificar el patrón exportador para reducir la dependencia de las materias primas" (CEPAL, 2013).

En síntesis, si bien China se ha transformado en un socio imprescindible para el desarrollo de América Latina y el Caribe, este vínculo plantea desafíos importantes. Por una parte, la región debe maximizar los beneficios de esta relación –financiamiento, transferencia tecnológica y acceso a mercados– sin hipotecar su autonomía estratégica ni encadenarse a patrones históricos de especialización

primario-exportadora. Por otra parte, ALC debe ser capaz de resistir y superar las crecientes presiones de una decadente potencia norteamericana, cada vez más desesperada ante la pérdida de influencia, no sólo a nivel global sino en esta región del mundo que históricamente ha considerado como su "patio trasero". La respuesta a estos desafíos definirá el futuro de ALC en el nuevo orden mundial emergente: ¿será una región soberana, próspera y desarrollada o volverá a transformarse en un archipiélago de territorios y pueblos "balcanizados", neo-colonizados y esclavizados?

EPÍLOGO

EL LUGAR DE ALC: ENTRE "ESTADOS CIVILIZACIÓN" Y "ESTADOS CONTINENTE"

Como se ha planteado a lo largo de este libro, las relaciones de poder en el orden mundial están en un proceso de profundo cambio y reformulación. Desconocemos la duración de este escenario –que podría extenderse durante toda la mitad del siglo XXI o más–, pero sí sabemos algunas cosas.

En primer lugar, la evidencia histórica demuestra que las transiciones de un orden de poder internacional a otro son períodos largos, caóticos y conflictivos. Durante estos procesos tienden a producirse guerras mundiales, es decir, guerras que involucran al conjunto del sistema.

En segundo lugar, el fin del ciclo hegemónico estadounidense es en extremo simbólico dado que también representa el fin de 500 años de hegemonía occidental en el moderno sistema mundial capitalista. Esto significa que, de todos los nuevos grandes poderes que van a determinar el curso de las relaciones internacionales a nivel global, los actores asiáticos serán los más fuertes y en Asia se concentrará el mayor porcentaje de poder mundial. De hecho, la migración del poder mundial de Occidente a Oriente es un fenómeno que está en curso y sólo tenderá a acentuarse en los próximos años. En este sentido, China se ha transformado indudablemente en la "vanguardia" del empoderamiento asiático, dejando a Japón en un cada vez más

rezagado segundo lugar. Detrás de China y en gran medida gracias a su impulso, vienen creciendo la India, Indonesia, Malasia, Vietnam y, en fin, todo el conjunto de Asia, donde países como Turquía e Irán, entre otros, harán todo lo que esté en sus manos por no quedarse atrás. Lo mismo podemos decir de Rusia, arquetipo de la definición de Estado euroasiático.

En tercer lugar, todo indica que el nuevo orden mundial será de carácter multipolar, en la medida en que se ve difícil que vuelva a surgir un tipo de superpoder tan extraordinario como el que mostró Estados Unidos en 1945, cuando se transformó en el hegemón del sistema creando el orden liberal internacional. La devastación producida por la Segunda Guerra Mundial dejó a gran parte de Europa y Asia severamente debilitadas, mientras Estados Unidos emergió intacto y aún más fortalecido del conflicto, lo que le permitió consolidar una posición de supremacía sin precedentes en términos de capacidad productiva, reservas financieras, liderazgo tecnológico y proyección global. Como bien planteó Gilpin (1981), el orden internacional de posguerra solo pudo estructurarse sobre la base de una concentración extraordinaria de capacidades materiales en manos de una sola potencia hegemónica, situación excepcionalmente difícil de reproducir en el sistema contemporáneo. Esta idea también la comparte Arrighi (1999), quien, desde una tradición teórica distinta a la de Gilpin, señaló que la hegemonía estadounidense representó el punto culminante de un ciclo histórico excepcional de acumulación de capital y poder global. En este sentido, Fareed Zakaria (2008) plantea acertadamente que el ascenso del resto del mundo –enfocándose sobre todo en las "potencias emergentes"– hace improbable que vuelva a existir una concentración tan extraordinaria de capacidades globales en un solo país como ocurrió con Estados Unidos en la posguerra.

Por lo tanto, una vez que la transición termine, probablemente tendremos un orden en cuyo núcleo principal de poder se ubiquen las cuatro o cinco potencias mayores del sistema, y donde alguna de ellas, la relativamente más poderosa, podría actuar como *primus inter pares*. Sin embargo, la emergencia de un mundo multipolar trae consigo el inevitable resurgimiento de las áreas de influencia como un componente clave del análisis geopolítico, en la medida en que estas potencias mayores o principales entienden estas zonas como su periferia estratégica, con el objeto de maximizar su seguridad, prevenir la penetración de rivales y proyectar su poder (Morgenthau, 2006).

Este posible escenario multipolar, según lo hemos preconfigurado, plantea serios desafíos e interrogantes para América Latina y el Caribe, así como para África. Rercordemos que el ascenso del capitalismo occidental desde mediados del siglo XV fue un factor clave

en la aparición de formas políticas más centralizadas, estables y territorialmente delimitadas que facilitaron la formación del Estado moderno y, posteriormente, del Estado-nación. Esta nueva forma político-territorial permitió articular soberanía, mercado interno, administración pública, ejército permanente, ciudadanía e identidad nacional bajo una autoridad estatal centralizada. Aunque sus bases se consolidaron entre los siglos XVI y XIX, el Estado-nación alcanzó su máxima expresión histórica en la segunda mitad del siglo XX, cuando la descolonización, la universalización del principio de autodeterminación de los pueblos y la expansión del sistema de Naciones Unidas convirtieron al Estado soberano nacional en la forma dominante de organización política del mundo moderno. De hecho, el orden liberal internacional construido por Estados Unidos tras el fin de la Segunda Guerra Mundial se articuló y expandió a través del modelo del Estado-nación, favoreciendo la proliferación de Estados soberanos desde los 51 miembros fundadores de la Organización de las Naciones Unidas en 1945 hasta los actuales 193.

Sin embargo, frente a los cambios estructurales que están ocurriendo en las relaciones de poder en el plano mundial, cabe preguntarse: ¿qué tipo de actor político, entidad soberana o arquitectura de poder será el que haga viable el nuevo orden internacional que suplantará al orden liberal? ¿Podría el sistema internacional evolucionar hacia una nueva configuración multipolar semejante a la existente durante el "concierto europeo" del siglo XIX, cuando la arquitectura del poder mundial, bajo la hegemonía del imperio británico, se estructuró en torno a grandes imperios centrales, cada uno con extensas áreas coloniales repartidas por todo el planeta? ¿Estará caracterizada la nueva organización jerárquica del poder global por tener en la cima a grandes y poderosos Estados con esferas de influencia regionales subordinadas y dependientes?

Estos interrogantes cobran sentido en la medida que comenzamos a interrelacionar los diversos aspectos que hemos analizado con las ideas de Estado-civilización y Estado-continente. Al respecto:

a) Un primer elemento a considerar es cómo algunas de las denominadas "potencias emergentes" están usando, de manera creciente, el concepto de Estado-civilización para diferenciarse del concepto occidental de Estado-nación westfaliano. Recordemos que Huntington planteó que, tras el fin de la Guerra Fría, las principales líneas de conflicto y articulación del sistema internacional dejarían de estructurarse en torno a ideologías políticas para pasar a organizarse en identidades culturales y civilizacionales, en donde si bien los Estados-nación seguirían siendo actores de la política mundial, sus alianzas, tensiones y disputas tenderían a responder cada vez más a afinidades históricas,

religiosas y culturales en un orden mundial que se estructuraría en torno a ocho grandes civilizaciones: Occidental, Latinoamericana, Eslavo-Ortodoxa, Islámica, Sínica, Japonesa, Hindú y Africana. En cada una de ellas habría un Estado central que actuaría como poder articulador principal. Por lo tanto, el destino del orden mundial se negociaría entre estos Estados centrales, así como durante la Guerra Fría la principal negociación ocurría entre Estados Unidos y la URSS:

> En el mundo actual, más complejo y heterogéneo, los componentes del orden se encuentran dentro de las civilizaciones y entre ellas. El mundo, o se ordenará de acuerdo con las civilizaciones o no tendrá orden alguno. En este mundo, los Estados centrales de las civilizaciones ocupan el puesto de las superpotencias. Son fuentes de orden dentro de las civilizaciones y, mediante negociaciones con otros Estados centrales, también entre las civilizaciones (Huntington, 1997, p. 186).

De manera más reciente, el politólogo británico Christopher Coker (2019) planteó que el siglo XXI estará marcado por el ascenso de los "Estados-civilización", entendidos como grandes potencias que no se entienden únicamente como Estados-nación modernos, sino como expresiones políticas de civilizaciones históricas profundas, con identidad cultural, memoria histórica y valores propios, ejemplificando con los casos de China, Rusia e India, que desafían el modelo occidental liberal surgido tras Westfalia, que proponía que el Estado-nación secular y universal sería la forma política definitiva de organización humana. De esta forma, el concepto de Estado-civilización implica una ruptura estructural con el modelo westfaliano de Estado-nación. Los tres ejemplos de Coker se deben precisamente al hecho de que estos planteamientos civilizacionales han sido expresados en el discurso de nuestros tres candidatos asiáticos o euroasiáticos a constituir el núcleo de poder multipolar: China, Rusia e India. Los tres son socios fundadores de los BRICS y, desde un primer momento, han planteado la necesidad de crear un orden multipolar que reemplace el caduco unipolarismo estadounidense y su orden liberal internacional.

En el caso chino, el filósofo Liang Shuming (2022) tempranamente señaló la idea de China como una civilización *sui generis*, irreducible a categorías occidentales. De manera contemporánea, el influyente politólogo Zhang Weiwei (2012) planteó explícitamente el concepto de China como "Estado-civilización", argumentando que la potencia asiática no es un Estado-nación al estilo westfaliano sino una civilización que se convirtió en Estado moderno con valores y lógicas propias. Por su parte, el filósofo político Gan Yang (2019) propuso la idea de China como una civilización única que sintetiza tres tradiciones: confucianismo, maoísmo y reformas de Deng.

En el caso indio, ya Mahatma Gandhi (2009) planteaba que la civilización india poseía una lógica propia e irreductible a las categorías coloniales occidentales. En la actualidad, Rajiv Malhotra (2013) propone el concepto de "diferencia profunda" para argumentar que India no es simplemente una variante del universalismo occidental sino una civilización con su propia epistemología, ontología y cosmología, inconmensurable con las categorías de Occidente. De igual forma, el teórico político Ram Madhav (2025) explícitamente señala que la India es un Estado-civilización con vocación de ofrecer un liderazgo alternativo al orden occidental en decadencia.

Para el caso ruso, ya en el siglo XIX, Nikolai Danilevskii (2013) postuló que la civilización eslava constituía un "tipo histórico-cultural" autónomo e irreductible a Occidente. Pocos años después, en 1875, Konstantin Leontiev (2020) reiteró que Rusia debía resistir la homogeneización liberal europea y preservar su identidad a través de una síntesis de herencia bizantina, ortodoxia y autoridad fuerte. De manera contemporánea, el filósofo Alexander Dugin (2017, 2020) define a Rusia como núcleo civilizatorio eslavo-euroasiático, en una doctrina de confrontación activa contra el liberalismo atlántico.

Todos estos autores entienden a sus países como Estados-civilización o civilizaciones únicas y autónomas para diferenciarse explícitamente de un universalismo liberal asociado a la hegemonía occidental de ambos lados del Atlántico y su idea de Estado-nación westfaliano.

Pero, por otra parte, si bien Estados Unidos y Europa no se han planteado explícitamente como un Estado-civilización, han tendido históricamente a atribuirle a la civilización occidental un carácter universal y normativamente superior, asumiendo que sus valores, instituciones y concepciones del orden político deben extenderse al conjunto del sistema internacional. Para el caso de Estados Unidos como hegemón del sistema, esta idea de la necesaria universalización de la cultura occidental (sobre todo política) hunde sus raíces en Alexis de Tocqueville (2000), quien fue el primero en plantear, en sus publicaciones de 1835 y 1840, que la democracia americana representaba el destino inevitable de la humanidad. Esto se prolonga en la tradición liberal internacionalista fundada en el wilsonismo, con su convicción de que los valores políticos occidentales –democracia liberal, autodeterminación y libre mercado– son universalmente válidos y deben ordenar el mundo. Esta convicción universalista de la civilización occidental alcanzó su expresión más influyente tras el fin de la Guerra Fría con Francis Fukuyama (1992) cuando proclamó que la democracia liberal occidental representaba el punto de llegada definitivo de la historia humana. Por cierto, Fukuyama no fue el único, también

hubo otros influyentes autores, como Walter Russell Mead (2001) que desarrolló una teoría de la política exterior estadounidense como proyecto civilizatorio con misión universal, o Michael Mandelbaum (2002) cuando argumentó que la democracia, la paz y el libre mercado de cuño occidental habían conquistado el horizonte intelectual global sin alternativa viable. Además, desde la tradición neoconservadora, William Kristol y Robert Kagan (1996) también sostuvieron esta convicción, al plantear que Estados Unidos tenía la misión histórica de expandir la democracia liberal como forma superior de organización política. Kagan reiteró este argumento posteriormente cuando sostuvo que Occidente, liderado por Estados Unidos, representa el único modelo viable de organización política legítima (Kagan, 2003, 2008, 2017). En términos de política exterior concreta, esta idea de universalización de la civilización occidental fue implementada a sangre y fuego por los gobiernos de Bush (p), Clinton, Bush (h), Obama y Biden (ver capítulo 10).

b) Por otra parte, como planteamos en nuestro breve ejercicio prospectivo respecto de los principales candidatos a constituirse en el núcleo de poder de un orden multipolar (ver capítulo 10), existen cinco posibles grandes actores: China, India, Estados Unidos, Europa y Rusia, seguramente todos con el firme propósito de impedir que alguno se "escape" en la delantera al punto de que los demás pierdan su soberanía. Lo interesante de estos candidatos es que todos presentan gigantescas dimensiones en superficie territorial, por lo cual podemos denominarlos "Estados-continente" o Estados de dimensiones continentales.

En cuanto a superficie, Rusia tiene más de 17 millones de km^2; China y Estados Unidos, más de 9 millones de km^2 cada uno; India, más de 3,2 millones de km^2; y la Unión Europea, si bien no es un Estado-nación propiamente tal, más de 4,2 millones de km^2. Bajo esta lógica, de los 193 países que componen la ONU, solo Canadá (con más de 9,9 millones de km^2), Brasil (con más de 8,5 millones de km^2) y Australia (con más de 7,6 millones de km^2) podrían entrar en esta categoría de Estados-continente. Sin embargo, no integran nuestra lista de candidatos principales a conformar el núcleo del poder multipolar, dado que no cumplen con los otros requisitos necesarios para ser considerados megapotencias y/o superpotencias. Australia y Canadá, además de no poseer armas nucleares, son prácticamente países "despoblados" en relación con su superficie: Australia, con 27 millones de habitantes, tiene una densidad de 3,5 hab./km^2, y Canadá, con 41 millones de habitantes, presenta una densidad de 4 hab./km^2. Por su parte, Brasil, si bien tiene una enorme cantidad de habitantes –más de 213 millones–, no posee armas nucleares.

Lo anterior nos permite conjugar la idea de Estados-civilización –que coincidiría con los Estados centrales definidos por Huntington– con la noción de Estados-continente. Desde esta perspectiva, nuestros cinco candidatos a constituir el núcleo del orden multipolar emergente –Rusia, India, China, Estados Unidos y Europa– entran plenamente en ambas caracterizaciones. Por lo tanto, podemos plantear la hipótesis de que la nueva configuración de poder tenderá a favorecer la conformación de grandes nodos territoriales de escala regional o continental, probablemente articulados en torno a identidades culturales propias, por sobre el ideal westfaliano clásico del Estado-nación.

Por cierto, esta hipótesis se sustenta de manera importante en las tesis de Huntington (1997), Coker (2019) y Morgenthau (2006). Pero también debemos agregar que, antes de estos autores, en 1939, Carl Schmitt (2011), en su teoría del gran espacio (*Großraum-Theorie*), había argumentado que el orden westfaliano de Estados soberanos e iguales –tan caro a la tradición liberal– estaba siendo históricamente superado por grandes espacios regionales organizados en torno a potencias hegemónicas con afinidades culturales, políticas y jurídicas propias. Para Schmitt, la categoría de *Großraum* –gran espacio– no era una mera descripción geográfica, sino una unidad político-jurídica de nuevo tipo, irreductible tanto al Estado-nación clásico como al universalismo liberal; una forma de orden que excluía la intervención de potencias externas y se articulaba en torno a un pueblo o civilización portadora de una idea política determinada. En este sentido, Schmitt anticipó que el siglo XX sería el de los imperios-región y no el de los Estados nacionales clásicos; profecía que, con los matices propios de cada época, podría encontrar en la configuración multipolar del siglo XXI una confirmación al menos parcial.

Todo lo anterior no es menor para nuestra pregunta inicial: ¿cuál es el destino de ALC en el nuevo orden mundial multipolar emergente?

El moribundo poder hegemónico estadounidense –y de cinco siglos de dominio occidental– también se expresa en el fin del orden liberal internacional que Estados Unidos y sus aliados construyeron tras la Segunda Guerra Mundial, en la medida en que ese orden ya no les asegura la supremacía global, como indica el *aggiornamento* de la Doctrina Monroe impulsado por la administración Trump.

Sin duda, la agresión en Venezuela, que culminó con el secuestro del presidente Nicolás Maduro y la relación que ha establecido la administración Trump con el gobierno venezolano que lo sucedió en la presidencia del país, constituye una clara demostración de lo que significa el Corolario Trump de la Doctrina Monroe. Se trata de una doctrina que, al menos discursivamente, es la antítesis de los ideales liberales de respeto

al derecho internacional, a un orden multilateral basado en reglas y sustentado en el pleno respeto a la soberanía de los Estados-nación.

Pero no se trata únicamente de Trump. El aumento de la injerencia y la presión sobre los gobiernos de ALC, con el fin de bloquear y terminar con inversiones chinas, ya venía escalando aceleradamente durante la administración Biden, como se describió en los capítulos 10 y 14. Esto indica que, más allá de los gobiernos que se suceden en la Casa Blanca, el establishment del poder estadounidense está implementando, de manera cada vez más abierta, una agresiva política neoimperial hacia la región, buscando evitar que le arrebaten su "patio trasero"; es decir, están aplicando una política hacia ALC plenamente concordante con la lógica de las áreas de influencia. Ya sea que se verbalice como "patio trasero" o mediante otra expresión, para Estados Unidos, desde la Doctrina Monroe (1823) hasta el presente, ALC constituye su área de influencia.

Por ejemplo, el senador republicano por Tennessee Bill Hagerty sintetizó magistralmente la forma en que Estados Unidos entiende a América Latina y el Caribe en su disputa con China cuando –en una audiencia oficial del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de Estados Unidos celebrada el 31 de marzo de 2022 y titulada "El papel de China en América Latina y el Caribe"– señaló con gran alarma y preocupación:

> China, básicamente, está dominando en una región que se encuentra en este hemisferio, ya sea en el acceso a las materias primas, el dominio de la tecnología 5G, el mercado del transporte compartido –no me había dado cuenta de que se habían hecho con la mitad de ese mercado en América Latina–, los mercados energéticos (…). Este es nuestro patio trasero. Estamos hablando de nuestro hemisferio y China, literalmente, se está comiendo nuestro almuerzo (U.S. Senate, Committee on Foreign Relations, 2022, p. 68).

En este contexto, la transición desde la hegemonía del orden occidental-estadounidense hacia una nueva configuración internacional, probablemente multipolar y con un marcado tono oriental, anticipa un período de interregno hegemónico en extremo complejo y conflictivo, particularmente para ALC.

Por una parte, ya hemos señalado el carácter excepcional que adquiere la geografía de la región en un mundo de creciente escasez de recursos naturales y de agravamiento de la crisis ambiental en general y de su variable cambio climático en particular, así como su importancia para el tránsito y control de los mares australes del planeta y el acceso al continente antártico. Como se vio en el capítulo 14, ALC, con una superficie de más de 20 millones de km², es una región indispensable no solo para los latinoamericanos, en cuanto constituye su hogar, sino también, en sentido geopolítico, para toda potencia que aspire

seriamente a integrar y mantenerse en el núcleo de poder de un orden multipolar emergente en un mundo de creciente escasez de recursos.

Por otra parte, la región está dividida en 33 Estados, todos integrantes del Sur global, y donde, en las últimas décadas, solo dos, Brasil y México, han sido considerados economías emergentes con proyección global, en virtud de una combinación de factores estructurales que las distinguen del resto de los países. Entre ellos destacan su gran escala demográfica, el tamaño de sus mercados internos, su superficie territorial, particularmente en el caso de Brasil y, sobre todo, el mayor grado de diversificación de sus estructuras productivas e industriales.

En este sentido, a diferencia de la mayoría de las economías latinoamericanas, ambos países lograron preservar, incluso en el contexto de las reformas neoliberales asociadas al Consenso de Washington, un nivel relevante de industrialización y complejidad productiva, manteniendo, aunque con distinta intensidad y eficacia, políticas estatales orientadas al fortalecimiento de sectores manufactureros estratégicos. En contraste, gran parte de los demás países de la región profundizó patrones de especialización basados en la exportación de recursos naturales y bienes primarios, consolidando procesos de reprimarización productiva y de desindustrialización. Sin embargo, en ambos países existen fuertes tensiones políticas promovidas por actores neoliberales locales que, con la directa injerencia y ayuda de los globalistas neoliberales estadounidenses y europeos, insisten en desindustrializarlos y transformarlos en simples y subordinados proveedores de recursos naturales y materias primas para el mercado global.

Por lo tanto, pese a su realidad económica relativamente más esperanzadora que la del resto de los Estados de la región, ni Brasil ni México escapan a la determinante geopolítica estructural de ser considerados parte del "patio trasero" de Estados Unidos. Más aún cuando las últimas administraciones estadounidenses, desde Obama en adelante, se han enfocado, con creciente intensidad, en expulsar a China y a cualquier otra potencia "revisionista" (Rusia, Irán, entre otras) de un territorio que consideran "su propiedad". Puede que el tono del discurso sea relativamente distinto entre globalistas neoliberales y soberanistas de extrema derecha, pero, a fin de cuentas, todos coinciden en este aspecto.

Debemos agregar que ALC sigue perteneciendo al Sur global, es decir, está compuesta por países en vías de desarrollo que, como vimos en el capítulo 13, corren el peligro de eternizarse en esta situación, transformándose en el "Sur absoluto" o en la "periferia permanente" del nuevo orden mundial emergente. Evidentemente, este escenario es solo una posibilidad y no una profecía; o, si se prefiere, es una amenaza y un desafío que debe ser superado. Lo más interesante es que existen todas las condiciones para superarlo con éxito.

Precisamente, en la actual situación que atraviesa el orden mundial, ALC puede aprovechar su condición de región indispensable para maximizar sus intereses en función de mejorar cualitativamente las condiciones de vida de sus pueblos y sociedades, así como para proyectarse de manera soberana e independiente en el sistema internacional, aportando con sus conocimientos y capacidades a la construcción de un mundo mejor para todos. Para lograr eso, resulta absolutamente determinante avanzar en la unidad regional, lo que requiere que la mentalidad de la región trascienda del imaginario decimonónico del Estado-nación y comprenda la nueva arquitectura del poder mundial que está emergiendo, en la cual que grandes espacios regionales serán determinantes.

En este sentido, la región cuenta con todos los requisitos para acceder a crecientes grados de coordinación y unidad. El más importante de todos es su identidad particular, que proviene de su historia y destino común, y que la transformó en un subcontinente mestizo por antonomasia. El mestizaje de ALC no es un aspecto marginal o secundario: es su esencia. Por contradictorio que parezca, la misma historia que la traumatizó –conquista, esclavitud y colonialismo, aspectos que no han desaparecido del todo– le dio a su vez vida y le otorgó su rasgo más original y potente: su mestizaje, tanto étnico como cultural.

Al respecto, existe una larga tradición intelectual y política que destaca, de diferentes formas y con diversos énfasis, esta realidad. La reflexión sobre la esencia mestiza de América Latina y el Caribe configura una de las tradiciones filosófico-políticas más originales del pensamiento latinoamericano de los siglos XX y XXI, como ha sido ampliamente demostrado historiográficamente por la obra monumental de Eduardo Devés Valdés.[1] Siguiendo su obra, podemos plantear que

---

1 Para Devés, el pensamiento latinoamericano desde comienzos del siglo XIX ha oscilado permanentemente entre la búsqueda de modernización y el reforzamiento de la identidad, siendo el intento por equilibrar ambas dimensiones una constante estructural de su historia intelectual. En este marco interpretativo, lo identitario insiste en la reivindicación de lo propio o lo autóctono, que marca la independencia y la búsqueda de un destino autónomo, y es precisamente en ese eje donde el mestizaje ocupa un lugar central: no como dato demográfico sino como problema filosófico, político y civilizatorio de primer orden. Devés Valdés ha concebido el problema de la identidad como el centro del pensamiento latinoamericano, y dentro de ese núcleo identitario, la cuestión del mestizaje –que el autor estudia bajo categorías como *indigenismo* y *mestizofilia*– aparece como el nudo donde convergen las grandes tensiones del continente: entre lo indígena, lo afro y lo europeo, entre lo propio y lo "importado", entre la afirmación y la negación de sí mismo. En la segunda mitad del siglo XX, a diferencia de la primera, la primacía de lo modernizador sobre lo identitario se acentúa, pero emergen nuevos temas –desarrollo, dependencia, derechos humanos, integración– que no suprimen, sino que reconfiguran esa tensión fundacional, y el contacto con el Caribe no hispánico enriquece la conversación intelectual del conjunto (Devés, 2000-2004).

la evolución del pensamiento sobre la esencia mestiza de ALC describe una trayectoria que va desde la afirmación fundacional y utópica de José Vasconcelos, pasa por las elaboraciones filosóficas de Leopoldo Zea, Édouard Glissant, Roberto Fernández Retamar o Rodolfo Kusch, entre muchos otros, y llega a los planteamientos críticos de Aníbal Quijano, Enrique Dussel y Silvia Rivera Cusicanqui. Todos ellos abonan un debate intelectual y político que no niega el mestizaje como hecho histórico constitutivo e irrenunciable del continente, sino que alerta con rigor sobre su uso discursivo como pantalla para ocultar condiciones de desigualdad, racismo estructural y explotación que aún persisten en grupos cuyas herencias indígena y afrodescendiente fueron declaradas "superadas", precisamente en nombre de un mestizaje idealizado que únicamente sirve a los intereses de históricas oligarquías dominantes.

Incluso para los propios observadores del Norte global, la identidad mestiza de América Latina y el Caribe es tan singular que resulta irreductible a los patrones culturales occidentales, razón por la cual Huntington le otorga a la región el estatuto de civilización propia. Es decir, ALC sería una unidad civilizatoria diferenciada, producto de la conquista ibérica (española y portuguesa) y el profundo mestizaje que provocó entre poblaciones indígenas, europeas y africanas, además del predominio del catolicismo romano, y de la persistencia de tradiciones sociales, políticas e institucionales marcadas por una relación más intensa entre Estado, sociedad y religión, que la distingue sustantivamente de la trayectoria liberal y protestante de Europa del Norte y América del Norte (Huntington, 1997, pp. 51-52).

Por cierto, la segunda gran característica relevante de ALC es su historia geopolítica. Desde que nació a la vida independiente en el siglo XIX, rápidamente quedó clasificada por Estados Unidos como su "patio trasero". En este sentido, su identidad también ha sido marcada por la permanente injerencia y actitud colonialista de Estados Unidos hacia la región. El águila imperial estadounidense ha sido el gran enemigo de la independencia y soberanía de ALC, el otro elemento que marca su identidad regional.

Por lo tanto, ALC tiene todas las condicionantes históricas, culturales y geopolíticas para concretar su unidad. En un mundo "controlado" por Estados-civilización y/o Estados- continente, es evidente que los Estados-nación más pequeños y débiles, cada uno por separado, tendrán el mismo destino que las hojas secas al interior de los vientos huracanados: imposibilitados de dirigir su destino, vivirán en un torbellino que concluirá con su destrucción. Lo sucedido con Venezuela en la segunda administración Trump es un claro ejemplo de ello; más aún cuando en mayo de 2026 Donald Trump comenzó a plantear

públicamente que estaba "considerando seriamente" la posibilidad de incorporar a Venezuela como el "estado número 51" de la Unión, dado el creciente interés estratégico de Washington por las vastas reservas petroleras del país (Roberts, 2026).

Si la UNASUR –quizás el más interesante proceso de integración político subregional que ha existido– hubiera estado activa y en funcionamiento, probablemente Estados Unidos no hubiera podido quebrar la soberanía de este país latinoamericano cuando secuestró al presidente Maduro.[2] La región ha demostrado más de una vez su capacidad para avanzar en interesantes procesos de integración que, en la misma medida en que han sido exitosos, han obligado a Estados Unidos a crecientes esfuerzos de injerencia a fin de desestabilizarlos y destruirlos –como ha ocurrido con la UNASUR–, siempre ayudado por los actores políticos regionales que históricamente han sido serviles a sus intereses coloniales.[3]

---

2 La Unión de Naciones Suramericanas, UNASUR, surgió de esfuerzos de varios años para establecer un ente de integración suramericano. El Tratado Constitutivo se firmó el 23 de mayo de 2008 en Brasilia, y los doce países de América del Sur (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Guyana, Paraguay, Perú, Surinam, Uruguay, Venezuela) lo ratificaron parlamentariamente entre 2009 y 2011. Buscaba construir una gobernanza regional propia en todos los ámbitos de la gestión pública, impulsar la conectividad y la articulación de capacidades nacionales para el desarrollo de la región, y consolidar un bloque regional más cohesionado, capaz de proyectarse con eficacia a nivel internacional. Entre sus proyectos más ambiciosos figuraban la construcción de una carretera interoceánica de Brasil hacia el Pacífico, el libre comercio y, en el futuro, una moneda única. Se establecieron doce consejos ministeriales para facilitar la cooperación y la articulación de políticas en la región. Varios consejos, por ejemplo, el Consejo de Defensa Suramericano y el Consejo de Salud Suramericano, entre otros, empezaron a desarrollar una agenda importante, con la concreción de planes y proyectos de largo plazo. También se aprobó la formación del Centro de Estudios Estratégicos de Defensa (CEED) y las Naciones Unidas otorgaron a UNASUR el carácter de miembro observador en 2011. Sin embargo, la UNASUR no pudo trascender esta etapa incipiente de consolidación. La falta de consenso entre los Estados miembros para la nominación de un nuevo secretario o secretaria general entre 2017 y 2019 fue el elemento catalizador para que –en el contexto de un cambio radical de signo político en la región (llegada de regímenes de derecha neoliberal en varios países)– varios gobiernos optaran por salir de la organización.

3 De acuerdo con los economistas políticos Ugarteche y Negrete (2019), la constitución de UNASUR "fue motivada por la interferencia abierta de Estados Unidos en la vida política de Bolivia tras tres años de acciones sistemáticas de desestabilización, incluyendo un intento de guerra interna, luego que Evo Morales fuera electo presidente". Los presidentes Morales (Bolivia), Kirchner (Argentina), Lula da Silva (Brasil) y Chávez (Venezuela) acordaron entonces organizar un espacio de discusión regional autónomo de la OEA, reuniéndose en Brasilia en 2008 para fundar UNASUR (Ugarteche y Negrete, 2019; Long y Suñé, 2022). En otras palabras, el organismo nació como respuesta directa a la injerencia estadounidense, lo que lo convirtió en un blanco desde su origen. Entre las múltiples acciones desestabilizadoras documentadas, uno de los

Por lo tanto, en el nuevo orden mundial en gestación, avanzar aceleradamente hacia nuevos y crecientes niveles de unidad, integración y cooperación regional permitirá a ALC participar de la mejor forma posible en el proceso de defensa de sus intereses y mantenerse como una región soberana. En caso contrario, la recolonización por parte de los tradicionales o de nuevos "imperios" centrales será, simplemente, inevitable.

Pero, además de las razones históricas, culturales y geopolíticas que justifican la unidad, el actual interregno hegemónico ha abierto una coyuntura óptima para avanzar en una lógica regional integracionista. La crisis provocada por la declinación final de la hegemonía estadounidense-occidental y la creciente lucha por el poder que se está generando entre China y el resto de las potencias emergentes desafiantes ha configurado una ventana histórica relativamente similar a la que se produjo a fines del siglo XVIII e inicios del XIX, cuando la disputa por la hegemonía del sistema se dio entre el Imperio británico

---

casos más paradigmáticos fue el juicio político contra el ministro de Defensa paraguayo Luis Bareiro Spaini en 2010. Según el Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica, la embajada estadounidense estuvo directamente involucrada en dicho proceso –organizando reuniones entre su embajadora Liliana Ayalde, altos funcionarios del gobierno paraguayo y generales del Ejército de Estados Unidos– precisamente porque Bareiro Spaini defendía una alianza militar regional en el marco de la UNASUR como alternativa a los acuerdos de defensa con Washington (CELAG, 2020). Este episodio fue un antecedente directo del golpe parlamentario contra Fernando Lugo en 2012, que desencadenó la primera suspensión de un miembro en UNASUR. La acción estratégica más disruptiva de Estados Unidos contra el bloque llegó en 2015, cuando el gobierno de Barack Obama emitió una Orden Ejecutiva declarando que el gobierno venezolano encabezado por Nicolás Maduro constituía "una amenaza inusual y extraordinaria para la seguridad nacional y la política exterior de los Estados Unidos", autorizando sanciones selectivas contra funcionarios venezolanos acusados de violaciones de derechos humanos (Obama, 2015). Los Estados miembros de UNASUR rechazaron unánimemente el decreto, calificándolo de "amenaza injerencista a la soberanía y al principio de no intervención en los asuntos internos de otros Estados" (UNASUR, 2015, citado en CubaSi, 2015). No obstante, la presión estadounidense sobre Venezuela continuó escalando: el financiamiento de Washington a los grupos de oposición al gobierno de Maduro casi se duplicó de manera interanual a partir de 2017, canalizándose a través de la USAID, la NED y diversas ONG afines (Misión Verdad, febrero 2025). En este contexto, el giro conservador en los gobiernos de Argentina (Mauricio Macri, 2015), Brasil (Michel Temer, 2016) y Sebastián Piñera (Chile, 2017) resultó decisivo. Estos tres países, que concentraban más del 65 por ciento del aporte presupuestario de UNASUR, se sumaron a Estados Unidos en la campaña de presión sobre Venezuela y conformaron el Grupo de Lima en agosto de 2017 (Long y Suñé, 2022; Primicias, 2023). Sin masa crítica política ni financiamiento suficiente, y con las profundas divisiones internas que generó la "cuestión venezolana", UNASUR entró en un proceso de desintegración progresiva. Entre 2018 y 2020, siete de sus doce miembros denunciaron el Tratado Constitutivo, dejando al organismo en estado de parálisis institucional, del que, hasta la fecha, no ha logrado recuperarse (Long y Suñé, 2022).

y el Imperio francés, que, después de la revolución francesa, pasó eufemísticamente a denominarse república.

La etapa final de esta confrontación, marcada por las guerras napoleónicas y la consecuente ocupación de España por parte de los franceses, permitió que las colonias iberoamericanas, por diferentes vías, avanzaran hacia su independencia política de las metrópolis europeas y finalmente la concretaran. Fue esa coyuntura histórica de guerra interimperial que ocurrió en el centro la que posibilitó la independencia iberoamericana casi 150 años antes de la descolonización de África y Asia. De la misma forma, el interregno hegemónico de la primera mitad del siglo XX, con el tránsito de la hegemonía británica a la estadounidense y su desenlace final en la Segunda Guerra Mundial, constituyó la coyuntura histórica que facilitó y permitió la independencia de las colonias europeas en Asia y África, así como el surgimiento del llamado Tercer Mundo.

Cuando los centros entran en guerra o se producen conflictos serios entre ellos o con potencias desafiantes se abre una ventana de oportunidad para las periferias, siempre y cuando estas sepan aprovecharla. Esta regla sigue siendo plenamente vigente en la actual etapa histórica. Lo que para las potencias centrales y hegemónicas es caos, crisis y un "mar" de incertidumbre, para las periferias puede constituir un "océano" de oportunidades. Finalmente, el destino de los latinoamericanos en el nuevo orden mundial emergente recae en sus propias manos, y la historia dirá si fueron capaces de aprovechar este tiempo en favor de la soberanía, el bienestar y la dignidad de sus pueblos.

REFERENCIAS

Abou-Elias, Janet y Hartung, William D. (2026, 7 de abril). The Pentagon is going "AI first". *The Nation*. https://www.thenation.com/article/society/ai-pentagon-hegseth-military/

Aduananews (2025, 10 de julio). Brasil y China impulsan proyecto estratégico para conectar Atlántico y Pacífico. https://aduananews.com/brasil-y-china-impulsan-proyecto-estrategico/

Acharya, Amitav (2014). *The end of American world order*. Cambridge: Polity Press.

Acharya, Amitav (2017). After Liberal Hegemony: The Advent of a Multiplex World Order. *Ethics & International Affairs*, *31*(3), 271-285.

Agrolatam (2026, 10 de febrero). China y América Latina profundizan su vínculo comercial en un contexto global incierto. https://www.agrolatam.com/actualidad-latam/china-america-latina-comercio-inversiones-2025/

Aguiar, Paulo (2024, 9 de diciembre). The fall of Assad: Syria's turning point and the path ahead. *Geopolitical Monitor*. https://www.geopoliticalmonitor.com/the-fall-of-assad-syrias-turning-point-and-the-path-ahead/

Ahmia, Mourad (2014). The Group of 77 at fifty. *United Nations Chronicle, 51*(1), 8-9. https://www.un.org/en/chronicle/article/group-77-fifty

Ali, Idrees y Stewart, Phil (2022, 16 de noviembre). Top U.S. general plays down odds of near-term Ukraine military victory. *Reuters*. https://www.reuters.com/world/europe/us-general-plays-down-odds-near-term-military-victory-ukraine-2022-11-16/

Ali, Nawazish (2024, 17 de enero). The emerging global south. *Daily Times*. https://dailytimes.com.pk/1161630/the-emerging-global-south/

Allison, Graham (2017). *Destined for war: Can America and China escape Thucydides's trap?* Boston: Houghton Mifflin Harcourt.

Anderson, Scott R. et al. (2026, 5 de enero). *Making sense of the US military operation in Venezuela: Brookings experts weigh in*. Brookings Institution. https://www.brookings.edu/articles/making-sense-of-the-us-military-operation-in-venezuela/

Andrews, Kenneth Raymond (1984). *Trade, plunder and settlement: Maritime enterprise and the genesis of the British Empire, 1480-1630*. Cambridge: Cambridge University Press.

Applebaum, Anne (2018, 14 de julio). A short history of NATO. *NPR*. https://www.npr.org/2018/07/14/629058526/a-short-history-of-nato

Applebaum, Anne (2012). *Iron curtain: The crushing of Eastern Europe, 1944-1956*. New York: Doubleday.

Aron, Raymond (1963). *Paz y guerra entre las naciones*. Madrid: Revista de Occidente.

Arrighi, Giovanni (1999). *El largo siglo XX*. Madrid: Akal.

Arrighi, Giovanni (2007). *Adam Smith in Beijing. Lineages of the twenty-first century*. London/New York: Verso.

Arteaga, María Gabriela (2025, 5 de noviembre). El triángulo del litio se reactiva: la oportunidad que abre el nuevo ciclo político en Argentina, Bolivia y Chile. *Diario Financiero*. https://www.df.cl/america/el-triangulo-del-litio-se-reactiva-la-oportunidad-que-abre-el-nuevo

ASEAN Secretariat (2025). *ASEANstats Data Portal*. https://data.aseanstats.org

Ashraf, Nussaiba (2023). Revisiting international relations legacy on hegemony: The decline of American hegemony from comparative perspectives. *Review of Economics and Political Science, 8*(6), 410-426.

Asian Development Bank (2011). *Asia 2050: Realizing the Asian century*. https://bit.ly/3Q7MQBq

Associated Press (2016, 9 de noviembre). Ira y ansia de cambio entre los votantes de EE. UU. *Chicago Tribune*

en Español. https://www.chicagotribune.com/2016/11/09/ira-y-ansia-de-cambio-entre-los-votantes-de-eeuu/

Aviles, Diego Alberto y Wong, Pablo (2019). China y el efecto de reprimarización en América Latina. *3C Empresa. Investigación y pensamiento crítico*, *8*(3), 118-149. http://dx.doi.org/10.17993/3cemp.2019.080339.118-149

Babic, Milan (2020). Let's talk about the interregnum: Gramsci and the crisis of the liberal world order. *International Affairs, 96*(3), 767-786.

Baccini, Leonardo y Weymouth, Stephen (2021). Gone for Good: Deindustrialization, White Voter Backlash, and US Presidential Voting. *American Political Science Review*, *115*(2), 550-567. https://doi.org/10.1017/S0003055421000022

Bairoch, Paul (1995*). Economics and world history: Myths and paradoxes*. Chicago: University of Chicago Press.

Baker, Simon (2023, 19 de mayo). China overtakes United States on contribution to research in Nature Index. Data on affiliations suggest that authors from China made the largest contribution to high-quality natural-science research in 2022. *Nature*. https://www.nature.com/articles/d41586-023-01705-7

Banco Mundial (2025). *Global Economic Prospects, June 2025 (Conference edition)*. World Bank Group. https://thedocs.worldbank.org/en/doc/8bf0b62ec6bcb886d97295ad930059e9-0050012025/original

Banco Mundial (2025). *World Integrated Trade Solution* (WITS). https://wits.worldbank.org

Barma, Naazneen et al. (2009). A world without the West? Empirical patterns and theoretical implications. *Chinese Journal of International Politics, 2*(4), 525-554.

Baroud, Ramzy y Rubeo, Romana (2022). Más allá del «interregno». ¿Es posible un mundo no hegemónico? *Metapolis,* (13), 17-25.

Barrow, Bill (2016, 9 de noviembre). Angst over the economy helps Trump flip Great Lakes states. *U.S. News & World Report*. https://www.usnews.com/news/politics/articles/2016-11-09/angst-over-the-economy-helps-trump-flip-great-lakes-states

Batschke, Nayara (2025, 29 de abril). China lashes out at US as tensions escalate over a space observatory in Chile. *Associated Press*. https://apnews.com/article/chile-china-trump-administration-rivalry-space-telescope-03a34982368de0748070b36d94cfd355

Baumann, Max Otto et al. (2024). The Group of 77 and global dialogue in the United Nations General Assembly. Discussion Paper Nº

13, German Institute of Development and Sustainability (IDOS). https://www.idos-research.de/fileadmin/user_upload/pdfs/publikationen/discussion_paper/2024/DP_13.2024.pdf

Baxter, Philipp M (ed.) (2025). *Examining perspectives of small-to-medium powers in emergent great power competition: Bandwagon or balance?* Cham: Palgrave Macmillan.

Beck, Ulrich (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.

Beck, Ulrich. (2004). *¿Qué es la globalización?* Barcelona: Paidós.

Becker, Bertha (2005). Geopolítica da Amazônia. *Estudos Avançados*, *19*(53), 71-86.

Beckley, Michael (2018). *Unrivaled: Why America Will Remain the World's Sole Superpower*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

Beyaz, Fatih (2025). China's global hegemony strategy. *E-International Relations*. https://www.e-ir.info/2025/07/08/chinas-global-hegemony-strategy/

Bezerra, Joana (2012). A Amazônia na Rio+20: As discussões sobre florestas na esfera internacional e seu papel na Rio+20. *Cadernos EBAPE.BR, 10*(3), 533-544.

Bickers, Robert (2011). *The scramble for China: Foreign devils in the Qing Empire, 1832-1914*. London: Allen Lane.

Bird, Mike (2014, 8 de octubre). China just overtook US as the world's largest economy, IMF says. *The Christian Science Monitor*. https://www.csmonitor.com/Business/Latest-News-Wires/2014/1008/China-just-overtook-US-as-the-world-s-largest-economy-IMF-says

Blair, Tony (1998). *The Third Way: New Politics for the New Century*. London: Fabian Society.

Blair, Tony (1999 a). Kosovo. Publication Parliament UK. https://publications.parliament.uk/pa/cm199899/cmhansrd/vo990323/debtext/90323-06.htm?utm_source=chatgpt.com

Blair, Tony (1999 b). *The Blair Doctrine*. https://ir101.co.uk/wp-content/uploads/2018/11/The-Blair-Doctrine.pdf

Boese, Wade (1997, junio). NATO issues three invitations; signs separate charter with Ukraine. *Arms Control Association*. https://www.armscontrol.org/act/1997-06/press-releases/nato-issues-three-invitations-signs-separate-charter-with-ukraine

Boffey, Daniel (2026, 15 de mayo). What is the Thucydides Trap and why did Xi Jinping mention it in his meeting with Donald Trump? *The Guardian*. https://www.theguardian.com/us-news/2026/may/15/thucydides-trap-explained-xi-jinping-donald-trump-us-china-taiwan

Borger, Julian (2017, 25 de mayo). Trump refuses to endorse article 5 and accuses Nato members of owing 'vast sums'. *The Guardian*. https://www.theguardian.com/us-news/2017/may/25/trump-nato-article-5-brussels

Bose, Saikat Kumar (ed.). (2025, 5 de marzo). Trump unfiltered against "wokeness, left lunatics" in big Congress comeback. *NDTV*. https://www.ndtv.com/world-news/donald-trump-us-congress-america-is-back-will-no-longer-be-woke-trumps-big-congress-comeback-7850769

Boxer, Charles Ralph (1965). *The Dutch Seaborne Empire, 1600-1800*. London: Hutchinson.

Boxer, Charles Ralph (1969). *The Portuguese seaborne empire, 1415-1825*. New York: Knopf.

Brabo, Manu; Calvo, Roberto e Iriarte, Miguel Ángel (2021, 20 de junio). La primavera que no llegó a florecer. *Nuestro Tiempo*. https://nuestrotiempo.unav.edu/w/la-primavera-que-no-llego-a-florecer

Brands, Hal y Beckley, Michael (2022). *Danger zone: The coming conflict with China. W. W*. New York: Norton & Company.

Braudel, Fernand ([1979] 1984). *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII* (3 vols.). Madrid: Alianza Editorial.

Braudel, Fernand (1982). *Civilization and capitalism, 15th-18th century: Vol. II. The wheels of commerce*. New York: Harper & Row.

Bruckmann, Mónica (2012). *Recursos naturales y la geopolítica de la integración sudamericana*. Lima: Instituto de Investigaciones Sociales Perumundo.

Bruckmann, Mónica (2022). El Pacto Verde Europeo y las perspectivas de América Latina. En Fernando Estenssoro y Juan Pablo Vásquez Bustamante (coords.), *La geopolítica ambiental de Estados Unidos y sus aliados del Norte global. Implicancias para América Latina* (pp. 319-350). Buenos Aires: CLACSO.

Bruzzone, Elsa (2010). *Las guerras del agua. América del Sur en la mira de las grandes potencias*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Brzezinski, Zbigniew (1998). *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Barcelona: Paidós.

Brzezinski, Zbigniew (2013). *Strategic vision: America and the crisis of global power*. New York: Basic Books.

Bull, Hedley (1977). *The anarchical society: A study of order in world politics*. London: Macmillan.

Bulloch, John y Darwish, Adel (1993). *Water wars: Coming conflicts in the Middle East*. London: Victor Gollancz.

Burchett, Caitlyb (2026, 14 de abril). U.S. military kills 2 in 50th strike on suspected narco boat. *USNI News*. https://news.usni.org/2026/04/14/u-s-military-kills-2-in-50th-strike-on-suspected-narco-boat

Burke, Ryan y Matisek, Jahara F. (2021). The polar trap: China, Russia, and American power in the Arctic and Antarctica. *United States Air Force*. https://www.airuniversity.af.edu/DesktopModules/ArticleCS/Print.aspx?PortalId=10&ModuleId=20562&Article=2820739

Bush, George H. W. (1990). Address before a joint session of Congress on the Persian Gulf crisis and the federal budget deficit. *Presidential Library and Museum*. https://bush41library.tamu.edu/archives/public-papers/2174

Bush, George H. W. (1991, 29 de enero). Address Before a Joint Session of the Congress on the State of the Union. *The American Presidency Project*. https://www.presidency.ucsb.edu/documents/address-before-joint-session-the-congress-the-state-the-union-1

Bush, George H. W. (1993). *National Security Strategy of the United States*. White House. https://history.defense.gov/Portals/70/Documents/nss/nss1993.pdf

Buzan, Barry (1991). New Patterns of Global Security in the Twenty-First Century. *International Affairs*, *67*(3), 431-451.

Cabello, Alejandra; Ortiz, Edgar y Sosa, Miriam. (2021). Creciente importancia de los BRICS en la gobernanza financiera y economía globales. *Oikos Polis*, *6*(1), 135-184.

Calduch Cervera, Rafael (1991). *Relaciones internacionales*. Madrid: Ediciones Ciencias Sociales.

Calle, Fabián y DerGhoukassian, Khatchik (2003). El guardián del mundo unipolar y sus críticos. la estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos y la construcción del espacio alternativo. *Colección*, (14), 65-97.

Campbell, Kurt M. y Ratner, Ely (2018). The China reckoning: How Beijing defied American expectations. *Foreign Affairs*, *97*(2), 60-70. https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2018-02-13/china-reckoning

Canuto, Otaviano (2026, 30 de enero). A visão de Trump: o mundo tem se aproveitado da hegemonia dos EUA. *Poder360*. https://www.poder360.com.br/opiniao/a-visao-de-trump-o-mundo-tem-se-aproveitado-da-hegemonia-dos-eua/

Cardozo de Barrios, Mónica Liseth; Luna Domínguez, Edgar Mauricio y Moreno Treviño, Jorge Omar (2023). Latin America and China: International trade and economic growth. *Análisis Económico*, *38*(99), 23-52. https://doi.org/10.24275/uam/azc/dcsh/ae/2023v38n99/Cardozo

Carothers, Thomas y Brown, Frances (2024, 6 de febrero). *Democracy policy under Biden: Confronting a changed world*. Carnegie Endowment for International Peace. https://carnegieendowment.org/research/2024/02/democracy-policy-under-biden-confronting-a-changed-world

Carroll, Eugene J. (1997, 7 de julio). NATO Expansion Would Be an Epic 'Fateful Error'. *Los Angeles Times*. https://www.latimes.com/archives/la-xpm-1997-jul-07-me-10464-story.html

Cecco, Leyland y Holmes, Oliver (2025, 7 de enero). 'A remote possibility': Trudeau rejects Trump's threat to annex Canada. *The Guardian*. https://www.theguardian.com/world/2025/jan/07/canada-politics-trump-tariffs-trudeau

CELAG (2020, 18 de enero). *Las embajadas y la injerencia de EE. UU. en América Latina*. Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica. https://www.celag.org/las-embajadas-y-la-injerencia-de-eeuu-en-america-latina/

Center for Constitutional Rights (2026, 18 de marzo). *Trump's murders in the Caribbean rooted in counterterrorism framework*. https://ccrjustice.org/home/blog/2026/03/18/trumps-murders-caribbean-rooted-counterterrorism-framework

Center for Strategic and International Studies y Sandia National Laboratories (2005). *Addressing Our Global Water Future*. https://csis-website-prod.s3.amazonaws.com/ s3fs-public/legacy_files/files/media/csis/pubs/csis-snl_ogwf_sept_28_2005.pdf

Central Intelligence Agency (2018). Country comparison: Gross domestic product (purchasing power parity). *The World Factbook*. https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/rankorder/2001rank.html

Centre for Global Negotiations (2001). *The Brandt Equation: 21st century blueprint for the new global economy. About the Brandt Commission*. https://brandt21forum.info//wwwroot/About_BrandtCommission_print.htm

CEPAL (2013, 23 de agosto). Secretaria Ejecutiva destacó la importancia de mejorar la calidad de las relaciones América Latina-China [Comunicado de prensa]. https://www.cepal.org/es/comunicados/secretaria-ejecutiva-destaco-la-importancia-mejorar-la-calidad-relaciones-america-latina

Chang, Ha-Joon (2002). *Kicking Away the Ladder: Development Strategy in Historical Perspective*. London: Anthem Press.

Chiacu, David y Mohammed, Arshad (2014, 6 de febrero). Leaked audio reveals embarrassing U.S. exchange on Ukraine, EU. *Reuters*. https://www.reuters.com/article/world/leaked-audio-

China Open Source Observatory (s/f). Great rejuvenation of the Chinese nation (中华民族伟大复兴). https://chinaopensourceobservatory.org/glossary/great-rejuvenation-of-the-chinese-nation?character=G

Chomsky, Noam (1999). *El beneficio es lo que cuenta: neoliberalismo y orden global.* Barcelona: Crítica.

Chomsky, Noam (2003). *Hegemony or survival: America's quest for global dominance*. New York: Metropolitan Books.

Chomsky, Noam (2016). *Who rules the world?* New York: Metropolitan Books.

Claveria, Luis; Texeira, Juliane y Seitz, Ana Emerika (2022). La geopolítica del agua de Estados Unidos y su respuesta desde América Latina. En Fernando Estenssoro y Juan Pablo Vásquez Bustamante (coords.), *La geopolítica ambiental de Estados Unidos y sus aliados del norte global: implicancias para América Latina* (pp. 225-256). Buenos Aires: CLACSO.

Clinton, William J. (1994, julio). *A National Security Strategy of Engagement and Enlargement*. The White House. https://apps.dtic.mil/sti/tr/pdf/ADA533544.pdf

Clinton, William J. (1996, 23 de enero). *President Clinton's 1996 State of the Union Address as delivered*. US Capitol. https://clintonwhitehouse4.archives.gov/WH/New/other/sotu.html

Clinton, William J. (1997, mayo). *A National Security Strategy for A New Century*. The White House. https://history.defense.gov/Portals/70/Documents/nss/nss1997.pdf?ver=2whGiEUYiceAyme45GiJzA%3D%3D

Clinton, William J. (1999, 1 de diciembre). *Remarks at a World Trade Organization luncheon in Seattle*. Weekly Compilation of Presidential Documents, 35. https://www.govinfo.gov/content/pkg/WCPD-1999-12-06/pdf/WCPD-1999-12-06-Pg2494.pdf

CNN (2026, 17 de enero). Trump threatens new tariffs on European allies over Greenland until deal reached, as thousands protest. https://edition.cnn.com/2026/01/17/europe/protesters-denmark-greenland-trump-intl

CNN en Español (2026, 3 de enero). De la celebración a la condena: así reaccionan líderes de la región al ataque de EE. UU. en Venezuela y la captura de Maduro. https://cnnespanol.cnn.com/2026/01/03/venezuela/reacciones-lideres-ataque-eeuu-maduro-orix

Coker, Christopher (2019). *The rise of the civilizational state*. Cambridge: Polity Press.

Colby, Eldiridge (2021). *The strategy of denial: American defense in an age of great power conflict*. New Haven:Yale University Press.

Comblin, José (1979, septiembre). *Dos ensayos sobre seguridad nacional*. Santiago: Arzobispado de Santiago, Vicaría de la Solidaridad.

Comisión para la Conservación de los Recursos Vivos Marinos Antárticos (1982). *Convención sobre la Conservación de los Recursos Vivos Marinos Antárticos*. https://documents.ats.aq/keydocs/vol_1/vol1_12_CCAMLR_CCAMLR_s.pdf

Comisión Independiente sobre Problemas Internacionales del Desarrollo (1981). *Diálogo Norte-Sur: Informe de la Comisión Brandt*. México, D. F: Editorial Nueva Imagen.

Convenio sobre la Diversidad Biológica (CDB) (2010). *Plan Estratégico para la Diversidad Biológica 2011-2020 y las Metas de Aichi: "Viviendo en armonía con la naturaleza"*. Convenio sobre la Diversidad Biológica. https://www.cbd.int/doc/strategic-plan/2011-2020/aichi-targets-es.pdf

Cooper, Andrew Fenton (2013). Squeezed or revitalised? Middle powers, the G20 and the evolution of global governance. *Third World Quarterly*, *34*(6), 963-984.

Corporal, Gabrielle (2026, 6 de febrero). When DHS operates without oversight, democracy itself is at risk. Citizens for Responsibility and Ethics in Washington (CREW). https://www.citizensforethics.org/news/analysis/when-dhs-operates-without-oversight-democracy-itself-is-at-risk/#content

Cortés Ramírez, Eugenio Enrique (2014). La hegemonía cultural hoy: la hegemonía como método analítico en los estudios culturales. *Pensamiento Actual, 14*(22), 13-28.

Council on Foreign Relations (2026). *The U.S. military campaign targeting Venezuela and Nicolás Maduro: What to know*. https://www.cfr.org/articles/operation-southern-spear-us-military-campaign-targeting-venezuela

Cox, Robert. W ([1983] 2016). Gramsci, hegemonía y relaciones internacionales: un ensayo sobre el método. *Relaciones Internacionales*, (31), 137-152.

CubaSi (2015, 15 de marzo). UNASUR solicita derogación de decreto ejecutivo de Estados Unidos contra Venezuela. http://www.cubasi.cu

CW CPA (2025, mayo 9). China y América Latina en 2025. Crecimiento estratégico en comercio, inversión y cultura. https://cwhkcpa.com/china-y-america-latina-en-2025-crecimiento-estrategico-en-comercio-inversion-y-cultura/?lang=es

Dabat, Alejandro y Leal, Paulo (2019). Ascenso y declive de Estados Unidos en la hegemonía mundial. *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, *50*(199), 87-114.

Danilevskii, Nikolai Iakovlevich ([1869] 2013). Russia and Europe: The Slavic world's political and cultural relations with the Germanic-Roman West. Bloomington: Slavica Publishers.

Da Silva, Gisela (2017). Intervencionismo y medio ambiente: el caso de la Amazonía brasileña. *Revista de Relaciones Internacionales. Estrategia y Seguridad*, *12*(1), 237-266.

Darwin, John (2009). *The empire project: The rise and fall of the British world-system, 1830-1970*. Cambridge: Cambridge University Press.

Debusmann, Bernd Jr. (2026, 17 de marzo). Top US counterterrorism official resigns over Iran war, urging Trump to "reverse course". *BBC News*. https://www.bbc.com/news/articles/cg4g66r3z40o

De Vedia, Mariano (2023, 8 de junio). Genera alarma un acuerdo del gobernador de Tierra del Fuego con una empresa china. *La Nación*. https://www.lanacion.com.ar/politica/genera-alarma-un-acuerdo-del-gobernador-de-tierra-del-fuego-con-una-empresa-china-nid08062023/

Del Prado, Josefina (1998). La división norte-sur en las relaciones internacionales. *Agenda Internacional*, *5*(8), 23-34.

Delgado, Isabel (2004, 21 de julio). Biopiratería en América Latina. *Ambiente y Sociedad*, *5*(168). https://www.voltairenet.org/article120897.html

Deneen, Patrick J. (2018). *Why liberalism failed*. New Haven: Yale University Press.

Deutsche Welle (2025, 15 de abril). Chile presenta plan de obras del corredor bioceánico vial. https://www.dw.com/es/chile-presenta-plan-de-obras-del-corredor-bioce%C3%A1nico-vial/a-72245815

Deutsche Welle (2026, 20 de enero). Firmes palabras de Von der Leyen a Trump sobre Groenlandia. *DW*. https://www.dw.com/es/firmes-palabras-de-ursula-von-der-leyen-a-trump-sobre-groenlandia/a-75577353

Devés Valdés, Eduardo (2000). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Tomo I: Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Devés Valdés, Eduardo (2003). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Tomo II: Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*. Buenos Aires: Editorial Biblos / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Devés Valdés, Eduardo (2004). *El pensamiento latinoamericano en*

el siglo XX. Entre la modernización y la identidad. Tomo III: Las discusiones y las figuras del fin de siglo. Los años 90. Buenos Aires: Editorial Biblos / Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

Diesen, Glenn (2018). *The decay of Western civilisation and resurgence of Russia*. New York: Routledge.

Diesen, Glenn (2021). *Europe as the Western Peninsula of Greater Eurasia: Geoeconomic Regions in a Multipolar World*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield.

Diesen, Glenn (2024). *La guerra de Ucrania y el orden mundial euroasiático*. Madrid: Akal.

Dziak, Mark (2025). Non-Aligned Movement (NAM). EBSCO Research Starters. https://www.ebsco.com/research-starters/political-science/non-aligned-movement-nam

Dobrescu, Paul y Durach, Flavia (2022). *The new age of development. The geopolitical assertion of Eurasia*. Cham, Switzerland: Springer.

Dodds, Klaus y Hemmings, Alan (2013). Britain and the British Antarctic Territory in the Wider Geopolitics of the Antarctic and the Southern Ocean. *International Affairs*, *89*(6), 1429-1444.

Dos Santos, Theotônio (1978). *La teoría de la dependencia. Balance y perspectivas*. México D.F.: Siglo XXI.

Dugin, Alexander (2012). *The fourth political*. London: Arktos Media.

Dugin, Alexander ([1997] 2020). *Foundations of geopolitics. The geopolitical future of Russia*. Independently Published.

Du Quenoy, Paul (2024, 14 de noviembre). The DC Swamp is right to be terrified of Trump's new model White House. *The Telegraph*. https://www.telegraph.co.uk/us/comment/2024/11/14/florida-dominates-new-trump-white-house/

DW Noticias (2026, 7 de abril). Trump: "Una civilización entera morirá" si Irán no obedece. https://www.dw.com/es/trump-advierte-que-una-civilizaci%C3%B3n-entera-morir%C3%A1-este-martes-si-ir%C3%A1n-no-acata-ultim%C3%A1tum/a-76693947

Editorial (2023). XV Cumbre BRICS: Declaración de Johannesburgo II. *Revista Política y Estrategia*, (142), 159-180. https://doi.org/10.26797/rpye.vi142.1065

Editorial (2026, 27 de enero). In Trump's crackdown on migration, ICE has disturbing impunity. *The Indian Express*. https://indianexpress.com/article/opinion/editorials/trumps-crackdown-on-migration-ice-has-disturbing-impunity-10496074/

EFE (2025, 12 de noviembre). Ecuador votes on possible return of US military bases to the South Pacific coast. *EFE*. https://efe.com/latest-news/2025-11-12/

ecuador-votes-on-possible-return-of-us-military-bases-to-the-south-pacific-coast/

EFE (2026, 7 de abril). Guterres expresa profunda preocupación por las amenazas de Trump y pide solución pacífica. *Swissinfo*. https://www.swissinfo.ch/spa/guterres-expresa-profunda-preocupaci%C3%B3n-por-las-amenazas-de-trump-y-pide-soluci%C3%B3n-pac%C3%ADfica/91221157

Eisen, Norman et al. (2022, 23 de febrero). The Summit for Democracy commitments are out–now what? *Brookings Institution*. https://www.brookings.edu/articles/the-summit-for-democracy-commitments-are-out-now-what/

El Grand Continent (2026, 17 de marzo). Según el Instituto V-Dem, Estados Unidos ya no es una democracia liberal. https://legrandcontinent.eu/es/2026/03/17/segun-el-instituto-v-dem-estados-unidos-ya-no-es-una-democracia-liberal/

Enciso Carrillo, Héctor (2025, 15 de septiembre). Estados Unidos y China, decadencia y progreso (III-IV). *Movimiento Antorchista Nacional*. https://www.movimientoantorchista.org.mx/estados-unidos-y-china-decadencia-y-progreso-iiiv

Estenssoro, Fernando (2019). *La geopolítica ambiental global del siglo XXI. Los desafíos para América Latina*. Santiago: RIL.

Estenssoro, Fernando (2024). La Antártica en el interregno hegemónico global. La compleja proyección geopolítica de la región más austral del planeta. En Luis Espinoza A. y Victoria Valdivia C. (eds.), *La Ruta Austral-Antártica del Ejército de Chile* (pp. 215-233). Santiago: CESIM.

Estenssoro, Fernando; Zúñiga, Javier y Lorenzo, Cristian (2022). La Antártica en la geopolítica ambiental de Estados Unidos. En Fernando Estenssoro y Juan Pablo Vásquez Bustamante (coords.), *La geopolítica ambiental de Estados Unidos y sus aliados del norte global: implicancias para América Latina* (pp. 287-318). Buenos Aires: CLACSO.

European Commission, Directorate-General for Trade and Economic Security (2025). *EU trade relations with China: Facts, figures and latest developments*. European Commission. https://policy.trade.ec.europa.eu/eu-trade-relationships-country-and-region/countries-and-regions/china_en

European Commission (2025). *Eurostat – International trade in goods statistics*. https://ec.europa.eu/eurostat

Falconí, Fander (2014). *Al Sur de las decisiones*. Quito: El Conejo.

Falk, R. A. (2004). *The declining world order: America's imperial geopolitics*. New York/London: Routledge.

Faller, Craig (2019, 11 de julio). Posture statement before the 116th Congress House Appropriations Committee. https://nsarchive.gwu.edu/media/19997/ocr

Ferrando Castro, Marcelo (2018, 20 de diciembre). *Los Catorce Puntos de Wilson*. Red Historia. https://redhistoria.com/los-14-puntos-wilson/

Ferguson, Niall (2003). *Empire. How Britain made the modern world*. London: Allen Lane.

Ferguson, Niall (2011). *Civilización. Occidente y el resto*. Barcelona: Editorial Debate.

Ferguson, Niall (2012). *La gran degeneración. Cómo decaen las instituciones y mueren las economías*. Barcelona: Editorial Debate.

Flynn, Dennis Owen y Giráldez, Arturo (1995). Born with a "silver spoon". The origin of world trade in 1571. *Journal of World History*, *6*(2), 201-221.

Fondo Monetario Internacional (2024). *World Economic Outlook Database: October 2024 Edition* [Base de datos]. https://www.imf.org/en/publications/weo/weo-database/2024/october

Fondo Monetario Internacional (2025a). *Direction of Trade Statistics (DOTS*). https://data.imf.org/DOTS

Fondo Monetario Internacional (2025b). *World Economic Outlook Database*. https://www.imf.org/en/Publications/WEO/weo-database

Fondo Monetario Internacional (2025c). *World Economic Outlook, April 2025: A Critical Juncture Amid Policy Shifts*. https://www.imf.org/en/Publications/WEO

Fraga, Kaleena (2023, 14 de noviembre). 44 Photos That Show How The Rust Belt Became A Ghost Of Its Former Glory. *All That's Interesting*. https://allthatsinteresting.com/rust-belt

Frangonikolopoulos, Christos A. (1995). The policy and evolution of non-alignment: Past and future. *Paradigms*, *9*(1), 62-85. https://doi.org/10.1080/13600829508443078

Fraser, Nancy (2019). *Contrahegemonía Ya!* México D.F.: Siglo XXI.

Fraser, Nancy (2023). *Capitalismo Caníbal.* México D.F.: Siglo XXI.

Fuentes, Claudio y Rojas Aravena, Francisco (2003). El patio trasero. Estados Unidos y América Latina pos-Irak. *Nueva Sociedad*, (185), 64-82.

Fukuyama, Francis (1989). The end of history? *The National Interest*, (16), 3-18.

Fukuyama, Francis ([1992] 1996). *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Editorial Planeta.

Fujimoto, Kazuko (2017). Japan's foreign policy under the Trump administration: A view from Tokyo. *Asia Pacific Bulletin*, (387).

Fusi Aizpurúa, Juan Pablo (1999). El siglo americano. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, (21), 83-115.

Gaddis, John Lewis (1997). *We now know: Rethinking Cold War history*. Oxford: Oxford University Press.

Gaddis, John Lewis (2005). *The Cold War: A New History*. New York: Penguin Publishing Group.

Gaens, Bart (2025). India as a Pivotal State Shaping a Post-Western Vorld. From Periphery to Centre. En Ville Sinkkonen, Verra Laine y Matti Puranen (eds.), *Competing Visions for International Order. Challenges for a Shared Direction in an Age of Global Contestation* (pp. 119-131). New York: Taylor & Francis.

Gallego, Marisa; Eggers-Brass, Teresa y Gil Lozano, Fernanda (2006). *Historia latinoamericana 17002005. Sociedades, culturas, procesos políticos y económicos*. Buenos Aires: Editorial Maipue.

Gan, Yang (2019). Unifying the three traditions in the new era. The merging of three Chinese traditions. En Timothy Cheek, David Ownby y Joshua A. Fogel (eds.), *Voices from the Chinese century. Public intellectual debate in contemporary China* (pp. 29-42). New York: Columbia University Press.

Gandhi, Mohandas Karamchand ([1909] 2009). *Hind swaraj and other writings*. New York: Cambridge University Press.

Garay Vera, Cristian (2026). *El ordenamiento multipolar y la crisis internacional, 2014-2024*. Santiago: Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos ANEPE.

García Pesquera, Daniel (2022, 16 de diciembre). Diez años después: ¿primavera o invierno árabe? *Lisa News*. https://www.lisanews.org/internacional/diez-anos-despues-primavera-o-invierno-arabe/

Garg, Manas Kumar (2026, 19 de marzo). 'No imminent threat': Tulsi Gabbard caught 'trimming' key intel to fit Trump's Iran war narrative after Joe Kent resignation. *WION*. https://www.wionews.com/world/-no-imminent-threat-tulsi-gabbard-caught-trimming-key-intel-to-fit-trump-s-iran-war-narrative-after-joe-kent-resignation-1773887284597

General Administration of Customs of the People's Republic of China (2025). *China Customs Statistics.* http://english.customs.gov.cn

Gerstle, Gary (2023). *Auge y caída del orden neoliberal. La historia del mundo en la era del libre mercado*. Barcelona: Península.

Gibson, Brittany (2025, 6 de diciembre). Sanctuary cities 2.0: Mayors fight back against Trump. *Axios*. https://www.axios.com/2025/12/06/trump-sanctuary-cities-mayors-ice-immigration

Giddens, Anthony (2000). *La tercera vía. Renovación de la socialdemocracia*. Madrid: Taurus.

Giddens, Anthony (2001). *La tercera vía y sus críticos*. Madrid: Taurus.

Gilpin, Robert (1981). *War and Change in World Politics*. Cambridge: Cambridge University Press

Giuffrida, Angela (2026, 16 de abril). How Giorgia Meloni's cosy relations with Donald Trump turned sour. *The Guardian*. https://www.theguardian.com/world/2026/apr/16/giorgia-meloni-relations-donald-trump-italy

Gleick, Peter H. (1993). Water and conflict. Fresh water resources and international security. *International Security*, *18*(1), 79-112.

Gobierno de la República Popular China (2008). China's policy paper on Latin America and the Caribbean. Embassy of the People's Republic of China in Jamaica. https://jm.china-embassy.gov.cn/eng/news/202209/t20220902_10761246.htm

Gobierno de la República Popular China (2016). China's policy paper on Latin America and the Caribbean. Ministry of Foreign Affairs of the People's Republic of China. https://www.mfa.gov.cn/eng/zy/gb/202405/t20240531_11367344.html

Gobierno de la República Popular China (2025). China's policy paper on Latin America and the Caribbean. Ministry of Foreign Affairs of the People's Republic of China. https://english.www.gov.cn/news/202512/10/content_WS693962c3c6d00ca5f9a08069.html

Gola, Tess (2026, 11 de enero). Inflation, housing affordability, and the reshaping of young adult independence. *Michigan Journal of Economics* (MJE). https://sites.lsa.umich.edu/mje/2026/01/11/inflation-housing-affordability-and-the-reshaping-of-young-adult-independence/

GovFacts (2025, 19 de noviembre). Venezuela Regime Change: The Military and Political Risks. https://govfacts.org/policy-security/military/operations-strategy/venezuela-regime-change-the-military-and-political-risks/

Gramsci, Antonio (1971). *Selections from the prison notebooks*. New York: International Publishers.

Gramsci, Antonio (2013). *Antología*. Madrid: Akal.

Grandin, Greg (2006). *Empire's Workshop: Latin America, the United States, and the Rise of the New Imperialism*. New York: Metropolitan Books.

Green, Michael A. (2023, 17 de enero). China is the top trading partner to more than 120 countries. *Wilson Center*. https://www.wilsoncenter.org/blog-post/china-top-trading-partner-more-120-countries

Grey, Kevinb y Murphy, Craig N. (2013). Introduction: Rising powers and the future of global governance. *Third World Quarterly, 34*(2), 183-193. https://doi.org/10.1080/01436597.2013.775778

Gross, Terry (2026, 6 de mayo). How Silicon Valley's new tech right has profited by aligning with MAGA [Episodio de podcast de radio]. *Fresh Air. NPR.* https://www.npr.org/2026/05/06/nx-s1-5813505/how-silicon-valleys-new-tech-right-has-profited-by-aligning-with-maga

Gruzinski, Serge (2010). *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*. México: Fondo de Cultura Económica.

Guillén R., Arturo (2007, 1 de noviembre). La declinación de la hegemonía estadounidense y sus implicaciones para América Latina. *CADTM*. https://www.cadtm.org/La-declinacion-de-la-hegemonia

Haas, Benjamin (2017, 2 de febrero). Steve Bannon: "We're going to war in the South China Sea… no doubt". *The Guardian.* https://www.theguardian.com/us-news/2017/feb/02/steve-bannon-donald-trump-war-south-china-sea-no-doubt

Haass, Richard Nathan (2008). The Age of Nonpolarity: What Will Follow U.S. Dominance. *Foreign Affairs*, *87*(3), 44-56.

Haass, Richard N. y Kupchan, Charles A. (2023). Redefining success in Ukraine: A new strategy must balance means and ends. *Foreign Affairs*. https://www.foreignaffairs.com/ukraine/redefining-success-ukraine

Hall, Stuart (1986). Gramsci's relevance for the study of race and ethnicity. *Journal of Communication Inquiry, 10*(2), 5-27.

Handley, Lucy (2025, 19 de abril). China reactiva un megaproyecto ferroviario en Sudamérica que promete transformar el comercio internacional. *Gizmodo en Español*. https://es.gizmodo.com/china-reactiva-un-megaproyecto-ferroviario-en-sudamerica-que-promete-transformar-el-comercio-internacional-2000161100

Haq, Mahbub ul. (1978). El diálogo norte-sur: la segunda fase. *Estudios Internacionales*, *11*(41), p. 16-26.

Harvey, David (2005). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Ediciones Akal.

Haushofer, Karl ([1941] 2002). *Der Kontinentalblock: Mitteleuropa – Eurasien – Japan*. Munchen: K. G. Saur.

Hayek, Freidrich A. (1944). *The Road to Serfdom*. London: Routledge & Kegan Paul.

Held, David y McGrew, Anthony (2003). *Globalización y antiglobalización. Sobre la reconstrucción del orden mundial*. Barcelona: Paidós.

Hernández P., Diego y Arias C., Eloy (2020). *La primavera árabe diez años después: consecuencias políticas y sociales en el mundo árabe*. Universidad de Sevilla. https://idus.us.es/server/api/core/bitstreams/97b3b855-5cb2-460e-973f-8ec0a06fae96/content

Hernández, Michael (2019, 24 de septiembre). Trump abraza el nacionalismo durante su discurso en la ONU. *Agencia Anadolu (AA)*. https://www.aa.com.tr/es/mundo/trump-abraza-el-nacionalismo-durante-su-discurso-en-la-onu/1593159

Herring, George C. (2017). *The American century and beyond: U.S. foreign relations, 1893-2015*. Oxford: Oxford University Press.

Hey, Jeanne A. K. (2023). *Middle powers*. Oxford: Oxford University Press.

Hinnebusch, Raymond (2012). Syria: From "authoritarian upgrading" to revolution? *International Affairs*, *88*(1), 95-113. https://doi.org/10.1111/j.1468-2346.2012.01059.x

Hobsbawm, Eric (1995). *The age of extremes: The short twentieth century, 1914-1991*. London: Michael Joseph.

Hobsbawm, Eric (1998). *Historia del Siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Homer-Dixon, Thomas F. (1999). *Environment, scarcity, and violence*. Princeton: Princeton University Press.

Howkins, Adrian (2011). Melting Empires? Climate Change and Politics in Antarctica since the International Geophysical Year. *Osiris*, *26*(1), 180-197.

Hu, Maolin y Zhang, Zhipeng (2024). Investment Potential in Latin America under the Belt and Road Initiative. *Applied Science and Innovative Research*, *8*(4), 102-110. https://doi.org/10.22158/asir.v8n4p102

Huntington, Samuel P. (1988). The U.S.: Decline or Renewal*? Foreign Affairs, 67*(2), 76-96.

Huntington, Samuel P. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.

Iacurci, Greg (2025, 8 de noviembre). Consumers on edge as ACA "subsidy cliff" looms: "Quite frankly, it's terrifying". *CNBC*. https://www.cnbc.com/amp/2025/11/08/aca-subsidy-cliff-government-shutdown.html

Ikenberry, G. John (2001). *After victory: Institutions, strategic restraint, and the rebuilding of order after major wars*. Princeton: Princeton University Press.

Ikenberry, G. John (2011). *Liberal Leviathan: The Origins, Crisis, and Transformation of the American World Order*. Princeton: Princeton University Press.

Ikenberry, G. John (2018). La crisis del orden liberal mundial. *Anuario Internacional CIDOB*, 29-36. https://www.cidob.org/publicaciones/la-crisis-del-orden-liberal-mundial

Inglehart, Ronald (1977). *The silent revolution: Changing values and political styles among Western publics*. Princeton: Princeton University Press.

Inglehart, Ronald (1990). *Culture shift in advanced industrial society*. Princeton: Princeton University Press.

International Crisis Group (2024). Syria: After Assad-Collapse, transition and regional fallout. https://www.crisisgroup.org

Israel, Jonathan Irvine (1989). *Dutch Primacy in World Trade, 1585-1740*. Oxford: Oxford University Press

Jacques, Martin (2009). *When China rules the world. The end of the Western world and the birth of a new global order*. London: Penguin Books.

Jensana Tanehashi, Amadeo (2020). *El Banco Asiático de Inversión en Infraestructura. La participación de Europa y de España*. Madrid: CEU Ediciones.

Jervis, Robert (2016). Understanding the Bush Doctrine. Preventive Wars and Regime Change. *Political Science Quarterly*, *131*(2), 285-311.

Johnson, Chalmers (1989). The End of American Hegemony and the Future of US-Japan Relation. *Harvard International Review*, *11*(3), 126-131.

Jordaan, Eduard (2003). The concept of a middle power in international relations. Distinguishing between emerging and traditional middle powers. *Politikon*, *30*(2), 165-181.

Judt, Tony (2005). *Postwar: A history of Europe since 1945*. New York: Penguin Press.

Judt, Tony (2010). *Algo va mal*. Madrid: Taurus.

Kagan, Robert (1998). The benevolent empire. *Foreign Policy*, (111), 24-35. https://carnegieendowment.org/posts/1998/06/benevolent-empire?lang=en

Kagan, Robert (2003). *Of paradise and power. America and Europe in the new world order*. New York: Alfred A. Knop.

Kagan, Robert (2008). *The return of history and the end of dreams*. New York: Alfred A. Knopf.

Kagan, Robert (2017, 6 de febrero). Backing into World War III: America must check the assertive, rising powers of Russia and China before it's too late. Accepting spheres of influence is a recipe for disaster.

Foreign Policy. http://foreignpolicy.com/2017/02/06/backing-into-world-war-iii-russia-china-trump-obama/

Kagan, Robert (2018). *The jungle grows back. America and our imperiled world*. NewYork: Alfred A. Knopf.

Kant, Immanuel ([1795] 2018). *Hacia la paz perpetua. Un diseño filosófico*. Madrid: CTK E- Books; Alamanda.

Kaplan, Morton A. (1957). *System and process in international politics*. New York: John Wiley & Sons.

Kennan, George F. (1997, 5 de febrero). A fateful error. *The New York Times*. https://www.nytimes.com/1997/02/05/opinion/a-fateful-error.html

Kennedy, Paul ([1987] 2004). *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona: DeBolsillo.

Keohane, Robert Owen y Nye, Joseph S. Jr**.** (1977). *Power and interdependence: World politics in transition*. Little, Boston: Brown and Company.

Keohane, Robert Owen (1984) *After Hegemony: Cooperation and Discord in the World Political Economy*. Princeton: Princeton University Press.

Kern, Alejandra E. y Weisstaub, Lara (2011). El debate sobre la Cooperación Sur-Sur y su lugar en la política exterior de la Argentina. *Revista Española de Desarrollo y Cooperación*, (27), 83-95.

Keys, Barbara (2014). *Reclaiming American virtue. The human rights revolution of the 1970s*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Khalilzad, Zalmay (1995a). Losing the moment? The United States and the world after the Cold War. *The Washington Quarterly*, *18*(2), 87-107.

Khalilzad, Zalmay (1995b). *From containment to global leadership? America and the world after the Cold War*. RAND Corporation. https://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/monograph_reports/2006/MR525.pdf

Khalilzad, Zalmay et al. (1999). *The United States and a rising China: Strategic and military implications*. Anta Mónica: RAND Corporation. https://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/monograph_reports/2007/MR1082.pdf

Kim, Min Joo (2019, 19 de noviembre). US breaks off funding talks with S. Korea. *The Boston Globe.* https://www.bostonglobe.com/news/world/2019/11/19/breaks-off-funding-talks-with-korea/2e4nk0KWJ5exeFfT9BTNUL/story.html

Kindleberger, Charles P. (1973). *The world in depression, 1929-1939*. Berkeley: University of California Press.

Kissinger, Henry A. (1991, 25 de febrero). False dreams of a new world order. *The Washington Post*. https://www.washingtonpost.com/archive/opinions/1991/02/26/false-dreams-of-a-new-world-order/b7ad77c6-a1a7-4335-84fd-63ddfd06e97d/

Kissinger, Henry A. ([1994] 2017). *La diplomacia*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Kissinger, Henry A. (2009, 12 de enero). The chance for a new world order. *International Herald Tribune*. https://www.henryakissinger.com/articles/the-chance-for-a-new-world-order/

Kitchen, Nicholas y Curtis, Simon (2025). "If you build it, they will come." Infrastructure, hegemonic transition, and peaceful change. *Global Studies Quarterly, 5*(1). https://doi.org/10.1093/isagsq/ksaf021

Klare, Michael T. (2001). *Resource wars. The new landscape of global conflict*. New York: Metropolitan Books.

Klein, Naomi (2007). *The shock doctrine. The rise of disaster capitalism*. New York: Metropolitan Books.

Knipp, Kersten (2026, 28 de febrero). Ataques pese a negociaciones: ¿cómo se llegó a esto en Irán? *Deutsche Welle (DW)*. https://www.dw.com/es/escalada-a-pesar-de-negociaciones-c%C3%B3mo-se-lleg%C3%B3-a-esta-situaci%C3%B3n-en-ir%C3%A1n/a-76166664

Kohno, Kenichi (2002). Lessons of NATO's armed intervention in the conflict in Kosovo. *Russian and East European Studies*, (31), 91-106. https://doi.org/10.5823/jarees.2002.91

Komlik, Oleg (2018, 19 de marzo). Thatcherism's greatest achievement. *Economic Sociology & Political Economy*. https://economicsociology.org/2018/03/19/thatcherisms-greatest-achievement/

Koshiro, Yukiko (2018). The US-Japan alliance under the Trump administration: Continuity and change. *Journal of International and Area Studies*, *25*(2), 1-16.

Krauthammer, Charles (1990). The Unipolar Moment. *Foreign Affairs*, *70*(1), 23-33

Kristol, William y Kagan, Robert (1996). Toward a neo-Reaganite foreign policy. *Foreign Affairs*, *75*(4), 18-32.

Krugman, Paul (2008). *The Return of Depression Economics and the Crisis of 2008*. New York: W. W. Norton & Company.

Krugman, Paul (2007). *The conscience of a liberal*. New York: W. W. Norton & Company.

Kushi, Sidita y Toft, Mónica Duffy (2023). Introducing the Military Intervention Project: A new dataset on U.S. military interventions, 1776-2019. *Journal of Conflict Resolution*, *67*(4),

752-779. https://doi.org/10.1177/00220027221117546

La Prensa Austral (2025, 6 de mayo). Un 22,5% de aumento en el tráfico marítimo por el estrecho de Magallanes registra la Tercera Zona Naval. https://laprensaaustral.cl/2025/05/06/un-225-de-aumento-en-el-trafico-maritimo-por-el-estrecho-de-magallanes-registra-la-tercera-zona-naval/

Lajtman, Tamara; García Fernández, Aníbal y Romano, Silvina (2024). Estados Unidos y la asistencia militar y en seguridad hacia América Latina y el Caribe. Abordaje crítico, 2010-2022. *Estado & comunes*, (18), 59-79.

Lajtman, Tamara; García Fernández, Aníbal y Romano, Silvina (2025). Lawfare y geopolítica: la incidencia de Estados Unidos sobre el aparato judicial y las fuerzas de seguridad en Ecuador (2017-2024). *e-l@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, *24*(93), 49-71.

Land, Nick (202). *Dark enlightenment. Technocracy and the future of democracy*. Perth: Imperium Press-Zero Books.

Landes, David S. (1998). *La riqueza y la pobreza de las naciones. Por qué algunas son tan ricas y otras tan pobres*. Barcelona: Crítica.

Laval, Christian y Dardot, Pierre (2013). *La Nueva Razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal.* Barcelona: Gedisa.

Layne, Christopher (1993). The unipolar illusion: Why new great powers will rise. *International Security*, *17*(4), 5-51. https://doi.org/10.2307/2539020

Layne, Christopher (2012). This time it's real: The end of unipolarity and the Pax Americana. *International Studies Quarterly*, *56*(1), 203-213.

Leal Buitrago, Francisco (2003, junio). La doctrina de seguridad nacional. Materialización de la Guerra Fría en América del Sur. *Revista de Estudios Sociales,* (15), 74-87.

Lee, Hye-in (2025, 27 de octubre). Yuan gaining strength… China, with BRICS at the forefront, accelerates de-dollarization alliance. *Korea Economic Daily*. https://en.bloomingbit.io/feed/news/99580

Lees, Loretta (2025). Planetary gentrification and the Global South-North divide. Structural inequalities in the urban age. *Global Urban Studies Journal*, *8*(1), 45-63.

Leffler, Melvyn P. (2008). *La guerra después de la guerra. Estados Unidos, la Unión Soviética y la Guerra Fría*. Barcelona: Crítica.

Leontiev, Konstantin ([1875] 2020). *Byzantinism and Slavdom*. Independently Published.

Liang, Shuming ([1921] 2022). *Fundamentals of Chinese culture*. Amsterdam: Amsterdam University Press.

Liff, Adam P. (2019). The US-Japan alliance and the Trump administration: a view from Tokyo. En M. J. Green y N. Szechenyi (eds.), *The US-Japan alliance in the age of Trump* (pp. 12-24). Washington DC: Center for Strategic and International Studies (CSIS).

Lipset, Seymour M. (1959). Some social requisites of democracy. Economic development and political legitimacy. *American Political Science Review*, *53*(1), 69-105. https://doi.org/10.2307/1951731

Loaiza, Yalilé (2025, 24 de octubre). Daniel Noboa planteó que Baltra, Santa Elena y Manta podrían acoger una base militar extranjera. *Infobae*. https://www.infobae.com/america/america-latina/2025/10/24/daniel-noboa-planteo-que-baltra-santa-elena-y-manta-podrian-acoger-una-base-militar-extranjera/

Long, Guillaume y Suñé, Natasha (2022, octubre). *Hacia una nueva UNASUR. Vías de reactivación para una integración suramericana permanente.* Center for Economic and Policy Research (CEPR). https://cepr.net/wp-content/uploads/2022/10/Long-Sune-2022-PDF.pdf

López Villafañe, Víctor (2005). El mundo unipolar y las contradicciones y límites de la globalización. *CONfines de Relaciones Internacionales y Ciencia Política*, *1*(1), 31-49.

Lorca, Javier (2026, 20 de mayo). El gobierno de Milei acuerda con Estados Unidos el patrullaje conjunto del Atlántico sur. *El País*. https://elpais.com/argentina/2026-05-20/el-gobierno-de-milei-acuerda-con-estados-unidos-el-patrullaje-conjunto-del-atlantico-sur.html

Lorenzo, Cristian y Estenssoro, Fernando (2024). Geopolitics of UK Antarctic scientific knowledge about Antarctica in the 21st century. *Estudos Internacionais, 12*(1), 27-47. https://doi.org/10.5752/P.2317-773X.2024v12n1p27-69

Lorenzo, Cristian (2025). Peace under pressure: the challenge of militarization near Antarctica. En Helga Werner, Paula Cavalcanti y Mariana Aguas (eds.), *Antarctica as a Model for Global Peace: A Compelling Contemporary Example of How Nations Can Thrive through Collaboration* (pp. 277-303). Buenos Aires: Konrad Adenauer Stiftung / Agenda Antártica.

Lorenzo, Cristian et al. (2018). Explorando la Antártida. ¿Cómo se gobierna un continente dedicado a la paz y la ciencia? *La Lupa*, *8*(12), 16-20.

LotusArise (2021, 25 de enero). *Heartland and Rimland theory – Geography UPSC*. https://lotusarise.com/heartland-and-rimland-theory-upsc/

Lucey, Catheryn y Cook, Nancy (2026, 21 de marzo). Trump's Iran war drive exposes limits of 'yes sir' cabinet. *Bloomberg*. https://www.bloomberg.com/news/articles/2026-03-21/trump-s-iran-war-drive-exposes-limits-of-yes-sir-cabinet

Lyotard, Jean-François ([1979] 1984). *The postmodern condition. A report on knowledge*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Mackinder, Halford John (1919). *Democratic ideals and reality. A study in the politics of reconstruction*. New York: Henry Holt and Company.

McCoy, Alfred W. (2021, 29 de enero). American hegemony is ending with a whimper, not a bang. *The Nation*. https://www.thenation.com/article/world/trump-biden-america/

McMaster, Herbert R. (2020). *Battlegrounds: The fight to defend the free world*. New York: Harper.

Maddison, Angus (2001). *The world economy: A millennial perspective*. Paris: Organisation for Economic Co-operation and Development.

Madhav, Ram (2025). *The new world: 21st century global order and India*. New Delhi: Rupa Publications.

Mahbubani, Kishore (1995). The Pacific way. *Foreign Affairs*, *74*(1), 100-111. https://www.foreignaffairs.com/articles/asia/1995-01-01/pacific-way

Mahbubani, Kishore (1998). *Can Asians Think? Understanding the divide between East and West. Singapore*. Singapore: Times Books International.

Mahbubani, Kishore (2008). *The New Asian Hemisphere: The Irresistible Shift of Global Power to the East.* New York: Public Affairs.

Mahbubani, Kishore (2022). *The Asian 21st century*. Singapore: Springer.

Mahbubani, Kishore (2026). All civilizations are equal. *The Fletcher Forum of World Affairs, 50(*1), 1-8. https://www.fletcherforum.org/s/3-Winter-2026-All-Civilizations-are-Equal.pdf

Malhotra, Rajiv (2013). *Being different: An Indian challenge to Western universalism*. New Delhi: HarperCollins Publishers India.

Mandelbaum, Michael (1996). Foreign policy as social work. *Foreign Affairs*, *75*(1), 16-32.

Mandelbaum, Michael (1997). *Westernizing Russia and China*. *Foreign Affairs, 76*(3), 80-95. https://www.foreignaffairs.com/articles/asia/1997-05-01/westernizing-russia-and-china

Mandelbaum, Michael (2002). *The ideas that conquered the world: Peace, democracy, and free markets in the twenty-first century*. New York: Public Affairs.

Mandelbaum, Michael (2005). *The Case for Goliath: How America Acts as the World's Government in the Twenty-First Century*. New York: Public Affairs.

Mannix, Liam (2026, 7 de febrero). In the Trump era of America first, scientists fear for the future of Antarctica. *The Sydney Morning Herald*. https://www.smh.com.au/environment/climate-change/in-the-trump-era-of-america-first-scientists-fear-for-the-future-of-antarctica-20260201-p5nyop.html

Martín Menjón, Daniel (2026, marzo). El ocaso del orden liberal internacional y la emergencia de las potencias medias. Lecciones desde Canadá para una gobernanza global renovada (Documento de trabajo, Instituto Symposium). *Hermes Kalamos*. https://www.hermes-kalamos.eu/el-ocaso-del-orden-liberal-internacional-y-la-emergencia-de-las-potencias-medias/

Martin, Nick (2025, 6 de julio). ¿Qué es el grupo de los BRICS y por qué es importante? *Deutsche Welle (DW)*. https://www.dw.com/es/qu%C3%A9-es-el-grupo-de-los-brics-y-por-qu%C3%A9-es-importante/a-73170137

Massie, Justin y Paquin, Jonathan (eds.) (2020). *America's Allies and the Decline of U.S. Hegemony*. New York: Routledge.

Matlock, Jack F. Jr. (2022, 15 de febrero). I was there: NATO and the origins of the Ukraine crisis. *Responsible Statecraft*. https://responsiblestatecraft.org/2022/02/15/the-origins-of-the-ukraine-crisis-and-how-conflict-can-be-avoided/

Mead, Walter Russell (2001). *Special providence: American foreign policy and how it changed the world*. New York: Alfred A. Knopf.

Mearsheimer, John J. (1990). Back to the future: Instability in Europe after the Cold War. *International Security, 15*(1), 5-56. https://doi.org/10.2307/2538981

Mearsheimer, John J. (2001). *The tragedy of great power politics*. New York: W. W. Norton & Company.

Mearsheimer, John J. (2015, 20 de agosto). We Asked John Mearsheimer: What Should Be the Purpose of American Power? *The National Interest*. https://nationalinterest.org/feature/we-asked-john-mearsheimer-what-should-be-the-purpose-13642

Mearsheimer, John J. (2018). *The Great Delusion. Liberal dreams and International Relations*. New Haven: Yale University Press

Mearsheimer, John J. (2021). The Inevitable Rivalry: America, China, and the Tragedy of Great-Power Politics. *Foreign Affairs, 100*, 48-58. https://www.proquest.com/magazines/inevitable-rivalry-america-china-tragedy-great/docview/2584579321/se-2

Melucci, Alberto (1989). *Nomads of the present: Social movements and individual needs in contemporary society*. Philadelphia: Temple University Press.

Menon, Shivshankar (2024). El Sur global: de objeto a sujeto del orden internacional. *Anuario Internacional CIDOB 2025*. https://www.cidob.org/publicaciones/sur-global-objeto-sujeto-del-orden-internacional

Meriguet, Pablo (2024, 21 de diciembre). Ecuador's world-famous Galapagos Islands now open to US military. *Morning Star*. https://dev.morningstaronline.co.uk/article/ecuador%E2%80%99s-world-famous-galapagos-islands-now-open-us-military

Miller, Stephanie (2025). The rising age of the first-time homebuyer: A comprehensive analysis of barriers for emerging adults. *Honors Projects*, 1083. Bowling Green State University.

https://scholarworks.bgsu.edu/honorsprojects/1083

Mills, Charles Wright (1956). *The power elite*. New York: Oxford University Press.

Misión Verdad (2025, 6 de junio). Trabajo especial. La apuesta estratégica de China en América Latina y el Caribe. https://misionverdad.com/investigaciones/trabajo-especial-la-apuesta-estrategica-de-china-en-america-latina-y-el-caribe

Misión Verdad (2025, 11 de febrero). Dos décadas de la USAID en Venezuela: balance de una agenda criminal. https://misionverdad.com/venezuela/dos-decadas-de-la-usaid-en-venezuela-balance-de-una-agenda-criminal

Modelski, George (1987). *Long cycles in world politics*. Seattle: University of Washington Press.

Modelski, George y Thompson, William R. (1988). *Seapower in global politics, 1494-1993*. London: Macmillan.

Modelski, George y Thompson, William R. (1996). *Leading sectors and world powers: The coevolution of global politics and economics*. South Carolina: University of South Carolina Press.

Møller Stahl, Rune (2019). Ruling the interregnum: Politics and ideology in nonhegemonic times. *Politics & Society*, *47*(3), 333-360.

Moller, Sara B. (2026, 12 de febrero). Trump's NATO dilemma: America can't disengage from the alliance and also lead it. *Foreign Affairs*. https://www.foreignaffairs.com/united-states/trumps-nato-dilemma

Montobbio, Manuel (2013). *La geopolítica del pensamiento: think tanks y política exterior*. Madrid: CIDOB / Real Instituto

Elcano. https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2013/01/dt2-013-montobbio-geopolitica-think-tanks-politica-exterior-spain-espana.pdf

Morales Ruvalcaba, Daniel (2017). El fin del ciclo hegemónico de Estados Unidos. *Foreing Affairs Latinoamérica*. https://revistafal.com/el-fin-del-ciclo-hegemonico-de-estados-unidos/

Morales Ruvalcaba, Daniel (2018). Ciclos políticos hegemónicos: implicaciones para la gobernanza internacional. *Brazilian Journal of International Relations, 7*(3), 452-493.

Moreira, Noemí (2025, 26 de noviembre). CNE aprueba resultados del Referéndum 2025: el No se impone en las cuatro preguntas de Daniel Noboa. *El Diario*. https://www.eldiario.ec/centro/cne-aprueba-resultados-del-referendum-2025-el-no-se-impone-en-las-cuatro-preguntas-de-daniel-noboa-20251126/

Morgenfeld, Leandro A. (2010). Del TIAR a la OEA: Argentina, Estados Unidos y el sistema interamericano. *CONfines de Relaciones Internacionales y Ciencia Política*, *6*(12), 9-32.

Morgenthau, Hans J. ([1948] 2006). *Politics among nations: The struggle for power and peace*. Boston: McGraw-Hill.

Morris, Ian (2010). *Why the West rules–for now: The patterns of history, and what they reveal about the future*. New York: Farrar, Straus and Giroux.

Moyn, Samuel (2010). *The last utopia: Human rights in history*. London: Harvard University Press.

Mutz, Diana C. (2018). Status threat, not economic hardship, explains the 2016 presidential vote. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, *115*(19), E4330-E4339. https://doi.org/10.1073/pnas.1718155115

N+ (2026, 12 de abril). Trump no decide por sí mismo. Carlson critica guerra contra Irán. https://www.nmas.com.mx/internacional/trump-no-decide-por-si-mismo-carlson-critica-guerra-contra-iran/

Naciones Unidas (2018, 25 de septiembre). Trump rechaza el "globalismo" y abraza el patriotismo ante la Asamblea General. Noticias ONU. https://news.un.org/es/story/2018/09/1442332

Naciones Unidas (2025). UN Comtrade Database. https://comtrade.un.org

Nedopil, Christoph (2024). China Belt and Road Initiative (BRI) Investment Report 2023. Green Finance & Development Center. https://greenfdc.org/

Nehru, Vikram (2014, July 17). The BRICS Bank: Now comes the hard part. Carnegie Endowment for International Peace. https://bit.ly/3tmhaiJ

Neufeld, Dorothy (2025, 17 de abril). Clasificación: Países que más invierten en I+D. Visual Capitalist. https://www.visualcapitalist.com/rd-investment-by-country/

Nolte, Datlef (2010). How to compare regional powers: Analytical concepts and research topics. Review of International Studies, 36(4), 881-901.

Nozick, Robert (1974). Anarchy, state, and utopia. New York: Basic Books.

Nye, Joseph S. Jr. (2003). La paradoja del poder norteamericano. Madrid: Taurus.

Nye, Joseph S. Jr. (2004). Soft power and American foreign policy. Political Science Quarterly, 119(2), 255-270.

Nye, Joseph S. Jr. (2010). The future of American power: Dominance and decline in perspective. Foreign Affairs, 89(6), 2-12.

Nye, Joseph S. Jr. (2015). Is the American Century Over? Cambridge: Polity Press,

Nye, Joseph S. Jr. (2023). Soft power and great-power competition. Shifting sands in the balance of power between the United States and China. Singapore: Springer. https://doi.org/10.1007/978-981-99-0714-4, Barack (2009, 17 de abril). Remarks by the President at the Summit of the Americas opening ceremony. The White House. https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/remarks-president-summit-americas-opening-ceremony

Obama, Barack (2015, 9 de marzo). Executive Order 13692: Blocking property and suspending entry of certain persons contributing to the situation in Venezuela. The White House / Federal Register.

Office of the United States Trade Representative (2025). U.S.-China Trade Facts. https://ustr.gov/countries-regions/china

Offe, Claus (1988). Partidos políticos y nuevos movimientos sociales. Madrid: Editorial Sistema.

Office of the Historian, U.S. Department of State. (s/f). The Truman Doctrine, 1947. https://history.state.gov/milestones/1945-1952/truman-doctrine

Ohmae, Kenichi (1990). The borderless world. Power and strategy in the interlinked economy. New York: Harper Business.

Ohmae, Kenichi (1995). The end of the nation state: The rise of regional economies. New York: Free Press.

O'Neill, Jim (2001). Building better global economic BRICs (Global Economics Paper No. 66). Goldman Sachs. https://www.almendron.com/tribuna/wp-content/uploads/2013/04/build-better-brics.pdf

Orbán, Viktor (2014, 26 de julio). Prime Minister Viktor Orbán's speech at the 25th Bálványos Summer Free University and Student Camp. Government of Hungary. https://2015-2019.kormany.hu/en/the-prime-minister/the-prime-minister-s-speeches/prime-minister-viktor-orban-s-speech-at-the-25th-balvanyos-summer-free-university-and-student-camp

Organización Mundial del Comercio, OMC (2025). World trade statistics 2024. https://www.wto.org/english/res_e/statis_e/world_trade_statistics_e.htm

Organización Mundial del Comercio, OMC (2025). Global trade outlook and statistics: Update October. https://www.wto.org/english/res_e/publications_e/gtos1025_e.htm

Organski, Abramo F.M. (1958). World politics. New York: Alfred A. Knopf.

Organski, Abramo F.M. y Kugler, Jacek (1980). The war ledger. Chicago: University of Chicago Press.

Osterhammel, Jürgen (2014). The transformation of the world. Princeton: Princeton University Press.

Owen, John M. (1998). The unipolar illusion: Why new great powers will rise. Foreign Policy, (110), 40-54.

Oyarzun, Javier (1975). Expediciones españolas al Estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.

Paiva Mack, Antonia (2025, 4 de febrero). Qué es la Iniciativa de la Franja y la Ruta de China y qué países de América Latina forman parte del acuerdo. La Tercera. https://www.latercera.com/tendencias/noticia/que-es-la-iniciativa-de-la-franja-y-la-ruta-de-china-y-que-paises-de-america-latina-forman-parte-del-acuerdo/JPMKNUG2TRCGFITQDWLO624Y7U/

Palantir Technologies (2026, abril). The Technological Republic, in brief. X. https://x.com/PalantirTech/status/2045574398573453312

Palou, Jordi (1993). El concepto de potencia media. Los casos de España y México. Revista CIDOB d'Afers Internacionals, (26), 7-35.

Panova, Victoria (2025). What is Coming for the World in the Name of BRICS? Brazil's Leadership is Key to Positioning the Bloc Globally. CEBRI, (13). https://cebri.org/revista/en/artigo/210/what-is-coming-for-the-world-in-the-name-of-brics

Pantoja García, Emilio (ed.). (2001). El Consenso de Washington: ¿paradigma económico del capitalismo triunfante? San Juan, Puerto Rico: Instituto de Estudios del Caribe, Universidad de Puerto Rico.

Parlar Dal, Emel (ed.). (2018). Middle powers in global governance. The rise of Turkey. Cham: Palgrave Macmillan.

Parry, R. (2015, 15 de julio). The Ukraine Mess that

Nuland Made. Truthout. https://truthout.org/articles/the-ukraine-mess-that-nuland-made/

Pearl, M.; Sergi, B. S. y Muszynski, R. J. (2025). Shifting equilibria: A new framework assessing changing power dynamics between the global north and global south. World, 6(1), 1-20. https://www.mdpi.com/2673-4060/6/1/34

Pérez Gil, Luis V. (1999). El concepto de potencia en las relaciones internacionales. Estudios Internacionales, 32(127-128), 69-89.

PerryCook, Taija (2025, 19 de marzo. Fact check: Breaking down Trump's threats to annex Canada. Snopes. https://www.snopes.com/news/2025/03/19/trump-canada-annex/

Piketty, Thomas (2014). Capital in the twenty-first century. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Pfiffner, James P. (2022). President Trump and the shallow state: Disloyalty at the highest levels. Presidential Studies Quarterly, 52(4), 773-794. https://doi.org/10.1111/psq.12815

PoderGeopolitico.com (2025, 4 de julio). Canal de Panamá bajo presión: sequía, congestión y renacer del Estrecho de Magallanes. https://podergeopolitico.com/index.php/2025/07/04/canal-de-panama-bajo-presion-sequia-congestion-y-renacer-del-estrecho-de-magallanes/

Pomeranz, Kenneth (2000). The great divergence: China, Europe, and the making of the modern world economy. Princeton: Princeton University Press.

Portelli, Hugues (1977). Gramsci y el bloque histórico. México, D.F.: Siglo XXI Editores.

PricewaterhouseCoopers (2017). The World in 2050. The long view. How will the global economic order change by 2050? https://www.pwc.com/gx/en/world-2050/assets/pwc-the-world-in-2050-full-report-feb-2017.pdf

Primicias (2023, 1 de junio). Después de seis años, la UNASUR podría volver a la escena internacional. https://www.primicias.ec/noticias/politica/unasur-sudamerica-cumbre-internacional/

Project for the New American Century [PNAC] (1997). Statement of Principles. https://www.rrojasdatabank.info/pfpc/PNAC---statement%20of%20principles.pdf

Project for the New American Century [PNAC] (2000). Rebuilding America's Defenses: Strategies, Forces and Resources for a New Century. file:///Users/doctamer/Downloads/9651-Rebuilding-Americas-Defenses-PNAC.pdf

Propato, Agustina Lucrecia (2026, 21 de mayo). Proyecto de resolución: Expresar repudio por la firma del denominado Protecting Global Commons Program entre la Armada Argentina y el Comando Sur de los Estados Unidos (Expediente 2345-D-2026). Honorable Cámara de Diputados de la Nación Argentina. https://rest.hcdn.gob.ar/web/tramites-parlamentarios/render/adjunto/6a0f13f954991.pdf

Putin, Vladimir (2007, 10 de febrero). Speech and the following discussion at the Munich Conference on Security Policy. President of Russia. http://en.kremlin.ru/events/president/transcripts/24034

Quiliconi, Cintia y Vergara, María Paz (2025). El despliegue de China en América Latina: debates desde la Economía Política Internacional Latinoamericana. Desafíos, 37(1), 1-34.https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/desafios/a.14503

Ramírez Añazco, A. H. (2016). UNASUR, posición sobre el acuífero Guaraní y los derechos del agua. Revista de Ciencias de Seguridad y Defensa, 1(1), 47-52.

Ramírez Nardiz, Augusto (2020). Aproximación al pensamiento político de Donald Trump. ¿Es el presidente de Estados Unidos populista? Revista Española de Ciencia Política, (52), 59-83.

Rapoport, Mario (2002). Orígenes y actualidad del "pensamiento único". En Julio Gambina (comp.), La globalización económico-financiera: su impacto en América Latina (pp. 257-364). Buenos Aires: CLACSO.

Reagan, Ronald (1981). Reagan: First Inaugural Address. Wendell Hunnicutt, University of Texas at Arlington (UTA). https://websites.uta.edu/hunnicut/reading-list/reagan-first-inaugural-address/

Redacción Goberna (2025, 31 de julio). Sueño chino hacia 2049. ¿Cómo China planea ser la mayor potencia del mundo? Grupo Goberna. https://grupogoberna.com/sueno-chino-2050-china-potencia-mundial/

Redacción Clarín (2025, 7 de septiembre). ¿Por qué Donald Trump ganó las elecciones de 2024? Las 10 claves para entender el triunfo del actual presidente de Estados Unidos. Clarín. https://www.clarin.com/estados-unidos/donald-trump-gano-elecciones-2024-10-claves-entender-triunfo-actual-presidente-estados-unidos_0_91eeR1elKA.html

Regalado Florido, Eduardo (2026, 21 de abril). La Iniciativa de la Franja y la Ruta en su segunda década: cooperación ganar-ganar para la conectividad global y el desarrollo compartido. Observatorio de la Política China. https://www.politica-china.

org/la-iniciativa-de-la-franja-y-la-ruta-en-su-segunda-decada-cooperacion-ganar-ganar-para-la-conectividad-global-y-el-desarrollo-compartido/

Reich, Robert (2025, 30 de junio). Peter Thiel's Palantir poses a grave threat to Americans. The Guardian. https://www.theguardian.com/commentisfree/2025/jun/30/peter-thiel-palantir-threat-to-americans

Reuters (2026, 1 de mayo). Pentagon partners with eight tech giants for classified AI use. MSN. https://www.msn.com/en-gb/news/insight/pentagon-partners-with-eight-tech-giants-for-classified-ai-use/gm-GME9D1B38A

Richardson, Laura J. (2023a). A conversation with General Laura J. Richardson on security across the Americas. Atlantic Council. https://www.atlanticcouncil.org/event/a-conversation-with-general-laura-j-richardson-on-security-acrossthe-americas/

Richardson, Laura J. (2023b). Statement before the 118th Congress House Armed Services Committee. U.S. House of Representatives. https://armedservices.house.gov/sites/republicans.armedservices.house.gov/files/03.08.23%20Richardson%20Statement.pdf

Riesco, Ricardo (1987). La Antártida. Algunas consideraciones geopolíticas. Estudios Públicos, (25), 203-226.

Roberts, John (2026, 11 de mayo). Trump seriously considering plan to make Venezuela, with $40 trillion in oil, a permanent part of the USA. Fox News. https://www.foxnews.com/politics/trump-seriously-considering-plan-make-venezuela-40-trillion-oil-permanent-part-usa

Rocha Pino, Manuel Jesús (2018). El discurso de China sobre el nuevo modelo de relaciones entre grandes potencias y la relación con Estados Unidos durante los gobiernos de Bush y Obama (2005-2017). Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, 63(233), 193-220. https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2018.233.58617

Rodríguez U., Manuel L. (2010, febrero). Seguridad y defensa en el siglo XXI: elementos para un análisis geopolítico. Geopolítica Sur. http://geopoliticasur.wordpress.com

Rodrik, Dani (2011). The globalization paradox. Democracy and the future of the world economy. New York: W. W. Norton & Company.

Rosales, Osvaldo (2020). El sueño chino. Buenos Aires: Siglo XXI / Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

Rosales, Osvaldo y Kuwayama, Mikio (2012). China y América Latina y el Caribe: hacia una relación económica y comercial estratégica. Santiago: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.

Rostow, Walt Whitman (1960). The stages of economic growth: A non-communist manifesto. Cambridge: Cambridge University Press.

Rühle, Michael (2019). NATO and the Trump administration: A glass half full. American Foreign Policy Interests, 41(2), 89-97. https://doi.org/10.1080/10803920.2019.1603583

Ruiz, Jean Marie y Vagnoux, Isabelle (2022). Las raíces del trumpismo. El iliberalismo estadounidense. 20 & 21. Revue d'histoire, 153(1), 3-17. https://shs.cairn.info/revista-vingt-et-vingt-et-un-revue-d-histoire-2022-1-page-3?lang=es

Ruiz-Eldredge, Alberto (1979). Nacionalismo y conflicto en América Latina. Nueva Sociedad, (40), 5-18.

Sábado (2026, 21 de enero). EUA anunciam a retirada de 200 militares das estruturas da NATO. https://www.sabado.pt/mundo/detalhe/eua-anunciam-a-retirada-de-200-militares-das-estruturas-da-nato

Sachs, Jeffrey D. (2005). The end of poverty: Economic possibilities for our time. New York: Penguin Press.

Sachs, Jeffrey D. (2008). Common wealth: Economics for a crowded planet. New York: Penguin Press.

Sachs, Jeffrey D. (2022, 30 de junio). Ukraine is the latest neocon disaster. Brave New Europe. https://braveneweurope.com/jeffrey-d-sachs-ukraine-is-the-latest-neocon-disaster

Salai, Sean (2026, 11 de marzo). Bipartisan Policy Center report finds U.S. higher education system failing the nation. The Washington Times. https://www.washingtontimes.com/news/2026/mar/11/bipartisan-policy-center-report-finds-us-higher-education-system/

Sanahuja, José Antonio (2022). Interregno: la actualidad de un orden mundial en crisis. Nueva Sociedad, (302), 86-94.

Sanger, David E. y Haberman, Maggie (2016, 26 de marzo). Trump proposes putting US first unless allies pay. The Boston Globe. https://www.bostonglobe.com/news/politics/2016/03/26/trump-proposes-putting-first-unless-allies-pay/LW4UEvGnzNYTenwtUNCnRM/story.html

Santana Suárez, Néstor (2018). ¿Reprimarización en América Latina? Efectos de la demanda china sobre el patrón exportador latinoamericano y las estructuras económicas internas (1995-2016). Papeles de Europa, 31(2), 149-174. https://doi.org/10.5209/PADE.63636

Savio, Roberto (2021). De Bandung al No Alineamiento Activo: historia y lecciones. En Carlos Fortin, Jorge Heine y Carlos Ominami (eds.),

El No Alineamiento Activo y América Latina. Una doctrina para el nuevo siglo (pp. 168-170). Santiago: Catalonia.

Sawhill, Isabel V. (2016, 6 de diciembre). Donald Trump's election: Was it economics or culture? Brookings Institution. https://www.brookings.edu/articles/donald-trumps-election-was-it-economics-or-culture/

Scheben, Helmut (2022, 23 de diciembre). Ukraine: Chronik der westlichen Einmischung. Infosperber. https://www.infosperber.ch/politik/welt/ukraine-chronik-der-westlichen-einmischung/

Schmitt, Carl ([1939] 2011). The Großraum order of international law with a ban on intervention for spatially foreign powers. A contribution to the concept of Reich in international law. En Timothy Nunan (ed.), Writings on war (pp. 75-124). Malden, MA: Polity Press.

Schoeman, Maxi (2003). South Africa as an emerging middle power: 1994-2003. Journal of International Studies, 32(1), 55-78.

Schulz, Juan Sebastián y Staiano, María Francesca (2022). La construcción de una comunidad de destino compartido para la humanidad. Análisis multidimensional de un nuevo paradigma internacional. En Gabriel E. Merino, Lourdes Regueiro Bello y Wagner T. Iglecias (coords.), China y el nuevo mapa del poder mundial (pp. 87-109). Buenos Aires: CLACSO.

Schweller, Randall L. y Pu, Xiaoyu (2011). After Unipolarity: China's Visions of International Order in an Era of U.S. Decline. International Security, 36(1), 41-72.

Seisdedos, Iker (2026, 10 de mayo). Fareed Zakaria, analista geopolítico: "El mundo ha empezado a tratar a Estados Unidos como el problema". El País. https://elpais.com/internacional/2026-05-10/fareed-zakaria-analista-geopolitico-el-mundo-ha-empezado-a-tratar-a-estados-unidos-como-el-problema.html

Sepúlveda, Jaime (2008). Importancia geopolítica del Continente Antártico. Revista de Marina, 125(907), 524-535.

Serageldin, Ismail (2009). Water: Conflicts set to arise within as well as between states. Nature, 459(163). https://doi.org/10.1038/459163b

Serbin, Andrés (2019). Eurasia y América Latina en un mundo multipolar. Barcelona: Icaria Editorial.

Serfaty, Simon (2011). Moving into a Post-Western World. The Washington Quarterly, 34(2), 7-23.

Sexton, Jay (2011). The Monroe Doctrine. Empire and nation in nineteenth-century America. New York: Hill and Wang.

Sides, John; Tesler, Michael y Vavreck, Lynn (2018). Identity Crisis. The 2016 Presidential Campaign and the Battle for the Meaning of America. Princeton: Princeton University Press.

SIPRI (2025). SIPRI Military Expenditure Database. https://milex.sipri.org/sipri

Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA) (2024). La relación entre América Latina y el Caribe con China: apuntes para una agenda de desarrollo. https://sela.org/wp-content/uploads/2024/09/la-relacion-entre-alc-con-china_apuntes-para-una-agenda-de-desarrollo.pdf

Sistema del Tratado Antártico (1991). Protocolo al Tratado Antártico sobre Protección del Medio Ambiente. https://ats.aq/documents/keydocs/vol_1/vol1_4_AT_Protocol_on_EP_s.pd

Smith, David (2026, 1 de marzo). Trump's Iran strike tests the Maga vow of 'no more wars'. The Guardian. https://www.theguardian.com/us-news/2026/mar/01/trump-iran-strike-maga-war-promise

Soler i Lecha, Eduard (2013). Las potencias medias en el sistema internacional: una aproximación teórica. Revista CIDOB d'Afers Internacionals, (101), 87-108.

Soltani, Ehsan (2025, 9 de abril). Mapped: How China overtook the U.S. in global trade (2000-2024). Visual Capitalist. https://www.visualcapitalist.com/cp/how-china-overtook-u-s-in-global-trade-dominance-2000-2024/

Sosa Fuentes, Samuel (2012). Otro mundo es posible: crítica del pensamiento neoliberal y su visión universalista y lineal de las relaciones internacionales y el sistema mundial. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, (214), 55-86.

Speyside Group (2025). China's Belt and Road in Latin America. Speyside Corporate Relations. https://speyside-group.com/news-insights/chinas-belt-and-road-in-latin-america-opportunity-or-overreach

Spengler, Oswald ([1918-1922] 1998). La decadencia de Occidente: bosquejo de una morfología de la historia universal. Madrid: Espasa-Calpe.

Spykman, Nicholas J. (1942). America's strategy in world politics: The United States and the balance of power. New York: Harcourt, Brace and Company.

Spykman, Nicholas J. (1944). The geography of the peace. New York: Harcourt, Brace and Company.

StatisticsTimes.com (2025, 23 de febrero). GDP of Oceania. https://statisticstimes.com/economy/oceania-gdp.php

Stephanson, Anders (1995). Manifest destiny. American

expansionism and the empire of right. New York: Hill and Wang.
Steele, Jonathan (2004, 25 de noviembre). Ukraine's postmodern coup d'etat. The Guardian. https://www.theguardian.com/world/2004/nov/26/ukraine.comment
Stelter, Brian (2026, 18 de marzo). EE. UU. desciende en el índice de democracia mientras crecen las preocupaciones por la libertad de prensa. CNN en Español. https://cnnespanol.cnn.com/2026/03/18/eeuu/eeuu-baja-indice-democracia-libertad-prensa-trax
Stephen, Matthew D. (2017). Emerging powers and emerging trends in global governance. Global Governance, 23(3), 483-502.
Stiglitz, Joseph E. (2002). El malestar en la globalización. Madrid: Taurus.
Stiglitz, Joseph E. (2010). Freefall: America, Free Markets, and the Sinking of the World Economy. New York: W. W. Norton & Company.
Strange, Susan (1988). States and markets. Londres: Pinter Publishers.
Stuenkel, Oliver (2020). Emerging Powers and BRICS. En Patrick James (ed.), Oxford Bibliographies in International Relations (Oxford Academic). https://doi.org/10.1093/obo/9780199743292-0187
Stuenkel, Oliver (2025). Multi-alignment as strategy: How Brazil navigates between Washington, Beijing, and the Global South. Belfer Center for Science and International Affairs, Harvard Kennedy School. https://carnegieendowment.org/research/2025/11/multi-alignment-as-strategy-how-brazil-navigates-between-washington-beijing-and-the-global-south
Sud, Nikiya y Sánchez-Ancochea, Diego (2022). Southern discomfort: Interrogating the category of the global South. Development and Change, 53(6), 1123-1150.
Sullivan, Jake (2023, 4 de mayo). Keynote address by National Security Advisor Jake Sullivan. The Washington Institute for Near East Policy. https://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/keynote-address-national-security-advisor-jake-sullivan
Swan, Jonathan y Haberman, Maggie (2026, 7 de abril). How Trump took the U.S. to war with Iran. The New York Times. https://www.nytimes.com/2026/04/07/us/politics/trump-iran-war.html
SWI (2026, 20 de enero). Basta de «adular» a Trump, aconseja ex jefe de la OTAN. https://www.swissinfo.ch/spa/basta-de-%22adular%22-a-trump%2C-aconseja-exjefe-de-la-otan/90808349
Tagliapietra, Alberto y Casarões, Guilherme (2025). Shaping a new world? Middle powers and global governance. Policy Center

for the New South. https://www.policycenter.ma/publications/shaping-new-world-middle-powers-and-global-governance

Tamayo, Eduardo y Serrano, Helga (2019, 2 de julio). Galápagos: ¿de patrimonio de la humanidad a portaviones de EE. UU.? Diario y Radio Universidad de Chile. https://radio.uchile.cl/2019/07/02/galapagos-de-patrimonio-de-la-humanidad-a-portaviones-de-eeuu/

Tapia Valdés, Jorge (1980). El terrorismo de Estado. La doctrina de la seguridad nacional en el Cono Sur. México D.F.: Editorial Nueva Imagen.

Tatlow, Didi Kirsten (2024, 18 de diciembre). China's quest for supremacy moves into space. Newsweek. https://www.newsweek.com/2025/01/17/china-space-infrastructure-us-latin-america-chile-argentina-1999644.html

Teo, Saraj (2022). The study of middle powers and their behaviour. En Sarah Teo, Middle powers in Asia Pacific multilateralism: A differential framework (pp. 13-30). Bristol: Bristol University Press.

The Economist (2008, 21 de agosto). Running dry. https://www.economist.com/business/2008/08/21/running-dry

The Guardian (2008, 4 de abril). Putin warns Nato over expansion. https://www.theguardian.com/world/2008/apr/04/nato.russia

The State Council of the People's Republic of China (2025, 29 de octubre). Xi urges seizing window of opportunity as China charts its new five-year plan. Xinhua.

https://english.www.gov.cn/news/202510/29/content_WS6901585ac6d00ca5f9a07245.html

The White House, Office of the Press Secretary (2000, 8 de marzo). The U.S.-China WTO agreement will help promote reform, accountability, and openness in China. https://clintonwhitehouse3.archives.gov/WH/New/html/20000308_2.html

]The White House (2017). National Security Strategy of the United States of America. https://trumpwhitehouse.archives.gov/wp-content/uploads/2017/12/NSS-Final-12-18-2017-0905.pdf

The White House (2021). Interim National Security Strategic Guidance. https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2021/03/NSC-1v2.pdf

The White House (2022). National Security Strategy. https://bidenwhitehouse.archives.gov/wp-content/uploads/2022/10/Biden-Harris-Administrations-National-Security-Strategy-10.2022.pdf

The White House (2025). National Security Strategy of the United States of America. https://www.whitehouse.gov/wp-content/

uploads/2025/12/2025-National-Security-Strategy.pdf
Tocqueville, Alexis de ([1835-1840] 2000). Democracy in America. Chicago: University of Chicago Press.
Todd, Emmanuel (2024). La derrota de Occidente. Madrid: Akal.
Tokatlian, Juan Gabriel (2018, 14 de febrero). With Tillerson in Latin America, Monroe is back. Open Democracy. https://www.opendemocracy.net/en/democraciaabierta/with-tillerson-in-latin-america-monroe-is-back/
Torri, Federico (2025, 15 de abril). La huella en expansión de China en el Triángulo del Litio de América. NODAL. https://www.nodal.am/2025/04/la-huella-en-expansion-de-china-en-el-triangulo-del-litio-de-america/
Touraine, Alain ([1978]1981). The voice and the eye: an analysis of social movements. Cambridge: Cambridge University Press.
Towler, Christopher y Parker, Christopher S. (2018). Between Trump and a Hard Place: The GOP's 2016 Nominating Contest. The Forum, 16(1), 3-22.
Toynbee, Arnold J. ([1934-1961] 1970). Estudio de la historia. Madrid: Alianza Editorial.
Trenin, Dimitri (2025, 12 de julio). Эпоха войн: Третья мировая уже началась, но не все это понимают [The era of wars: World War III has already begun, but not everyone understands it]. Profile.ru. https://profile.ru/politics/epoha-vojn-tretya-mirovaya-uzhe-nachalas-no-ne-vse-eto-ponimajut-1726525/
Troncoso, José (2025, 17 de abril). Observatorio chino: Gobierno congela proyecto astronómico tras rechazo de EE. UU. Ex-Ante. https://www.ex-ante.cl/observatorio-chino-gobierno-congela-proyecto-astronomico-tras-rechazo-de-ee-uu/
Truman, Harry (1947). Truman Doctrine (1947). National Archives. https://www.archives.gov/milestone-documents/truman-doctrine
Trump, Donald (2018, 25 de septiembre). Remarks by President Trump to the 73rd Session of the United Nations General Assembly. https://trumpwhitehouse.archives.gov/briefings-statements/remarks-president-trump-73rd-session-united-nations-general-assembly-new-york-ny/
Tulchin, Joseph (2018). Las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Desafiando la hegemonía norteamericana. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
Ugarteche, Óscar y Negrete, Armando (2019, 8 de diciembre). ¿Qué le pasó a la UNASUR? UNASUR cumple 15 años de fundación asediada por injerencia de EE.UU. teleSUR / ALAI. https://www.

telesurtv.net/news/unasur-quince-aniversario-injerencia-estados-unidos-20191208-0008.html

UNESCO (2023). United Nations World Water Development Report 2023: Partnerships and cooperation for water. https://www.unesco.org/reports/wwdr/2023/en

United Nations General Assembly (1974). Resolution 3201 (S-VI): Declaration on the establishment of a new international economic order (UN Doc A/RES/3201(S-VI)). https://undocs.org/en/A/RES/3201(S-VI)

United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Population Division (2024). World population prospects 2024: Summary of results. https://www.un.org/development/desa/pd/content/world-population-prospects-2024-summary-results-0

Universidad Católica del Norte (2023). Convenio de Cooperación Científica e Investigación entre la Universidad Católica del Norte y National Astronomical Observatories - Chinese Academy of Sciences (NAOC). Dirección de Proyectos e Investigación, Antofagasta, Chile.

UNCTAD (2025). Handbook of statistics 2025. https://unctad.org/publication/handbook-statistics-2025

U.S. Congress (1996). Personal Responsibility and Work Opportunity Reconciliation Act of 1996. Pub. L. No. 104-193, 110 Stat. 2105. https://www.govinfo.gov/content/pkg/PLAW-104publ193/pdf/PLAW-104publ193.pdf

U.S. Department of State (2023). Second Summit for Democracy. https://2021-2025.state.gov/declaration-of-the-summit-for-democracy-2/

U.S. Department of State (1997). Press briefing on NATO summit: Secretary of State Madeleine K. Albright, Secretary of Defense William Cohen, National Security Advisor Sandy Berger, and White House Press Secretary Mike McCurry (Hotel Miguel Ángel, Madrid, Spain). Office of the Press Secretary. https://1997-2001.state.gov/statements/970708.html

U.S. Senate, Committee on Foreign Relations. (2022). China's role in Latin America and the Caribbean (S. Hrg. 117-417). U.S. Government Publishing Office. https://www.foreign.senate.gov/imo/media/doc/03%2031%2022%20China%27s%20Role%20in%20Latin%20America%20and%20the%20Caribbean.pdf

Vakarchuk, Denis (2023). Empirical verification of the regional leadership concept on the example of rising powers. Vestnik of Saint Petersburg University. International Relations, 16(3), 255-274.

Vandiver, John (2017, 25 de mayo). Trump scolds NATO allies for not paying their fair share, fails to back Article 5. Stars and

Stripes. https://www.stripes.com/news/trump-scolds-nato-allies-for-not-paying-their-fair-share-fails-to-back-article-5-1.469537

Vargas Céspedes, Jean Paul y Viales Hurtado, Ronny (2023). Tianxia: construcción de la gobernanza global. Revista Centroamericana de Administración Pública, (85), 13-35. https://doi.org/10.35485/rcap85_1

Vickers, Rhiannon (2000). Blair's Kosovo campaign political communications, the battle for public opinion and foreign policy. Civil Wars, 3(1), 55-70. https://www.ucg.ac.me/skladiste/blog_9809/objava_36084/fajlovi/Blair%20s%20Kosovo%20campaign%20political%20communications%20the%20battle%20for%20public%20opinion%20and%20foreign%20policy.pdf

Vieira, Vinicius Garcia (2012). Direito da biodiversidade e América Latina: A questão da propriedade intelectual. IJUI: Editora Unijuí.

Vijaya, Poornima (2023). In the era of uncertainties: Middle power politics in a multipolar world. Jindal Journal of International Affairs, 11(1), 50-66. https://jjia.jgu.edu.in/index.php/jjia/article/view/189

Venugopal, Rajesh (2016, 22 de noviembre). This election was about race, not class or a dispossessed majority. LSE United States Politics and Policy Blog. https://blogs.lse.ac.uk/usappblog/2016/11/22/this-election-was-about-race-not-class-or-a-dispossessed-majority/

Vock, Daniel C. (2025, 19 de octubre). "Devil's ideology": President Donald Trump's darkening rhetoric escalates attacks and often targets Illinois. Chicago Tribune. https://www.chicagotribune.com/2025/10/19/trump-language-opponents-illinois/

Von der Leyen, Ursula (2022, 14 de septiembre). 2022 State of the Union Address by President von der Leyen. Comisión Europea. https://enlargement.ec.europa.eu/news/2022-state-union-address-president-von-der-leyen-2022-09-14_en

Wallerstein, Immanuel (1998). Utopística. O las opciones históricas del siglo XXI. México D.F.: Siglo XXI.

Wallerstein, Immanuel (2005). La decadencia del poder estadounidense. Estados Unidos en un mundo caótico. Santiago: Trilce, LOM.

Wallerstein Immanuel ([1991] 2007). Geopolítica y geocultura. Ensayos sobre el moderno sistema mundial. Barcelona: Kairós.

Wallerstein, Immanuel (2010). Análisis de sistemas-mundo. Una Introducción. México D.F.: Siglo XXI.

Wallerstein, Imanuel ([1974] 2011a). El moderno sistema mundial I: La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI. México D.F.: Siglo XXI.

Wallerstein, Immanuel ([1980] 2011b). El moderno sistema mundial II: El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600–1750. México D.F.: Siglo XXI.

Wallerstein, Immanuel ([1983] 2014). El capitalismo histórico. México D.F.: Siglo XXI.

Wallerstein, Immanuel (1984). The Politics of the World-Economy: the states, the movements and the civilizations. Cambridge: Cambridge University Press.

Wallerstein, Immanuel (2015). La crisis estructural, o por qué los capitalistas ya no encuentran gratificante al capitalismo. En Immanuel Wallerstein et al., ¿Tiene futuro el capitalismo? (pp. 15-46). México D.F.: Siglo XXI.

Waltz, Kenneth N. (1979). Theory of international politics. Reading, MA: Addison-Wesley.

Waltz, Kenneth N. (1991). America as a Model for the World? A Foreign Policy Perspective. Political Science and Politics, 24(4), 667-670.

Waltz, Kenneth N. (1993). The emerging structure of international politics. International Security, 18(2), 44-79. https://doi.org/10.2307/2539097

Wells, Marc (2025, 20 de agosto). El declive de la movilidad geográfica y laboral en Estados Unidos: un síntoma de la profundización de la crisis del capitalismo. World Socialist Web Site. https://www.wsws.org/es/articles/2025/08/20/dysv-a20.html

Wight, Martin ([1946] 1978). Power politics. New York: Holmes & Meier.

Wikinson, David (2008). Hêgemonía: Hegemony, Classical and Modern. Journal of World-Systems Research, 14(2), 119-141. https://doi.org/10.5195/jwsr.2008.340

Williamson, John (2000). What Should the World Bank Think about the Washington Consensus? The World Bank Research Observer, 15(2), 251-264. https://documents1.worldbank.org/curated/en/624291468152712936/pdf/766500JRN0WBRO00Box374385B00PUBLIC0.pdf

Winfield, Nicole (2026, 7 de abril). El papa León XIV dice que la amenaza de Trump de destruir la civilización iraní es "inaceptable". Associated Press. https://www.latimes.com/espanol/eeuu/articulo/2026-04-07/el-papa-leon-xiv-dice-que-la-amenaza-de-trump-de-destruir-la-civilizacion-irani-es-inaceptable

Wohlforth, William C. (1999). The Stability of a Unipolar World. International Security, 24(1), 5-41. http://www.jstor.org/stable/2539346

Wolf, Martin (2004). Why globalization works. New Haven: Yale University Press.

Wolfowitz, Paul (1992). Excerpts from 1992 draft "Defense Planning Guidance". Frontline. https://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/shows/iraq/etc/wolf.html

Womack, Steve (2022, 26 de enero). Womack Backs Legislation to Support Ukraine and Deter Russia. U.S. Congressman Steve Womack. https://womack.house.gov/news/documentsingle.aspx?DocumentID=405225

World Bank Group & Development Research Center of the State Council, the People's Republic of China (2020). Innovative China: New drivers of growth. https://documents1.worldbank.org/curated/en/833871568732137448/pdf/Innovative-China-New-Drivers-of-Growth.pdf

World Bank (2021a). PIB (US$ a precios actuales). Datos sobre las cuentas nacionales del Banco Mundial y archivos de datos sobre cuentas nacionales de la OCDE. Banco Mundial de Datos.

World Bank (2021b). World Development Indicators: Structure of value added. https://wdi.worldbank.org/table/4.2?utm_source=chatgpt.com

World Economic Forum (2023). The global risks report 2023 (18th ed.). World Economic Forum. https://www3.weforum.org/docs/WEF_Global_Risks_Report_2023.pdf

World Economic Forum (2026). The global risks report 2026 (21st ed.). World Economic Forum. https://reports.weforum.org/docs/WEF_Global_Risks_Report_2026.pdf

Wright, Thomas (2017, 20 de marzo). Trump takes allies back to 19th century global order. Brookings Institution. https://www.brookings.edu/articles/trump-takes-allies-back-to-19th-century-global-order/

Xi, Jinping (2012, 29 de noviembre). Achieving rejuvenation is the dream of the Chinese. Xi Jinping: The governance of China. National Ethnic Affairs Commission of the People's Republic of China. https://www.neac.gov.cn/seac/c103372/202201/1156514.shtml

Xi, Jinping (2013, 7 de junio). Remarks by President Obama and President Xi Jinping of the People's Republic of China After Bilateral Meeting. The White House, Office of the Press Secretary. https://obamawhitehouse.archives.gov/the-press-office/2013/06/08/remarks-president-obama-and-president-xi-jinping-peoples-republic-china-

Xi, Jinping (2015, 22 de septiembre). Speech at the welcoming banquet by local governments and friendly organizations in the United States. China Daily. https://www.chinadaily.com.cn/world/2015xivisitus/2015-09/24/content_21964069.htm

Xi, Jinping (2017a, 17 de enero). Full text of Xi Jinping's speech at the World Economic Forum Annual Meeting. The State Council Information Office. The People's Republic of China. http://www.china.org.cn/node_7247529/content_40569136.htm

Xi, Jinping (2017b, 7 de abril). Remarks during meeting with U.S. President Donald Trump at Mar-a-Lago. Ministry of Foreign Affairs. The People's Republic of China. https://www.fmprc.gov.cn/eng./zy/jj/2017zt/xjpdfljxgsfwbfmgflldjxzmyshw/202406/t20240606_11380629.html

Xi, Jinping (2018, 10 de abril). Speech at the opening ceremony of the Boao Forum for Asia. Beijing Review. https://www.bjreview.com/Beijing_Review_and_Kings_College_London_Joint_Translation_Project/2018/201810/t20181010_800143784.html

Xing, Li (2012). China y el orden mundial capitalista: el nexo de la transformación interna de China y su impacto externo. En Raul Bernal-Meza y Silvia Quintanar (eds.), Regionalismo y Orden Mundial: Suramérica, Europa, China (pp. 29-53). Buenos Aires: Nuevo Hacer.

Xinhua (2018, 10 de abril). Oportunidades y resultados de la Iniciativa de la Franja y la Ruta beneficiarán al mundo, señala Xi. http://spanish.xinhuanet.com/2018-04/10/c_137100144.htm

Xinhua (2018, 24 de mayo). Franja y Ruta mejorará calidad de vida de ceilaneses: Ministro de Sri Lanka. http://spanish.xinhuanet.com/2018-05/24/c_137201394.htm

Yermakova, Yelena (2021). ¿Quién debe decidir el futuro de la Antártida? Política Exterior, (201), 122-129.

Yendamuri, Pooja e Ingilizian, Zara (2020, 9 de enero). En 2020, Asia registrará el mayor PIB mundial. ¿Qué significa eso? World Economic Forum. https://bit.ly/3tqlgqa

Yilmaz, Şuhnaz (2017). Middle powers and regional powers. En Patrick James (ed.), Oxford Bibliographies in International Relations (Oxford Academic).https://www.oxfordbibliographies.com/display/document/obo-9780199743292/obo-9780199743292-0222.xml

Yordán, Carlos L. (2024, 10 de abril). Looking at who has endorsed Donald Trump shows the depth of his support within the Republican Party establishment. LSE United States Politics and Policy. https://blogs.lse.ac.uk/usappblog/2024/04/10/looking-at-who-has-endorsed-donald-trump-shows-the-depth-of-his-support-within-the-republican-party-establishment/

You, Xiaoying (2026). China leads research in 90% of crucial technologies: The United States tops the remaining areas in an assessment of 74 technologies. Nature, 649, 13-14. https://doi.org/10.1038/d41586-025-04048-7

Zakaria, Fareed (1997). The rise of illiberal democracy. Foreign Affairs, 76(6), 22-43.

Zakaria, Fareed (2008). The Post-American World. New York: W. W. Norton & Company.

Zakaria, Fareed (2011). The Post-American World. Release 2.0. New York: W. W. Norton & Company.

Zha, Qiang (2024). Reimagining China–US university relations: A global 'ecosystem' perspective. Studies in Higher Education, 49(9), 1532-1552. https://doi.org/10.1080/03075079.2023.2269966

Zhang, Weiwei (2012). The China wave: Rise of a civilizational state. Hackensack, NJ: World Century Publishing Corporation.

Zoellick, Robert B. (2005, 21 de septiembre). Whither China: From membership to responsibility? Remarks to the National Committee on United States-China Relations, New York City. U.S. Department of State. https://2001-2009.state.gov/s/d/former/zoellick/rem/53682.htm

Zúñiga, Diana (2026, 25 de febrero). Un cable entre China y Chile desata la ira de Estados Unidos. Deutsche Welle. https://www.dw.com/es/un-cable-entre-china-y-chile-desata-la-ira-de-estados-unidos/a-76126516

Estamos ante el fin de una era. El pesimismo de las élites occidentales frente a la policrisis global no representa una catástrofe universal, sino el agotamiento de medio milenio de hegemonía euroatlántica. Este libro desentraña la transición hacia un nuevo orden donde la declinación de Estados Unidos y la emergencia del eje asiático transforman las dinámicas del poder. Con una perspectiva situada y rigurosa, la obra analiza este escenario caótico para responder a las preguntas urgentes sobre la posición, los desafíos y las oportunidades estratégicas de América Latina y el Caribe en la geopolítica contemporánea.

EDITORIAL USACH
CLACSO